



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRIA Y DOCTORADO EN PSICOLOGIA
PSICOLOGIA SOCIAL Y AMBIENTAL

**MASCULINIDADES Y VEJEZ. CUERPOS, TRABAJOS Y CURSO
DE VIDA EN AXOTLÁN, EDO. MEX.**

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
DOCTOR EN PSICOLOGIA

PRESENTA:

FRANCISCO JAVIER GONZALEZ CORDERO

DIRECTORA:

DRA. VERONICA ZENAIDA MONTES DE OCA ZAVALA, IISUNAM

COMITÉ:

DR. JUAN GUILLERMO FIGUEROA PEREA, COLMEX

DRA. MARIA ALEJANDRA SALGUERO VELAZQUEZ, FES IZTACALA UNAM

JURADOS:

DR. TELESFORO RAMIREZ GARCIA, CRIM-UNAM

DR. FERNANDO QUINTANAR OLGUIN, CISS

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX., JUNIO 2021



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar un profundo agradecimiento a la Dra. Verónica Montes de Oca, quien durante esta aventura trascendió el papel de tutora para convertirse en una de mis maestras de vida. Gracias por el apoyo y la confianza.

Agradezco también los aportes del Dr. Juan Guillermo Figueroa, la Dra. Alejandra Salguero, el Dr. Telesforo Ramírez y el Dr. Fernando Quintanar. Sus reflexiones, cuestionamientos, consejos y enseñanzas fueron sustanciales para mi crecimiento a lo largo del doctorado.

De igual manera, doy gracias a todas las personas que contribuyeron a enriquecer mi formación a lo largo de estos años: los miembros del SUIEV-UNAM, el grupo Psico-Armonía (nombrado así a falta de un título oficial), la Comunidad de Aymaras Urbanos de Pampajasi Bolivia, y el Grupo de Investigación en Gerontología de la Universidad de Barcelona.

También reconozco el apoyo que mi familia me ha dado en todos estos años, no tengo palabras para expresar la alegría y el amor que me inspiran.

Así mismo, doy gracias a la familia Cruz Melgarejo por su apoyo y comprensión durante el proceso de investigación.

Agradezco también a los hombres y las mujeres del pueblo de Axotlán que dedicaron un tiempo de vida para construir esta investigación.

Finalmente agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por el apoyo prestado para la realización de esta investigación.

Gracias Chelis, por ser y estar.

DEDICATORIAS

Este trabajo está particularmente dedicado a la memoria de la Dra. Berta Elvia Taracena Ruíz, su legado perdura en las múltiples generaciones de estudiantes que formó.

Dedicado a mi madre y mi padre, a mis abuelos y abuelas; gracias por darme la dicha de existir.

Dedicado al Pueblo de Axotlán.

LOS CARDENCHEROS DE SAPIORIZ
“LA NOCHE LLEGARÁ”

Llegó la hora en que me vaya hasta las estrellas,
voy caminando muy despacito por la vereda.

La noche eterna se está acercando,
la estoy sintiendo;
bajo la sombra de un viejo arbusto descansaré.

De pronto duermo
y estoy soñando
que estoy volando por fin en libertad,
soy golondrina surcando el viento
sobre los valles en que nací.

La noche llegará,
y yo descansaré bajo la luna,
la noche llegará y no terminará,
yo dormiré.

Soy solecito que con mis rayos
caliento el polvo
y ahora soy vendaval,
soy un oasis en el desierto
y así seré lo que siempre fui.

La noche llegará
y yo descansaré bajo la luna,
la noche llegará
y no terminará,
yo moriré.

Ya no me busquen
ya no soy ese,
ya soy de aquí.

INDICE TEMATICO

| | |
|---|-----|
| Resumen | 7 |
| Introducción | 9 |
| Primera Parte. Antecedentes teórico-metodológicos y conceptuales | 17 |
| 1. Hacernos un curso de vida. Revisión del enfoque teórico | 18 |
| 1.1 Somos lo que hacemos | 19 |
| 1.1.1 Ser junto a los otros | 25 |
| 1.1.2 Ser a lo largo del tiempo | 28 |
| 1.2 ¿Qué sabemos sobre el “curso de vida”? | 33 |
| 1.3 Condicionantes sociales del curso de vida | 35 |
| 1.3.1 El tiempo histórico y el tiempo individual | 37 |
| 1.3.2 El género | 40 |
| 1.3.3 La clase social | 43 |
| 1.4 Institucionalización del curso de vida en las sociedades de Occidente | 44 |
| 1.5 El curso de vida individual | 48 |
| 2. Hacernos hombres | 52 |
| 2.1 Aprender a ser hombres | 54 |
| 2.2 Hegemonías masculinas: curso de vida y momentos históricos | 58 |
| 2.2.1 El mundo público | 61 |
| 2.2.2 El mundo del hogar | 66 |
| 2.2.3 El mundo corporal | 67 |
| 2.3 Experiencias de investigación con varones mexicanos | 70 |
| 3. Hacernos mayores: envejecimientos y vejeces | 76 |
| 3.1 Envejecimiento(s) humano(s) | 77 |
| 3.1.1 Acercamiento histórico | 78 |
| 3.1.2 Aportaciones desde la perspectiva biomédica | 81 |
| 3.1.3 Aportaciones desde la perspectiva psicológica | 84 |
| 3.1.4 Aportes en envejecimiento poblacional | 88 |
| 3.2 Vejeces | 91 |
| 3.2.1 Antecedentes teóricos | 91 |
| 3.2.2 Los significados del cuerpo | 96 |
| 3.2.3 Redes sociales de apoyo | 100 |
| 4. Vejeces y masculinidades | 103 |
| 4.1 Cuerpos de hombres viejos | 104 |
| 4.2 (Des)Empleos de hombres viejos | 109 |
| 4.3 Relaciones de hombres viejos | 113 |
| 4.4 Hombres viejos en contextos rurales mexicanos | 115 |
| 4.4.1 Comunidades rurales y vejeces a la mexicana | 116 |
| 4.4.2 Hombres mayores rurales: curtidos, calados y trabajadores | 119 |

| | |
|--|-----|
| Segunda Parte. Estrategia técnico-metodológica. | 125 |
| 5. Aspectos técnicos y contextuales | 126 |
| 5.1 Presentación y justificación metodológica | 126 |
| 5.2 Descripción de las herramientas metodológicas | 128 |
| 5.2.1 De la observación participantes a la descripción densa | 128 |
| 5.2.2 La entrevista semiestructurada | 130 |
| 5.3 Cuestiones éticas en la investigación cualitativa | 131 |
| 5.3.1 La implicación del investigador | 133 |
| 5.4 El trabajo de campo | 134 |
| 5.5 Los participantes | 137 |
| 5.6 Axotlán: transformaciones históricas | 149 |
| 5.7 Reflexividad: mi particular experiencia de investigación | 164 |
| 5.8 La estrategia de análisis | 171 |
| Tercera Parte. Interpretación de resultados, análisis y discusiones. | 175 |
| 6. “Aprendí a trabajar desde niño”. Socializaciones de género en los primeros años del curso de vida de los participantes | 176 |
| 6.1 Vivíamos de milagro”. El contexto como condicionante de la infancia. | 177 |
| 6.1.1 “No me quedaba de otra”. Carencias y obligaciones contextuales | 179 |
| 6.1.2 “Vayan a ayudar a su padre”. La familia como factor protector | 186 |
| 6.2 “Empecé a ganar mi propio dinero”. Aprendizajes sobre la vida adulta | 191 |
| 6.2.1 “Yo mis broncas me las aventé siempre solo”. Demostrar capacidades para el empleo | 191 |
| 6.2.2 “Las cosas fueron mejorando”. Prepararse para ser hombre | 197 |
| 6.3 Cuerpos y lugares | 201 |
| 6.3.1 Descubrir e imaginar el cuerpo | 202 |
| 6.3.2 Descubrir y habitar los espacios | 206 |
| Discusión del capítulo (I) | 211 |
| 7. “Hombres de trabajo”. Consolidación de las trayectorias de la vida adulta y la identidad de género masculina | 215 |
| 7.1 El ascenso. Los primeros pasos en la vida adulta | 215 |
| 7.1.1 “Tengo dos brazos pa’ mantenerte y un corazón pa’ tu vida”. Convertirse en trabajador y proveedor | 216 |
| 7.1.2 “¿Te vas a hacer responsable?” Dudas y alianzas en el tránsito de la adultez | 223 |
| 7.2 Consolidación identitaria del hombre trabajador | 228 |
| 7.2.1 “Tú no te vas de aquí hasta que tengas los pies por delante”. La complejidad de la trayectoria laboral (I) | 237 |
| 7.2.2 “El trabajo de tu vida”. La complejidad de la trayectoria laboral (II) | 246 |
| 7.3 Familias y comunidades | 257 |
| 7.3.1 “Que no les falte nada”. Relaciones en la trayectoria familiar creada | 257 |
| 7.3.2 “Siempre me gustó ayudar al pueblo”. Particularidades de la trayectoria de trabajo comunitario | 263 |
| Discusión del capítulo (II) | 267 |

| | |
|---|-----|
| 8. “No es malo llegar a viejo”. Experiencia acumulada en el curso de vida: (re) significaciones de la masculinidad en la vejez | 274 |
| 8.1 Ser viejo o estar viejo: nuevas prácticas y significaciones identitarias | 275 |
| 8.1.1 Posiciones, exclusiones y decisiones asociadas a la vejez | 276 |
| 8.1.2 Aprender a ser viejos | 278 |
| 8.2 “El cuerpo te pide trabajar”. Negociar el trabajo masculino y la proveeduría | 285 |
| 8.2.1 “Ya me siento cansado”. El trabajo en la vejez avanzada | 291 |
| 8.2.2 “Quiero tapar el sol con un dedo”. El trabajo en la vejez con fuerza | 300 |
| 8.3 Ser padres y ser abuelos: relaciones familiares a lo largo de la vejez | 309 |
| 8.4 “Somos los viejos del pueblo”. Identidad comunitaria y cuidado grupal | 316 |
| Discusión del capítulo (III) | 321 |
| Conclusiones | 326 |
| Relaciones de poder a lo largo de la vida | 327 |
| El modelo “cuerpo-máquina” y la humanización del cuerpo | 339 |
| Seguir vigentes | 348 |
| Reflexiones finales | 352 |
| Referencias | 356 |
| Lista de tablas e imágenes | 374 |
| Anexo 1: Estructura capitular del proyecto de investigación | 376 |
| Anexo 2: Guía de Entrevista | 382 |

Resumen

El objetivo de la investigación consistió en analizar el lugar que ocupan las trayectorias de trabajo en el proceso de construcción de la identidad masculina, que han realizado dos generaciones de hombres mayores habitantes de la comunidad de Axotlán, Edo. Mex. Para lograrlo se desarrolló un sistema conceptual cuyo eje articulador fue la perspectiva del curso de vida. Se implementó una estrategia metodológica de tipo cualitativo dividida en líneas de trabajo que se triangularon entre sí. La primera línea metodológica consistió en un periodo de once meses de observación participante, así como una descripción densa para contextualizar los datos. Dentro de la segunda línea se implementó un muestreo intencional de máxima variabilidad, incorporando a diez hombres mayores de la comunidad divididos en dos generaciones. Se realizaron entrevistas semi-estructuradas con perspectiva de género y curso de vida, previo consentimiento informado de los participantes, grabándose en formato digital de audio para después ser transcritas. La información recopilada fue procesada en una base de datos dentro de Atlas.ti a partir del análisis de contenido. Los datos muestran que los participantes experimentaron el trabajo masculino a partir de tres trayectorias interdependientes entre sí, socializadas en la infancia, contextualmente legitimadas y que se transformaron dependiendo del momento del curso de vida. La primera trayectoria abarca el trabajo remunerado, la segunda, el trabajo comunitario, y la tercera, el trabajo dentro del hogar conformado. Los varones utilizaron las tres trayectorias para construir una identidad de género basada en los mandatos masculinos del trabajo formal y la proveeduría familiar, integrando elementos de apoyo colectivo dentro de su comunidad. No obstante, su tránsito hacia la vejez les permitió resignificar sus identidades genéricas más allá del trabajo remunerado, utilizando sus trayectorias de trabajo comunitario y familiar como base para nuevas experiencias.

Palabras Clave: *vejez, masculinidad, trabajo, curso de vida, Axotlán.*

Abstract

The objective of the research was to analyze the place that work trajectories occupy in the process of construction of male identity, carried out by two generations of older men, inhabitants of the community of Axotlán, Edo. Mex. To achieve this, a conceptual system was developed whose articulating axis was the perspective of the life course. A qualitative methodological strategy was implemented divided into lines of work that were triangulated among themselves. The first methodological line consisted of an eleven-month period of participant observation, as well as a dense description to contextualize the data. Within the second line, an intentional sampling of maximum variability was implemented, incorporating ten older men from the community divided into two generations. Semi-structured interviews with gender perspective and life course were carried out, with the informed consent of the participants, recorded in digital audio format and then transcribed. The information collected was processed in a database within Atlas.ti, based on the content analysis approach. The data shows that the participants experienced male work from three interdependent trajectories, socialized in childhood, contextually legitimized and that were transformed depending on the moment of the life course. The first trajectory covers remunerated job, the second, community work, and the third, work within the family. Males used all three trajectories to construct a gender identity based on the masculine mandates of formal work and family supply, integrating elements of collective support within their community. However, their transition to old age allowed them to re-signify their generic identities beyond paid work, using their community and family work trajectories as the basis for new experiences.

Key Words: *old age, masculinity, work, life course, Axotlán.*

Introducción

Los hombres y los sistemas de dominación.

Hace tiempo que Mircea Eliade (2008) señaló al enfoque interpretativo como uno de los más grandes regalos que Occidente ha dado al mundo. Debido a que esta orientación permitió el encuentro y reconocimiento entre distintos grupos y sociedades, a partir de un dialogo continuó donde se descubren conocimientos que eran ajenos, al mismo tiempo que se revaloran los conocimientos propios. No obstante, uno de los efectos provocados por la aproximación interpretativa es la confrontación, tanto a nivel grupal como individual, dado que el encuentro tiene la capacidad de trastocar las verdades que se consideran solidas e inamovibles.

Una vez que las ciencias sociales incorporaron al modelo interpretativo dentro de sus investigaciones, se dieron los primeros trabajos centrados en comprender a las poblaciones humanas. Este periodo se caracterizó por trabajar con sociedades y grupos lo más alejados de Occidente, en un esfuerzo por reconocer la diversidad cultural. Los conocimientos obtenidos superaron dicha meta, ya que sentaron las bases para cuestionar las formas de organización social que durante siglos se asumieron como naturales.

Poco a poco los estudios interpretativos dejaron atrás la exclusividad de las selvas, islas y pueblos remotos, para surgir dentro de las grandes ciudades. Las personas extrañas se convirtieron en rostros cotidianos y las formas de conocer la realidad bajo análisis eran ya conocidas. Las investigaciones se consolidaron como una vía para abordar las realidades y experiencias de las poblaciones que habían sido violentadas durante décadas. Mostrando complejos sistemas de dominación humana, así como sus estrategias para perpetuarse generación tras generación.

Los colectivos de varones fueron de los últimos grupos en ser explorados desde esta perspectiva, aunque su entrada fue reticente y forzada por las académicas feministas, quienes veían como una necesidad imperante el comprender las experiencias y significados propios de los varones. La respuesta tan peculiar de los hombres se debió a que los estudios sobre ellos mismos mostraban las contradicciones, los absurdos, las desigualdades, las violencias, las humillaciones y los abusos ejercidos en su vida cotidiana. Poniendo en tela de juicio el papel que estos jugaban en la sociedad, además de exponer la necesidad de un cambio radical en sus formas de relacionarse con el mundo (Kimmel, 1992).

Quedaron al descubierto las particularidades de un sistema de dominación basado en la división social sexo-genérica, es decir, el patriarcado. Sistema que jerarquiza la vida social, posicionando a los varones heterosexuales y de clases altas en las posiciones más elevadas, provocando que el grueso de los varones rivalice entre ellos por mantener o conseguir una mejor posición. Mientras que el resto, donde se incluyen los hombres que no desean o no pueden pelear, se mantiene en la parte baja junto a las mujeres. Para lograr la cohesión entre los hombres se ha establecido un mecanismo de complicidad donde se otorga beneficios a los hombres que rivalizan, mientras que en las posiciones elevadas se otorgan privilegios únicos. Siendo el motor del mismo una ideología dominante donde el colectivo ha sido designado como el conjunto de elegidos para protagonizar la vida social, así como elegir y velar por las normas que rigen al mundo (Amorós, 1991).

Tradicionalmente los varones se han construido sobre la negación y la oposición de lo femenino, teniendo como base una constelación de valores y actitudes que persiguen el ejercicio del poder sobre las personas consideradas como débiles. De esta manera, la crítica o disidencia a los modelos masculinos preponderantes es atacada de manera cruel y violenta; existiendo también sistemas de vigilancia entre varones para detectar y desarmar posibles cuestionamientos. Aquellos varones que promueven una forma distinta de relacionarse con el mundo son considerados como individuos resentidos con su género, o bien, han dejado de ser hombres (Soto, 2013; Cascales, 2014).

Por otro lado, el sistema de dominación patriarcal ha sido particularmente violento con las mujeres, sea ya de manera física, económica, psicológica o simbólica. Amorós (1991) considera que este sistema vinculó a la mujer con la naturaleza, posicionándola de manera marginal y alejada del intelecto, convirtiéndola en un ser que necesita ser domada, violentada, encausada y explotada. Así mismo la vida de las mujeres gira en relación a la vida de los hombres, es decir, su existencia no posee otro fin más que el de servir al género opuesto. Bajo el argumento de que su principal cualidad es ser “dadoras de vida”, la posición social asignada se orientó al cuidado de los demás, siendo la familia el lugar principal para desarrollar los cuidados.

La dominación patriarcal sobre las mujeres necesitó de disciplinar los cuerpos femeninos, para así generar cuerpos socialmente dóciles que garanticen la continuidad del sistema. Llegando a considerar que el cuerpo de las mujeres es un objeto que los hombres pueden poseer, normalizar, castigar y desechar. Dado que su principal función es la reproductiva, a las mujeres se les ha negado el habitar sus cuerpos de manera digna, ya que su función, natural y social al mismo tiempo, es superior a sus deseos. La crítica o disidencia al modelo también es castigada de manera cruel e incluso mortal, siendo mayormente peligrosa que la realizada por los varones (Butler, 2002).

Ahora bien ¿qué pasa con los varones que no quieren o no pueden rivalizar dentro de la jerarquización social masculina? ¿quiénes son y cuáles son sus historias? Dentro de este colectivo se encuentran disidentes declarados que luchan abiertamente por construir nuevas formas de ser hombre alejadas de la violencia. Así mismo se encuentran varones que desean seguir compitiendo con otros varones pero que dadas sus condiciones de vida han sido claramente excluidos.

Los hombres mayores son un grupo que al verse envejecidos el sistema de dominación patriarcal tiende a marginalizarlos, ubicándolos en las posiciones más bajas de las jerarquías masculinas. La mera existencia de dicho colectivo genera una serie de problemáticas y contradicciones dentro del sistema, ya que muestra su imposibilidad de mantenerse en el tiempo. Por un lado, los varones envejecidos, que en otro tiempo fueron fuertes y competitivos, son considerados como menos capaces para resguardar sus posiciones, ya que su cuerpo no puede soportar el esfuerzo necesario para rivalizar con sus

pares de menor edad. Aunque también el colectivo ha generado una variedad de conocimientos desde los cuales se puede realizar una crítica al sistema, contando con una posición fundamentada en la experiencia que una vida larga otorga. Dicho de otro modo, los hombres envejecidos tienen la capacidad de convertirse en agentes de cambio, de manera que el sistema de dominación basado en el género invisibiliza y menosprecia su existencia. Así, investigar las múltiples realidades de los hombres mayores (identidades, experiencias, significados y eventos generados a lo largo de su vida) contribuye a comprender, visibilizar y dignificar a este colectivo que ha sido objeto de violencia por su condición de ser personas envejecidas.

Pensar los fenómenos de manera compleja.

Las vidas de los varones, así como los imaginarios y significados masculinos son fenómenos complejos. Al ser construcciones de carácter sociohistórico surgen en la interrelación de procesos psicológicos, sociales, culturales y biológicos. Tomando estos elementos en cuenta, el abordaje de los hombres y las masculinidades necesita realizarse a partir de un paradigma interdisciplinario.

Es importante señalar qué se entiende por complejidad, así como las formas en que esta puede ser abordada dentro de las ciencias sociales. Para Martínez (2015) hablar sobre complejidad implica asumir la existencia de una realidad constituida por diversos niveles de organización, múltiples dimensiones y distintas temporalidades. Donde el investigador se encuentra condicionado por el fenómeno de su interés, y viceversa, el fenómeno se condiciona a la subjetividad del investigador. Rompiendo así la visión clásica de las ciencias donde existe una distancia que otorga objetividad y seguridad, impidiendo que los fenómenos puedan alcanzar a los científicos.

Dentro de esta forma de concebir al mundo se realizan interacciones a distintos niveles, presentándose en todas ellas incertidumbres, indeterminaciones y aleatoriedades. Las personas implicadas tienen la capacidad de encausar los procesos en los que participan, reproduciéndolos o extinguiéndolos. Así mismo, su presencia frente al investigador nunca asume un carácter pasivo, por lo que en ocasiones puede mejorar o bloquear los avances de

la investigación. Los productos generados, tanto objetivos como subjetivos, son de carácter recursivo, es decir, tienen la capacidad de volverse productores de nuevos procesos (Manero, 1997; González, 2010).

En consecuencia, el abordaje unidisciplinario sobre los hombres y las masculinidades resulta ineficiente, debido a que ninguna disciplina científica posee suficientes elementos para abarcar su complejidad. Para efectos de la presente investigación, se ha elegido al modelo multirreferencial como la opción válida de trabajo interdisciplinario, ya que reconoce la complejidad de los fenómenos sociales, así como la necesidad de articular distintos abordajes científicos.

Ardoino (1991) considera que hablar sobre multirreferencialidad supone una lectura plural, desde diferentes ángulos, sobre los fenómenos que se desean aprender, a partir de un sistema de referencias con un origen distinto, siendo irreductibles entre sí. Desde esta lectura el universo es de carácter diverso y estratificado, cuyas características permiten que de él emanen múltiples formas de conocimiento, siendo todas legítimas y de igual valor. Es decir, los fenómenos son inabarcables en su totalidad, quedando algo siempre por descubrir, o bien, generando nuevas miradas sobre ellos.

El modelo multirreferencial comienza cuando se seleccionan conocimientos provenientes de distintos marcos de pensamiento, extrayéndolos de su contexto de origen, para luego articularlos dentro de un sistema conceptual epistológicamente coherente. Este sistema permite distinguir elementos concretos de los fenómenos sin desarticularlos, encontrando asociaciones entre los mismos sin reducir sus atributos. Finalmente, el modelo reconoce el desarrollo de relaciones afectivo-simbólicas que el investigador genera a lo largo de su trabajo, siendo las mismas un elemento clave para generar conocimiento (Manero, 1997; Martínez, 2015).

Quizá el aspecto más relevante dentro del trabajo con hombres mayores consiste en reconocer que estos han transitado por múltiples momentos de vida, los cuales son interdependientes entre sí, y condicionan su forma de posicionarse en el mundo. Cada momento se encuentra articulado dentro de una serie de temporalidades dinámicas y socialmente determinadas. Para que el sistema conceptual reconozca la complejidad de este fenómeno, es necesario incorporar un referente teórico-metodológico que permita el análisis

de las distintas temporalidades. De manera que en esta investigación se apuesta por utilizar el enfoque de curso de vida.

Este enfoque centra su atención en investigar cómo los eventos históricos y los cambios económicos, demográficos, sociales y culturales configuran las vidas humanas, entrelazando las transformaciones sociales con los cambios biográficos. La perspectiva del curso de vida surge a partir de la integración de disciplinas como la sociología, la historia, la psicología y la demografía. Orientándose en estudiar los fenómenos desde una visión diacrónica de los mismos, donde se contemplan los procesos, contextos y múltiples niveles de interacción propios de las poblaciones a estudiar. Para lograr este cometido se privilegia la información longitudinal, sea ya desde una metodología prospectiva, centrada en el seguimiento de los individuos a lo largo del tiempo, o bien desde una metodología retrospectiva, centrada en la memoria de los participantes, así como en las reelaboraciones que hacen sobre su pasado (Elder, Krikpatrick & Crosnoe, 2003; Blanco, 2011).

La incorporación, y elección de la perspectiva del curso de vida como principal eje articulador del modelo conceptual creado, permite ubicar y dar seguimiento a los varones; visibilizando las condiciones que dieron génesis a sus identidades, significados, actividades y relaciones. Así como la progresión de estos elementos a lo largo del tiempo, comprendiendo de manera profunda cómo se han configurados sus vidas, o bien, en términos del enfoque, su curso de vida.

Objetivos y estructura de la investigación.

Axotlán es una comunidad rural ubicada en las afueras del municipio de Cuautitlán Izcalli, Estado de México. Dada su ubicación geográfica esta población experimentó de primera mano, junto con otros pueblos originarios de la región, la urbanización e industrialización de la zona norte del Valle de México. Proceso iniciado a finales de la década de 1950 con la llegada de los primeros centros industriales y carreteras federales, continuando hasta el día de hoy con la creación de centros logísticos y carreteras de cuota.

La transformación de casi seis décadas ha provocado que los hombres mayores de Axotlán experimenten transformaciones profundas en sus formas de ser varón. Siendo las primeras generaciones de hombres que en su juventud dejaron atrás el trabajo agrícola centrado en la cooperación grupal, para insertarse en la industria como obreros no calificados. El cambio generó nuevas actividades y significados asociados al trabajo, los cuales se unieron a los que ya existían y crearon nuevas identidades para los hombres. Aunque estas identidades siguieron un carácter tradicionalista y con contenidos de origen campesino, permitieron a los varones experimentar situaciones que previamente habían sido imposibles de realizar.

Ahora, ya envejecidos y retirados de sus centros de trabajo, los hombres mayores de Axotlán vuelven a experimentar otra transformación, debido a que las actividades y relaciones creadas a lo largo de la vida se han visto modificadas o reducidas. Esta condición los ha llevado a renegociar nuevamente sus identidades como varones, generando agradables oportunidades de cambio, o bien, malestares emocionales ante la imposibilidad de seguir viviendo de la misma manera que en el pasado.

Estudiar las experiencias de los hombres mayores de Axotlán otorga una oportunidad para documentar cómo es que los varones se construyen de cara a las transformaciones regionales a partir de su principal mandato masculino: el trabajo. Adicionalmente, abordar el tránsito de esta población a la vejez permite cuestionar tanto la forma en que los hombres dan sentido a ese momento de sus vidas, así como las oportunidades y desigualdades que surgen desde su condición de personas mayores.

Es así que el objetivo de la presente investigación consiste en analizar el lugar que ocupan las trayectorias de trabajo en el proceso de construcción de la identidad masculina, que han realizado dos generaciones de hombres mayores habitantes de la comunidad de Axotlán, Estado de México.

La investigación se encuentra estructurada en tres apartados. El primero de ellos comprende tres capítulos, donde se elabora el sistema conceptual diseñado para la comprensión del fenómeno, presentando también evidencia empírica para sustentar las afirmaciones realizadas. En el segundo apartado se presenta la estrategia técnico-metodológica desde la cual se ha recogido y dado sentido a la información recopilada. Finalmente, el tercer apartado abarca el análisis de resultados, así como una serie de

conclusiones y cuestionamientos generales para cerrar el texto. Para una mayor comprensión sobre la estructura del texto puede consultarse la “*estructura capitular del proyecto de investigación*”, ubicada en el apartado de anexos y señalizada en el índice temático.

Resta decir que el texto se encuentra escrito en una forma impersonal, siguiendo las normativas académicas. No obstante, existen párrafos y secciones del mismo que han sido redactados en primera persona de manera premeditada, debido a que no existe otra forma de explicar la situación, o bien, me encuentro comprometido directamente con las ideas propuestas. Así mismo, algunas partes de la investigación han sido escritas utilizando frases o posturas asociadas al género masculino. Este es un sesgo propio de mi género, y con ello no se busca excluir a las mujeres y personas de género fluido de hacer suyas las ideas expresadas. Pido a los lectores comprender mi postura como varón en este mundo, y las limitaciones que de ella emanan.

Primera Parte
Antecedentes teórico-metodológicos
y conceptuales

Capítulo 1.

Hacernos un curso de vida.

Revisión del enfoque teórico.

Las investigaciones centradas en comprender las formas de vivir la vejez y la masculinidad han tenido un crecimiento importante en México a lo largo de las últimas décadas, trayendo consigo un mayor entendimiento sobre poblaciones que tradicionalmente han sido poco consideradas por las ciencias sociales.

Frente a esta realidad, son realmente escasos los trabajos que analizan las formas de crear identidad a partir del cruce de ambos procesos, y casi inexistentes aquellos que enfocan su mirada en varones envejecidos del ámbito rural. De igual manera, son pocos los acercamientos llevados desde una visión de largo plazo, donde se contemple toda la vida de los varones, y no solo un momento de su existencia. Así como la relación que existe entre las transformaciones sociohistóricas con la configuración de las identidades genéricas en los varones.

Teniendo en cuenta que el fenómeno a analizar es sumamente complejo, y de carácter interdisciplinario, este primer capítulo tiene por objetivo establecer un sistema teórico-conceptual que permita abordar las relaciones existentes entre el proceso de construcción identitaria y la construcción del curso de vida. Para lograr dicho propósito resulta fundamental abordar distintos referentes de conocimiento provenientes de las ciencias sociales (como la psicología social crítica, la sociología del conocimiento, la teoría del curso de vida, la teoría de género, la sociología clínica, la antropología simbólica, etc.). Articulándolos dentro de un marco comprensivo lo bastante amplio para comprender las particularidades y el contexto donde se entrelazan ambos fenómenos.

1.1 Somos lo que hacemos.

El siguiente texto busca ahondar en la construcción identitaria de la vejez y la masculinidad a partir de un factor sumamente relevante en los hombres, a saber, el desarrollo de diferentes formas de trabajo a lo largo de la vida. Comprender dicho fenómeno implica una visión de largo plazo, que reconozca el factor contextual desde el cual los varones van construyendo su existencia. Es por ello que a través de un enfoque multireferencial, se articulan elementos de la perspectiva del curso de vida, el enfoque de género, la psicología social crítica, y la sociología del conocimiento.

He decidido utilizar en toda la investigación el término curso de vida, buscando replazar de manera explícita términos como “ciclo vital” o “ciclo de vida”. Dar preferencia al uso del término “curso de vida”, se debe a que considero que las vidas humanas son una creación de carácter socio-histórico. Las cuales además de poseer cierta orientación espacial, surgen y se desarrollan gracias a las relaciones interdependientes que existen entre la sociedad, la cultura, la psique, y la biología. Así mismo, esta noción permite reconocer que, aunque existen normatividades en torno a la construcción de las vidas humanas, las personas no tienen por qué experimentar las mismas normas y las mismas situaciones. Finalmente, es erróneo suponer que el análisis de las vidas humanas deba realizarse de manera individualizada, o bien, por secciones, dado que esa visión les despoja de su historicidad y su contexto (Giele & Elder, 1998; Dannefer, 2013).

Este trabajo hace suya la idea de distintos autores (Hockey & James, 2003; Berger & Luckman, 2003; Toledo, 2012) de concebir a la identidad como un proceso en constante construcción, el cual inicia desde los primeros días del curso de vida de las personas y finaliza hasta su muerte. Ahora bien, la característica central de dicho proceso consiste en que las personas puedan dar cuenta de sí mismas y del mundo en el que viven, al mismo tiempo que desarrollan cierta continuidad psíquica. Dicho de otro modo, el proceso de creación identitaria permite a las personas reconocerse frente a los cambios experimentados durante su curso de vida. Esta complicada relación muestra por un lado a un ser que nunca está completo, y un contexto social que lo precede y que da sentido a su existencia. En consecuencia, las personas siempre están creándose, buscando una imagen de sí mismas,

mientras se mantienen en constante interacción con las demás personas con las que habitan el mundo.

Aunado a lo anterior, Giménez (2016) menciona que el concepto de identidad no puede ser separado de la idea de cultura, debido a que las identidades solamente pueden gestarse a partir de la relación que los seres humanos establecen con su cultura o subculturas específicas. Es decir, las identidades surgen a partir de sistemas de significados y pautas colectivas de comportamiento que preceden a la existencia de las personas. Estos elementos son aprendidos a lo largo del curso de vida, a través de agentes socializadores y organizaciones formales e informales que fomentan su aprendizaje. Así mismo, tanto los sistemas de significado, las pautas de comportamiento, los agentes socializantes y las organizaciones son elementos que se encuentran incrustados dentro de temporalidades y territorialidades específicas que legitiman los procesos de socialización. Elementos que otorgan heterogeneidad y diversidad, así como sentido a las identidades que las personas construyen.

Siguiendo esta misma línea de pensamiento, González-Rey (1994) propone que la base del proceso identitario descansa en la relación entre lo individual (lo subjetivo) y lo social (lo objetivo); donde la subjetividad es permanentemente determinada en la vida social, y esta a su vez, es determinante de su desarrollo. Es dentro de la relación entre lo subjetivo y lo social que las personas se construyen a sí mismas, al mismo tiempo que actúan sobre su mundo, a través de las relaciones que establecen con los otros. Por otro lado, las condiciones socio históricas encausan y dan sentido el curso de vida de las personas, de igual manera que estructuran sus posibilidades de existencia, de continuidad y de cambio.

Toledo (2012) también imagina a la identidad como un proceso individual y colectivo, donde se constituye el sentido otorgado por las personas a las acciones que desempeñaron en diferentes situaciones sociales a lo largo de sus trayectorias vitales. Sí las acciones y las relaciones que las personas establecen son el material para el surgimiento de una identidad situada, la prolongación de las mismas a lo largo del tiempo y del espacio supone la creación de trayectorias identitarias, donde las personas se mantienen siendo “alguien” durante un momento y en un aspecto concreto de su curso de vida. De esta manera, la pregunta por la identidad no responde al ¿quién soy?, si no al ¿quién estoy siendo en un

momento y un contexto particular de mi existencia? El material para responder dicha pregunta se encuentra en la significación y resignificación de experiencias pasadas, que se hayan grabadas en el cuerpo y en la memoria psíquica, desde las cuales las personas se definen continuamente.

Por su cuenta Salguero (2008) considera erróneo el pensar en una identidad “única” que defina a las personas, y propone que es necesario pensar en la existencia de múltiples procesos identitarios situados en contextos y momentos históricos bien específicos, desde los cuales las personas se relacionan entre ellas. La autora no duda en considerar que las estructuras políticas, económicas, sociales y culturales contribuyen a configurar el conjunto de significaciones y representaciones desde donde los seres humanos crean sus identidades. Es decir, las personas y sus identidades responden a las configuraciones propias del momento histórico que habitan, siendo así que, ante una transformación social, las identidades se verán modificadas en mayor o menor medida.

Hasta este momento del texto se ha definido a la identidad como un proceso continuo de significación que sucede a lo largo del curso de vida, el cual ocurre gracias al paso del tiempo, y surge tanto de las acciones como de las relaciones que las personas establecen entre sí en contextos bien delimitados. No obstante, antes de continuar resulta oportuno realizar algunas aclaraciones. Las cuales tienen que ver con el uso constante de la noción de persona (o personas) dentro de la presente investigación, es decir, del por qué he elegido a las personas como constructoras de identidad.

Concuerdo con Hurtado (2009) cuando señala que la existencia de una persona solo se desarrolla en un espacio donde se encuentren más personas con quienes interactuar y relacionarse, así, somos la persona que somos gracias a otras personas:

Una persona es alguien que piensa, que razona, que habla, que toma decisiones, que realiza tareas, que tiene sentimientos, que tiene deseos, que imagina, que sueña, que se comunica con otras personas, que puede interpretarlas, vivir con ellas, colaborar con ellas, etc. (Hurtado, 2009; 33).

El autor también señala que los seres humanos no nacen siendo personas, sino que llegan a serlo a través de un proceso largo e ininterrumpido. De esta manera, ser una persona es un proceso constante a través del cual me convierto en alguien más al mismo tiempo que sigo siendo el mismo. Ahora bien, las personas no pueden ser pensadas sin la relación que establecen con sus cuerpos, siendo este el medio para experimentar el mundo cotidiano. Por ello, la experiencia corporal es un elemento sumamente relevante para el desarrollo de los procesos identitarios.

Es importante señalar que desde esta orientación el cuerpo no solo es construcción biológica, sino que también es construcción social. La construcción del cuerpo se realiza de manera contextual y situada, a partir de un modelo de referencia previamente establecido, el cual puede ser bien recibido o altamente cuestionado por cada persona. Dicho de otro modo, los cuerpos no se sustentan en un esencialismo, tampoco son pura agencia ya que no se crean a sí mismos, sino que al igual que las identidades son moldeados dentro de una cultura, desarrollando una historia propia. Esta es la razón del por qué no puede existir identidad sin cuerpo, ya todo proceso subjetivo incluye la experiencia corporal (Salinas, 1994; Martínez, 2004).

Dejando esto claro es necesario continuar con la construcción de la noción de persona, donde otras posturas (Méndez, 2015; Ramírez, 2015) consideran a los humanos como seres relacionales cimentados en el tiempo. Los cuales entran en contacto con el mundo que les rodea a partir de la creación de una postura ética que orienta su forma de ver la vida, así como el trato que darán a las demás personas. Este ser relacional tiene la capacidad de delimitar su vida, marcando un antes o un después, así como los eventos más relevantes de su existencia. Además de poder reflexionar sobre el alcance de sus actos, y el impacto que los actos de otras personas tienen en su existencia.

Por su parte Pérez-Campos (2014) también propone que el ser persona es un acontecer continuo e interminable, por el cual “nos convertimos en alguien dentro de un contexto y en un momento histórico específico”. En consecuencia, el autor supone que dicho concepto puede ser dividido en cuatro dimensiones para comprender el proceso de creación y transformación personal. Las dimensiones propuestas son:

1. **La persona es el nexo entre la acción, la emoción y la comprensión.** Es decir, las personas no solo se identifican a partir de lo que hacen, sino también en el modo en que están emocionalmente implicadas en sus acciones, así como en el conocimiento que generan a partir de dichas prácticas.
2. **La persona es producto de la dualidad yo-otros.** Por ello, un ser humano solo se convierte en “alguien” con la ayuda de los otros, a través de relaciones intersubjetivas incrustadas en las acciones cotidianas.
3. **La persona se sitúa en prácticas socioculturales y dentro de colectividades.** Las personas son el resultado inacabado de su inserción en múltiples contextos, desde donde generan identidades relacionadas con sus acciones, es decir, ser alguien frente a alguien más.
4. **La persona refleja la tensión entre lo que es y lo que puede/debe ser.** Las personas se mueven entre lo que han logrado ser, lo que socialmente se espera que sean, sus posibilidades y restricciones, y su deseo de elegir el continuar con su vida o ser alguien diferente a lo socialmente esperado.

Es factible pensar a las personas como participantes involucrados en situaciones reales y en relación directa con la estructura social. Aunque pueda suponerse que las personas no son nada sin su contexto de referencia, esto no implica que no puedan desvincularse de su identidad o sus contextos si así lo desean. Es decir, si bien se sitúan en locaciones particulares y posiciones sociales dentro de un contexto dado, también poseen la capacidad de moverse cotidianamente entre diferentes contextos y sus diferentes posiciones. De igual manera las personas también se mueven a lo largo del tiempo, manteniéndose dentro de sus contextos, o bien abandonándolos o vinculándose a otros; cambiando o conservando el lugar dentro de cada contexto dentro del cual participan (Dreier, 2009, 2011a, 2011b).

Los argumentos mostrados hasta el momento muestran que las personas cuentan por lo menos con dos características que les permiten habitar el mundo y crearse múltiples identidades. La primera de ellas tiene que ver con un proceso de desarrollo que ejecutan a lo largo de toda su vida. La segunda característica da cuenta de su capacidad de elección, la cual les permite el mantener o no una actividad, así como el continuar o abandonar un contexto.

Respecto primer punto, distintos autores (Elder, Kirkpatrick & Crosnoe, 2003; Lombardo & Krzemien, 2008; Blanco, 2011) resaltan la existencia de un proceso de desarrollo humano sumamente complejo, de carácter multidimensional y multidireccional donde se vinculan factores biológicos, sociales, psicológicos y culturales. Dicho proceso una vez que da inicio continúa realizándose de manera constante e ininterrumpida a lo largo de todo el curso de vida, es decir, desde el nacimiento y hasta la muerte. Dentro del mismo existen funciones psicológicas creadas a partir de contextos socio-culturales y momentos históricos, que brindan conocimientos específicos y habilidades prácticas indispensables para habitar el mundo que nos rodea. Ambos elementos permiten a las personas el dar cuenta de sí mismas, así como el establecer relaciones sociales y aprender de los contextos donde participan (Vigostsky, 1995; Mendoza, 2015)

De Gaulejac (2003; 2008) considera que el proceso de desarrollo humano refleja una relación irreductible entre lo psíquico y lo social, relación que permite el aprendizaje contextualizado. De esta manera, lo psíquico no puede ser explicado a partir de lo social, y viceversa, lo social no puede ser explicado a partir de lo psíquico. Sino que los procesos psicológicos son creados a partir de las condiciones sociales e históricas, así también, la preservación de los contextos y las estructuras sociales depende de la continuidad psíquica de sus integrantes. La persona es tanto productor como producto de un conocimiento que le es heredado, y desde el cual construye una identidad para asegurarse que sigue siendo ella a pesar del paso del tiempo.

Por otro lado, si las personas pueden dar cuenta de sí mismas, entonces tienen la capacidad de elegir. Situación que es posible gracias a su subjetividad (Baz, 2003; Larrosa, 2006; Guitart, 2008; Aquino, 2013), siendo esta un proceso psíquico donde las personas significan sus vivencias cotidianas. A partir de la transformación de vivencias en conocimiento, es decir, en experiencia, las personas valoran e interpretan aquello que los rodea. Después surge la consideración de mantener o modificar sus condiciones de vida, florece así la capacidad de agencia. Es necesario especificar que, si bien la agencia implica la capacidad de decisión, también implica las posibilidades y restricciones existentes para tomar dicha decisión. Toda agencia es situada y contingencial, responde a las circunstancias históricas y sociales de la existencia de las personas. Por ello, la agencia refleja una tensión

indisoluble entre los deseos de continuidad o cambio de las personas, así como las posibilidades y obstáculos que la estructura social ofrece. Dicho de otro modo, la capacidad de agencia implica pensar a las personas como agentes activos ante la influencia y las imposiciones sociales (Elder, Kirkpatrick & Crosnoe, 2003; Blanco, 2011; Mariluz, 2013).

1.1.1 Ser junto a los otros.

En la sección anterior se ha demostrado que la identidad es tanto un proceso subjetivo como colectivo. El cual surge de manera situada en un momento histórico específico, a partir de las acciones y relaciones que las personas establecen dentro de su curso de vida. Ahora toca el momento de comprender cómo es que la identidad surge a partir de las acciones cotidianas realizadas junto a los otros.

Por ello, a partir de este momento las acciones cotidianas son consideradas como “prácticas sociales”, donde se engloban actividades, emociones, pensamientos, sentimientos, es decir, todo aquello que hacen las personas a partir de una situación concreta. Esta postura permite comprender que las personas hacen lo que hacen por alguna razón y dentro de contextos específicos que dan sentido a sus acciones. Aunque las prácticas tengan un objetivo, esto no implica que las personas tengan que ser totalmente conscientes de lo que se busca, así como de los requerimientos y el alcance de sus acciones. Por tal motivo existen diferentes maneras para realizar una práctica social, sea ya a partir de la implicación directa en la misma, de manera indirecta, restringida o problemática (Dreier, 2011b).

Murcia, Jaimes & Gómez (2016) argumentan que las personas pasan gran parte de su tiempo realizando prácticas sociales en múltiples contextos. Sin embargo, las prácticas sociales no pueden considerarse como el mero hecho de realizar mecánicamente una actividad, ya que su ejecución va más allá del cumplimiento de una función o de un acuerdo social. Por el contrario, las prácticas sociales son una expresión personal, son creación y reconocimiento- socio-histórico, así como una manifestación ética, estética, comunicativa y política. En consecuencia, toda práctica social tiene un propósito y una fuerte carga simbólica que dota de sentido a lo que se hace, sentido creado históricamente por todos los participantes del contexto de donde surge dicha práctica. Dicho de otro modo, la realización de cualquier

práctica contribuye tanto a la génesis social de las personas, así como a la reproducción o transformación del contexto que ellas habitan.

Ambas condiciones, la génesis social de la persona, así como la reproducción y transformación del contexto, poseen características de particular interés para esta investigación, en las cuales es necesario reflexionar.

Respecto del primer punto, cada contexto les demanda a las personas que se comprometan con la realización de prácticas sociales específicas, que en ocasiones pueden ser sumamente problemáticas, o bien, coexistir de manera estable entre sí. Además, el contexto les proporciona restricciones y posibilidades de vida, desde una posición que da sentido a sus actividades. Una vez que las personas comienzan a realizar ciertas prácticas sociales, también reflexionan sobre las acciones que realizan, así como la posición que ocupan dentro de contexto; generando así una postura personal acerca de lo que hacen, desean y en lo que participan (Dreier, 2011b; Pérez-Campos, 2014).

El compromiso que la persona adquiere con su contexto no solo se enfoca a la reproducción o transformación de las condiciones sociales, sino que en también implica el aprendizaje y dominio del conocimiento que se produce dentro del mismo. Es decir, cuando una persona inicia su participación dentro de un contexto toma una posición inexperta, donde tendrá acceso y posterior aprendizaje de todos los saberes y artefactos culturales. Para ello, cada contexto posee estructuras de aprendizaje previamente establecidas y legitimadas, así como agentes socializantes para quien se inicia. Con el paso del tiempo, la participación constante y la acumulación de experiencia, la persona crea un saber práctico que la convierte en un referente de conocimiento. Todo el aprendizaje y experiencia acumulada dentro de un contexto permite que las personas puedan habitar dentro del mismo, y se inserten dentro de otros contextos. Es en este largo proceso que se crea una identidad relacionada directamente con lo que se hace, con lo que se sabe y con el lugar que se ocupa (Wenger, 2001; Berger & Luckman, 2003).

Bajo este modelo, las vidas humanas se interconectan a través de la inserción de las personas dentro de diferentes contextos, o bien, a partir del eslabonamiento de diferentes contextos entre sí.

Dentro de dicha postura es necesario explorar el impacto de las relaciones interpersonales. Aspecto donde múltiples autores (Giele & Elder, 1998; Hareven & De Gruyere, 1999; Blanco, 2011) concuerdan que no solo las prácticas sociales modifican las vidas humanas, sino que, el tipo de relaciones establecidas contribuyen a la modificación de la existencia. El peso simbólico y emocional que se acumula en las relaciones condiciona para bien o para mal la existencia de las personas inmersas en las mismas, así como aquellas que se hayan indirectamente vinculadas con dichas relaciones. Por ejemplo, la influencia que los agentes socializantes ejercen sobre sus aprendices para centrar su atención en ciertos temas y omitir otros, las demandas emocionales entre personas que han establecido vínculos afectivos profundos. O bien, los conflictos generados entre personas que realizan sus actividades a la par, repercuten directamente tanto en su presente como en su futuro. Dado que las relaciones se establecen en red, la modificación de las condiciones de vida de un integrante de dicha red, tendrá un impacto en mayor o menor medida a los otros miembros de la red, dependiendo del tipo de relación establecida con la persona afectada.

Por otro lado, es necesario especificar las particularidades que poseen los contextos para que las personas puedan aprender, desarrollarse y construirse una identidad situada a partir de la participación en prácticas sociales. En primer lugar, los contextos se desarrollan dentro de espacios y tiempos bien definidos, por lo que son el punto de enlace entre las personas y la estructura social a la que pertenecen. Es decir, a través de ellos la persona desarrolla su vida cotidiana desde una posición social específica que le otorga posibilidades, pero también restricciones. Desde otro aspecto, los contextos pueden considerarse como comunidades de sentido, donde existe un sistema de símbolos y significados de carácter intersubjetivo que sirven para aprender, reproducir o transformar la realidad. Aunque la estructura social condiciona en gran medida la existencia de las personas, es a través de los contextos que las mismas le dan sentido a su existencia (Geertz, 2006; Schutz & Luckman, 2009; Giménez, 2016).

Finalmente, existe el consenso (Wenger, 2001; Berger & Luckman, 2003; Dreier, 2011b) de considerar el carácter dinámico de los contextos. Ya que estos reaccionan ante los cambios históricos que sufre la estructura social, así como a las modificaciones de las relaciones y prácticas sociales que las personas realizan dentro de los mismos. Si bien el

acceso a cada contexto es de carácter exclusivo, a partir de la posición social y el momento de vida, es posible que la estructura del contexto se vea modificada para aumentar la exclusividad del mismo, o bien, para permitir que más personas puedan acceder a él. Ningún contexto está aislado del resto, sino que la totalidad de los contextos integran la estructura social, por ello, se encuentran conectados en red, siendo que algunos se encuentran más cercanos que otros. De esta manera, su coexistencia puede ser pacífica y cooperativa hasta cierto punto, o bien, ser totalmente conflictiva, existiendo situaciones en que sus integrantes busquen perjudicar al contexto que les genera problemas.

1.1.2 Ser a lo largo del tiempo.

Anteriormente se mencionó que los procesos identitarios se desarrollan gracias al paso del tiempo, es decir, las identidades que las personas llegan a construir dependen por completo de los cambios y continuidades que experimenten en su curso de vida. Así como de los cambios desarrollados dentro de sus contextos de referencia, y con el devenir que la estructura social pueda experimentar. Si bien las investigaciones sobre identidad han mostrado la importancia que tiene el paso del tiempo para la construcción identitaria, es necesario reconocer que dentro de las mismas no se profundiza en dicho punto.

Esto quizá se deba a la dificultad que implica visibilizar la existencia del complejo juego entre el tiempo individual de cada persona, así como con los tiempos contextuales e institucionales que se hayan dentro del tiempo social. Por lo tanto, es preciso clarificar cómo puede ser entendida la existencia del tiempo, y cómo es que se establece el juego entre los tiempos individuales y los tiempos colectivos. Así también, es sumamente necesario mencionar las imposiciones que el tiempo realiza dentro de la existencia social. Además de la manera en que el paso del tiempo permite la creación continua de una huella dentro de las personas, desde la cual se construyen y se reconstruyen sus identidades.

He de considerar al tiempo como una dimensión de la existencia humana, ya que mi vida solo tiene sentido dentro de un tiempo que siempre deviene, el cual, precede mi existencia y continuará después de mi muerte. De esta manera, el tiempo es la estructura esencial del mundo objetivo, ya que condiciona el desarrollo de cualquier práctica social y la

existencia de cualquier contexto; elementos que están siempre cronologizados a partir de un calendario o un reloj para marcar un inicio y un final. Así también, el tiempo demuestra la finitud y el limitado alcance que tenga cualquier curso de vida. Si bien como personas existimos dentro de un tiempo universal que opera por igual, no propongo concebir al tiempo como una banda lineal, donde el pasado queda detrás, las personas se encuentran caminando siempre en el ahora, mirando al futuro que siempre está adelante, a punto de llegar bajo la forma del progreso. Mejor aún, el pasado tiene que ser pensado como esos ámbitos de la existencia a los cuales solo es posible volver a través de la memoria, y que aún hoy condicionan mi vida. El presente como movimiento constante desde donde las personas están en el mundo y viven sus vidas. Finalmente, el futuro se establece como un abanico de posibilidades de existencia (Montero, 1987; Heidegger, 2015).

Otros autores (Schutz & Luckman, 2009; Sartre, 2017) previamente han considerado que es dentro del tiempo objetivo universal donde las cosas acontecen. Dicho acontecer es recuperado por las personas, para después significar sus vivencias de manera diversa dependiendo de la mirada que se tenga. Con ello, de este tiempo universal surgen temporalidades de carácter colectivo, las cuales tienen normatividades que son socialmente construidas y aprendidas; así como temporalidades subjetivas, que, a pesar de ser creadas de manera colectiva, son significadas de manera personal. Cada una de estas temporalidades tienen sus características propias y están íntimamente relacionadas, ambas dotan de historicidad al curso de vida de las personas. El paso del tiempo y su recuperación en las distintas temporalidades dejan una huella en la estructura social, en los contextos y la vida individual, a partir de la cual constantemente se resignifica su existencia.

Dentro de las temporalidades colectivas se encuentra una temporalidad de carácter estructural que compete a todas las personas de una sociedad, así como temporalidades contextuales, las cuales solo conciernen a las personas que integran contextos específicos. La temporalidad estructural puede verse reflejada en la existencia de relojes y calendarios sociales que las instituciones implementan para regular o restringir las posibilidades de vida de las personas. Es decir, si bien las personas tienen la capacidad de orientar su curso de vida, esta decisión está en parte condicionada al hecho de que la estructura social le impone un plan de vida. Los relojes y calendarios institucionales son creaciones sociales que garantizan

la organización y continuidad de la estructura social, pero no están exentos de sufrir modificaciones (Baars, 1997a, Whittington, 2014).

Los contextos tienen tanto una historia como un límite temporal para su existencia; el cual es variable y depende por entero de que la estructura social ofrezca condiciones que garanticen su subsistencia, y de que sus integrantes decidan seguir participando dentro de los mismos. Así también, la participación dentro los contextos es de carácter limitado, dicho de otro modo, las personas pasan solo una parte de su curso de vida dentro de ellos, y los contextos solo existen en ciertos momentos específicos del tiempo, dado que sus integrantes convienen los requerimientos temporales para participar en ellos. De esta manera, los contextos poseen horarios que aprender, cumplir y respetar, los cuales pueden coexistir de manera estable o ser perjudiciales para las normativas temporales impuestas por la estructura social. (Schutz & Luckman, 2009; Dreier, 2011a; Dreier, 2011b).

Finalmente, la temporalidad de las personas mezcla tanto elementos objetivos como elementos de orden subjetivo. En los elementos objetivos se encuentra la situación presente que experimenta la persona, su ahora, junto con el cumulo de todas esas situaciones cotidianas que yacen en su pasado. Además de los grandes cambios a nivel individual que modificaron la posición que tiene dentro del mundo, así como el significado que le otorga a su vida. Dentro de estos elementos es de suma importancia reconocer el impacto que tiene tanto en la biografía personal, como en las posibilidades futuras de existencia, el *momento justo* (timing) en que las personas experimentan situaciones que vendrán a modificar enormemente su existencia. El reconocimiento de dicho *momento justo* implica dar cuenta de la situación que la persona experimentaba en ese periodo de su vida, por ejemplo, su edad, su posición social, las actividades que realizaba, las relaciones que mantenía (Elder, Kirkpatrick & Crosnoe, 2003; Blanco, 2011).

El tiempo deja una huella de carácter objetivo en el curso de vida, la cual puede verse a partir infinidad de registros temporales que sirven como referente para ubicar la posición de las personas. Es decir, para formar parte de una estructura social, cualquier persona necesita demostrar que ha transitado a lo largo de diferentes contextos, en los cuales es posible buscar una huella de su actividad. Algunos registros tienen mayor validez que otros, y aquellos que otorgan las instituciones sociales tienen suficiente valor para probar que

la persona ha experimentado situaciones que la convierten experta en un tema. Así mismo, a través de estos registros las personas pueden tener acceso a ciertos recursos sociales, o bien, ser restringidos de los mismos.

También existen registros elaborados por las personas, los cuales, a pesar de no tener una validez oficial, poseen una fuerte carga subjetiva que los dota de sentido. Estos registros pueden ser materiales, como cartas, fotografías o videos, y también pueden desarrollar registros subjetivos, creados a lo largo del curso de vida, que son la base para las significaciones que las personas le dan a su existencia en general, y a sus identidades en particular.

Ciertos autores (De Gaulejac, 2008; Pérez-Campos, 2014) consideran que dichos registros se graban de manera imperceptible en las personas desde que comienzan a insertarse en sus contextos de referencia. En consecuencia, los registros se crean a partir de todos los aprendizajes sociales que surgen al realizar prácticas sociales y establecer relaciones interpersonales; estando siempre articulados y siendo solo divisibles de manera analítica. Es a través de ellos que la persona realiza valoraciones sobre la vida cotidiana y aprende a vivir en el mundo, generando una postura sobre lo que es, sobre lo que fue y sobre lo que puede ser.

Aunque los registros se encuentran siempre presentes, las personas no son del todo conscientes de como su existencia condiciona su vida. Sin embargo, todo registro creado tiene la capacidad de modificarse, es decir, este se actualiza conforme a que la persona tenga más experiencias en su haber. Es posible pensar que mientras más largo sea el curso de vida de una persona, sus registros se volverán más complejos. Por otro lado, la forma en como las personas valoran sus registros también se verá modificada conforme su curso de vida avanza, existiendo así la posibilidad de resignificar el pasado.

En esta investigación he de considerar la existencia de cuatro registros subjetivos: el registro emocional, el registro corporal, el registro relacional y el registro intelectual. Dentro del registro emocional se ubican los aprendizajes emocionales que la persona posee, es decir, la forma en cómo tiene que expresar u ocultar sus emociones, que emociones priorizar sobre otras, en que momento mostrarlas, etc. El registro corporal guarda todos los conocimientos relacionados con la experiencia corporal de la persona. Por lo que en él se

encuentra grabadas las formas en que se usa el cuerpo para habitar el mundo. Además de la explotación de sus fortalezas, el reconocimiento u ocultamiento de debilidades, el desarrollo de excesos, y la implementación de restricciones.

En el registro relacional se sitúan todos los aprendizajes afines a la forma en como la persona se relaciona con las demás, la capacidad para ejercer relaciones estables, violentas o dependientes. Adicionalmente se encuentra el establecimiento de relaciones a partir de ciertos criterios de selección, el talento para crear o solucionar conflictos, la creación de redes de convivencia, así como el grado de implicación que la persona puede tener dentro una relación. Finalmente, el registro intelectual guarda todo ese saber contextualizado que la persona ha acumulado a lo largo de su vida. Donde se incluyen sus habilidades físicas e intelectuales para realizar ciertas prácticas sociales, así como los conocimientos sobre cómo moverse dentro de un contexto dado.



Imagen 1: Conexión entre los registros subjetivos.

Los cuatro registros subjetivos surgidos de las experiencias propias del curso de vida son de carácter interdependiente. Por lo que el análisis de alguno de ellos tiene que ser realizado en relación directa con los otros, en caso contrario se deshecha la complejidad que los rodea.

Hasta el momento, el análisis de las temporalidades ha demostrado ser una fuente de conocimiento para la comprensión de los procesos donde se construyen las vidas humanas, y particularmente, del proceso de construcción identitaria. Sin embargo, para realizar dicha tarea es necesario conocer la historia de la temporalidad estructural, así como de las temporalidades contextuales y la temporalidad biográfica. También es necesario el conocer la historia de las relaciones que las tres temporalidades establecen, visibilizando las particularidades y los rasgos normativos. Si bien las tres temporalidades se crean de forma interdependiente, es necesario aclarar que el análisis del tiempo estructural otorga datos sobre los tiempos contextuales y biográficos, pero no puede explicarlos por completo. Es decir, aunque las tres temporalidades están enlazadas, cada una posee cierta autonomía y auto-determinación para crear su propia historia.

1.2 ¿Qué sabemos sobre el “curso de vida”?

Al inicio de este capítulo se mencionó que era necesario dejar de lado nociones como ciclo vital o ciclo de vida, ampliamente utilizadas dentro de los estudios de la psicología del desarrollo. Si bien a partir de estos conceptos se ha generado mucha evidencia empírica, lo cierto es que ambas presentan limitantes para el estudio de la identidad de género en hombres mayores. Dichos conceptos dejan de lado la relación entre el desarrollo de las vidas humanas y el contexto en el que se desarrollan. En consecuencia, es necesario apostar por una visión integrativa de los fenómenos, orientando este trabajo desde la perspectiva del curso de vida. Aunque después de realizar esta explicación sigue persistiendo la duda ¿qué es el curso de vida?

Para resolver esta pregunta, Lynch (2015) señala que la expresión curso de vida posee dos dimensiones, la primera de ellas designa al modelo de curriculum socio-históricamente determinado que organiza el movimiento social en la vida de las personas, estableciendo tanto cambios como continuidades. Por otro lado, encontramos una dimensión específicamente biográfica, donde se reúnen el conjunto de trayectorias más o menos entrelazadas y relacionadas con los diferentes contextos en los que se desenvuelve la existencia individual. Es decir, el curso de vida supone un conjunto de modelos socioculturales que además de organizar la vida de los individuos dentro de un momento

histórico específico, también articula un conjunto de representaciones y significaciones que una cultura asocia al desarrollo de las vidas humanas. Así, cada curso de vida individual está integrado por cierto número de momentos secuenciados, los cuales, suponen una organización específica de la vida, de las prácticas sociales y las relaciones humanas.

Algunos autores (Giele & Elder, 1998; Ulrich, 2009) consideran que, si bien la expresión de curso de vida refiere a una secuencia de eventos socialmente definidos y de roles que las personas representan a lo largo del tiempo; las secuencias de los eventos no tienen por qué ser inmutables en todos los casos. Es decir, aunque socialmente exista un plan de vida para las personas que habitan una sociedad y en un momento histórico específico, estos planes se ven permeados por eventos impredecibles. Además de elementos que condicionan la existencia, por ejemplo, la ubicación geográfica, los vínculos sociales establecidos, el género, el nivel económico, etc. Por otro lado, los cursos de vida socialmente estructurados pueden transformarse a partir de la capacidad de las personas, así como por las variaciones en *el momento justo* (timing) en que se presentan eventos transformadores a nivel biográfico.

Dentro de las sociedades de occidente el curso de vida es representado por tres etapas, las cuales pueden tener cierta variabilidad en su aparición y desarrollo, ellas son: niñez, adultez y vejez. Aunque en últimas décadas han surgido nuevas categorizaciones, como la juventud y la vejez avanzada. Nociones que tiene su raíz en el aumento en la esperanza de vida de los seres humanos, las transformaciones demográficas a nivel mundial, así como las modificaciones para el ingreso y permanencia en el mercado laboral. Todos estos patrones de graduación por edad son fomentados por las instituciones, regulando la duración de cada etapa. Así como las prácticas sociales específicas para cada una de ellas, y los criterios de transición de una etapa a la otra (Hockey & James, 2003; Elder, Kirkpatrick & Crosnoe, 2003).

Ante esta situación, Kohli (2007) considera que es válido pensar que el curso de vida está constantemente sometido a un proceso de institucionalización en sus formas de organización. Es decir, el curso de vida se encuentra subordinado a una serie de programas institucionales para regular el movimiento de las personas a través de la vida. En términos de una secuencia de posiciones a ocupar, las cuales organizan las experiencias y los planes a

futuro. Es importante mencionar que las regulaciones pueden ser dadas a partir de reglas informales y creencias, o a través de formalidades y normas jurídicas. Así como pueden ser implementadas estructuralmente en sistemas organizacionales (como la educación o la seguridad social). Aun con este extenso programa para regular la vida de las personas, es innegable la existencia de una fuerte tensión entre el curso de vida institucionalizado y las pautas biográficas, expresadas como decisiones individuales en la existencia de las personas.

De esta manera, no existe ningún curso de vida puramente institucionalizado, donde las personas siempre acepten incuestionablemente las pautas que la sociedad establece para ellas. Así también, no existe ningún curso de vida basado puramente en las decisiones hechas por las personas. Entonces, existen cursos de vida donde las personas combinan las normativas estructurales con sus decisiones personales. A través de grandes decisiones que modifican a largo plazo la vida de las personas, así como a partir de pequeñas decisiones que pudieran pasar por desapercibidas por las demás, pero que impactan de manera directa en la vida cotidiana.

Dicho todo lo anterior, es necesario desarrollar tres ideas: 1) los condicionantes sociales que contribuyen a configurar los cursos de vida; 2) el proceso de institucionalización al que los cursos de vida son sometidos; y 3) los elementos para la comprensión de los cursos de vida a nivel individual.

1.3 Condicionantes sociales del curso de vida.

Este apartado profundiza en aquellas condiciones sociales que contribuyen a estructurar secuencialmente el curso de vida individual, así como a brindarle una orientación específica, a la cual solo pueden acceder aquellas personas que comparten rasgos similares en su existencia. Con ello, es prioritario explicar el papel que juega el momento histórico, la edad, el género y la clase social dentro de la estructuración social del curso de vida. Esta decisión no busca restar importancia a otros condicionantes sociales, como la etnicidad, la existencia de alguna discapacidad, o la ubicación geográfica que ocupan las personas (aspecto que se aborda en capítulos subsecuentes). No obstante, dado el objetivo de analizar el proceso de construcción de la identidad masculina, se consideran que estos cuatro condicionantes

sociales tienen un papel decisivo para comprender la configuración identitaria desde un nivel estructural y desde el aspecto biográfico.

Es necesario hacer ciertas aclaraciones sobre los condicionantes sociales. La primera de ellas tiene que ver con el carácter relacional de cada condicionante, por ello, cualquier condicionante social del curso de vida debe de ser pensado en relación directa con otros condicionantes. La segunda aclaración radica en el carácter precedente de los condicionantes, es decir, las personas no deciden la forma en como han de incorporarse a su existencia determinado tipo de condicionante. Aunque si pueden decidir, en cierta manera, la forma en como los condicionantes operan en sus vidas. Por ejemplo, una persona no puede decidir el momento histórico en el que ha de nacer o la diferenciación genérica que le fue impuesta en su nacimiento. Pero si puede manipular los imperativos sociales que cada condicionante le impone, como oponerse a ciertos mandatos de género para hacerlos más acordes con sus planes de vida, o enfrentarse a las normas de edad que la sociedad impone para que las personas se retiren del mundo laboral.

Esta afirmación permite imaginar que ciertos condicionantes sociales si pueden llegar a ser modificados, otros no, y que la modificación de los mismos supone un alto grado de dificultad, siendo en ocasiones un esfuerzo permanente durante gran parte de la vida. La modificación de los condicionantes supone que las personas tomen consciencia del influjo que estos tienen dentro de sus vidas, así como los costos que pueden implicar el modificarlos.

Al respecto Bourdieu (2001) considera que, la riqueza de abordar los condicionantes sociales radica no solamente en observar una serie de condiciones compartidas y posibilidades de existencia para un amplio grupo de personas que ocupan una posición similar dentro de una sociedad dada en un momento dado. Sino que cada condición social, al fijar a las personas dentro de una posición, crea un punto de vista particular. Una visión subjetiva parcial, pero que al mismo tiempo puede ser considerada como un panorama general. Cada condicionante social aporta elementos para las construcciones identitarias, las cuales también son un reflejo de las configuraciones que pueden adoptar las sociedades en un momento histórico específico.

1.3.1 El tiempo histórico y el tiempo individual.

El primero de los condicionantes es el papel que juega el momento histórico dentro de la configuración del curso de vida. Distintos autores (Hareven & Masaoka, 1988; Lalive, Bickel, Cavalli & Spini, 2011) señalan cómo los grandes cambios históricos modifican las construcciones culturales del curso de vida. Es decir, los significados colectivos atribuidos a realizar ciertas prácticas sociales se van transformando con el paso del tiempo, y los cursos de vida que hoy son altamente deseables, pueden no serlo en el futuro. De esta manera, las normativas de la vida se modifican diferencialmente, a veces de manera drástica, y en ocasiones muy paulatinamente. Por ello, si los cursos de vida que las personas pueden experimentar varían dependiendo de las condiciones históricas, es necesario agrupar a las personas que vivieron los mismos sucesos históricos, o bien, que se sometieron a los mismos modelos del curso de vida.

Para lograr lo anterior, he decidido tomar de la sociodemográfica el concepto de cohorte, para así nombrar al conjunto de personas que comparte simultáneamente la experiencia de vivir un evento similar dentro de un mismo periodo histórico. Una de las características principales de las cohortes es que este conjunto de personas se mueve conjuntamente a lo largo de la historia, compartiendo la posibilidad de sumar más experiencias compartidas envejecen. Dicha situación puede suponer la existencia de cierta similitud entre sus miembros, pero vale la pena señalar que las cohortes no son homogéneas, ya que sus integrantes no están expuestos de manera uniforme a los cambios sociales. Dentro de estos grupos existen subgrupos donde pueden apreciarse las variaciones intra cohorte, dependiendo ya sea del género, la raza, la clase social, etc. (Blanco & Pacheco, 2003; Pacheco y Blanco, 2005).

Baars (1997b) considera que para comprender a profundidad la creación y avance de las cohortes a lo largo del tiempo, se debe considerar que estas se encuentren involucradas directamente con un periodo histórico y con contexto socio económico y cultural específico. Así también, los integrantes de una cohorte poseen un género, una composición genética particular, así como elecciones y creencias personales. En consecuencia, cada cohorte posee una identidad propia, la cual le otorga cierta originalidad, al mismo tiempo que sirve como

elemento fundamental para ubicar las semejanzas y diferencias que presentan entre sí, tanto las cohortes en general, como sus integrantes en particular.

Una de las cohortes que llaman particularmente la atención es aquella que se define por ubicar el nacimiento de todos sus miembros dentro de un mismo momento histórico. Elder, Kirkpatrick & Crosnoe (2003), así como Lynch (2017) consideran que el uso del concepto de generación, o cohorte de nacimiento, permite ubicar y agrupar a aquellas personas que comparten la característica de nacer dentro de un mismo periodo. Con lo cual, al localizar el nacimiento de las personas es posible enlazar sus cursos de vida, así como vincular el tiempo individual de cada miembro con el tiempo histórico. Pensar la existencia de múltiples generaciones permite dar cuenta de la diversidad de configuraciones que los cursos de vida van experimentando.

La generación, al ser definida por un anclaje común de sus integrantes en el tiempo histórico, tiene la capacidad de crear un espacio propio dentro de los procesos sociales que suceden con el paso del tiempo. Esta localización limita a las personas a vivir una gama determinada de experiencias posibles, generando tanto un tipo de exclusión de los integrantes de la generación a vivir experiencias del pasado y del futuro. Así también, se genera cierta exclusividad en la vivencia de ciertos eventos, que son únicamente vivenciables por una generación. Por otro lado, las generaciones tienen la capacidad de desarrollar una cultura compartida. La cual se crea no solo por el hecho de que sus integrantes hayan vivido los mismos sucesos históricos, sino también, por el desarrollo de prácticas y significados sociales específicos que solo tienen sentido dentro una generación en particular (Neugarten & Danan, 1973; Lalive, Bickel, Cavalli & Spini, 2011).

Ahora bien, el siguiente condicionante social del curso de vida es la edad. La cual, está íntimamente ligada al concepto de generación, y además de ser un indicador del desarrollo humano, también posiciona a las personas dentro de la estructura social, dándole estatus y reglas. Esto sucede debido a dos factores, por un lado, las personas envejecen a lo largo de todo su curso de vida. Transitando así por diferentes etapas donde existen de relojes y calendarios sociales que señalan los momentos para realizar actividades específicas. Dicho de otra manera, dado que todas las personas envejecen, es imposible mantener la misma posición social asociada a la edad. De manera paralela al proceso de envejecimiento, las

sociedades crean distinciones de edad, que se expresan en derechos, responsabilidades y posibilidades de acción dependiendo de la edad de cada persona. Adicionalmente, la edad también permea la forma en como las personas establecen relaciones sociales, priorizando en ocasiones la creación de relaciones con personas que poseen edades similares (Neugarten & Neugarten, 1987; Mariluz, 2013).

Diversos autores (Riley, Foner & Riley, 1999; Dannefer, Uhlenber, Foner & Abeles, 2005) también proponen que la edad individual va más allá de ser una propiedad de las personas, considerándola como una propiedad de los sistemas sociales. Las sociedades crean posiciones a ocupar solo si las personas cumplen con el criterio de edad previamente establecido. Aunado a ello, las posiciones generan significados y prácticas sociales que las personas van interiorizando de manera paulatina. La creación social de posiciones por edad también fomenta la discriminación y segregación en ciertos grupos de edad, entre ellos, los que integran las personas mayores, ya que este tipo de organización les impide acceder a prácticas sociales específicas, o gozar de ciertos beneficios existentes en etapa previas.

Ante esta situación, Jockey & James (2003) sugieren que las sociedades occidentales han creado estratificaciones a partir de las edades. Es decir, algunos aspectos de la estructura social solo están disponibles cuando las personas poseen cierta edad, y el acceso a un estrato supone la imposibilidad de acceder a otros. La estratificación social por edad también implica que los espacios sociales se vean restringidos para su uso a partir de edades específicas. La violación de las normas de edad implica la ejecución de sanciones, que pueden ser ejecutadas por las instituciones, o bien, de manera informal por las personas al ver como algo negativo la transgresión de las reglas. El conjunto de normativas asociadas a la edad es aprendido por medio de socializaciones, donde se normaliza el acceso a experiencias específicas, solo si se cumplen con criterios de edad específicos (Neugarten, 1979).

Otra característica que ubica a la edad como un condicionante del curso de vida, es la posibilidad que tienen las personas para generar una identidad basada en sus años de vida. Kaufman & Elder (2002) sugieren que dicha identidad se forma a partir de una evaluación subjetiva que la persona hace de su edad, de la edad que considera que los otros ven en la persona, así como de las experiencias individuales e históricas acumuladas. De este modo,

las identidades basadas en la edad se modifican a lo largo de la vida, dado que las personas van aumentando el número de años vividos. Una característica particular es que las personas llegan a desvincular su edad real con su identidad basada en la edad. Es decir, las personas pueden sentirse “más jóvenes” o “más viejas” en relación con su edad cronológica. Lo cual es producido a partir de la comparación que hacen con las condiciones de existencia que observan en personas de edades similares.

1.3.2 El género.

El siguiente condicionante social a comprender es el género, definido por Lamas (2000) como un conjunto de ideas, prácticas y prescripciones sociales que una cultura desarrolla desde la diferencia anatómica existente entre hombres y mujeres. Siendo así que se simboliza y construye socialmente lo que es propio de los hombres (lo masculino) y de las mujeres (lo femenino). Dicha segmentación cultural direcciona la división del trabajo, las prácticas rituales, el ejercicio del poder, otorgando características específicas para cada género en materia de moral y afectividad. Así la cultura marca a los sexos con el género y el género se imprime en la percepción del mundo, en lo social, lo político, lo religioso y lo cotidiano.

Por su parte Salguero (2008) también concibe al género como un sistema de organización social que implica una construcción de carácter sociohistórico, una diferencia surgida de las características anatómicas de los seres humanos. Así mismo, el género posee un carácter relacional que permite reconocer diferencias dentro de la estructura social, haciendo posible comprender los significados socioculturales que adquieren los modelos de vida masculinos y femeninos. La categoría de género integra los factores biológicos, psicológicos, sociales y culturales dentro de un sistema unitario de análisis que permite comprender las características que definen genéricamente a las personas, así como a los discursos sociales que se generan en relación con lo masculino y lo femenino.

Gómez (2009) aporta más elementos a la discusión, al señalar que el género posee tres dimensiones básicas, las cuales se encuentran interrelacionadas y acopladas en las prácticas sociales que las personas realizan dentro de su vida cotidiana:

1. **El género se corporifica en cuerpos concretos que se modelan social y subjetivamente:** a través de la introyección de diferentes modos corporales que funcionan cotidianamente de forma implícita y silenciosa.
2. **El género se espacializa en la producción social de espacios y lugares asignados a hombres y mujeres:** a partir de su inscripción objetiva en la estructura social, la cual se expresa a partir de los usos diferenciales de los espacios y de la forma en que hombres y mujeres se apropian de los mismos.
3. **El género se simboliza a partir de discursos y representaciones sobre lo masculino y lo femenino:** desde el uso de esquemas de género y categorías lingüísticas: a partir de manifestaciones en el lenguaje, la creación de ideologías e identidades en torno al género.

Es importante aclarar que las distinciones asociadas con cada género se modifican con el paso del tiempo. Además, existe una gran diversidad de cosmovisiones en torno a lo que socialmente se asume como lo propio de las mujeres y lo propio de los hombres, por lo cual es incorrecto pensar al género únicamente como un sistema unitario de diferenciación binaria. El género adscribe a las personas en grupos bio-socio-psico-culturales genéricos, así también, ofrece condiciones de vida predeterminadas que estructuran posibilidades de existencia para cada persona. Las cosmovisiones en torno al género son indispensables en la construcción de la identidad de cada persona, ya que las representaciones del orden genérico del mundo, así como los estereotipos sociales y sus normas, contribuyen en la configuración subjetiva a nivel individual (Lagarde, 1996).

De Barbieri (1993) sugiere que este modelo de pensamiento permitió superar las concepciones esencialistas y universales donde se agrupaban nociones estáticas de “el hombre y la mujer”. Es necesario pensar de manera plural, en hombres y mujeres que se ubican en momentos históricos específicos, así como en situaciones sociales y culturales que son necesarias de explicitar, entre ellas, el momento exacto de su curso de vida. Esto resulta sumamente relevante, puesto que, en las sociedades de occidente el mayor peso simbólico de lo que significa ser hombre y ser mujer recae en los momentos asociados a la vida reproductiva y familiar. Con ello, lo socialmente considerado como femenino estará centrado en desarrollar los papeles de esposa, madre y ama de casa; mientras lo socialmente

considerado como masculino se orienta hacia los papeles de esposo, padre, jefe de familia y sostén económico del hogar. Ambos proyectos del curso de vida son asignados en el momento después del parto, cuando la revisión de los órganos sexuales confirma la existencia de “un niño” o “una niña, que iniciara un largo proceso para convertirse en hombre o mujer.

A partir de los argumentos anteriores es posible evidenciar la existencia de un sistema de dominación entre los géneros, sustentado históricamente por la mayoritaria vinculación que los varones han tenido con el mundo público, así como por las relaciones comerciales y el desarrollo de la política. Dicho sistema de normatividades ha favorecido a los hombres, otorgando beneficios hacia un amplio sector de los mismos. A la par, se han producido relaciones de dominación, así como discriminación y desigualdad que limitan en gran medida la vida de las mujeres. Sin embargo, este sistema de dominación se articula en relación con otros condicionantes sociales, por lo que a partir de cada sociedad y momento histórico existirán situaciones diferenciadas, aunque vinculadas entre sí (De Barbieri, 1993; Toro-Alfonso, 2007; Izquierdo, 2010).

Dentro de todo este fenómeno, son las instituciones quienes a lo largo de la historia han sido las responsables de socializar, reproducir y proteger este modo de relación entre hombres y mujeres. Estableciendo diferentes regulaciones y normatividades altamente coercitivas para asegurar que se cumplan las expectativas respecto de lo que tienen que hacer los hombres y las mujeres dentro una sociedad dada. De igual manera, existe un esfuerzo constante por naturalizar las relaciones de dominación, así como las desigualdades entre los géneros. Buscando deslegitimar aquellas iniciativas personales o colectivas que ponen en tela de juicio sus fundamentos estructurales (Butler, 2006; Izquierdo, 2010).

Dejando esto claro, Lagarde (1996) piensa que las personas, al ser socializadas durante todo su curso de vida con dichos modelos genéricos, paulatinamente van asumiendo como suyas las expectativas, normatividades y regulaciones existentes en las cosmovisiones de género con las que han tenido contacto. Siendo así que una persona puede albergar multiplicidad de cosmovisiones sobre el género dentro de sí misma, algunas siendo sumamente contradictorias entre sí. En consecuencia, el género se convierte en parte estructurante y contenido de la identidad de cada persona. Aspecto que se van actualizando y enriqueciendo conforme las personas van desarrollando sus cursos de vida. Por lo que es

posible hablar de una identidad cuyo fundamento radica en la forma en que las personas experimentan su género.

Este tipo de identidad situada ha sido nombrada como identidad de género. La cual se presenta como un proceso dentro la vida de las personas, donde se incorporan las maneras en cómo estas se definen desde su aprendizaje y encarnación del género. Así como desde su experiencia subjetiva de pertenecer a un género específico y su actuar en el mundo desde esta posición. En dicho proceso se integran las concepciones que las personas tienen de sí mismas y de los grupos a los que pertenece, como también de “las otras personas” y de sus respectivos grupos y géneros, confiriendo un sentido de pertenencia y posición en la estructura social (Salguero, 2008).

1.3.3 La clase social.

El último condicionante del curso de vida a abordar es la clase social, dejando de lado aquellas concepciones esencialistas sobre clases sociales que fijan a las personas en una postura estática, únicamente a partir de los recursos económicos que poseen. Es decir, resulta imprescindible pensar que las clases sociales trascienden el aspecto económico, teniendo configuraciones particulares que también se van modificando a lo largo del tiempo.

Por ello, los planteamientos de Bourdieu (2001) son pertinentes al considerar que las clases sociales no son grupos homogeneizados, diferenciados solamente desde un punto de vista puramente económico. Para dar cuenta de alguna clase social, es necesario tomar en cuenta el capital económico, cultural, social y simbólico del cual disponen. Así como las formas de ocupar los espacios, las prácticas sociales y los hábitos que cada clase va construyendo a lo largo del tiempo. Es posible considerar que una clase social está compuesta por un conjunto de personas que, por el hecho de ocupar posiciones similares en el espacio social, están sujetas a condiciones similares de existencia y a desarrollar prácticas sociales similares. Aspectos como la composición del capital mismo, y las trayectorias desarrolladas por cada clase social permiten determinar las posiciones sociales que ocupa cada clase.

En consecuencia, las clases sociales desarrollan una configuración relacional propia de la posición ocupada, así como de los capitales que disponen las personas, y la herencia social. Dicho de otro modo, poseen trayectorias y capitales específicos, así como aspectos de orden objetivo (bienes), aspectos subjetivos (consciencia-sentido), prácticas (formas de movilización) y un aspecto diacrónico (trayectorias). En toda esta compleja red de relaciones, la categoría ocupacional pareciera ser el indicador de clase por excelencia, aunque siempre debe de ser abordado en relación con otros indicadores dentro de dicha clase social (Alvárez-Souza, 1996).

1.4 Institucionalización del curso de vida en las sociedades de occidente.

Una vez concluido el abordaje de los condicionantes sociales del curso de vida, corresponde el turno explicar cómo es que estos condicionantes se organizan y vinculan dentro de cursos de vida pre-establecidos en las sociedades de occidente.

Kohli (1986; 2007) considera que la institucionalización del curso de vida es una forma en que las sociedades de occidente procesan a las personas dentro de la estructura social, articulando sus acciones dentro de la misma. Dichas regulaciones surgen desde programas previamente institucionalizados, extendiéndose a dominios específicos de la vida; con el objetivo de establecer patrones de comportamiento a partir de experimentar eventos concretos y previamente establecidos. Es decir, las vidas humanas se estructuran para ser vividas a partir de carreras o caminos a seguir, que condicionan y regulan las acciones de las personas. Los programas institucionalizados del curso de vida también pueden ser considerados como estructuras simbólicas. Las cuales han convertido a la edad en una característica estructural de las sociedades, estandarizando y cronologizando los cursos de vida que integran una sociedad específica.

Por su parte Baars (1997b) propone que el proceso de institucionalización del curso de vida se desarrolla por el predominio de categorías sistémicas, como reglas burocráticas o restricciones presupuestarias sobre las acciones cotidianas. En consecuencia, existen regularidades tanto en las prácticas sociales, así como en las expectativas, aspiraciones y regulaciones en la vida de las personas. Algunos ejemplos de lo anterior son visibles en la

concepción social de vincular a la mortalidad con la última etapa de la vida, la llegada y normalización de la familia nuclear, o la introducción de límites formales de edad en la realización de trámites burocráticos. Adicionalmente, es posible dar cuenta de una planeación meticulosa de la vida individual, producto de la preferencia de una identidad centrada en los logros individuales en vez de una identidad personal centrada en los ámbitos colectivos y compartidos (Pries, 1996).

Es importante señalar que el proceso de institucionalización del curso de vida que desarrollan las sociedades de occidente no está únicamente centrado en el posicionamiento social de las personas a partir de su edad. Sino que, los condicionantes sociales de las personas, como el género, la clase social o la ubicación geográfica ofrecen heterogeneidad en la estructuración social de los cursos de vida. Los programas de institucionalización poseen cierto grado de variación dependiendo de la forma en cómo se combinan las condiciones sociales de cada persona, sin que esto suponga una transgresión de las normativas. Siendo así que existe un amplio número de programas institucionales, que, si bien poseen algunas reglas comunes entre sí, solo son aplicables para grupos específicos de personas que poseen condiciones sociales similares. Dicho de otro modo, los condicionantes sociales contribuyen a matizar los caminos socialmente trazados que las personas han de transitar (Lynch, 2015; 2017).

Esta situación es de suma importancia en el momento de hablar sobre las posibilidades y restricciones que los cursos de vida ofrecen. Ferraro & Shippe (2009) consideran que ciertos cursos sociales son estructurados de tal manera que fomentan la acumulación de desigualdades entre las personas. Los autores proponen que los sistemas sociales generan inequidad, la cual se manifiesta a lo largo de la vida a través de procesos demográficos y del desarrollo. El surgimiento de inequidades no puede ser pensado como el resultado de las elecciones y acciones individuales, sino que son estructuralmente generadas y en ocasiones preexistentes a la vida de las personas. Adicionalmente, existen tanto ventajas como desventajas sociales, las cuales refieren a las posiciones sociales que ocupan las personas en una jerarquía. Ambas condiciones pueden extenderse a lo largo del tiempo, modificando los cursos de vida de manera positiva o negativa. En otras palabras, los cursos

de vida van a matizarse por la acumulación de los riesgos provenientes de las desventajas, los recursos generados a partir de las ventajas y la agencia que poseen las personas.

Resulta importante encuadrar dentro de un marco temporal el surgimiento de los programas de institucionalización del curso de vida, ya que la cronologización de las actividades, así como la estructuración de los condicionantes sociales responden a un momento histórico específico. Kohli (1986) distingue que el surgimiento de los procesos de institucionalización surge a la par que las sociedades de occidente dejaban atrás sus economías de corte doméstico, para adecuarse a las economías industriales basadas en las labores asalariadas. Este proceso se llevó a cabo durante gran parte del siglo XX, aunque existieron variaciones regionales y temporales tanto en la estructuración de las normas por edad, como en la transición al régimen industrial moderno. La vida asalariada dentro de un mercado laboral institucionalizado trajo consigo la creación de políticas públicas específicas para regular las normas de entrada y salida dentro del mundo laboral.

Así, durante el inicio y mediados del siglo pasado, gran parte de la institucionalización del curso de vida estuvo moldeada desde el trabajo asalariado como eje rector de las vidas humanas. El curso de vida se estructuró en tres grandes momentos, cada uno con un objetivo específico: 1) niñez, un primer momento donde las personas se preparan arduamente para desarrollar las habilidades y conocimientos necesarios para la vida laboral; 2) adultez, momento para la completa inserción dentro del mundo laboral donde se prioriza la producción; y 3) vejez, momento para el retiro de las actividades productivas. No obstante, no todas las personas podían acceder a este modelo biográfico, siendo mayoritariamente aquellos varones que podían desplazarse hasta los centros de producción. Las mujeres, por otro lado, tuvieron asignado un curso de vida fuera del mundo laboral, salvo excepciones regionales o individuales, centrándose en el cuidado del hogar y la crianza de los hijos (Kohli, 2007; Lalive, Bickel, Cavalli & Spini, 2011).

Guillemard (2005) considera que durante este periodo el tiempo social era homogéneo y unificado, quedando subordinado a un ritmo de trabajo continuo. De este modo, el tiempo usado para el trabajo se sincronizaba con el tiempo biográfico de las personas, lo que posibilitaba la formación de carreras dentro del mercado laboral. En los varones la entrada a la adultez se sincronizaba con el acceso al mercado de trabajo, la fundación de una

familia y la llegada de los hijos; asumiendo de manera conjunta el rol de proveedor y cabeza de familia. Por otro lado, las mujeres al llegar a la adultez se les asignaba la esfera doméstica, aunque no estaba descartado su ingreso al mundo del trabajo, pero su esfuerzo era minimizado y considerado como complementario al desarrollado por los hombres.

Con la informatización se presentaron cambios en el mercado laboral, dejando de estar sincronizadas las edades normativas del curso de la vida. Es decir, las carreras laborales continuas se han desintegrado, ya que el tiempo usado para trabajar es menos uniforme y continuo. Por lo que el periodo de actividad laboral se encuentra atravesado por periodos de entrenamiento e inactividad. Esta situación implica tanto una flexibilización de en las normatividades basadas en la edad como la modificación que los condicionantes sociales ofrecen al momento de establecer los cursos de vida. La existencia de un curso de vida más flexible ofrece a las personas una amplia variedad de nuevas carreras sociales, así como el establecimiento de nuevos recursos y riesgos (Pries, 1996; Guillemard, 2005).

Es distinguible que la institucionalización del curso de vida ha desarrollado nuevas formas de estructuración de las carreras, así como nuevas normatividades. Aunque este aspecto no es el tema central de la presente investigación, es importante resaltar sus efectos en la vida de los hombres mayores. Ya que, aunque estos estructuraron sus cursos de vida a partir de la división tripartita de la vida (preparación, trabajo, retiro), de manera indirecta se ven inmiscuidos en esta nueva forma de organización social; a través de la relación con sus hijos o nietos, quienes se ven implicados en estas nuevas formas de institucionalizar la vida.

1.5 El curso de vida individual.

Diversos autores (Lalive, Bickel, Cavalli & Spini, 2011; Mariluz, 2013) consideran al curso de vida individual como el resultado de una construcción hecha por cada persona, sobre la base de una negociación constante de los modelos normativos disponibles en una sociedad, y un momento histórico específico. Para que esta construcción se lleve a cabo es necesario que las personas aprendan planes de vida, los cuales, están condicionados por la forma en que les fueron transmitidos, así como por los grandes cambios históricos llegan a generar modificaciones inesperadas. En consecuencia, las personas van diseñando y concretando sus planes día con día a lo largo de toda su vida, aunque es altamente probable que se presenten situaciones inesperadas que van a modificar, para bien o para mal, su existencia.

Considerando lo anterior, para Blanco (2011) la orientación del curso de vida se vale de tres conceptos que son la base del modelo y sirven como herramientas analíticas del enfoque. A partir de estas herramientas es posible analizar la forma en cómo las personas construyen sus vidas, desde la vinculación que existe entre el tiempo biográfico y el tiempo histórico. Los conceptos son:

- 1) **Trayectoria:** considerada como una línea de vida, definida por el movimiento a lo largo de la estructura de la edad. Una trayectoria de vida no supone alguna secuencia en particular, aunque si existen probabilidades de desarrollar ciertas trayectorias vitales dependiendo del contexto donde las personas se encuentren posicionadas. Las trayectorias abarcan una gran variedad de ámbitos, como el trabajo, la familia o la escuela. Además, estas son concebidas como dinámicas e interdependientes, es decir, el desarrollo de ciertas trayectorias posibilita o limita la aparición de nuevas trayectorias.
- 2) **Transición:** este concepto hace referencia a cambios de estado, posición o situación que las personas viven en determinado momento. Las transiciones están contenidas dentro de las trayectorias, siendo estas quienes dan orden y sentido a cada una de ellas. Por su naturaleza no son predecibles, aunque existe la probabilidad de desarrollar ciertas transiciones debido a la influencia del contexto o del momento histórico. En las transiciones las personas asumen nuevos roles, derechos y obligaciones, es decir, nuevas facetas de su identidad.

- 3) **Puntos de inflexión (Turning Points):** son eventos que inducen fuertes modificaciones en la existencia de las personas, provocando virajes en la dirección del curso de vida. Los puntos de inflexión son cambios de estado que surgen de acontecimientos objetivos o subjetivos, en ningún momento pueden ser previstos, siendo concebidos como un cambio cualitativo a largo plazo. Los puntos de inflexión son determinados por las personas a partir de una revisión de su existencia, siendo que muchos de ellos pueden ser considerados como benéficos o perjudiciales.

Si bien, la autora ofrece una descripción clara de cada uno de los conceptos, es necesario analizar detalladamente los matices de cada elemento.

Iniciando con las trayectorias, diferentes autores (Elder, Kirkpatrick & Crosnoe, 2003; Montes de Oca, Ramírez & Sáenz, 2011) proponen entender a las mismas como un camino o progresión expresado a través del tiempo personal. Es decir, como secuencias de roles y experiencias creadas a partir de las transformaciones en la vida individual, y permeadas a su vez por fuerzas históricas. Por lo cual ciertas trayectorias solo tienen sentido dentro de un momento histórico particular. Las personas conforman sus cursos de vida a partir de la interrelación de sus trayectorias, pudiendo desarrollar algunas de manera simultánea, o bien, de manera secuenciada.

Lynch (2017) también concuerda que las trayectorias poseen cierto grado de variabilidad, dado que no existe una secuencia particular a seguir, ni una velocidad previamente especificada para avanzar dentro de las mismas. No obstante, existen trayectorias que han sido previamente diseñadas por las instituciones, las cuales poseen un carácter normativo, y se espera que se desarrollen adecuadamente. Aunque también las personas pueden desarrollar trayectorias que se oponen a las expectativas sociales, con sus respectivos riesgos y beneficios. La gestación y desarrollo de una trayectoria no deben ser pensados de manera individual, sino dentro de una compleja red de trayectorias conectadas a partir de compartir un mismo espacio y una misma temporalidad.

Pensando ahora en las transiciones, es importante considerar que estas son cambios definidos y ajustados en relación con el sistema sociocultural en el que las personas desarrollan sus vidas, creando así eventos esperables y un calendario más o menos flexible de ocurrencias. En consecuencia, los cambios producidos en los cursos de vida impactan en los procesos identitarios, modificando la concepción que las personas tienen de sí mismas, así como de los otros y del mundo en el que viven. Por ello, una transición implica la generación de modificaciones explícitas en el comportamiento de las personas (Elder, Kirkpatrick & Crosnoe, 2003; Guichard, Concha, Henríquez, Cavallí y Lalive, 2013).

Hareven & Masaoka (1988) sugieren que las transiciones poseen tres características temporales sumamente relevantes. La primera de ellas radica en el impacto que tiene *el momento justo* (timing) en que se desarrolla una transición, y las consecuencias que este tiene para que los cambios puedan o no darse de manera equilibrada. La segunda característica tiene que ver con la sincronización que puede existir entre el desarrollo de transiciones individuales con transiciones familiares. Finalmente existe el efecto que ejercen las transiciones de la vida temprana en las transiciones futuras. Estos tres aspectos dependen tanto del contexto social y cultural en que las transiciones se desarrollan.

Así, las transiciones implican nuevos roles, derechos, obligaciones y expectativas, además de nuevos recursos y riesgos. Como se mencionó anteriormente, existen transiciones normativas, que son esperables a una edad determinada y solo aplicables a ciertas personas. En oposición se puede hablar de transiciones no normativas, las cuales se alejan de los patrones socialmente aceptados, contradiciendo de manera explícita el modelo del curso de vida impuesto en las personas. Dichas trayectorias pueden o no ser deseadas, siendo inesperadas por las personas en ciertas ocasiones, y en otras no (Lynch, 2017)

Finalmente se encuentran los Puntos de inflexión, donde Hareven & Masaoka (1988) señalan que en ocasiones estos son percibidos por las personas como cambios disruptivos, y en otros casos como nuevos inicios dentro de sus vidas. Un punto de inflexión no tiene por qué ser un evento de corta duración, ya que los sucesos involucran una alteración o corrección del curso de vida. De igual manera, las transiciones tienen la capacidad de ser potenciales puntos de inflexión, ello si es que llegan a cumplirse ciertas condiciones para que se le asigne dicho título, como, por ejemplo:

1. Cuando coinciden con una crisis o son seguidas por una crisis.
2. Cuando la transición es acompañada por un conflicto familiar, resultado de una a sincronía entre las transiciones individuales y familiares.
3. Cuando la transición esta fuera del tiempo socialmente esperado.
4. Cuando la transición es seguida por consecuencias negativas.
5. En caso de un ajuste social requerido en relación con una transición por demás normativa; por ejemplo, cuando el dejar el hogar paterno involucra la migración de un contexto rural a uno urbano, y ello requiere de grandes ajustes sociales.

Guichard, Concha, Henríquez, Cavallí y Lalive (2013) también proponen que los puntos de inflexión además de ser imprevisibles y generar un cambio sustancial en el curso de vida, son producto de eventos de orden idiosincrático o bien causado por hechos sociales a gran escala. Por ello, ofrecen una distinción entre dos diferentes tipos de puntos de inflexión, dependiendo de sus causas y las consecuencias que provocan. El primero de ellos es el surgido por transiciones más o menos previsibles y normativas, que de alguna manera modifican el curso de vida sin que este pierda cierto grado de continuidad. El segundo puede ser considerado como una bifurcación de quiebre, es decir, eventos no esperados que generan grandes discontinuidades y rupturas dentro del curso de vida.

Hasta este momento se ha clarificado la complejidad de proceso de creación identitaria, así como aquellos condicionantes sociales que contribuyen tanto a la configuración del curso de vida, como en la construcción de la identidad. Sin embargo, quedan elementos que es necesario explicitar para comprender el proceso por el cual los hombres mayores de contextos rurales se crean una identidad de género.

En las siguientes páginas se aborda la estructuración social de los cursos de vida diseñados específicamente para varones. Donde es posible ubicar los elementos normativos, las posibilidades, las restricciones que estos ofrecen, además del impacto que tiene el transito hacía la vejez por parte de los hombres.

Capítulo 2.

Hacernos hombres.

Hasta ahora se ha utilizado el concepto de persona (o personas) para el abordaje de los procesos identitarios y su relación con los condicionantes del curso de vida. Sin embargo, es momento de realizar ciertas precisiones respecto del colectivo de personas que son el foco de interés en esta investigación, es decir, es momento de reflexionar sobre los hombres mayores de contextos rurales. Ello no implica que en este trabajo se dejará de lado a las mujeres, o a los hombres que no cumplen con los criterios establecidos para ser considerados mayores y rurales, sino que, de ahora en adelante se abordaran personas concretas en situaciones concretas y en relación con otras personas concretas.

Para lograr este propósito es necesario analizar tres referentes, observando las relaciones que establecen entre sí, los cuales son: los referentes de la masculinidad, los referentes de la vejez y el envejecimiento, y finalmente los referentes de la relación masculinidad-vejez. Siendo así, este segundo capítulo tiene como objetivo el abordar este primer referente, a partir de los procesos de socialización y construcción de las identidades masculinas, poniendo particular atención en la evidencia surgida en México.

Teniendo esto claro vale la pena retomar algunos elementos abordados en el capítulo anterior y enriquecerlos con nuevos argumentos. El primero de ellos tiene que ver con reconocer los grandes aportes que el movimiento feminista tuvo respecto del surgimiento de los estudios sobre varones y masculinidad. De hecho, una de las consecuencias provocadas por el feminismo fue la crítica a la supuesta esencia natural de los mandatos masculinos y femeninos, así como el cuestionamiento a las estructuras sociales que generaban relaciones de dominación entre hombres y mujeres. Fueron las mujeres quienes a través del desarrollo de estudios feministas y de género abrieron la puerta a la investigación centrada en los varones (Collin, 2007; Viveros, 2007).

Largarde (1996) considera que la construcción de la perspectiva de género permitió comprender todas aquellas características que definen de manera concreta hombres y mujeres, ubicando tanto sus semejanzas como sus diferencias. Lo anterior solo fue posible al considerar que la construcción de los géneros es un proceso de carácter sociohistórico, donde surgen normas sociales y sistemas simbólicos. Así, la feminidad y la masculinidad son construcciones colectivas que condensan la experiencia producida por múltiples generaciones. Donde se encuentran una compleja red de mandatos y prohibiciones que encausan los cursos de vida, dependiendo de sus condiciones de vida, y del contexto donde se encuentren (Jiménez, 2007).

Por su parte Connell (2015) también considera que los géneros se construyen históricamente de manera relacional, es decir, que lo masculino y lo femenino son creados de manera paralela y opuesta. En consecuencia, las prácticas y los significados asociados a la masculinidad solo tienen sentido en la vida cotidiana debido a que existe una contraparte donde se agrupan las prácticas y los significados asociados a lo femenino. Esta perspectiva reconoce que no existe una masculinidad única o una esencia masculina que permea a todos los hombres. Sino que, así como existen múltiples varones, también existen múltiples formas de masculinidad, las cuales tienen su fundamento en el contexto del cual surgen. Dichas masculinidades son tanto productoras como productos de las transformaciones históricas, con lo cual, aunque pareciera que las masculinidades se mantienen estáticas, en realidad poseen la característica del cambio constante.

Frente a los argumentos que se han expuesto, esta investigación comparte el posicionamiento de Lamas (2000), cuando señala que uno de los más grandes aportes de los estudios de género fue romper con el determinismo biológico asociado al comportamiento de las personas. Dicha postura permitió afirmar que los géneros son construcciones sociales que se transforman a lo largo del tiempo y el espacio. Así también, son aprendidos por las personas desde etapas muy tempranas en su curso de vida. En efecto, las construcciones del género condicionan de manera diferenciada los significados que los hombres y las mujeres le otorgan a la forma de experimentar la relación con las instituciones, con las organizaciones del Estado, y con la vida cotidiana. Es decir, las distinciones de género condicionan las

formas de vivir la vida, legitimando o desvalorizando prácticas sociales y conocimientos dependiendo de si se es varón, o si se es mujer.

2.1 Aprender a ser hombres.

Las personas no nacen siendo varones o siendo mujeres, sino que nacen dentro de una estructura social, en un momento concreto de la historia y vinculados a una serie de contextos. Dimensiones que a la larga otorgan los elementos necesarios para que los infantes se conviertan de manera paulatina en varones o en mujeres. Esto es un proceso que dura toda la vida, no permanece estable y posee matices bien específicos dependiendo del momento de vida experimentado. Por lo cual, es válido afirmar que tanto los varones como las mujeres siempre se encuentran aprendiendo algo nuevo respecto a su género.

Esta sección se encuentra enfocada en abordar los primeros momentos de la vida de los varones, donde se descubre, aprende y encarna todo lo que representa el ser hombre. Así mismo, donde se tiene que descubrir y rechazar de manera categórica todo lo que no representa el ser varón, es decir, lo que socialmente es considerado como propio de las mujeres. El aprendizaje de este sistema de atributos, normas, relaciones, funciones y comportamientos valorados socialmente como algo propio de los hombres, es el aprendizaje de una masculinidad específica, debido a que se encuentra incrustada en una cultura que legitima las convenciones sociales asociadas a los géneros (De Keijzer, 2003).

En este punto surge la pregunta ¿cómo es que se desarrollan los procesos de aprendizaje por los cuales se crean los varones?

Berger & Luckman (2003) sugieren que los seres humanos, en este caso los niños, nacen dentro de una estructura social donde las personas cercanas a ellos están encargadas de su socialización. Siendo así que el contenido y la estructura del aprendizaje se desarrollan en virtud de la posición social ocupada, y de las condiciones de vida de quienes realizan dicha socialización. Además, el aprendizaje se desarrolla desde las instituciones, quienes están encargadas de instruir códigos de comportamiento adecuados para cada persona, dependiendo de sus condiciones sociales. Por ello, los niños que habrán de convertirse en hombres realizan su aprendizaje de género en función de un proyecto institucionalizado, de

un ideal socialmente constituido, que se desarrolla en escenarios concretos como la escuela, la familia, la iglesia, el barrio, etc.

Sin embargo, esto no quiere decir que los aprendizajes al estar supeditados a la estructura social son homogéneos, por el contrario, en los contextos donde se enseña y se aprende a ser hombre se han creado prácticas y significados locales. Los cuales están relacionados con la cultura y la historia del lugar, por lo que logran interiorizarse en las personas creando variaciones interesantes del proceso. En muchas situaciones este proceso se desarrolla de manera generacional y comunitaria, es decir, son los familiares, vecinos y amigos cercanos quienes desarrollan la socialización de los menores. Siendo así que las enseñanzas del ser varón dejan de estar reguladas solo por las instituciones, para ser abordadas también por los colectivos de la vida cotidiana (López, 2010; Núñez, 2013).

De Keijzer (1998; 2014) considera que las instituciones sociales tienen un papel relevante dentro de estos primeros años de vida, ya que introducen las normas de conducta para los varones. Sin embargo, es la familia el primer y más importante lugar donde se desarrolla la socialización del género masculino, y por ello, tiene especial relevancia en aprendizaje y el desarrollo de los niños. Son las figuras masculinas de la familia, como padres, hermanos, abuelos, o tíos, quienes desarrollan una suerte de educación informal sobre los niños. Estableciendo los contenidos del género masculino que son de suma importancia para el aprendizaje de los mismos. De entre todas estas figuras, es la del padre la que tiene mayor relevancia, ya que deja una huella imborrable en la vida de sus hijos, sea ya como un referente de lo que los hombres tienen que hacer, o como un modelo antitético de lo que representa ser un hombre de verdad. Si bien los procesos de socialización inician con el desarrollo del lenguaje, las lecciones sobre masculinidad y feminidad se tornarán más vivenciales cuando los niños dejen atrás sus primeros años de vida y poco a poco comiencen a acercarse al mundo adulto. Con ello, los contenidos dejan de presentarse únicamente como ejemplos, volviéndose experiencias que se encarnan en la piel.

Jiménez (2007) también considera que la familia juega un papel de suma relevancia en la socialización de los niños, ya que, es dentro de la misma que los varones son educados en un modelo de papeles complementarios que comparten hombres y mujeres, aprendiendo así las funciones de lo masculino y lo femenino. Es en este modelo complementario, que los niños aprenden de su madre, abuelas o tías, que las mujeres construyen su vida en relación a los demás. En consecuencia, los niños asumen que la existencia de las mujeres se orienta al mundo privado, al mundo de las emociones y el cuidado. Por otro lado, es a partir de la enseñanza dada por sus familiares varones, que los pequeños consideran cómo es que tienen que construirse a sí mismos, por lo que la orientación que debe tener su curso de vida es el ámbito público. Dentro de estas primeras lecciones de género los niños comprenden que su vida como adultos se orientará a la lucha por ganar un lugar dentro de la sociedad, el cual tendrá que ser lo suficientemente respetado por otros hombres. Todo ello a partir de la competencia constante, con la primacía de la inteligencia y la fuerza sobre las emociones, teniendo como única garantía que en cualquier momento pueden ser juzgados por sus éxitos o sus fracasos.

Solamente en los primeros años del curso de vida de los varones se llega a tolerar la expresión de emociones, sentimientos y necesidades, sin que esto represente un atentado contra su futura masculinidad. No obstante, durante el proceso de transición de la infancia a la adultez, los jóvenes varones ven recrudescer su proceso de enseñanza. Ya no les es permitida la expresión de sus emociones, aprendiendo así que en la masculinidad es más importante el aparentar que el demostrar quien se es en realidad. También en este punto se comienza a inhibirse el cuidado de sí mismos, además del fomento de la competencia, la temeridad, la misoginia y la homofobia. El llegar a ser un hombre no solo tiene que ver con una cuestión de edad, sino que también se necesita demostrar frente a otros hombres y frente a las mujeres, que se tiene lo necesario para ser varón. Es decir, se han aprendido los contenidos adecuados, se han desarrollado las habilidades necesarias y se está dispuesto a que su masculinidad pueda ser juzgada en cualquier momento (De Keijzer, 2014; Seidler, 2005; Núñez, 2013).

Si bien los varones que sirven de referentes para la construcción identitaria comparten visiones similares sobre lo que representa el ser varón; entre ellos y los pequeños a quienes están educando existen mundos simbólicos que no comparten entre sí, y que a partir de los mismos se matizarán los futuros aprendizajes de género. Uno de esos mundos simbólicos surge a partir de la generación a la cual cada varón socializante pertenezca. Es decir, cada varón que participe en este proceso de aprendizaje ofrecerá la suma de sus experiencias obtenidas en función de lo que su generación considere como socialmente aceptable en la vida de los hombres. Por lo cual, dentro del sistema de conocimientos es posible que los contenidos lleguen a presentar contradicciones entre sí. Ya que cada generación de varones valora la vida de los otros desde su lugar, desde sus experiencias acumuladas a lo largo de su curso de vida (Scott, Monteiro & Reis, 2005; Seidler, 2005).

Tanto Salguero (2008) como Sanfélix & Téllez (2014) proponen que adicionalmente a la familia y las instituciones sociales, son los grupos de pares quienes juegan un papel sumamente relevante en la socialización masculina. Siendo particularmente importantes durante la transición de la niñez a la adultez. El grupo de pares comparte espacios de socialización e información respecto de lo que es socialmente bien visto en los varones. Es dentro de dichos colectivos que los jóvenes encuentran un lugar al cual pertenecer, al mismo tiempo que viven sus primeros acercamientos al mundo competitivo de los hombres, a través de experiencias asociadas a la valentía, la actividad física, y la fuerza. Así, el grupo de amigos se convierte en un escenario donde los jóvenes pueden desarrollar los conocimientos y habilidades que son necesarios para ser visto como varones de verdad.

De esta manera los varones comienzan a configurarse una identidad de género. La cual continuará desarrollándose a lo largo de todo su curso de vida, siempre en relación con los modelos sociales masculinos. Dichos modelos estructurarán la forma en que los hombres actúan y significan su mundo, orientarán las relaciones sociales a establecer con otros hombres y con las mujeres, marcando pautas precisas que los varones deben de seguir para consolidarse como hombres en toda regla. De igual manera, dotarán de ventajas a los mismos, para que estos puedan desarrollar su vida, aunque también los llenarán de problemáticas y riesgos. En pocas palabras, las identidades masculinas están invariablemente supeditadas a los modelos del ser hombre que cada varón tiene la posibilidad de conocer. Su adhesión,

negociación o rechazo dependerá de los recursos sociales con los que cada varón cuente, así como de su agencia para seguir un modelo en específico (Bonino, 2003).

2.2 Hegemonías masculinas, cursos de vida y momentos históricos.

Los ejemplos, experiencias, y contenidos que los niños y jóvenes aprenden en el proceso de convertirse en hombres no son ni aleatorios, ni libres. Responden a una serie de requerimientos, impuestos tanto de manera estructural como de manera contextual, que a su vez se enmarcan dentro de los proyectos políticos y económicos de las sociedades modernas. Connell (2015) agrupa a esta serie de requerimientos con el título de “masculinidad hegemónica”, siendo esto un modelo dentro del cual se fomenta en los varones a privilegiar dentro de sus experiencias cotidianas la posición de mando y autoridad en la vida social. Dicho de otro modo, la masculinidad hegemónica puede definirse como la configuración de práctica del género que incorpora los mandatos sociales que debe cumplir un varón. Con lo cual, se garantiza la posición dominante de un grupo de hombres y la subordinación de las mujeres y los grupos de hombres que no entran dentro de lo hegemónico.

Para Seidler (1995; 1997) la masculinidad hegemónica tiene una raíz histórica fundamentada en la edad moderna, donde se instituyó la idea de que el hombre poseía el control de la naturaleza y la vida. Sin embargo, no cualquier hombre podía acceder a dicho control, sino solo aquellos hombres blancos, heterosexuales, cristianos, europeos y burgueses; quienes, a través de la razón de su intelecto, lograrían domar a la naturaleza y a otros seres humanos menos civilizados para dar paso al porvenir. Dichas ideas dieron sus frutos encausando el curso de la historia universal, y con el tiempo se enraizaron en otras latitudes, generando nuevas formas hegemónicas de concebir a la masculinidad. Es erróneo de hablar de “la masculinidad hegemónica” como un único modelo dominante, sino que dentro de esta expresión es posible agrupar todas estas formas de concebir la vida de los varones donde se privilegia el control y la autoridad sobre los demás.

Adicionalmente, el autor considera que los varones necesitaron, tanto histórica como personalmente, hacer a un lado sus emociones y sentimientos ya que estos enturbian el pensamiento, restando objetividad. La razón se instituyó como la única vía para el crecimiento personal y la felicidad. No obstante, esto supone una trampa a largo plazo, ya que también fomenta la despersonalización de los varones con sus experiencias, llevándolos inevitablemente a la alienación. Así también, es necesario orientar los aprendizajes y la experiencia diaria de los varones en función de ciertos ámbitos, que, si bien no son universales, si tienen un peso preponderante dentro de los modelos de masculinidad dominantes.

Es necesario comprender de manera profunda la noción de masculinidad hegemónica o dominante desde el enfoque del curso de vida. Considerando a esta forma de vivir la masculinidad como el conjunto de modelos de vida institucionalizados que son diseñados exclusivamente para los varones, donde a través de los mismos se busca conservar las relaciones de dominación contemporáneas. Dichos modelos orientan la regulación de la vida cotidiana, y con ello, su diseño crea criterios de inclusión y exclusión para los varones. De igual manera, estos prototipos cuentan con prácticas sociales, saberes y relaciones específicas, que fomentan el desarrollo de trayectorias socialmente consideradas como sumamente masculinas.

Si bien los varones viven su curso de vida en relación con los modelos dominantes, ello no implica que todos los varones lleven a cabo todos los mandatos de su género. Existen hombres que, aunque es su aspiración, no pueden cumplir los imperativos que los modelos dominantes les demandan; y que existen otros varones que, aunque tuvieran la posibilidad de cumplirlos, no es su deseo. Si los cursos de vida dominantes para los varones surgen de un momento histórico y de una sociedad específica, entonces las instituciones sociales tienen la tarea de ofertar una imagen atractiva sobre dichos modelos masculinos, ocultando los riesgos y desventajas. Por otro lado, los cursos de vida de los varones pueden o no gestar las condiciones para la aceptación, idealización, crítica o rechazo de los modelos dominantes. Aquellos varones que por elección o imposición tienen que vivir bajo las normativas hegemónicas, necesitan aprender ciertas formas de comportamiento, así como suprimir de su vida cotidiana toda una gama de emociones, necesidades y posibilidades (Kauffman, 1995).

Otro punto de vista interesante y enriquecedor sobre el tema, es el expuesto por Jiménez (2007), quien considera a los modelos de masculinidad como poseedores de un doble sentido. Siendo modelos de representación simbólica del mundo (así se concibe el mundo a los ojos de un hombre), y normatividades (así se orienta la conducta de un hombre). Con lo cual, las masculinidades dominantes constituyen una forma de conocimiento que orienta, motiva e interpela a las personas; aunque son los mismos modelos quienes también dan la opción de acatar, negar o transgredir los mandatos. Ahora bien, un mandato que se encuentra en la gran mayoría de masculinidades dominantes, es aquel donde se considera que el valor de un hombre puede ser demostrado al observar el respeto acumulado frente a otros varones.

Para lograrlo, los varones necesitan establecer ciertas prácticas, trayectorias de vida y relaciones sociales, las cuales, han sido documentadas desde hace tiempo por los estudios sobre masculinidades. Varios son los autores (Seidler; 1995; Kauffman, 1995; Ramírez, 2008; Connell, 2015) que han profundizado respecto de los mandatos que operan dentro de los cursos de vida hegemónicos, llegando al consenso de que, bajo este modelo, la vida los varones ha de orientarse a partir de los siguientes patrones:

- La búsqueda y establecimiento de relaciones de dominación orientadas a crear subordinación en las mujeres y en otros hombres.
- El desarrollo de un trabajo remunerado que dota de seguridad personal y reconocimiento social.
- La constante demostración de inteligencia, agilidad y valentía.
- La proveeduría económica y material como elemento central en el ámbito familiar.
- La negativa a expresar emociones, sentimientos o necesidades.
- La concepción del cuerpo masculino como si este fuera una maquina cuya única función es la de dar cumplimiento de los proyectos personales.
- El desarrollo de una sexualidad exacerbada y homofóbica centrada en la genitalidad.

Es importante mencionar que estos patrones del curso de vida son interdependientes entre sí, por lo cual no es extraño que uno de ellos influya sobre los otros. Así también, los patrones son interdependientes con la sociedad y el contexto que los varones habitan, existiendo matices locales o regionales, así también matices de tipo histórico.

Para efectos de esta investigación se ha decidido agrupar los patrones en tres dimensiones, clarificando así las relaciones interdependientes entre los mismos. De esta manera, los patrones normativos se agrupan en aquellos relacionados con el mundo público, el mundo conyugal y familiar, así como el mundo corporal. Cada dimensión responde a orientaciones específicas, las cuales direccionan las prácticas, los significados y las trayectorias que los varones pueden desarrollar a lo largo de su existencia.

Hablar de un mundo público, un mundo conyugal-familiar y un mundo corporal, implica categorizar los mandatos sociales asignados a los varones. Por ejemplo, en el mundo público se encuentran las razones para que los varones sean quienes tengan un papel casi exclusivo en la vida laboral. Dentro del mundo del hogar podemos ver como en los modelos normativos están orientados en desarrollar relaciones de pareja y familias a partir de una división genérica de los quehaceres. Donde los hombres toman el papel de proveedores económicos y protectores de amenazas externas, mientras las mujeres asumen el papel del cuidado interno de los integrantes de la familia. Finalmente, el mundo corporal conlleva a hablar de los aprendizajes que los hombres tienen con sus cuerpos, y los riesgos que esto supone en cualquier etapa del curso de vida.

2.2.1 El mundo público.

Como se mencionó en páginas anteriores, los varones aprenden a muy temprana edad que su vida como adultos se orientará a la lucha por ganar un lugar digno dentro de la sociedad, el cual, tendrá que ser lo suficientemente respetado por otros hombres. Pareciera entonces, que el mundo está ahí para ser conquistado por los varones, pero si el punto es hacerse con un lugar por encima de los otros, no todos los hombres pueden llegar a dicho privilegio. Esta situación lleva a preguntar ¿Qué es lo que los hombres necesitan aprender y ejercer para realizar dicha hazaña?

En primera instancia es necesario aprender a usar la razón. Seidler (1995) y Connell (2015) consideran que los varones son estimulados a considerar que poseen la capacidad de gobernar sus propias vidas y las de los demás mediante el uso de la razón; asumiéndose así, como seres independientes, autosuficientes, y en muchas ocasiones infalibles. Ningún varón

es respetado por demostrar su sensibilidad, o su capacidad de ser comprensivo o cooperativo; sino que, para ganar el reconocimiento social se tiene que demostrar constantemente que se es un hombre en toda regla. Es por ello que los talentos valorados socialmente como propios de los hombres son la inteligencia, la astucia, la temeridad, la fuerza, la dureza, la competencia y la valentía. Ya que dichas habilidades les permiten a los hombres sobrevivir en el mundo público, para así poder crearse un futuro y una imagen de sí mismos que sea lo suficientemente fuerte para ser respetada, y que a la vez logre resistir cualquier juicio público a su calidad como varones.

Adicionalmente, Kauffman (1995) propone que el mundo público de los varones impone un control sobre las emociones y las posibilidades de existencia de cada varón. Ello a partir del mandato centrado en nunca verbalizar las necesidades físicas y afectivas de cada varón, o bien, a partir de la creación sistema de apariencias donde se ocultan los afectos, los miedos, la incertidumbre, etc. Bajo los modelos dominantes, pareciera que los varones han de poseer cursos de vida que sean honrosos y estén a la altura de su género, aunque esto sea un ideal inalcanzable. La gran mayoría de varones que por decisión o imposición desarrollen sus vidas bajo las normas hegemónicas, perseguirán un modelo de vida que constantemente les exige más de lo que ellos pueden ofrecer. Sacrificando en el camino gran parte de su vida emocional, así como innumerables posibilidades de existencia (Rodríguez, 2015).

Por otro lado, para que los varones puedan hacerse con un lugar, así como con el reconocimiento de otros varones, es necesario que ejerza relaciones de dominación frente a los otros. En este aspecto, Salguero (2008) considera que tradicionalmente se ha preparado a los varones para que aspiren a ocupar posiciones de mando dentro de los contextos en los que transitan. Lo cual, implica asumir el papel de autoridad, regulando el comportamiento de los otros, quienes ocupan una posición subordinada. El ejercicio de la autoridad puede realizarse a partir de ejercer una normatividad, reproduciendo prácticas sociales que legitiman el orden establecido, realizando alianzas para preservar una posición dominante, o bien, ejerciendo violencia sobre aquellos que se niegan a aceptar su posición de superioridad. Todo esto supone la existencia de situaciones paradójicas, puesto que es sumamente difícil que un varón pueda ser visto como una autoridad en todos sus contextos. En consecuencia, un varón que viva su curso de vida en función de un modelo dominante, puede ser

subordinado en algún momento de su existencia, siendo esto considerado como una afrenta a su masculinidad.

Dentro de todo este entramado de relaciones ¿cuál es la práctica social donde los hombres ponen en juego sus habilidades y conocimientos, así como sus relaciones de poder? El trabajo es la práctica por excelencia para los varones, aunque resulta relevante señalar el aspecto temporal de dicha práctica. En los modelos de las masculinidades hegemónicas, se espera que sean los hombres quienes desarrollen trayectorias de trabajo remunerado que les permitan tener respeto e independencia económica. Dichas trayectorias tienen tanto un inicio como un final, el cual está vinculado con las condiciones históricas y las condiciones del curso de vida de cada varón.

En la opinión de Montesinos (2007), el trabajo es quizá la segunda de las actividades más importantes de la humanidad, que en escala de jerarquías se encuentra solo por debajo de la labor reproductiva. Dado que los hombres no pueden alojar al proceso de procreación dentro de sus cuerpos, se ha considerado que sean ellos quienes históricamente se adentren en el mundo laboral, mientras las mujeres se dediquen exclusivamente a la procreación y cuidado de la familia, salvo contadas excepciones. Dicha división sexual del trabajo, denota que tanto los hombres como las mujeres realizan actividades que son consideradas como trabajo en cuanto tal. Aunque únicamente los hombres han sido remunerados económicamente por su labor. Recibir un pago implica en términos simbólicos, el reconocer que el trabajo de los varones es trascendental y respetado, mientras que el trabajo realizado por las mujeres no tiene el suficiente valor social para ser reconocido y remunerado en términos económicos.

Resulta paradójico pensar que la actividad más trascendental de la especie se encuentre relegada socialmente, sin embargo, esta situación es un discurso que ha operado durante mucho tiempo en las sociedades de occidente.

Salguero (2008) sugiere que el mantenimiento de la división sexual del trabajo y la creación de cursos de vida hegemónicos para varones, necesita que los niños y jóvenes sean socializados con la idea de que únicamente a través del trabajo serán reconocidos como varones. Adicionalmente, se incita a que los niños y jóvenes asuman que el mundo laboral es el espacio por excelencia de los varones, donde habrán de explotar sus capacidades, y

encontrar su porvenir. Por ello, un indicador social para ser reconocido como hombre, es la creación y mantenimiento de una trayectoria laboral remunerada. Cuyo surgimiento debe ocurrir al término de la trayectoria educativa, que bien puede variar en duración y contenido, dependiendo de la posición social de cada varón y de las posibilidades de acceso al sistema educativo (Capella, 2007).

El hecho de que históricamente los varones hayan aceptado que su lugar en este mundo es el trabajo, trajo consigo la creación de una identidad de género masculina cuyo pilar principal es la actividad remunerada. Es decir, los hombres consideran que son sumamente masculinos por poseer un empleo formal donde sean observables los éxitos alcanzados. Para lograr este ideal los varones se ven obligados a cuidar y mantener sus trayectorias laborales, y de paso cumplir con el mandato de la proveeduría económica y material a la familia conformada. De lo contrario se exponen tanto a perder recursos económicos valiosos, como ver expuesta su imagen de varón frente a los ojos de los demás, y de sí mismos. El mantenimiento de una trayectoria laboral no depende únicamente del compromiso de cada varón, sino que, depende también de aspectos contextuales, así como de los cambios históricos que pueden afectar al mundo laboral (Capella, 2007; Salguero, 2007).

Dentro de los factores contextuales existen tres situaciones relevantes. La primera de ellas comprende las rivalidades con otros varones dentro del ambiente laboral, donde los hombres pueden llegar a perjudicarse o violentarse para mantenerse en un puesto de trabajo o bien para conseguir un mejor empleo. Por otro lado, la alta exigencia que un puesto de trabajo puede demandarle a un varón que pase más tiempo del necesario o realice un mayor esfuerzo o que tolere condiciones de riesgo. Con lo cual los varones pueden llegar a ser absorbidos por su trabajo, olvidándose de ellos mismos y de sus seres queridos. Finalmente se encuentran las jerarquías en los puestos de trabajo, donde los varones tienen que subordinarse ante otras personas a fin de adherirse a la cadena de mando. Dicha situación tiene la capacidad de crear condiciones degradantes para los varones subordinados, los cuales tienen que soportar humillaciones y malos tratos a fin de mantener su empleo (Kauffman, 1995; Salguero, 2008; Ramírez, 2008).

Por otro lado, existe cierto consenso entre investigadores (Cruz, 2007; Capella, 2007; Montesinos, 2007; Jiménez, 2007; Tena, 2014), en considerar que las transformaciones en el sistema económico y el mercado laboral, las cuales surgieron en la segunda mitad del siglo pasado y continúan hasta hoy día, han repercutido en gran medida en la estabilidad de las trayectorias laborales de los varones. La irrupción a gran escala de las mujeres en el mundo laboral, el fin del estado de bienestar, la precarización de las condiciones laborales, el aumento de los niveles de desempleo; todas ellas resultan condiciones que a largo plazo modificaron la idea de que solo los varones pueden desarrollar una trayectoria laboral remunerada.

Estos autores también consideran que la precarización de las condiciones laborales, y el aumento del desempleo ha vuelto cada vez más difícil, y en algunas situaciones imposible, que los varones puedan cumplir en tiempo y forma con su rol de trabajadores. Ambos indicadores pueden sugerir que quizá los modelos hegemónicos experimentan desgaste y debilitamiento, así como es visible una respuesta por parte de los varones ante dicha situación. Es decir, existen varones en crisis ante la imposibilidad de continuar con los mandatos asignados a su género, así como varones que negocian con la situación, y aquellos que han decidido redefinir su masculinidad dejando atrás ciertos mandatos. Lo anterior es evidencia de que, el desarrollo de un cambio histórico fomenta la transformación paulatina de las formas de ser varón.

Dicha cuestión es sumamente relevante para el desarrollo de este estudio, sin embargo, es necesario que su abordaje se dé a partir de un enfoque regional y generacional. Para así poder observar la relación entre las transformaciones históricas, los cambios contextuales y las transformaciones del curso de vida experimentadas por una generación de hombres concretos. Será en el cuarto capítulo que se realice dicho abordaje, aunque antes de eso es necesario continuar con la exposición de los elementos teóricos y empíricos relacionados tanto con la masculinidad y la vejez.

2.2.2 El mundo del hogar.

En páginas anteriores se demostraron las particularidades de la división sexual de trabajo que tradicionalmente se aplica a hombres y mujeres. Donde los varones ocupan las actividades públicas que generan una remuneración económica, y las mujeres realizan las actividades del cuidado de la familia. Siendo ahora el momento de especificar cómo es que dicha división opera dentro de un hogar establecido entre un varón y una mujer.

Retomando las reflexiones de Jiménez (2007), dicha división del trabajo históricamente se ha considerado como excluyente, ya que el trabajo de los varones no podía ser realizado por las mujeres, y viceversa. Existiendo tan solo contadas excepciones a la regla, que, a pesar de ser permitidas son valoradas socialmente como negativas. Ahora bien, dentro de los modelos hegemónicos de la masculinidad se espera que los varones formen un hogar heterosexual durante los momentos iniciales de su adultez. Bajo esta visión sus obligaciones dentro del hogar tienen que ver exclusivamente con la proveeduría económica y material del mismo. Dicho de otro modo, los varones tienen la obligación de salir a trabajar y ganar un salario para satisfacer las necesidades económicas y materiales de sus esposas y sus hijos. Por otro lado, las mujeres tienen como tarea fundamental el cuidado del hogar, así como el cuidado y acompañamiento emocional de sus hijos. Por esta razón, dentro del mandato social, no existirán problemas con el papel que juegue un varón dentro de su hogar, mientras este pueda asegurar la continuidad de su proveeduría.

La proveeduría económica y material responde a la necesidad de los varones por demostrar que se es responsable ante el compromiso de ser un buen esposo y un buen padre, aunque este hecho no necesariamente tiene que ver con procurar afectivamente a su pareja e hijos. Adicionalmente, la responsabilidad de los varones dentro de su hogar implica establecerse como una figura de autoridad. Donde se espera que desarrollen la suficiente inteligencia y razón para juzgar el comportamiento de sus hijos, aportando elementos que en el futuro les sirvan para que sean hombres o mujeres de bien. Igualmente, es responsabilidad de los varones el defender a su familia de posibles eventualidades que pongan en riesgo su estabilidad (Rojas, 2006).

Varios autores concuerdan (Montesinos, 2007; Ferraris & Martínez, 2015) que los varones son continuamente juzgados por los beneficios económicos que obtienen de su

trabajo, y por la forma en cómo dichos beneficios son aprovechados por su familia. Por ello, un varón puede ser humillado públicamente si es que no puede cumplir con su papel de proveedor debido a bajos ingresos o a la falta de empleo; así como también puede ser juzgado si es que es económicamente dependiente de su esposa. Sin embargo, aspectos como el surgimiento de cambios económicos, la entrada de las mujeres al mundo laboral, y la constante precariedad del mercado laboral, han traído consigo el debilitamiento de la figura del proveedor único. Situación que ha provocado a una reconfiguración de las relaciones familiares, aunque vale la pena mencionar que en América Latina el discurso del hombre proveedor sigue teniendo cierto peso en múltiples sectores de la población. Por otro lado, es necesario observar los matices intergeneracionales dentro de las relaciones familiares, ya que existen diferencias en la forma de organizar la división del trabajo entre las familias más longevas que en aquellas que son de reciente creación.

2.2.3 El mundo corporal.

Toca el turno de abordar la última dimensión, siendo quizá la más íntima de las tres, pero no por ello se mantiene exenta de los mandatos sociales en torno al género masculino. Por el contrario, esta particularidad muestra hasta qué punto los modelos normativos pueden interiorizarse en los varones. Y es que, como se ha observado a lo largo del capítulo, la forma de conocer y usar su cuerpo en los varones es quizá su rasgo más característico.

Núñez (2004) considera que la gran mayoría de los varones han sido excluidos del conocimiento generado a lo largo de sus cursos de vida. Este fenómeno tiene su fundamento al aprender los mandatos de género dominante, ya que es casi imposible generar una crítica de los mismos. De esta manera, los hombres han sido negados a conocerse a sí mismos, replazando sus saberes por el discurso hegemónico, que ofrece explicaciones contundentes sobre lo que en realidad les ocurre. Por otro lado, las experiencias de los hombres, que son un elemento central para que puedan conocerse, son desechadas como un conocimiento válido de sí mismos y del mundo en que habitan. La experiencia se encuentra atravesada por un sinfín de emociones, con lo cual, no cumple con el criterio de objetividad y racionalidad que acompaña a la experiencia masculina ideal.

En consecuencia, los varones que viven apegados a los mandatos hegemónicos desarrollan una suerte de alienación respecto de sí mismos. Es decir, la experiencia corporal se encuentra centrada en términos de rendimiento físico y mental para cumplir con sus objetivos; restando interés a la expresión de necesidades físicas como el cansancio, el hambre, el dolor o la incomodidad. Omitiendo también la expresión de sentimientos y emociones como el amor, el miedo, la ansiedad, la frustración, la vergüenza o la tristeza. Con ello, la alienación puede concebirse en relación a la ignorancia de las necesidades y anhelos, así como de la imposibilidad de conocer que poseen un verdadero potencial para relacionarse y cuidar de otros seres humanos. Dicho proceso inicia a edades muy tempranas, donde se interioriza que el cuerpo de los varones tiene que ser todo menos femenino (Kauffman, 1995; Herrera, 1999).

Uno de los rubros donde los varones son socializados en términos de rendimiento y potencia, es en la sexualidad. Seidler (1995; 1997) señala que los varones aprenden a demostrar su sexualidad únicamente desde sus genitales, en términos de potencia y duración en el acto sexual. Llegando a valorar su vida sexual solo en relación al número de encuentros sexuales realizados, demostrando que poco importa el encuentro íntimo y erótico con su pareja. Cada muestra sexual tiene como base el coito, donde los varones toman una postura directiva demostrando tanto su virilidad como su fuerza, evitando la demostración de afectos o algún intento de modificación al acto sexual.

Por otro lado, De Keijzer (2003) y Connell (2015) sostienen que esta forma de aprender y vivir la masculinidad muestra que dentro de los modelos hegemónicos los hombres experimentan su cuerpo como si fueran ajenos al mismo. Es decir, se considera al cuerpo como si este fuera una especie de máquina, a partir de la cual, los varones pueden realizar acciones que únicamente a partir de su género pueden hacer. Para lograr este aspecto los hombres necesitan disciplinar su cuerpo, priorizando ciertas habilidades y sensaciones por encima de otras. Como también considerando que los trabajos rudos, desgastantes y arriesgados son las actividades por excelencia para que el cuerpo varonil pueda ser curtido. Así, el cuerpo es el instrumento para competir con otros varones, para conseguir éxitos, para preservar un trabajo, para proveer y defender a los seres queridos, etc.

De manera paralela, y como se ha señalado previamente, los varones aprenden que el demostrar públicamente sus necesidades es sinónimo de debilidad o falta de carácter. En consecuencia, es necesario el mantener una postura estoica donde se nieguen o se aparenten negar a las emociones como elementos necesarios en su vida cotidiana. Dado que un hombre puede ser juzgado en cualquier momento, resulta importante aprender a utilizar el cuerpo para ofrecer esa imagen poderosa e imbatible, a fin de no sentirse socialmente expuesto. Lo cual se logra, en cierta medida, con el apoyo de prendas de vestir o demás artículos personales, que fomentan la idea de que los varones están listos en cualquier momento para mostrar que pueden realizar cualquier tarea (Seidler, 1995; Fuentes, 2008).

Pérez (2004) y Guerrero (2013) concuerdan que uno de los aprendizajes más significativos que los varones tienen con sus cuerpos, es aquel donde aceptan que los hombres no deben llorar en público. Debido a que este acto es visto como uno de las más grandes afrentas a la masculinidad, razón por la cual los hombres llegan a temer que sean descubiertos realizando tal comportamiento. La brutalidad de dicho mandato lleva a los hombres a reprimir gran parte de su vida emocional, volviéndose insensibles ante las situaciones más emotivas. Sin embargo, esto no evita que los varones no lloren, ya que el llanto es un proceso fisiológico que por más que se busque reprimir, llega a suceder. Ahora bien, los hombres que llegan a llorar lo hacen ocultándose, a partir de breves segundos donde el sentimiento aflora, los ojos se rozan y se hace un nudo en la garganta. Si llegan a tener suerte, lloran bajo la complicidad de otro varón, o una mujer con quien se relajan las normas de género, teniendo el acuerdo implícito de no revelar un momento de tal debilidad.

Es importante mencionar que el acorazamiento del cuerpo provoca grandes riesgos en la vida de los hombres. La actitud temeraria y la obligación de no demostrar ningún tipo de afectación, son factores que fomentan que los hombres sufran accidentes o enfermedades ser prevenibles. Adicionalmente, el cuidado de la salud es considerada como una práctica sumamente femenina, siendo común que los varones jóvenes se vean envueltos en situaciones de adicción o violencia física. Por otro lado, los varones de mayor edad comienzan a cargar con el peso de una vida de excesos corporales, pero el miedo a ser considerados como menos hombres los limita a exponer sus malestares. En consecuencia, la forma en que los varones

mueren tiene mucho que ver con el ideal de vida que persiguieron (De Keijzer, 2003; Figueroa-Perea, 2015).

2.3 Experiencias de investigación con varones mexicanos.

Antes de finalizar este capítulo resulta relevante realizar una exploración de aquellas investigaciones dentro del contexto mexicano que han abordado la configuración de las identidades masculinas. A título personal he realizado una categorización entre la bibliografía consultada, ya que considero existen dos líneas de trabajo distinguibles entre sí.

La primera línea de trabajo nombrada como “masculinidad y cambio regional” resalta el peso que tienen las regiones (con sus cambios y continuidades) en la construcción de las identidades masculinas. Por otro lado, se encuentra la línea que he nombrado como “masculinidad y cambios en el mundo laboral”, donde las investigaciones priorizan en mostrar los efectos que la precariedad y carencia laboral provocan en la construcción de la identidad en los hombres. Otra distinción entre ambas tendencias de investigación radica en que la primera línea triangula la realización de periodos de observación etnográfica con la realización de entrevistas, para así abordar la relación entre cultura e identidad. Mientras la segunda línea privilegia el uso de la entrevista para identificar los significados y las experiencias personales frente a la transformación del mundo laboral.

Dentro de la línea de masculinidad y cambio regional son distinguibles dos vertientes: la primera se orienta en abordar la complejidad cultural de la región y su impacto en las identidades masculinas, mientras la segunda línea focaliza su atención en analizar cómo un evento regional ha creado (y modificado) formas específicas de ser varón.

En la primera vertiente es destacable el estudio de Núñez (2013), donde se aborda la construcción social de la masculinidad en tres generaciones de hombres del estado de Sonora. Ubicado desde una perspectiva relacional y realizada desde una metodología etnográfica, la importancia de este trabajo radica en mostrar las tensiones existentes entre los cambios históricos de la región y los significados que cada generación de varones ha creado y defendido a lo largo de su vida. Ciertamente el análisis generacional permite observar las relaciones que existen entre las diferentes maneras de ser hombre, resaltando las

contradicciones que llegan a existir entre los varones. Además, la investigación permite observar la forma en que lo masculino y lo femenino se construyen de manera paralela, mostrando cómo gran parte de las prácticas que los hombres realizan son motivadas por las mujeres, y viceversa.

Otro trabajo que puede incluirse en esta vertiente es el realizado por López (2010), donde analiza la construcción de la masculinidad dentro de una comunidad indígena del estado de Chiapas. El autor logra mostrar el gran peso que tienen las formas de organización comunitaria dentro de la construcción de las masculinidades. Donde los hombres no solo tienen que cumplir los mandatos de la masculinidad de manera rigurosa, sino que, también pueden ser juzgados y condenados por los varones de la comunidad, si es que existen pruebas donde se demuestre que no se es un “hombre cabal”. Bajo esta lógica el modelo normativo de la comunidad permea la conformación de las familias, y la obligación de los hombres para ser buenos trabajadores y excelentes proveedores, a fin de no saberse expuestos ante el juicio comunitario por su incapacidad como hombres.

Ahora bien, respecto de la segunda vertiente que aborda las transformaciones en la masculinidad a partir de cambios regionales específicos, un factor recurrentemente analizado en dichas investigaciones es la transformación del mercado laboral en una región y su impacto en la construcción identitaria.

Por ejemplo, el trabajo realizado por Rosas (2008) sobre la influencia que ejerce la migración en los varones de una comunidad rural del estado de Veracruz, permite ver las modificaciones que ha sufrido la identidad masculina a partir del desgaste en la agricultura de la región. La obra muestra cómo los mandatos genéricos se transforman debido a las condiciones de vida de una comunidad que carece certidumbre laboral, y por lo cual sus varones tienen que emigrar a Estados Unidos. Es así que socialmente se construye en los hombres jóvenes un ideal del varón que solo triunfa a través de su partida al extranjero, para luego regresar rodeado de recursos económicos; por lo que de manera paulatina el ideal masculino del hombre campesino se ve desplazado. Finalmente, el mandato de hombre trabajador y proveedor sigue siendo el eje rector de la masculinidad en esta comunidad, aunque la migración de los varones ha trastocado las formas de organización familiar, dando nuevas posibilidades de acción en las mujeres.

Otra investigación, elaborada por Calvario (2017), aborda las relaciones entre el trabajo agrícola y las identidades masculinas a partir del proceso de industrialización agrícola vivido en la costa de Hermosillo, Sonora. A partir de dicha transformación miles de personas migraron hacia la región para convertirse en jornaleros, cuya mano de obra es fácilmente reemplazable. El autor se vale de observaciones etnográficas y entrevistas para documentar las experiencias e itinerarios biográficos de algunos varones que habitan el Poblado Miguel Alemán, una comunidad que surgió a partir de las migraciones masivas de campesinos varias décadas atrás. Logrando así identificar cómo la mayoría de los varones poseen itinerarios similares, viviendo una infancia llena de desigualdad y con escasa educación formal, para luego migrar a la región, casarse tempranamente y experimentar la precarización laboral propia de ser jornalero a destajo.

Así mismo, la investigación muestra que los modelos de la masculinidad tienen un matiz regional, mostrando a dos tipologías excluyentes entre sí, pero enlazadas por el peligro. El primer modelo es el del hombre responsable que vive para trabajar en el campo, por lo que construye su cuerpo para resistir las largas jornadas, y sortear los peligros cotidianos (accidentes laborales, mordeduras de serpiente, peleas o asaltos). Caso contrario es el modelo del hombre descuidado, que engloba tanto a los jóvenes faltos de iniciativa y experiencia laboral, así como a “los cholos”, hombres que son violentos la mayor parte del tiempo y no temen pelear o robar para conseguir lo que desean.

Cerrando la línea de masculinidad y cambio regional se encuentra la investigación de Salguero & Alvarado (2017), cuyo foco de interés se centró en analizar los significados en torno a la identidad de los pescadores camaroneros de la ciudad de Mazatlán, Sinaloa. Los autores logran documentar cómo el trabajo de pescador en Mazatlán cuenta con una larga historia que incluyen varias generaciones de pescadores, así como el impacto que tuvo el transitar de un modelo cooperativista de trabajo a un modelo empresarial a lo largo de la década de 1990. Aun con lo anterior, el imaginario del hombre pescador descansa en la figura de un varón fuerte curtido con el sol y la sal, que puede trabajar durante meses en el mar para luego regresar y gastar gran parte de sus ganancias en fiestas y bares.

Los varones participantes en esta investigación son todos tripulantes de una embarcación pesquera de altamar. Los cuales a pesar de la diferencia de edades poseen cursos de vida similares: provienen de contextos llenos de pobreza que los forzaron a trabajar a edades muy tempranas, y descubrieron en la pesca de camarones una oportunidad para conseguir reconocimiento social e ingresos económicos más altos que en otros empleos. Así como experimentar de manera compartida las tensiones que implican el trabajo en condiciones de aislamiento, el proveer a sus familias cuando la pesca no es buena, y el mantener vigente el ideal del hombre pescador de altamar.

Finalmente, en la línea de “masculinidad y cambios en el mundo laboral”, se agrupan cuatro trabajos relevantes. Siendo el primero de ellos el realizado por Salguero (2008) donde analiza cómo el mandato masculino del trabajo influye en la conformación de la identidad masculina de veintisiete varones de clase media que habitan la Ciudad de México. Es a partir del discurso de los entrevistados que la autora ubica al trabajo remunerado como el espacio por excelencia en sus vidas, a partir del cual crean una imagen de sí mismos fuertemente vinculada al ideal del varón proveedor. Vale la pena mencionar que el estudio enfatiza la forma en que el aumento en el nivel educativo ha modificado la concepción que estos varones tienen sobre el trabajo, dejando de lado las labores manuales para centrarse en empleos que tienden a ser de carácter profesional. Aunque la responsabilidad como principales proveedores del hogar se mantiene, por lo que se generan malestares cuando existen limitaciones que les impidan ejercer su papel como proveedores.

El siguiente trabajo es el realizado por Hernández-Hernández (2013), el cual se orienta en visibilizar las consecuencias que tienen los varones al no seguir los mandatos masculinos del hombre trabajador y proveedor. El autor lleva a cabo su investigación dentro del estado de Tamaulipas, a partir de los barrios populares donde se analiza el apodo de “mantenido” en los hombres. Dicho sobrenombre no solo enmarca la presión social que sufren los varones al no querer o no tener las condiciones para mantener un trabajo seguro y una adecuada proveeduría. Sino que también abarca el impacto que tiene la precariedad laboral dentro de la dinámica familiar de algunos hombres, puesto que al no poder cumplir con la proveeduría son frecuentes los reclamos y discusiones familiares.

Bajo la misma lógica de pensamiento se desarrolla la investigación de Jiménez & Tena (2007), quienes analizan los malestares que viven algunos varones ante su incumplimiento en la proveeduría del hogar. Las autoras entrevistan a 10 jefes de familia habitantes de la Ciudad de México, del Estado de México y de la Ciudad de Cuernavaca, todos ellos pertenecientes a clases sociales medias y altas, con un rango de edad de entre 43 a 69 años. Logrando documentar que los varones experimentan por lo menos cuatro situaciones: 1) la disminución de su seguridad personal a partir de su desvalorización como personas; 2) la pérdida de estatus social y sentido de pertenencia, dado que la pérdida de ingresos disminuye su autoridad familiar y crea peleas con sus parejas; 3) la creación de un desgaste emocional ante el paso del tiempo y la imposibilidad de arreglar su situación, aspecto que se agudiza con la pérdida de amistades y del desempeño sexual; y 4) la precarización y degradación que se ofrece ante las nuevas oportunidades laborales, ya que las ofertas de empleo no cumplen con sus expectativas.

El último elemento de esta línea de trabajo es un caso especial ya que se trata del libro “Reflexiones sobre masculinidad y empleo”, igualmente coordinado por Jiménez & Tena (2007). Los trabajos que comprenden dicho texto logran visibilizar las complejas relaciones existentes entre el auge del modelo económico globalizador y su impacto en la vida colectiva, así como en la creación de identidades masculinas. Los textos reunidos también tienen la capacidad de mostrar cómo hombres y mujeres están experimentando una transición histórica que ha modificado lentamente las formas de vivir y comprender a los géneros. Lo cual, además de generar crisis e incertidumbre, también trae consigo la posibilidad de reflexión en las personas, para así comprender el peso que su género tiene en el desarrollo de su curso de vida.

A lo largo del presente capítulo se abordaron los múltiples elementos y los momentos que integran el proceso de socialización del género masculino. Así mismo se han analizado las evidencias empíricas que muestran la influencia que la familia, el contexto y el momento histórico ejercen en los varones para priorizar ciertos aprendizajes, centrados en la fuerza, la habilidad, la frialdad emocional, la inteligencia. Elementos que abanderan un modelo dominante del ser hombre, donde el trabajo remunerado es el pilar fundamental de la experiencia masculina.

No obstante, los modelos dominantes de la masculinidad se resquebrajan con el paso del tiempo, debido a que los varones envejecen, modificando su experiencia corporal, así como sus relaciones sociales y laborales. Este tópico es sumamente importante, sin embargo, antes de su abordaje es necesario comprender tanto el proceso de envejecimiento humano, como la construcción social de la vejez en las sociedades de occidente.

Capítulo 3

Hacernos mayores: envejecimientos y vejezes.

Siguiendo con la ruta trazada en el capítulo anterior, ha llegado el momento de abordar los referentes del envejecimiento y la vejez. Es decir, este capítulo tiene por objetivo analizar el proceso de envejecimiento humano, así como la construcción social de la vejez. Para lograrlo es necesario distinguir las particularidades de cada ámbito, considerando que, si bien este texto no está enfocado en presentar un extenso estado del arte sobre las temáticas, si consigue ofrecer una revisión consistente sobre el tema. Por ello se han considerado los principales elementos teóricos, empíricos y metodológicos existentes para comprender los fenómenos del envejecimiento y la vejez. Dicho esto, quizá la forma más adecuada de abordar las temáticas sea cuestionar ¿Qué es el envejecimiento? ¿Quiénes envejecen? ¿En qué momento comenzamos a envejecer?

Es necesario puntualizar que los conceptos sobre envejecimiento y vejez han evolucionado de manera importante a lo largo del siglo XX, manteniéndose en constante reflexión durante las primeras décadas de este siglo.

Por ejemplo, la investigación sobre vejez y envejecimiento ha permitido superar las visiones deficitarias sobre el fenómeno, al reconocer la gran diversidad de formas de envejecer. Así mismo, ha permitido ubicar las condiciones sociales que inciden directamente en experimentar la vejez de manera positiva o negativa, así como las obligaciones que tienen los Estados con las personas mayores.

De igual manera, el abordaje de ambos fenómenos bajo una perspectiva del curso de vida ha permitido reconocer tanto la influencia que las transformaciones sociales tienen en el proceso de envejecimiento de las poblaciones; así como el valor de las narrativas que las personas mayores hacen sobre su proceso de envejecer y la forma en que se posicionan en este mundo. Aportando elementos para reivindicar el derecho de envejecer con dignidad y calidad de vida.

3.1 Envejecimiento(s) humano(s).

Diversos autores (De la Fuente, 2004; Ribera, 2004; Lozano, 2009) sugieren que el envejecimiento puede ser entendido como un proceso biológico, progresivo y endógeno, donde se establece una relación entre la carga genética de los seres vivos y el ambiente que estos habitan. Así, el envejecimiento forma parte del desarrollo de cualquier ser vivo multicelular, haciéndose más evidente a medida que este avanza a etapas tardías de su existencia. Dicho proceso comienza cuando un organismo ha alcanzado su madurez sexual y se encuentra en condiciones de reproducirse para preservar su especie. Ahora bien, no todos los seres vivos envejecen al mismo ritmo ni de la misma manera, ya que cada especie cuenta con un tope de maduración sexual diferente, y un periodo de tiempo específico para la procreación.

Se puede dar cuenta que los seres vivos han envejecido debido a que se presentan cambios cualitativos en las células y tejidos, lo que supone una pérdida progresiva del rendimiento físico y la disminución en la efectividad de los mecanismos biológicos que permiten mantener la homeostasis. Los cambios que experimentan los seres vivos a medida que envejecen aumentan la probabilidad de sufrir enfermedades y lesiones, incrementando también los tiempos de recuperación, así como las probabilidades de morir. Para explicar los mecanismos biológicos que fomentan el proceso de envejecimiento se han creado una serie de teorías, entre las que resaltan aquellas que lo considera como un fenómeno multicausal (Pardo, 2003; De la Fuente, 2004).

De la Fuente (2004) sugiere no perder de vista la relación que el desarrollo evolutivo de las especies establece con el factor genético y el medio ambiente. Esto se debe a que el objetivo de la evolución no es dotar de una larga vida a los individuos, sino asegurar la supervivencia de su especie, que en los animales se asegura a través de la reproducción sexual. En consecuencia, existen dos posibles estrategias de supervivencia: por un lado, se establece una producción de individuos de desarrollo rápido y altas tasas de fertilidad, con un metabolismo acelerado y una vida muy corta, como es visible en los insectos. Por otro lado, se producen individuos con un desarrollo más lento y menor potencial reproductivo, junto con un metabolismo menos intenso y un proceso de envejecimiento enlentecido, como es visible en los humanos y en ciertos primates.

Distintas autoras (Lehr, 2002, Fernández-Ballesteros, 2004; Lolas, 2001) concuerdan que el envejecimiento humano es un proceso de mayor complejidad y heterogeneidad en comparación con el resto de seres vivos, ya que en él se ven relacionados factores biológicos, psicológicos, sociales, culturales, etc. Es decir, aunque todos los humanos tienden a envejecer, el proceso por el cual envejecen no se desarrolla de la misma manera para todos. Por ejemplo, el cuerpo humano no envejece de manera uniforme, es decir, algunos órganos y funciones que envejecen van decayendo de manera diferenciada, y en multiplicidad de casos ciertas funciones no decaen, sino que continuamente mejoran. No obstante, es a partir de los cambios físicos y la paulatina reducción de las funciones motoras que socialmente se ha considerado al envejecimiento como sinónimo de decaimiento.

Si bien el presente texto se centra en profundizar sobre la investigación en torno a un fenómeno particular de la vejez, es importante comprender las similitudes y diferencias entre el envejecimiento de los seres vivos en general y el envejecer humano. Solo la especie humana valora su envejecer a partir de la creación de todo un complejo de significados, prácticas, y convenciones sociales asociadas al momento de la vida donde se hace patente en envejecimiento, momento que ha sido nombrado como “vejez”. Por otro lado, resulta fundamental trascender las visiones reduccionistas que asocian el envejecimiento con la pérdida y la decrepitud. Si algo demuestra el proceso de envejecimiento es que nada en la vida humana permanece inmutable, sino que la vida se transforma a partir de cambios pequeños y paulatinos, o bien, a partir de transformaciones vertiginosas. Y es que, sin lugar a dudas, el envejecer cambia la vida (Lozano, 2009; Ribera, 2004).

3.1.1 Acercamiento histórico.

Las investigaciones en torno al envejecimiento humano cuentan con una tradición que es importante de resaltar, ya que, a través de su análisis es posible dar cuenta de cómo ha evolucionado la forma de concebir dicho fenómeno. Es decir, a partir de una revisión histórica se clarifican las rutas de investigación gestadas en las últimas décadas, y los temas que han resultado dominantes en ciertos momentos de la historia. Así mismo se identifica el momento en que el envejecimiento se volvió un tema de investigación relevante, siendo un

detonante el aumento del número de personas mayores dentro de las sociedades modernas y altamente industrializadas (Neugarten & Datan, 1973; Neugarten, 1982).

Los inicios de las primeras investigaciones científicas estuvieron permeados por representaciones sociales que posicionaban a la vejez como una enfermedad, cuyos orígenes se encontraban en la reducción, lesión o atrofia de los órganos del cuerpo. Por ello, los trabajos en la materia estaban dedicados al cuidado de la persona mayor, o bien, a la invención de elixires que prevenían o impedían los efectos del envejecer. Fue Michel Elie Metchnikoff quien en 1903 acuñó el término Gerontología para concebir una ciencia que tuviera por objeto de estudio el envejecimiento humano. Aunado a ello, el término Geriátrica fue acuñado por Ignatius Nascher en 1907, para agrupar al cuerpo de estudios centrado en la explicación y tratamiento de las enfermedades propias de las personas mayores. Sin embargo, Geriátrica y Gerontología fueron en sus inicios ramas que estaban entrelazadas a tal grado que era difícil distinguirlas. Siendo hasta la década de 1930 que se desarrollaron las primeras nociones de la gerontología, y al terminar la Segunda Guerra Mundial los estudios sobre envejecimiento se diversificaron (Alba, 1992; Prieto, 1999; Rojas, Silveira & Martínez, 2014).

Son Lehr & Thomae (2003) quienes mejor han profundizado en establecer las etapas históricas de los estudios científicos en torno al estudio del envejecimiento. Dichos autores agrupan las diferentes etapas de esta manera:

- **Manifestaciones pre científicas:** textos literarios y tratados de medicina antiguos, expresiones artísticas sobre la vejez desde la antigüedad hasta el siglo XVIII.
- **Periodo inicial de investigación científica:** del siglo XIX a inicios del siglo XX. Fase caracterizada por conceptualizar a la vejez como una enfermedad. Primeros esfuerzos por sistematizar el conocimiento derivado de las investigaciones.
- **Comienzo de la investigación sistemática en vejez y envejecimiento:** desarrollos estables a partir de 1920 hasta 1940, principalmente en Estados Unidos, Europa (Inglaterra, Rusia y Alemania) y Japón. Las investigaciones buscaban la comprensión del proceso de envejecimiento humano, a partir de estudios elaborados desde estrategias metodológicas transversales. Aunque más tarde se produjo el surgimiento de los primeros estudios longitudinales.

- **Fundación y desarrollo de sociedades gerontológicas:** etapa surgida en la posguerra (1945-actualidad). Se caracteriza por el continuo crecimiento de trabajos en la materia y por la creación de redes de investigación a nivel internacional. Se desarrollan los primeros congresos internacionales, y la investigación va desplazándose de un terreno puramente biomédico hacia las ciencias sociales. Adicionalmente se desarrollan estudios longitudinales a nivel internacional, los cuales marcarían un parte aguas en la forma de concebir este fenómeno, ya que consideraron al envejecimiento como un proceso del desarrollo humano.

Lehr (2002) considera que con la llegada de los estudios longitudinales, estos se han convertido en la metodología más apta para observar los procesos del desarrollo humano, incluido el envejecimiento, ya que constituyen procesos de cambio a lo largo de la vida. Su eficacia radica en que este tipo de estudios incluyen observaciones repetidas a lo largo del tiempo en cohortes bien delimitadas. Por ello, poseen la capacidad de dar cuenta de cómo es que factores sociales, ambientales y políticos inciden a lo largo del curso de vida de las personas. Quizá el logro más importante de los estudios longitudinales es mostrar y comprender la heterogeneidad del envejecimiento, así como la visibilizar las diferencias individuales que se presentan al comparar a los integrantes de una población.

Actualmente conviven distintas líneas de investigación sobre el fenómeno, y aunque existe un esfuerzo por agrupar las líneas de trabajo, lo cierto es que no existe un consenso unificado. Sin embargo, es posible observar que de manera recurrente las propuestas incluyen los aspectos biomédicos, psicológicos y sociales. Así también, se distingue entre las investigaciones centradas en el proceso de envejecimiento y aquellas centradas en la vejez.

De esta manera, se abordan los principales aportes provenientes de las investigaciones sobre envejecimiento, mientras que en siguiente sección se revisan los aportes centrados en la vejez.

3.1.2 Aportaciones desde la perspectiva biomédica

Las investigaciones surgidas desde el aspecto biomédico son abundantes en comparación con otros temas de investigación centrados en el envejecimiento. No obstante, un gran sector de las mismas aún conserva una visión deficitaria del proceso de envejecimiento humano. Aunque no se puede negar la existencia de un ala vanguardista, que actualmente promueve una visión crítica sobre las diferencias que existen entre las poblaciones que envejecen. Frente a tal diversidad la revisión aquí presentada se orienta en resaltar aquellos aportes orientados a explicar los cambios fisiológicos y la presencia de enfermedades, así como los aspectos epigenéticos asociados al envejecer.

En primer lugar, se encuentran los indicadores fisiológicos y las enfermedades asociadas al proceso de envejecimiento. Distintos autores (Martínez, 2006; Triana, 2014) concuerdan que los indicadores biomédicos asociados al envejecer son elaborados a nivel de apariencia, estructura y funcionamiento corporal. Desde el nivel de apariencia se observan cambios en la piel y el cabello, como la aparición de arrugas y manchas, así como el encanecimiento del vello corporal. En el nivel estructural se desarrollan cambios en los procesos celulares, haciéndose más lentos, así mismo se produce una reducción de la masa muscular y el atrofiamiento paulatino de la estructura ósea. Finalmente, en los cambios funcionales, existe disminución en las funciones sensoriales, en las capacidades motrices, en la función respiratoria, así como la elevación de la presión arterial. Aunque también es necesario mencionar el aumento en la probabilidad de sufrir enfermedades crónicas degenerativas, o bien, condiciones incapacitantes.

Pareciera entonces que el envejecimiento conlleva a condiciones médicas específicas, que suelen ser poco comunes en etapas previas de la vida. Flores (2016) sugiere que, debido al mejoramiento de la atención médica y las condiciones de salud a nivel mundial, las causas de muerte en los adultos pasaron de ser provocadas por parásitos e infecciones, a ser provocadas por enfermedades crónicas degenerativas. Las cuales no tienen cura y pueden agravarse rápidamente si no se tiene un control adecuado. Para el autor, las tres enfermedades crónicas que han sido asociadas al proceso de envejecimiento son: 1) la diabetes mellitus, siendo el principal factor de riesgo para las enfermedades de tipo cardíaco;

2) la artritis, que crea condiciones incapacitantes; y 3) la hipertensión arterial, asociada fuertemente a la obesidad.

Por su parte, Quintanar (2011a) considera que es posible profundizar aún más en la clasificación de enfermedades asociadas al envejecimiento, dividiéndolas en dos grandes grupos: las enfermedades dependientes de la edad y aquellas enfermedades relacionadas directamente con la edad. En las enfermedades dependientes de la edad, se encuentran aquellas cuyo origen se encuentra propiamente en el proceso de envejecimiento, como el Alzheimer, el Parkinson, la osteoporosis, etc. Dentro de las enfermedades relacionadas con la edad el autor distingue las enfermedades de corte neurológico, la esclerosis múltiple, la esquizofrenia, la úlcera péptica, la gota, la colitis, las hemorroides, etc.

Frente al aumento de casos de personas mayores con enfermedades crónico-degenerativas, García-Peña & González (2012) consideran que la situación se ha convertido en un importante problema de salud global, donde la hipertensión arterial y la diabetes mellitus tipo 2 son la punta de la lanza. Esto se debe a que un alto porcentaje de las personas mayores de países industrializados poseen alguna de estas afecciones, mientras que en los países en vías de desarrollo existe un crecimiento acelerado de las mismas. El fenómeno posee múltiples aristas, como son: los hábitos de cuidado que poseen las personas mayores, el acceso a los servicios de salud, la creación de políticas públicas para prevenir el desarrollo de patologías desde etapas temprana de la vida, así como la existencia de factores de riesgo a lo largo del curso de vida.

Lawlov & Hardy (2013) también aseguran que las enfermedades del corazón y la diabetes mellitus tipo 2, son en la actualidad dos de las principales causas de muerte entre las personas mayores de 70 años. Aunque adicionalmente señalan una modificación en las condiciones donde surgen, ya que existe evidencia que indica un aumento de dichas enfermedades en etapas cada vez más tempranas de la vida. Esto se debe a la existencia de factores de riesgo durante la adultez temprana, los cuales influyen en los procesos de salud-enfermedad y predisponen a las personas para que desarrollen enfermedades crónicas.

Finalmente se encuentran el aspecto genético-ambiental, donde distintos autores (Vargas, 2012; Arroyo, 2012; Triana, 2014) consideran que el envejecer de las personas no depende solamente de su predisposición genética a ciertas enfermedades, si no que existe una relación permanente en la que el genoma interactúa con el ambiente, creando posibilidades o problemáticas de salud a lo largo del curso de vida. Es decir, es imposible pensar el proceso de envejecimiento sin su relación con determinadas condiciones sociales y ambientales, tales como la calidad de la alimentación, la higiene, los hábitos de cuidado, la exposición permanente a riesgos potenciales en la salud, etc. Por ello, dichos autores afirman que los estudios sobre envejecimiento deben de orientarse a garantizar un envejecimiento saludable y satisfactorio para todas las personas. Ya que, si bien el proceso de envejecimiento es un destino biológico, este se va construyendo, desde los primeros días de vida, a partir de condiciones ambientales, económicas y sociales.

Siguiendo con esta línea de pensamiento, es importante recuperar el gran aporte realizado por Haggarty & Ferguson-Smith (2013). Los cuales argumentan desde la perspectiva del curso de vida, que existe evidencia para pensar la importancia de los mecanismos epigenéticos dentro del proceso de envejecimiento. Dado que dichos mecanismos contribuyen en la modificación de las cadenas del ADN, generando tanto enfermedades crónico-degenerativas, como modificaciones en la velocidad con se desarrolla el proceso de envejecimiento celular.

Aunque los autores consideran que ciertos cambios epigenéticos se desarrollan solo a partir de edades avanzadas, también señalan que algunos de ellos ocurren en momentos tempranos de la vida, y se deben a la relación establecida entre la genética y el ambiente. Por ejemplo, eventos ocurridos durante la gestación o la infancia, como el consumo de alcohol durante el embarazo o la desnutrición infantil, tendrán un impacto en los procesos epigenéticos que suceden a edades avanzadas. En consecuencia, los mecanismos epigenéticos se encuentran íntimamente ligados con la salud que las personas tendrán en etapas avanzadas de su vida. Concluyendo así que es imposible negar que las condiciones tempranas de la vida tienen un papel preponderante en la construcción del proceso de envejecimiento.

3.1.3 Aportaciones desde la perspectiva psicológica.

Las investigaciones sobre el envejecimiento surgidas desde la psicología tienen tan solo unas cuantas décadas de existencia, pero no por ello son pocas y restringidas únicamente a ciertas temáticas. Por el contrario, el auge de las investigaciones psicológicas ha contribuido enormemente a visibilizar la increíble heterogeneidad que presenta el proceso de envejecimiento humano, así como visibilizar la multiplicidad de formas de vivir la vejez.

Uno de los trabajos más impresionantes en torno a la revisión de la literatura de corte psicológico es el realizado por Lehr & Thomae (2003) en su libro *Psicología de la senectud*. Dicho texto se condolida como la revisión más detallada que se haya realizado hasta la fecha, no solo por su grado de extensión, sino también por la dedicación que se le otorga a cada tema citado. Abarcando investigaciones centradas en factores biológicos, afectivos, neuro-cognitivos, familiares, sociales, culturales y la relación de las personas mayores con la muerte. Aunque vale la pena mencionar que la sistematización que los autores llevan a cabo se enfoca casi en su totalidad en investigaciones realizadas en países europeos y en Estados Unidos. El texto no solo es importante por la sistematización que realizan en gran cantidad de temas, sino también porque hace evidente el papel que han tenido los psicólogos en el desarrollo de investigaciones longitudinales a gran escala.

Las temáticas anteriormente citadas son por demás extensas y relevantes, sin embargo, dada su amplitud, el abordar cada una de ellas resultaría contraproducente para los fines de la presente investigación. Por ello, solo se aborda la que quizá sea la más grande aportación que la psicología ha hecho al estudio del envejecimiento y la vejez. Es decir, en el hecho de reorientar la visión científica, al considerar que el envejecimiento forma parte de los procesos del desarrollo humano, dejando atrás los modelos deficitarios para intentar comprender dicho fenómeno.

En todo este contexto, las figuras de Paul y Margret Baltes toman gran relevancia, puesto que a través de sus investigaciones se generó un sistema teórico y metodológico conocido como psicología del Ciclo Vital (o Life Span). Dicho sistema permitió superar las visiones reduccionistas que planteaban limitar el proceso de desarrollo hasta la completa maduración de las funciones biológicas y cognitivas, evento que supuestamente sucede con la llegada de la adultez. En consecuencia, a partir de este modelo fue posible pensar al

envejecimiento como un proceso de diferenciación progresiva entre las personas, donde el comportamiento humano evoluciona y se complejiza a medida que la persona va desarrollando su existencia. Dicho proceso inicia en el nacimiento, tiende a aumentar con la edad, y solo termina con la muerte, es decir, a lo largo de un ciclo vital. Así, envejecimiento y desarrollo son dotados de significados tanto biológicos como culturales, siendo procesos simultáneos, quizá indiferenciados, que están íntimamente asociados a las pérdidas y ganancias que pueden suceder en momentos específicos de la vida (Dulcey-Ruiz & Uribe, 2002; Fernández-Ballesteros, 2004).

Paul Baltes (1997), en un artículo recopilatorio y reflexivo acerca del trabajo realizado durante más de tres décadas, ofrece los pormenores de lo que él llama “la red general de la arquitectura biológica y cultural del desarrollo humano a lo largo del Ciclo Vital (life span)”. En dicho artículo este autor ofrece lo que a su consideración son las cuatro principales reflexiones en torno a los desarrollos teóricos que ha creado, ellas son:

- El desarrollo humano es incompleto debido a la co-evolución de los factores biológicos y culturales, así como al desarrollo de la ontogenia en la segunda parte de la vida humana.
- Los estudios del “life span” han centrado su investigación en la plasticidad humana (el potencial adaptativo que las personas desarrollan frente a nuevas situaciones) asociada a la edad. Donde se busca un desarrollo humano exitoso, basado en la maximización de las ganancias y la minimización de las pérdidas a lo largo del ciclo vital, las cuales son consideradas a partir de referentes objetivos y subjetivos contextualizados.
- Existen tres principios que rigen el Ciclo Vital: 1) los beneficios de la selección evolutiva que los humanos poseen disminuyen con la edad, es decir, a mayor edad mayor deterioro biológico y genómico; 2) el aumento de la edad incrementa la necesidad y demanda de artefactos culturales (tecnología), es decir, a mayor edad mayor necesidad del uso de recursos culturales para compensar las pérdidas sufridas; y 3) existe una disminución en la eficiencia de la cultura relacionada con la edad, es decir, a mayor edad menor plasticidad humana y menor efectividad de la cultura (la tecnología implementada causa un menor impacto).

- Existen tres funciones adaptativas del desarrollo que buscan regular las pérdidas y ganancias gestadas a lo largo de la vida (modelo SOC): 1) Selección: considerada como la función de crecimiento y de la capacidad adaptativa al ambiente; 2) Optimización: considerada la función de mantenimiento de los niveles de funcionamiento de cara a cambios contextuales; y 3) Compensación: considerada la función enfocada en la regulación de las pérdidas, se centra en organizar y reorganizar el funcionamiento con bajos niveles cuando el mantenimiento de los mismos ya no es posible. Se ha asociado que la primera función privilegia a la infancia, la segunda a la adultez y la tercera se desarrolla en mayor medida en la vejez.

De esta manera, es posible comprender a la psicología del Ciclo Vital como un marco de referencia de tipo contextual y dialectico. Donde se considera al desarrollo humano como un proceso continuo de cambios orquestados por influencias genético-biológicas y socio-culturales de naturaleza normativa. Así, las bases fundamentales del paradigma de los Baltes son la multidimensionalidad, la multidireccionalidad, y la multicausalidad existentes en los procesos del desarrollo. Los cuales, se encuentran marcados por ganancias y pérdidas concurrentes, de manera que, funciones como la Selección, la Optimización y la Compensación tendrían el papel de equilibrar las ganancias y las pérdidas. Teniendo esto en cuenta, la investigación de tipo longitudinal se convierte en la mejor opción para abordar el proceso de envejecimiento, ya que es solo a través de ella que es posible captar los efectos surgidos a partir de los cambios y permanencias que ocurren a lo largo de la vida (Dulcey-Ruiz & Uribe, 2002; Liberalesso, 2007).

Debido al potencial teórico que posee el modelo de Selección, Optimización y Compensación (SOC), es necesario profundizar en estas tres funciones, ya que, son claves para comprender la forma en que las personas mayores experimentan su envejecer.

Boker (2013) ofrece una mirada complementaria a las exposiciones de Baltes, al considerar que la Selección es proceso de elección de metas contextualizadas para cada persona. Sin embargo, es necesario establecer que existe una distinción entre selección voluntaria e involuntaria, basada en gran medida en el surgimiento o restricción de habilidades y actividades diarias que las personas experimentan. Por otro lado, la

Optimización hace referencia a la aplicación de métodos para lograr las metas que previamente han sido seleccionadas. En algunos contextos este proceso lleva a la adquisición de nuevos métodos y habilidades, además del refinamiento de las habilidades con las que ya se cuenta. Por lo que la Optimización ha sido considerada como un regulador de la conducta social, ya que condiciona la forma en que las personas habrán de comportarse en ciertas situaciones. Finalmente, la Compensación se refiere al uso de métodos alternativos cuando los que previamente han sido elegidos ya no pueden ser usados, o bien, cuando no logran causar el efecto deseado. Es decir, es la búsqueda de equilibrio entre los diversos métodos existentes.

Autores como Villar (2003), Iacub (2011) y Zarebski (2013), proponen considerar bajo esta perspectiva que el desarrollo psicológico no se limita a la maduración de los procesos biológicos y cognitivos, sino que este se organiza a partir de los diferentes ambientes donde las personas viven su vida. Además, dicho desarrollo deja de ser pensado de manera lineal, para ahora ser concebido como un proceso dinámico que surge a partir de la articulación de una serie de factores biológicos, psicológicos, sociales y culturales. Así mismo, la configuración del envejecimiento a pesar de materializarse en los últimos momentos de la vida, se va estableciendo a lo largo de la misma.

Es indiscutible que los desarrollos de los Baltes siguen vigentes en gran parte de la investigación psicológica actual, no obstante, sus aportes también poseen limitaciones que es importante señalar. Aunque el modelo es sumamente innovador al incorporar la influencia de los factores culturales en los procesos del desarrollo, este sigue presentando una visión reducida frente a la secuencia de acontecimientos que han de suceder a lo largo del curso de vida de las personas. Es decir, si bien esta perspectiva visibiliza la variabilidad del desarrollo humano, resta importancia a las condiciones económicas, políticas y sociales que experimentan los seres humanos.

Adicionalmente, el modelo del Ciclo de Vida desestima el impacto que tienen los grandes eventos históricos en el desarrollo humano. En consecuencia, resta importancia al surgimiento de múltiples temporalidades dentro de la vida de las personas, las cuales tienden a marcar el ritmo de su desarrollo. Así, la perspectiva del curso de vida se ha nutrido de los desarrollos gestados desde el Ciclo Vital, sintetizados en aquel principio teórico que dice: el desarrollo humano dura toda la vida.

3.1.4 Aportes en envejecimiento poblacional.

Nunca antes en la historia de la humanidad han existido tantas personas mayores como al día de hoy, y todo indica que en el futuro existirán aún más. Dicha afirmación es la que sustentan Lehr & Thomae (2003) cuando mencionan que *vivimos en un mundo que envejece*. La reducción de la mortalidad en etapas tempranas de la vida, así como la reducción de las tasas de natalidad y la mejoría en las condiciones de salud; han producido un aumento en la población mayor a nivel mundial, al mismo tiempo que han elevado la esperanza de vida tanto en hombres como en mujeres. Estos eventos traen consigo cambios profundos en la estructura poblacional de las sociedades contemporáneas, ya que, poco a poco existirán zonas donde vivirán más personas mayores que niños o jóvenes.

La humanidad se encuentra frente al surgimiento de una nueva forma de organización social, donde las personas mayores se constituirán como una mayoría, implicando así cambios políticos, económicos y sociales, tanto a nivel local como global. Dichos cambios resultan de la necesidad de asegurar condiciones de vida dignas para todas las personas mayores, sin importar su edad, su género o su estado de salud.

Reportes como el desarrollado por He, Goodkind & Kowal (2016) permiten apreciar la transformación demográfica, ya que, señalan que hasta el año 2015 la población mundial mayor de 65 años representaba poco más del 08.5 % de la población total. Es decir, los autores afirman que en 2015 existían 7.3 billones de personas, de las cuales, 617 millones eran mayores de 65 años. Estimando también que para el año 2030 la cifra aumentará al billón de personas mayores, siendo cerca del 12 % de la población. Finalmente, para el año 2050 calculan la existencia de 9.4 billones de personas, de las cuales 1.6 billones, cerca del

16.7 %, serán mayores de 65 años. Sin embargo, esta transformación no se desarrolla de manera homogénea alrededor del mundo. Si no que existen zonas que ya se encuentran envejecidas, otras que envejecen rápidamente y otras que se conservan relativamente jóvenes. Aunque históricamente se considera a Europa como un continente envejecido, regiones dentro de Asia, así como en América Latina y el Caribe han transitado rápidamente a poseer poblaciones envejecidas en tan solo unas cuantas décadas.

Otras investigaciones (Cepal, 2003; Leeson, 2013) ofrecen información relevante respecto del proceso de transición poblacional que experimenta América Latina y el Caribe. Proyecciones señalan que en esta región se espera que para el año 2025 existan cerca de 57 millones de personas mayores, y para el año 2050 la cifra aumente a 86 millones, de una población total esperada de 750 millones de personas. Un aspecto relevante es que el proceso de envejecimiento se ha desarrollado paralelamente a la urbanización y el crecimiento industrial de los países latinoamericanos y caribeños. Es decir, en esta región del planeta gran parte de las personas mayores viven en condiciones de pobreza dentro de contextos urbanos. Los cuales no han sido pensados para esta población, y por ende no existe la suficiente infraestructura para cubrir sus necesidades.

Estos argumentos consolidan al proceso de envejecimiento demográfico como un reto a escala global. Si bien la temática se ha instaurado de manera prioritaria en las agendas de algunas naciones y organismos internacionales, lo cierto es que muy lentamente se hace visible en el discurso de los Estados. En consecuencia, históricamente han sido las universidades y los centros de investigación, quienes han visibilizado la relevancia del problema. Siendo ellos también quienes han propuesto políticas públicas, investigaciones e intervenciones vanguardistas.

Uno de los ejemplos más relevantes de este posicionamiento, es el desarrollo del paradigma del Envejecimiento Activo, el cual, considera la OMS (2002), centra su atención en afrontar al envejecimiento poblacional como uno de los más grandes retos de la humanidad. Dicha estrategia puede definirse como un proceso de optimización de las oportunidades de salud, participación y seguridad, con el fin de mejorar la calidad de vida de las personas mayores y asegurar el ejercicio de los derechos humanos de las mismas, Por lo tanto, este modelo se aplica tanto a individuos como a grupos de población, tratando de

ampliar la esperanza de vida saludable y la calidad de vida para todas las personas a medida que envejecen.

Distintos autores (Peel, McClure & Barlett, 2005; Depp & Jeste, 2006; Fernández-Ballesteros, 2011) consideran que el Envejecimiento Activo es un ámbito que engloba la investigación básica y aplicada provenientes de diferentes disciplinas científicas. De esta manera, no existe una definición consensuada sobre el concepto de Envejecimiento Activo, sino que, este posee múltiples sinónimos como son el Envejecimiento con Éxito, Satisfactorio, Óptimo, Positivo, Productivo, etc. Resulta importante resaltar que las temáticas recurrentes dentro de este ámbito son la evaluación de aspectos comportamentales y sociales, así como la mejora en las condiciones de salud, el bienestar y la calidad de vida, la formación a lo largo de la vida y la participación social.

En el caso específico de México, existen datos que permiten afirmar la existencia de más de 10 millones de personas mayores en el año 2010 y una proyección esperada de 28.7 millones de personas mayores para el año 2050. En este contexto es que existe un mayor número de mujeres envejecidas que de hombres mayores, las cuales, también cuentan con una mayor expectativa de vida en comparación con los hombres. Así mismo, el fenómeno del envejecimiento poblacional trae consigo grandes repercusiones socioeconómicas y espaciales, debido a que dentro del país es necesaria una considerable inversión en infraestructura que permita contar con servicios sanitarios especializados. Así como una reorganización territorial para volver accesibles a las personas mayores sus ciudades y pueblos (Ortiz & Gerónimo, 2007; INEGI, 2011a; CONAPO, 2011).

Es perceptible una distinción en la forma de envejecer en contextos urbanos y rurales, aunque una gran parte de la población habita en las zonas urbanas, cerca del 25% de esta población vive en comunidades rurales con una economía de corte manual. Además, es innegable la existencia de diferencias significativas entre la forma en que envejecen hombres y mujeres en México, siendo esto en gran parte una consecuencia de los roles tradicionales de género que enmarcaron la vida de estas generaciones. Es en las zonas urbanas donde las mujeres representan el grueso de la población envejecida, mientras que en las zonas rurales son los hombres mayores quienes representan la mayoría. Aunque son las personas mayores de contextos rurales quienes desarrollan una mayor participación tanto en los ámbitos

productivos, en comparación con la participación observada en las ciudades, aunque el nivel de pobreza y vulnerabilidad es mayor entre los sectores rurales (Salgado, González-Vázquez, Jáuregui-Ortiz & Bonilla-Fernández, 2005; Ham, 2011; INMUJERES, 2015).

3.2 Vejezes.

Las investigaciones sobre vejez tienen una historia más corta que las investigaciones centradas en el envejecimiento, pero no por eso su contenido posee menor riqueza. Por el contrario, la vejez en tanto objeto de estudio científico ha generado propuestas teóricas y metodológicas sumamente interesantes a partir de las cuales se ha logrado abordar un gran abanico de temáticas. De igual manera, el estudio de la vejez no solo es exclusivo de la gerontología, sino también ha florecido dentro de las ciencias sociales, como la sociología, la historia, la antropología social, la psicología, etc.

3.2.1 Antecedentes teóricos

Montes de Oca (2010) considera que dentro del ámbito académico el concepto de vejez ha evolucionado con el paso del tiempo, siendo distinguibles por lo menos tres tipos de abordajes. El primero de ellos es el de la perspectiva cronológica, la cual ubica a la vejez en función de la población existente mayor de 60 años. Aunque vale la pena aclarar que esta definición es un constructo demográfico más que funcional o cultural. Por otro lado, se encuentra la concepción funcional de la vejez, la cual se construye a partir de la declinación de la autonomía vital y la aparición de limitaciones físicas, discapacidades y enfermedades. Dicha visión se sostiene a partir de un modelo deficitario que reduce a la vejez a sus componentes negativos. Finalmente se contempla a la vejez como etapa del curso de la vida, que a su vez es histórica y socialmente construida; siendo posterior a la adolescencia y la adultez, y que antecede a la muerte. Así, la diferencia entre envejecimiento y vejez radica en que el primero es un proceso dinámico dependiente del paso del tiempo, mientras que la vejez es un periodo de tiempo, un momento con normas, valores, y representaciones socialmente validadas.

Distintos autores (Phillipson & Baars, 2007; Díaz-Tendero, 2011) han clasificado los desarrollos teóricos que surgieron a partir de la segunda mitad del siglo pasado, momento en que la vejez surge como objeto de estudio:

- **Teorías de la desvinculación** (por Cumming y Henry en 1961): Inspirada en el paradigma funcionalista. En la vejez, las personas y la sociedad se separan de manera recíproca, siendo un proceso natural, universal y con fundamento biológico. La separación responde a la doble necesidad de evitar que la muerte de la persona envejecida tenga repercusiones en el sistema social, al no existir alguien que pueda ocupar su lugar y cumplir con sus obligaciones. De igual manera, dicha desvinculación contribuye en la capacidad evolutiva de la sociedad, permitiendo a las personas jóvenes ocupar el espacio dejado por las personas mayores.
- **Teorías de la actividad** (por Lemon, Bengtson y Peterson en 1972): Las personas mayores mantienen los roles y actividades que han llevado a lo largo de toda su vida. Los roles sociales son el eje articulador entre la dimensión psicológica y social de la vejez.
- **Teorías de la continuidad** (por Neugarten en 1964 y Lowenthal en 1975): No existen elementos para creer que universalmente existe una ruptura o una transición brusca o disruptiva en el paso de la adultez y la vejez. Sino que, la última etapa se constituye como una continuación de las experiencias de vida.
- **Teorías de la estratificación etaria** (por Dowd en 1978, Hogan y Astone en 1986 y Riley-Riley en 1990): Las sociedades agrupan a las personas en categorías sociales dependientes de su edad, donde se encuentran una serie de roles a cumplir, así como normativas y experiencias únicas que generan identidad y mantienen el funcionamiento del sistema social.
- **Teorías del construccionismo social** (a partir de 1980): Tanto el envejecimiento como la vida de las personas mayores se construyen socialmente y son producto de concepciones sociales históricamente fundamentadas. El proceso de construcción se desarrolla de manera multinivel (macro-meso-micro), donde los niveles se articulan entre sí. Estas teorías fomentaron el surgimiento de la Gerontología Crítica a partir de dos vías primarias de trabajo: 1) buscar las raíces de la desigualdad en la vejez; y 2) explorar los significados y la cotidianeidad de las personas mayores.

Si bien en la actualidad la mayoría de las investigaciones sobre vejez se conciben bajo la perspectiva de construccionismo social, incluida esta investigación, es importante el reconocer la validez ciertos elementos conceptuales que las anteriores teorías aportaron.

Un ejemplo claro de lo anterior es el trabajo que realizó Bernice Neugarten y sus colaboradores (Neugarten & Datan, 1973; Neugarten, 1979; Neugarten & Neugarten, 1987), quienes desarrollaron una serie de postulados vigentes hasta la fecha. Entre los que podemos destacan el proponer que la sociedad se estructura por estratos de edad bien diferenciados, describiendo las normatividades, lugares, representaciones, expectativas, experiencias y sanciones propios de cada estrato. De igual manera, estos desarrollos teóricos fomentaron la distinción de las diferencias en la forma de vivir la vejez, dependiendo de qué tanto se haya transitado por este momento del curso de la vida.

Otros aportes relevantes se centraron en visibilizar la existencia de una agenda social institucionalizada que ordena cronológicamente la vida (cuando ir a la escuela, casarse, tener hijos, trabajar, retirarse) y enseña a las personas cómo vivir su vejez. Así como en la incorporación del concepto de cohorte a los estudios sobre vejez, que dio pie a considerar que cada estrato de edad se encuentra expuesto a una determinada gama de experiencias posibles, al mismo tiempo que cuentan con sus propias formas de participación y significación social (Riley, Forner & Riley, 1999; Dannefer, Uhlenberg, Forney & Abeles, 2005).

Ahora bien, en la actualidad se ha desarrollado una forma de trabajo centrada en visibilizar y comprender las múltiples formas de significar la vejez a través del uso de las narrativas de las personas mayores.

Por ejemplo, Carpentieri & Elliot (2013) consideran que el uso de las narrativas se ha convertido en un recurso poderoso para entender el significado que las personas mayores les dan a sus vidas. Dichas narrativas pueden ser divididas en grandes historias, así como en pequeñas historias, mostrando diversos elementos que otorgan riqueza a la experiencia de las personas mayores. Dentro de las grandes historias se encuentran las narraciones biográficas, que hacen hincapié en los eventos más importantes para las personas, así como sus experiencias, sus aprendizajes y sus puntos de inflexión. Mientras que las pequeñas historias

centran su interés en eventos mundanos, y en sucesos cotidianos. Otra diferencia entre ambos tipos de historias radica en que las primeras tienden a ser provocadas por los investigadores, mientras que las últimas suceden de manera natural, ocurriendo en conversaciones cotidianas y en menor medida dentro de entrevistas semi estructuradas.

Bajo la misma línea de pensamiento Villar & Serrat (2015) consideran que, ante la presencia de pérdidas en la vejez, las personas mayores necesitan continuamente reflexionar biográficamente (recordando-resignificando sus relatos) para conservar el sentido de continuidad personal. Este efecto se debe a que las narrativas nunca son neutras, sino que contribuyen a configurar la identidad de las personas, pero no determinan la forma en que estas viven su vejez. Por otro lado, es necesario dar cuenta de las narrativas socialmente compartidas sobre el envejecimiento, así como su influencia en las personas. Es decir, para realizar investigación sobre la vejez, es ineludible reconocer la existencia de narraciones dominantes sobre la vejez y el envejecer. Las cuales influyen en la forma en que las personas mayores son tratadas dentro de sus sociedades, así como en impedir o fomentar que las mismas desarrollen nuevas narrativas acerca de su existencia.

De manera que el trabajo con las narrativas en la vejez ha generado un debate acerca de la forma en que los investigadores deben de interpretar dichas narrativas, así como reconocer el poder transformador que conllevan la creación de estos relatos por parte de las personas mayores.

Meretoja (2017) considera que los investigadores no deben de perder de vista el hecho de que toda narrativa tiene que ser contextualizada. Siendo así que las circunstancias históricas, y los modelos culturales y familiares que poseen las personas mayores son cruciales en el momento de la interpretación. De esta manera, existe cierto valor ético o violento en cada narración, el cual depende de cómo es interpretada y puesta en uso dentro de una sociedad con una historia y una cultura particular. Por lo que cada narrativa generada en torno la vejez se constituye como parte de los significados culturales acerca del envejecer. No debe olvidarse que culturalmente existen tanto nociones problemáticas como nociones potencializadoras sobre la vejez. Las primeras alimentan la visión negativa y pobre que existe sobre el envejecimiento, mientras que las otras tienen fomentan la capacidad de agencia y la participación activa de las personas mayores (Baars, 1997b).

Teniendo esto en cuenta Baars & Phillipson (2013) proponen que las formas en que socialmente son vistos el envejecimiento y la vejez, reflejan las fortalezas y las debilidades de las tendencias que han dominado el proyecto de modernización occidental. Por ello, las nociones relacionadas con la edad han sido creadas para distinguir claramente a las personas que han envejecido de aquellas que aún no lo han hecho. Para así poder excluirlas del resto de la población, al ser consideradas como residuos de una sociedad altamente competitiva. Bajo este modelo, mientras más envejecidas se encuentren las personas existirá un mayor número de significados negativos asociados a su existencia. En muchas ocasiones dichos significados son aceptados por las personas mayores, sin que estas tengan oportunidad de reflexionar acerca del contenido de los mismos.

Un ejemplo interesante sobre las implicaciones de esta cuestión la ofrecen Grenier & Phillipson (2013), cuando muestran que durante el siglo pasado surgieron debates acerca de la capacidad de agencia y participación que poseen las personas mayores sumamente envejecidas, y con un grado evidente de fragilidad. Dichas discusiones se centraron en agrupar a las personas mayores con estas características dentro de la noción de “cuarta edad”, indicando así un momento del curso de vida caracterizado por la dependencia, la falta de autonomía y la necesidad de cuidados. Sin embargo, el concepto de “cuarta edad” posee características altamente negativas; al fomentar una visión de la vejez avanzada que genera exclusión y rechazo, centrándose solo en las pérdidas. Si bien la vejez avanzada y la fragilidad llegan a modificar el ejercicio de la agencia, ambas características tienen que ser comprendidas como condiciones de vida, sobre las cuales se pueden generar desventajas sociales, antes que ser consideradas como un amargo destino.

A pesar de la existencia de ciertas regularidades, la experiencia de envejecer es altamente subjetiva y heterogénea, ya que se fundamentan en la relación entre la estructura social y la capacidad transformadora de cada persona. Dicha experiencia sucede a partir de establecer puntos de referencia, es decir, creando comparaciones y similitudes con otras personas o bien, con momentos pasados del propio curso de vida. Las comparaciones con otras personas permiten ubicarse frente a los demás, observar que tanto se ha envejecido y que tanto han envejecido los demás. Por su parte, las comparaciones con momentos del pasado permiten dar cuenta de que tanto se ha cambiado o que cosas se conservan. Ambas

comparaciones son elementos clave para poder imaginar posibles futuros, tanto personales como colectivos (Miche, Wahl, Diehl, Oswald, Kaspar & Kolb, 2014).

3.2.2 Los significados del cuerpo.

Existe un amplio universo de investigaciones centradas sobre vejez, sea ya desde una visión básica como aplicada, a partir de metodologías cuantitativas, cualitativas, de carácter mixto o participativo. Para efectos de esta investigación he de centrarme en aquellas que aportan elementos empíricos para ampliar la comprensión de las condiciones de vida de las personas mayores, haciendo énfasis en aquellos trabajos desarrollados en el país. De esta manera, son dos las temáticas a abordar: los significados del cuerpo en la vejez y las redes de apoyo. En este apartado se aborda la primera temática, de manera que en el siguiente punto está reservado a la relevancia de las redes de apoyo.

Una de las formas de entender la vida de las personas mayores es a través del análisis de su experiencia corporal, tomando en cuenta que el cuerpo es más que un organismo envejecido, ya que posee una historia y significados que constantemente se actualizan. Por otro lado, es posible pensar que el cuerpo, siendo un proceso y no un producto terminado, es la vía por la cual las personas mayores, y las personas en general, establecen sus relaciones con el mundo que las rodea.

También es cierto que existe una relación irreductible entre el cuerpo y el paso del tiempo, ya que el primero se construye a partir del segundo. De manera tal que la experiencia corporal se configura dependiendo del momento del curso de vida, así como del momento histórico que viven las personas. Particularmente en las personas mayores es visible que todo ese tiempo vivido se ha hecho carne, es decir, las experiencias de vida se encuentran grabadas en el cuerpo. Convirtiéndose en memoria a través de cualidades únicas, como cicatrices, lesiones, heridas, tatuajes, amputaciones, complementos, prótesis, etc. Por otro lado, la cantidad de años vividos, así como la fragilidad corporal son dos factores claves para la configuración de la experiencia corporal en ese momento del curso de vida. Ya que ambos dictaran las posibilidades de movimiento y relación, así como la gamma de experiencias a las que las personas mayores pueden o no acceder (Pochintesta, 2014).

Sin embargo, la forma en que las personas mayores significan sus cuerpos, y por ello su identidad, no depende únicamente de aspectos puramente individuales, sino también de los imaginarios sobre la vejez con los que constantemente se encuentran en contacto. Por ejemplo, en occidente se ha instituido desde largo tiempo atrás una estética corporal tanto masculina como femenina, cuyos cánones exigen el poseer y mostrar un cuerpo siempre joven, bien ejercitado y con una piel tersa sin marcas o cicatrices. Se ha desarrollado toda una industria “anti envejecimiento” centrada en retrasar lo más posible los cambios físicos asociados al envejecer, así como en instaurar en la sociedad discursos que enaltezcan la juventud y desprestigien sutilmente a la vejez. (Sibilia, 2012).

Otros autores (Lolas, 2006; Iacub, 2007; Arroyo & Salas, 2013) consideran que los imaginarios negativos de la vejez también han vinculado a las personas mayores con la reducción irreversible de la productividad y la autonomía. Esta premisa se sustenta en la idea de que al envejecer las personas tienden a desarrollar enfermedades crónico-degenerativas, reducir sus capacidades, y volverse dependientes o pasivas. Dicha situación tiende a crear una serie de procesos de desvalorización entre las personas mayores, impidiéndoles que puedan significar de manera positiva los cambios corporales y den valor a sus cuerpos. Por ello, el hecho de mantener su identidad en ocasiones se convierte en un verdadero reto, ante un cuerpo lleno de cambios que no responde igual que en el pasado, y que es socialmente menospreciado. Situación que llega a ser mayormente impactante en las personas mayores de edades avanzadas o en aquellas que sufren condiciones de incapacidad física.

De cara a estos imaginarios es necesario dejar a un lado las generalizaciones de la experiencia corporal en la vejez, y visibilizar las diferentes formas que las personas mayores tienen para vivenciar sus cuerpos.

Un ejemplo de lo anterior es la investigación de Phoenix (2010), quien trabajó con personas mayores del Reino Unido que practicaban fisiculturismo. Su metodología se orientó a la implementación de historias de vida y la toma de fotografías por parte de los participantes. Siendo estas estrategias una vía para expresar los sentimientos de “este soy yo” y “este no soy yo”, la autora identificó tres formas distintas de identidad basada en el cuerpo: el cuerpo-sí mismo saludable, el rendimiento físico en el fisiculturismo, y el cuerpo- sí mismo relacional. En el primer aspecto, observó la búsqueda de una vida saludable a partir de la

alimentación enfocada a preservar la juventud y fuerza corporal. En el segundo ámbito pudo identificar que el cuerpo ejercitado tiene cierto valor dentro de su círculo social, así también, existe una distinción entre los ideales del cuerpo masculino y femenino. Finalmente, en el tercer aspecto la autora identificó que el cuerpo también es visto como la vía para mantener las relaciones sociales a partir de la interacción y cuidado de los otros.

Otra investigación que visibiliza una realidad totalmente distinta a la anterior, y permite ver la heterogeneidad de formas en que el cuerpo de las personas mayores se construye, es el trabajo realizado por Enríquez (2014). En este trabajo el autor analizó la construcción de las emociones, agrupadas en la concepción popular de “los nervios”, en personas mayores que viven en contextos urbanos de pobreza extrema en el estado de Jalisco, México. A partir de la aplicación de encuestas y entrevistas a 201 personas mayores, se identificaron distinciones respecto del género, así como subcategorías emocionales, referentes corporales, situaciones sociales asociadas, y relaciones con los hijos.

El autor observó que en la mayoría de las personas mayores la falta de recursos económicos, así como las continuas peleas familiares son los detonantes de “sentir nervios”. Que pueden definirse como un conjunto de emociones y malestares físicos, los cuales van desde incomodidad leve hasta serias complicaciones de salud, reflejando su insatisfacción respecto de sus condiciones de vida. Adicionalmente, es posible ver cómo los participantes buscan aliviar “sus nervios” a partir de ciertos cuidados básicos. Ya que las personas mayores tienen en cuenta que el aumento incontrolado de los mismos decreta seriamente su calidad de vida.

Es cierto que el proceso de envejecimiento trae consigo modificaciones fisiológicas, siendo quizá, la reducción de la resistencia física la más conocida de todas ellas. Dicha reducción no es un fenómeno abrupto, homogéneo y normativo entre las personas mayores. Si no que su aparición depende tanto de las situaciones previas del curso de vida que puedan fomentarlo, como la existencia de hábitos de riesgo, al igual que de las condiciones actuales de las personas mayores. No obstante, es necesario reconocer que existe un número considerable de personas mayores, que se encuentran en una condición de dependencia corporal. Por ello, vale la pena preguntar ¿qué sucede cuando las personas mayores necesitan

apoyo para cuidar y manejar sus cuerpos? ¿cómo se configuran los procesos identitarios ante esta situación?

La investigación realizada por Martin (2013) resulta esclarecedora ante estas cuestiones. La cual, se llevó a cabo a partir de un estudio etnográfico con dos mujeres mayores que son tratadas en una clínica para el dolor en la ciudad de Detroit, Michigan. El trabajo con ambas mujeres revela lo agónico que puede llegar a ser el establecimiento de la dependencia física como una realidad cotidiana. La presencia de una lesión que nunca cesa de doler es considerada como un punto de inflexión disruptivo, ya que este evento modificó irreversiblemente la vida de ambas participantes, e instauró la necesidad de ser apoyadas por familiares cercanos para realizar tareas básicas. Así, la continuidad psíquica de estas mujeres se encuentra en juego, al existir una disociación abrupta entre lo que ellas eran y hacían en un pasado, con lo que ahora son y lo que ya no pueden hacer.

Por su parte, el trabajo que realiza Arroyo (2011) también es de utilidad para ampliar la comprensión sobre la desvalorización que las personas mayores hacen de sí mismas en esta situación. Su objetivo central consistió en analizar cómo es que las personas mayores con dependencia física llegan a “sentirse una carga” para sus familiares, así como las consecuencias emocionales y sociales que esto implica. A partir del trabajo con veinte personas mayores de entre 70 y 93 años, habitantes de la ciudad de Durango, México, los resultados arrojan que los participantes generan el “sentimiento de carga” a partir de perder la capacidad de cuidarse a sí mismos.

Aunque en esta situación también se logró documentar particularidades dependiendo del género: donde las mujeres mayores desarrollaron dicho sentimiento a partir del perder la capacidad para realizar tareas domésticas y dar cuidado a los familiares que así lo requieran. Mientras que los varones mayores generaron el “sentimiento de carga” a partir de dos situaciones, en un primer momento a partir de perder la capacidad para proveer económicamente a su familia. Para después consolidar dicha percepción al dejar de realizar labores centradas el mantenimiento y cuidado del hogar.

El hecho de que las personas mayores pierdan la capacidad de satisfacer sus necesidades mínimas diarias implica, en el mejor de los casos, fomentar la implementación de una estrategia de atención entre los familiares, amigos y vecinos. Es decir, dentro de las comunidades donde las personas habitan, así como los servicios de salud a los cuales esta tiene la posibilidad de acceder. No obstante, aunque las personas mayores pueden llegar a tener los cuidados que requieren, existen situaciones en las que junto a los cuidados sean infantilizadas y violentadas. Así también es posible que en ellas emerja un discurso centrado en el déficit o la enfermedad, que estructura toda su existencia, y que poco a poco modifica su identidad al considerar que su vida ha perdido valor (Arroyo & Salas, 2013; Salas, Martínez, Pérez, Arroyo, 2015).

Es necesario aclarar que el abordaje de esto fenómenos no es una muestra de que para las personas mayores todo este perdido y que la vejez es una etapa de deprimente en sí misma. Sino que, para transformar la realidad de las personas mayores, es preciso identificar aquellas áreas que requieren de atención urgente, como es el caso de aquellas con dependencia física. De igual manera es necesario resaltar los recursos que ellas poseen, siendo las redes de apoyo quizá uno de los más importantes para mejorar las condiciones de vida de las personas mayores, así como para modificar los imaginarios sociales que se crean en torno a la vejez.

3.2.3 Redes sociales de apoyo.

Montes de Oca & Macedo (2012) consideran que es necesario reconocer a las redes sociales como construcciones de carácter sociohistórico, generadas a lo largo del curso de vida. A partir de las cuales las personas crean una identidad colectiva, y generan tanto un sentido de pertenencia, así como confianza y reciprocidad entre las mismas. Su principal objetivo radica en ofrecer una suerte de sistema de seguridad social de carácter informal, orientado a cubrir las necesidades que los sistemas de apoyo formal no pueden satisfacer. En consecuencia, las redes sociales son sistemas de intercambio de apoyo que surgen y se multiplican de manera cotidiana entre los distintos sectores de la población. Aunque en la vejez, dichas redes también pueden ser consideradas como un recurso para que las personas envejecidas se sientan útiles y acompañadas. Un aspecto central en la creación y mantenimiento de las redes

de apoyo consiste en la cohesión social que existe dentro del contexto que sustenta a las redes.

Los argumentos anteriores permiten pensar a las redes de apoyo como un recurso para el desarrollo humano. De entre las cuales, las redes familiares poseen un papel relevante, debido a lo recurrente que son dentro de la vida de las personas mayores en México.

Salas, Martínez, Pérez & Arroyo (2015) consideran que la familia es la red de apoyo primaria para las personas mayores. Asumiendo esta relación como un binomio inseparable que supone una fuerte carga afectiva entre los familiares implicados, la cual, permea la cotidianidad del cuidado, favoreciendo o entorpeciendo su ejecución. Adicionalmente, los cuidados que las familias realizan hacia sus familiares mayores se encuentran atravesados por distintos factores sociales como son la actitud moral, la clase social, la etnicidad, etc. Jugando estos un papel relevante en la consolidación de dicha relación, ya que, a partir de ellos, las familias asumen, rechazan o se obligan a la responsabilidad del cuidado.

En el mejor de los casos, las redes de apoyo familiar suponen la existencia de cierta solidaridad intergeneracional, de los hijos hacia los padres, que está enfocada en la atención y supervivencia de las personas mayores. El apoyo intergeneracional puede realizarse a partir contribuciones económicas, así como brindar bienes, servicios, o dedicar cierto tiempo para cuidar a quien lo necesite. Aun con lo anterior, no debe asumirse que todas las redes de apoyo familiar funcionan perfectamente. Por el contrario, dichas redes funcionan aun cuando exista indiferencia o desinterés por parte de algunos miembros. (Ronzón, 2014; Tamez & Ribeiro, 2014).

Finalmente es necesario mencionar los aspectos negativos dentro de las redes de apoyo familiar. Donde diversos autores (Quintanar, 2011a; Ruelas-González & Salgado, 2014; Salas, Martínez, Pérez & Arroyo, 2015) consideran a la feminización del cuidado y la sobrecarga que viven las personas cuidadoras, como los aspectos más relevantes. Sobre el primer punto, históricamente son las mujeres quienes poseen una mayor trayectoria de cuidado dentro de las familias. Por lo que es común que sean ellas quienes asuman voluntariamente el papel de cuidar a un familiar mayor, o bien, sean obligadas por mandato directo o por presión social. Por otro lado, si las personas que ofrecen su apoyo cuidando a su familiar no poseen las condiciones para descansar de dicha tarea, existe el riesgo inminente

de que sufran de un colapso conocido como “síndrome de cuidador”. Esta condición implica un progresivo desgaste físico y cognitivo, siendo así que en etapas avanzadas puede provocar trastornos psicológicos como son ansiedad y depresión.

Antes de finalizar este capítulo es necesario reconocer que la investigación realizada sobre envejecimiento y vejez ha sido uno de los principales motores en la transformación de los imaginarios más nocivos que pesan sobre las personas mayores. Ya que el envejecimiento ha dejado de ser considerado de manera generalizada como una enfermedad y la vejez como un destino fatal. Para comenzar a ser vistos como un proceso a lo largo de la vida y como una construcción social respectivamente. Así mismo, después de revisar los elementos teóricos y empíricos es innegable que ambos fenómenos se constituyen como un binomio indivisible.

Teniendo esto en cuenta, el siguiente capítulo se centra en las relaciones entre la vejez y la masculinidad, sabiendo que los varones se ven inmersos a lo largo de todo su curso de vida en los procesos de socialización del género y en el proceso de envejecimiento. Por lo cual, no es de extrañar que ambos elementos se condicionen mutuamente.

Capítulo 4.

Vejez y masculinidades.

Este capítulo tiene por objetivo analizar las relaciones existentes entre la masculinidad y la vejez. Nociones que configuran la vida cotidiana de los hombres mayores, y que han sido poco investigados en conjunto. De esta manera, se busca evidenciar cómo los varones significan su experiencia del envejecer a partir del modelo de masculinidad dominante desde el cual fueron socializados. Aunque vale la pena aclarar que, debido a los intereses de esta investigación, se pondrá especial atención en aquellos trabajos con población rural mexicana.

Las investigaciones en torno a la vejez y la masculinidad son aun escasas, aunque su crecimiento ha sido lento y paulatino. Mayoritariamente los trabajos publicados sobre la temática se han orientado en tres grandes áreas, teniendo como punto en común los cambios y continuidades que se producen con la llegada de la vejez. Las áreas son: los cuerpos de los hombres mayores, así como sus relaciones con el mundo del empleo y las familias que han formado. En el ámbito corporal se ha obtenido evidencia sumamente rica sobre cómo los hombres resignifican su experiencia corporal, visualizando sus emociones más profundas y los retos que supone un cuerpo transformado por la edad.

Sobre el mundo del empleo, las reflexiones y evidencias giran en torno al juego establecido entre la normativa del retiro laboral, los cambios propios de los mercados laborales frente a la economía neoliberal, y los deseos de los varones por seguir trabajando. Por lo cual, se muestran realidades contradictorias sobre la orientación que toman los cursos de vida de los hombres mayores frente al empleo, el desempleo o el retiro. Finalmente, dentro del mundo familiar se presentan hallazgos interesantes sobre las nuevas facetas que los varones envejecidos desarrollan dentro de sus familias. Así como los retos y problemáticas que enfrentan al descubrir los efectos que sus aprendizajes de género han tenido dentro de las familias que llevan construyendo por décadas.

4.1 Cuerpos de hombres viejos.

La relación existente entre la vejez y el género es sumamente paradójica. Las investigaciones realizadas han demostrado que la identidad de género se encuentra matizada por la edad. Es decir, los procesos identitarios son contingentes con el paso del tiempo, siendo así que la experiencia de ser hombre o mujer se modifica a lo largo del curso de vida. Por otro lado, los conocimientos generados hasta el momento han propiciado cambios positivos en la forma en que socialmente se concibe a las personas mayores. Aun con lo anterior, grandes sectores de la población continúan catalogando a las personas mayores como dependientes, nada productivas y sin planes a futuro.

Estas concepciones también han creado la imagen de que dicho grupo poblacional se encuentra alejado de su género, o bien, que en esta etapa del curso de vida el género ha dejado de tener importancia. El proceso de “des-generización” tiende a homogeneizar y segregar a las personas mayores, puesto que elimina toda posibilidad de documentar la diversidad. Considerando que todas las personas mayores son iguales, ya que viven de la misma forma, tienen la misma creatividad, poseen las mismas necesidades y vivirán el mismo destino (Spector-Mersel, 2006).

En el caso de los hombres mayores, existe el consenso (Calasanti, 2003; Davidson & Arber, 2003; Spector-Mersel, 2006; Saxton & Cole, 2012) de que estos han sido sistemáticamente excluidos de los estudios sobre masculinidad y sobre vejez. Encontrándose diferentes justificaciones sobre esta decisión, entre las cuales resalta el hecho de que la población de mujeres mayores supera a la población de hombres mayores. Además, persiste la idea de que los hombres mayores tienen una mayor ventaja sobre las mujeres, al poseer mejores condiciones financieras y de salud, así como mantener sus posiciones de liderazgo y control dentro de la sociedad. Ambas explicaciones han dificultado la investigación sobre la vida de los hombres mayores, homogeneizando a dicha población, al agruparlos en posiciones de control bajo el estandarte de la masculinidad hegemónica. Si bien es cierto que existen hombres mayores que han estructurado su identidad de género bajo los cánones de las masculinidades hegemónicas, es un grave error considerar que todos los hombres mayores viven sus vidas de manera idéntica.

Un elemento recurrente entre los hombres mayores, es el tipo de relación que establecen con el modelo de masculinidad dominante propio de cada contexto que habitan. En páginas anteriores se mencionó que dicho modelo es construido históricamente; teniendo como rasgos centrales el uso de la fuerza, la violencia, la astucia, y el predominio de la inteligencia sobre las emociones, para conseguir una posición que permita ejercer el control sobre otros hombres y sobre las mujeres.

De esta manera, los imaginarios sociales que pesan sobre los varones envejecidos chocan de frente con la mayoría de los imaginarios asociados a las masculinidades dominantes. Por un lado, los hombres mayores socialmente son considerados como incompetentes para realizar una actividad remunerada, o para ser proveedores de su hogar y una autoridad frente a los demás. Mientras los modelos de masculinidades dominantes se basan en atributos físicos y prácticas sociales, que, en su mayoría solo pueden llevarse a cabo en plenitud desde el inicio de la adultez hasta la mediana edad (Guasch, 2008; Iacub, 2016).

Sin embargo, el verdadero objetivo del estudio de las masculinidades en la vejez no radica en afirmar qué es lo que les pasa a los hombres en este momento de su curso de vida. Así como su valor tampoco se reduce a crear esquemas normativos sobre lo que se espera que estos hombres tienen o no que vivir. El objetivo de estos estudios debe consistir en comprender: 1) cómo es que los hombres mayores significan el mantenimiento, reducción o desaparición de las prácticas sociales que han realizado a lo largo de su curso de vida; 2) cómo es que los hombres mayores significan la llegada de nuevas relaciones y prácticas sociales que pueden o no ser esperadas por ellos; y 3) cómo es que los hombres mayores hacen frente a los mandatos socialmente asociados a su género durante este momento de su vida.

Por ejemplo, eventos como la jubilación, abuelidad, la viudez, la impotencia sexual, o la llegada de enfermedades discapacitante son eventos que experimentan muchos hombres mayores. Pero ante el hecho de que sean eventos recurrentes en esta población, no quiere decir que todos los hombres tengan que vivir las mismas cosas, ni que las signifiquen de la misma manera.

Un acierto de la investigación enfocada en los hombres mayores ha sido el demostrar la increíble heterogeneidad de sus condiciones de vida, Además de documentar la existencia de múltiples identidades genéricas y cursos de vida diversos. Vale la pena revisar dichos estudios, para identificar la postura de sus participantes frente las continuidades y cambios que han surgido a lo largo de existencia. Así también, para observar su increíble creatividad identitaria, y la fuerza de los eventos que crearon grandes disrupciones en su existencia.

Uno de los temas realmente relevantes es la significación que los hombres mayores dan a sus cuerpos en la vejez. Jackson (2016) ha realizado una de las contribuciones más extensas al estudio de los hombres mayores, documentando la complejidad que posee la vida de algunos hombres mayores en el Reino Unido. Desarrollando un enfoque inédito, nombrado como “investigación lenta”, el autor se toma diez años para reunir a los participantes, entrevistarlos y sostener relaciones de amistad y cooperación con ellos. A partir del dialogo creado con ocho hombres mayores, y utilizando las herramientas teóricas del curso de vida, la investigación toma como evento transformador la llegada del neoliberalismo de la mano de Margaret Thatcher. Focalizando su atención tanto en las repercusiones que tiene para los varones el pertenecer a la clase trabajadora o bien a la clase media del país, como en los desafíos que presenta su orientación sexual.

Los hallazgos son sumamente ricos, centrándose en la construcción del cuerpo envejecido, un cuerpo que puede llegar a ser traumático en ocasiones, cuando se presenta el cansancio, las lesiones y enfermedades que comprometen su funcionamiento. Así mismo, el autor pone particular atención al cuidado que estos hombres desarrollan dentro de sus familias, sus parejas o amistades, así como las redes de apoyo intergeneracional que han construido dentro de sus comunidades. Para finalmente reconocer la capacidad de agencia de los varones envejecidos, así como el papel que juegan en los esfuerzos por subvertir y desestabilizar las relaciones de dominación patriarcal y capitalista.

Otra investigación orientada en documentar el aspecto corporal y relacional de los hombres envejecidos es la desarrollada por Sanz (2015). Al entrevistar a un grupo de hombres españoles que están por entrar a la vejez, logra visibilizar el impacto que tiene en sus vidas la aparición de cambios corporales. Para este grupo de hombres los cambios en el aspecto físico reflejan el tránsito de la juventud a la vejez, mostrando que su capacidad corporal empieza a decaer, a la par de la llegada de lesiones y el miedo a enfermar.

La autora también logra documentar cómo la habilidad los varones para mantenerse fuertes, potentes, y activos se ve seriamente perjudicada con la llegada de la flacidez corporal, dolores en las articulaciones, así como de lesiones, incontinencia o enfermedades. El miedo a ser viejo se mezcla con el temor a ser considerados como poco atractivos por su calvicie, su panza o sus arrugas. Así también, su sexualidad se modifica en función de su capacidad eréctil, compensando las habilidades físicas perdidas con otras habilidades aprendidas en el curso de vida. Aunque esto no implica que su sexualidad deje de estar centrada en lo genital y lo coital, sino que, la potencia es cambiada por la astucia para seguir siendo un amante digno.

Respecto del tema, Iacub (2016) considera que las investigaciones sobre este ámbito muestran cómo los hombres mayores presentan cierto grado de malestar con su sexualidad, debido a que las exigencias de su género les siguen demandando fuerza y potencia en todo momento. En consecuencia, los hombres mayores llegan a sentirse ansiosos frente a una posible relación sexual, ya que el pobre inicio o el corto resultado del acto los condena a considerarse como incapaces de gozar de su sexualidad. A la ansiedad puede sumársele el que se sientan observados y juzgados por no cumplir con una de las convenciones asociadas al ser hombre. Siendo que, si se presenta en condiciones de mucha presión, puede generar que los hombres mayores pierdan su capacidad eréctil.

Otro punto de vista lo ofrecen Monteagudo & Treviño (2014), al considerar la existencia de tensiones en la manera que la sexualidad masculina se encuentra asociada a los ideales dominantes de lo incontrolable, la potencia, y la duración. A partir del trabajo con un grupo de hombres mayores de la ciudad de La Habana, las investigadoras logran discernir la existencia de una sexualidad competitiva que crea distinciones entre quienes aún tienen la posibilidad de tener erecciones y actividades sexuales. Por ello, la sexualidad de sus

entrevistados se centra mayoritariamente en el coito, buscando demostrar, a ellos mismos y a sus parejas, que aún pueden cumplir con sus obligaciones como hombres y no ser rechazados o estigmatizados. Una estrategia para lograr este propósito consiste en compensar la falta de potencia sexual con la experiencia ganada en el transcurso de los años.

Por su parte Brigeiro (2002) muestra otra forma en que los varones envejecidos viven su sexualidad. Después de trabajar con hombres mayores brasileños que integraban entre sí una red social de amistad y competencia, el autor ubicó otras formas de disfrute sexual de entre las que destacan la mirada, enfocada a las mujeres de su barrio o aquellas que aparecen en materiales pornográficos. Por otro lado, sus prácticas sexuales pueden llegar a incluir la masturbación, siendo en ocasiones apoyados por una mujer, así como la práctica del sexo oral, donde su lengua es considerada como un equivalente al pene, con el cual se puede dar suficiente placer a una mujer. Finalmente, se presentan dos formas de ejercer la sexualidad poco documentadas, como son el disfrutar rememorando experiencias sexuales del pasado, así como imaginando escenarios de seducción que finalizan con satisfactorias relaciones sexuales.

Es posible observar cómo la sexualidad de los hombres mayores se encuentra vinculada a sus posibilidades corporales, donde mayoritariamente se resalta la potencia y la fuerza física. Elementos que dependen en gran medida de su salud, así como de sus hábitos de cuidado para evitar enfermedades o incapacidades físicas.

Un trabajo sumamente original al respecto, es el realizado por Moss, Moss, Kilbride & Rubinstein (2007), quienes abordan el papel que tiene la alimentación en hombres mayores con fragilidad corporal que viven en un centro de cuidados de Filadelfia. Para los hombres entrevistados, el acto de comer puede considerarse como una de las actividades más importantes para preservar la vida, ya que contribuye a mantener la buena salud. Sin embargo, existieron diferencias en la forma de significar la alimentación entre los hombres que han enviudado y aquellos que su pareja sigue viva. Para los hombres que han enviudado, la alimentación posee cierta agencia, ya que el comer responde a un acto voluntario, reflexivo y premeditado. Esto se debe a que el acto de alimentarse solos los hace verse como una especie de supervivientes generacionales, que continúan en este mundo gracias al cuidado de su salud. En el caso de los hombres casados, el acto de comer tiene una carga de felicidad y

placer, puesto que se puede compartir los alimentos con sus parejas, siendo considerado como un acto que mejora sus vidas.

Otro trabajo interesante es el que Davidson & Arber (2003) realizaron al indagar sobre las actitudes en torno al mantenimiento de la salud en hombres mayores, a partir de la existencia de comportamientos saludables y el fomento de estrategias de salud. Los autores ubicaron cuatro elementos principales que condicionan la salud de los hombres en etapas tardías de su curso de vida, ellos son: los factores biológicos, sociales, culturales y económicos. Aunque estos factores tienen que verse en relación a las variaciones sobre los mandatos masculinos que existen a partir de la etnia, la clase y la localización geográfica.

Entre los elementos más relevantes para comprender cómo es que los hombres mayores significan su salud, los autores mencionan que para los hombres entrevistados el asistir al doctor es visto como un sinónimo de debilidad, así también, es común que decidan no adherirse a los tratamientos médicos. De tal manera que los varones consideran que la buena salud depende de la herencia familiar o la suerte. Sin embargo, el hecho de contar con una relación de pareja puede ser un factor que contribuya a mantenerse saludables, ya que las relaciones afectivas sirven como un soporte protector de la salud.

4.2 (Des)empleos de hombres viejos.

En páginas previas se mencionó que el establecimiento de una trayectoria de trabajo económicamente remunerado es un elemento vital para que los varones puedan mantener su identidad de género. Siendo que a partir de la misma se desarrollan prácticas sociales que dan estatus y libertad económica, además de posicionarlos como los proveedores de sus familias. Sin embargo, en la gran mayoría de los casos, la trayectoria laboral de los hombres se ve mermada o truncada por completo cuando estos llegan a la vejez, sea ya por elección o por obligación.

Este evento provoca grandes cambios en la existencia de los varones envejecidos, algunos esperados o planificados, y en otros casos son tanto sorprendentes como amenazantes. Es decir, dicha transición hace que pasen de ser considerados como hombres trabajadores para luego convertirse varones retirados. Transformación que puede presentarse de manera paulatina, o bien, producirse de manera abrupta y disruptiva. Aunque en la gran mayoría de la literatura sobre la temática se habla de jubilación cuando los hombres mayores finalizan su trayectoria laboral, esta investigación no sigue dicha convención, sino que se apuesta por hablar sobre retiro laboral.

La decisión para tomar este camino radica en contextualizar a los hombres mayores, los cuales en muchas ocasiones no tienen un empleo formal que les permita jubilarse, obteniendo así una pensión económica y el acceso a servicios de salud. Hablar de jubilación implica entonces, hablar de contextos donde la mayoría de los hombres desarrollan sus trayectorias laborales a partir de empleos estables y prósperos, siendo así que cuando finalizan sus trayectorias laborales deciden dedicarse a disfrutar de su tiempo libre sin preocuparse severamente por las cuestiones económicas. Esta forma de conceptualizar el fin de la trayectoria laboral proviene de los países occidentales económicamente más desarrollados, por lo cual, su extrapolación a otros contextos deja fuera a múltiples realidades igualmente válidas.

Por ejemplo, muchos hombres mayores dejan de trabajar no por convicción, sino que son segregados del mercado de trabajo, ya que por su edad son considerados como poco capaces para seguir laborando. Otros hombres mayores continúan trabajando, sea ya por convicción o por la imperante necesidad económica que no les permite retirarse, aunque así lo desearan. Entonces, dejando claro que no todos los hombres desarrollan empleos estables y seguros, así como no todos los hombres se jubilan al término de su trayectoria laboral, conviene cuestionar ¿cómo es que los hombres mayores significan el fin o la reducción de su trayectoria laboral? ¿de qué manera este cambio en su curso de vida modifica sus demás trayectorias?

Este fenómeno ha sido tratado por ciertos autores (De Keijzer, 1997; Borrás, Moreno, Castelló & Grau, 2011), quienes consideran que el retiro laboral es vivido por la gran mayoría de los hombres mayores como una ruptura identitaria, ya que su trayectoria laboral se constituyó a lo largo de los años como el eje fundamental de su curso de vida. Dicha ruptura no solo supone la pérdida de su principal práctica social, que otorgaba un ingreso económico constante, sino que también implica la pérdida de su estatus como hombre trabajador. El sentirse alejados del que quizá es el principal mandato de las masculinidades dominantes decrementa la dignidad de estos varones, puesto que el no poder mantenerse en un empleo pone en tela de juicio el que tan legítima es su masculinidad. Así como también reduce sus redes sociales, las cuales se configuraban en función de sus actividades laborales.

Por otro lado, el fin de la trayectoria laboral implica en la mayoría de los casos que los hombres mayores pasen cada vez más tiempo en sus hogares, conviviendo con sus parejas, hijos y nietos. Esto puede llegar a ser extraño o conflictivo, puesto que previamente la mayor parte de su tiempo era dedicado a las actividades laborales, siendo ahora dedicado a las actividades del hogar. Pasar más tiempo en sus hogares y con sus familias no es necesariamente un aspecto negativo, sino que, en muchos casos estos hombres no poseen los medios para acercarse emocionalmente a sus familias. O bien, sus familias no quieren pasar tiempo a su lado. Adicionalmente, en muchas ocasiones los hombres mayores conviven con sus familias desde otra posición que no es bien recibida por los mismos, ya que con su retiro laboral han perdido gran parte del poder que les otorgaba ser el único proveedor de su familia. Por lo que ahora tienen que negociar las decisiones importantes de su hogar con sus esposas o sus descendientes, ello si es que estos hombres mantienen algún tipo de proveeduría en su hogar (Keijzer, 1997; Ramos, 2014; Iacub, 2016).

Existen investigaciones empíricas interesante sobre cómo es que los hombres mayores significan este momento de sus vidas. Por ejemplo, el trabajo realizado por Brown (2014) muestra, a partir de un estudio de caso, la crisis existencial de un hombre indígena australiano que es cruelmente despedido por estar próximo a la vejez. Ante su despido injustificado, dicho varón, que es denominado como Phil, vive una serie de eventos a los que denomina como “una espiral descendiente” que lo lleva a terminar con su matrimonio, aceptar una serie de trabajos denigrantes, refugiarse en el alcoholismo e intentar suicidarse.

En otras palabras, Phil vive un largo y agónico proceso en el cual experimenta una pérdida absoluta de su masculinidad. Dentro de este trayecto, Phil narra su rabia al ser despedido y discriminado por su edad, la frustración de no poder mantener la posición social y el prestigio que había conseguido, así como la tristeza por perder a su esposa, quien nunca llegó a comprender por lo que estaba pasando.

Desde otra ubicación Nilsson, Hagberg & Jepsson (2013) ofrecen una visión menos traumática sobre la idea que poseen ciertos hombres mayores de comunidades rurales suecas, de dar continuidad a su trayectoria laboral después del retiro. A través de entrevistas a profundidad con 11 hombres de entre 68 y 84 años, los autores logran dar cuenta de cómo dichos varones crean una imagen de la masculinidad que logra combinar la edad con el trabajo duro propio de las zonas rurales. Los participantes consideran que los hombres tienen que trabajar no solamente por conseguir una remuneración económica, sino que, el trabajo se constituye como una actividad que da sentido a su existencia, la cual, inicia desde edades muy tempranas del curso de vida, y finaliza solo con la muerte o la inmovilidad.

De esta manera, los varones entrevistados ven como un trabajo a sus actividades cotidianas, sea ya cortando leña, arreglando sus casas o haciendo cualquier actividad que esté asociada con el esfuerzo físico. Así mismo, estos varones son conscientes de que existe una segregación de los hombres mayores en cuanto a su valía en el mundo laboral. Por ello, en un esfuerzo por legitimar su existencia, consideran que una trayectoria laboral sustentada por actividades rurales deja una huella corporal imposible de borrar, creando cuerpos rudos y desgastados, que han sido curtidos heroicamente por el trabajo. Siendo estos la prueba irrefutable de su valor como hombres, así como de la riqueza que poseen sus experiencias en el trabajo.

Al abordar la temática del retiro laboral es necesario comprender que los varones envejecidos crecieron con normas de género sumamente tradicionales. Así también, los modelos del curso de vida disponibles para estas generaciones, ofrecían trayectorias continuas y estables tanto en el ámbito laboral, como en los dominios de la pareja y la familia. Si bien el retiro laboral es un momento por el cual transitan la gran mayoría de los varones envejecidos, no debe pensarse que el evento es vivido igual por todos ellos. De igual manera,

tampoco tiene que asumirse que el hecho de que estos hombres pasen más tiempo en su casa y con sus familias, imprima un mismo patrón de comportamiento para ellos.

4.3 Relaciones de hombres viejos.

Sin lugar a dudas existe un cambio en las relaciones de los hombres con la llegada de la vejez. Sus redes sociales se ven reducidas con su retiro de los centros de trabajo, por lo que la familia adquiere un papel relevante. Tradicionalmente se ha considerado, tanto en los imaginarios sociales como dentro de los círculos académicos, que los hombres mayores siguen conservando una actitud fría y distante con sus familiares. La cual se acrecienta a medida que los varones pasan cada vez más tiempo en sus casas, provocando con ello una serie de tensiones y conflictos entre los familiares involucrados.

Investigaciones como la de Varley & Blasco (2000) han mostrado las particularidades de esta realidad en contextos mexicanos, urbanos y empobrecidos. Donde a partir de grupos de discusión han visibilizado las problemáticas generadas dentro de las familias a partir del retiro laboral de los varones envejecidos. Las autoras señalan que para los familiares puede llegar a ser realmente conflictiva la presencia de estos hombres, ya que por décadas se han mantenido alejados de las acciones rutinarias, así como de las decisiones y planeaciones compartidas. Los hombres por su parte sienten el rechazo de los suyos, mostrándose ansiosos por encontrar una nueva forma a través de la cual puedan mantenerse como responsables de su hogar. En situaciones de mayor complejidad, la violencia física o verbal se vuelve común dentro de las familias, donde los varones envejecidos luchan por mantener el control de las relaciones, esto a pesar del alejamiento de sus esposas o de sus descendientes.

Por otro lado, el trabajo realizado por Wentzell (2013) también proporciona pistas sobre cómo se modifican las relaciones familiares de los varones envejecidos. A partir de sus observaciones, la autora considera que la base de los problemas familiares de estos hombres se debe a su forma de ejercer su identidad de género; ya que fueron socializados a partir de modelos tradicionalistas que los dotaban del control familiar. Sin embargo, dichos modelos son en su mayoría inoperantes cuando los hombres han envejecido, por lo cual, en ocasiones

harán hasta lo imposible por mantenerse lo más cerca de dichos modelos. Aun con lo anterior, otros varones han demostrado tener la agencia para reflexionar acerca de sus acciones cotidianas, sus posibilidades futuras y la vigencia de dichos modelos normativos. Buscando disfrutar de su familia al mismo tiempo que llevan a cabo nuevas formas de proveer su hogar, ya no de recursos económicos si no que ahora proveen tiempo y dedicación, sea ya negociando con sus esposas e hijos, o cuidando a sus nietos

Así, se han encontrado otras realidades donde los hombres mayores desarrollan trayectorias de cuidado hacía sus seres queridos, siendo enfocadas principalmente al cuidado de sus esposas o nietos.

Esto puede considerarse como una ruptura radical de los modelos normativos tradicionalmente asociados a los varones. Dicha ruptura en muchas ocasiones se encuentra vinculada con eventos dolorosos que crean nuevas posibilidades la vida, dando pie a la transformación de sus prácticas e identidades de género. Los varones envejecidos que deciden cuidar a sus familiares tienden a recibir reconocimiento de sus amigos y vecinos, ya que históricamente es una actividad propia de las mujeres. Aunque es necesario visibilizar que los hombres mayores que realizan dichas prácticas, consideran que estas son una continuación de su rol de proveedor y protector de la familia. Siendo solo una actualización a sus condiciones de la vida, como son el tener el tiempo para ejercer el cuidado, y a las necesidades de los familiares (Calasanti 2003; Figueroa & Frazoni, 2011; Jackson, 2016).

Respecto del cuidado que los hombres mayores realizan hacía sus esposas, los aportes de Ribeiro, Paul & Norgueria (2007) son ilustrativos. Al trabajar con cincuenta y tres varones de distintas ciudades de Portugal, se observan los diferentes significados que los hombres generan dentro de su papel como cuidadores, donde surgen aspectos tanto negativos como positivos. Algunos varones consideran como algo antinatural que sean ellos quienes ejerzan el cuidado de sus esposas, y utilizan el humor para hablar una situación que les parece irónica. Otros varones convierten el acto de cuidar en un elemento sumamente masculino, al considerar que el ser buen esposo implica cuidar y proteger a sus parejas cuando sea necesario. Sin embargo, el ser cuidador también implica el salir de sus hogares y visitar lugares públicos tradicionalmente frecuentados por mujeres, como los mercados o tiendas de

abarrotos. En consecuencia, los varones son mayoritariamente respetados por sus amigos y vecinos, ya que dignamente hicieron frente a su obligación como esposos.

Desde el lado del cuidado de los nietos, Mann (2007) considera que a pesar de existir un gran número de hombres mayores que cuidan a sus nietos, las investigaciones sobre el tema han minimizado su papel, o bien, los han posicionado subordinados al papel de cuidado que juegan sus esposas. Aunque existen múltiples patrones en el ejercicio de la abuelidad, es cierto que el estilo de vida y las redes sociales resultan ser un papel sumamente relevante dentro de dicha práctica. Sin embargo, es necesario resaltar que los hombres mayores no solo procuran cuidado a sus nietos, sino también apoyo financiero y emocional, siendo así que en ocasiones toman papeles centrales en la vida de los mismos.

De tal manera que el ejercer la abuelidad dota de un discurso alternativo a la masculinidad de los hombres mayores, creando nuevas identidades para los varones que la llevan a cabo. Ya que, además de ser un aliciente cuando el mundo laboral y la crianza de los hijos se ha visto por terminada, la abuelidad tiene la capacidad de fomentar el desarrollo emocional de los varones. Así también abre la posibilidad para el desarrollo de prácticas sociales alejadas de los modelos normativos centrados en el control familiar.

4.4 Hombres viejos en contextos rurales mexicanos.

Aunque se han revisado algunas condiciones, prácticas y significados que los varones envejecidos pueden llegar a presentar, es necesario profundizar en aquellas situaciones que son exclusivas para aquellos varones que viven en el ámbito rural. Esto se debe a dos motivos: por un lado, los contextos rurales poseen prácticas sociales específicas que se diferencian de aquellas surgidas en entornos urbanos. Así mismo estos contextos han presentado transformaciones en las últimas décadas, y su impacto ha moldeado las identidades genéricas.

4.4.1 Comunidades rurales y vejeces a la mexicana.

Quizá el título de este apartado pueda crear la idea de que las comunidades rurales mexicanas, así como la forma de vivir la vejez dentro de las mismas, poseen una esencia compartida que las vuelve equiparables y direcciona su destino. No obstante, a través de este título se intenta evidenciar que, si bien existen muchas ruralidades, y muchas vejeces dentro de ellas, estas se encuentran ligadas entre sí a partir de los aspectos históricos y estructurales que condicionan su construcción.

Lo que vuelve única a cada comunidad rural es la forma en que los aspectos estructurales e históricos interactúan con las características de la región en la que estas se encuentran. Razón por la cual cada comunidad posee una historia compartida que se origina a partir de eventos comunes, y una historia particular, creada a partir de experiencias que solo pueden existir dentro de dicho colectivo.

Para delimitar de manera clara las particularidades de las comunidades rurales, es útil la definición que Quintanar (2011b) propone para “lo rural” a partir de tres elementos interrelacionados: lo rural como hábitat, lo rural como forma de ocupación y lo rural como cultura:

- **Pensar lo rural como hábitat** implica identificar a aquellos grupos pequeños de población donde la gente se conoce de manera cercana, creando fuertes lazos familiares y de amistad, por lo cual se llaman por su nombre, su apodo o su apellido. De igual manera, los habitantes de las comunidades rurales han contribuido de manera constante con la construcción de una historia y un espacio compartido, a partir del cual existe una identidad comunitaria que consolida al colectivo.
- **Pensar lo rural como forma de ocupación** involucra la realización de actividades basadas en la agricultura, la ganadería, la pesca, etc.; sea ya como actividad económica, o bien como actividades centradas en el auto sustento o la recreación. En los últimos años se ha visto una paulatina reducción de las actividades agropecuarias en las comunidades rurales cercanas a los centros poblacionales, ello debido a la llegada de corredores industriales que necesitan mano de obra o prestadores de servicios.

- **Finalmente, lo rural como cultura** implica dar cuenta de la importancia que juegan las tradiciones y los rituales relacionados con la tierra, el agua, y los ciclos de siembra. Así como visibilizar la existencia de normas de convivencia, conocimientos específicos y sistemas de significados compartidos entre los integrantes de la comunidad.

Ahora bien, continuando con el aspecto de las condiciones estructurales que atraviesan las ruralidades y sus vejezes, distintas autoras (Ronzón, 2003; Treviño, Pelcastre & Márquez, 2006) consideran a la pobreza, la desigualdad, la falta de infraestructura, y la falta de apoyos institucionales como principales condicionantes de las mismas. De esta manera, un elevado número de personas mayores que habitan en comunidades rurales lo hacen con carencias económicas, bajos niveles educativos, y dificultades para acceder a servicios de salud. Sin embargo, los lazos familiares y de amistad suelen ser más fuertes en las comunidades rurales, por lo cual, la interacción entre diferentes generaciones fomenta la participación activa de las personas mayores en actividades cotidianas.

Esta situación es clave, ya que, para las personas mayores de estos contextos, la realización de actividades se encuentra fuertemente arraigada a los roles de género con los cuales fueron socializados. Siendo así que los hombres mayores se esfuerzan por seguir manteniendo su papel como proveedores y protectores del hogar, mientras que las mujeres mayores continúan ejerciendo su papel de cuidadoras. En consecuencia, dichas actividades cesan solo hasta edades muy avanzadas o a partir de la llegada de la fragilidad corporal, por lo cual, existe de manera latente el miedo a dejar de ser independiente y fallar a los mandatos de género.

No obstante, es incorrecto idealizar a las comunidades rurales al pensar que estas se mantienen inmunes al impacto de las transformaciones históricas que ha vivido el país. Si bien en la gran mayoría de las comunidades rurales se siguen manteniendo la división genérica del trabajo, los mandatos y atribuciones que integran a los modelos dominantes se han flexibilizado paulatinamente. Esto ha permitido que los hombres y las mujeres de dichos contextos puedan experimentar nuevas posibilidades de existencia, siempre y cuando no atenten contra el núcleo central los modelos normativos de género.

Por otro parte, aunque han sido diversas las repercusiones que las transformaciones históricas provocaron en las comunidades rurales, es factible agrupar su influencia en dos categorías: dependiendo de si las comunidades rurales se encuentran alejadas o bajo la influencia de los discursos provenientes de ámbitos urbanos. En la primera de ellas, dentro de las comunidades rurales que se encuentran alejadas de los centros de población y empleo, siguen existiendo elementos de la vida rural tradicional. En oposición, aquellas comunidades rurales que por su ubicación geográfica se encuentran vinculadas a las ciudades, corredores industriales, zonas turísticas o zonas con altos índices de migración; han incorporado nuevos discursos, inminentemente urbanos y globalizados, así como nuevos modelos de género que otorgan otras posibilidades en su curso de vida (Vázquez, 2003; Núñez, 2017).

Ahora bien, es importante resaltar que la llegada de nuevos modelos de género provenientes de las ciudades impacta de manera regional. En este punto Núñez (2017) señala que cada región posee un discurso que legitima la historia e identidad de sus habitantes. El cual apela a preservar los conocimientos, prácticas y significados considerados como auténticos o propios de dicha región. Estos discursos poseen la capacidad de interiorizarse dentro de los habitantes de la región, y con ello articularse con los mandatos de género hasta tal punto en que ambos se condicionan mutuamente. Por lo que, dependiendo de cada región existirá un modelo hegemónico de la masculinidad, el cual permea las prácticas y significados que las comunidades rurales crean en torno a la masculinidad. No obstante, los modelos regionalistas del género no permanecen inmutables, modificándose con el paso del tiempo, incorporando nuevos elementos y desplazando aquellos que han perdido utilidad.

Llegado este punto es preciso cuestionar ¿cómo es que los hombres mayores se enfrentan a las condiciones estructurales propias de las comunidades rurales? ¿cómo es que los hombres mayores se posicionan frente a los cambios en los discursos regionales del género? ¿con qué opciones cuentan los varones envejecidos de estos contextos?

4.4.2 Hombres mayores rurales: curtidos, calados y trabajadores.

Previamente se ha mencionado que los hombres mayores habitantes de contextos rurales tienden a continuar con los mandatos de su género. Esto quiere decir que en muchos casos los hombres mayores buscaran seguir ejerciendo su papel de jefes y proveedores del hogar hasta donde les sea posible, adaptando sus prácticas sociales a las nuevas circunstancias que se presentan en sus vidas.

Parte de la importancia que estos varones dan a mantener su rol como trabajadores o proveedores del hogar, radica en la inflexible socialización del género que recibieron desde etapas muy tempranas de su curso de vida. La cual estaba enfocada en dominar las habilidades y conocimientos relacionados con el mundo agrícola, así como las normas de comportamiento propias de los varones dentro de la comunidad. En un inicio fueron los padres, abuelos, tíos, padrinos, quienes los introdujeron al mundo del trabajo rural, aprendiendo sus primeras lecciones y obteniendo sus primeras obligaciones. Siendo ya jóvenes, estos hombres empezaron a alejarse del mundo familiar y forjaron sus primeras muestras de valía en el mundo a partir de hacer competencias de fuerza y valor junto a sus pares. Así también, al ser tomados como aprendices por varones consolidados pudieron acceder a una paga menor por su trabajo. Su adultez llegó al ser vistos por otros varones como trabajadores ágiles, fuertes y responsables, pero solo accediendo plenamente a la comunidad de hombres a partir de unirse en matrimonio con una mujer (Núñez, 2013).

A lo largo de este arduo proceso aprendieron de una manera fría, y por momentos sumamente agresiva, que una vez convertidos en hombres, es decir en esposos-padres-trabajadores, su obligación primaria consistía en mantener un hogar a partir de su trabajo. Mientras que las mujeres tenían la responsabilidad de atender el hogar. Ahora bien, estas obligaciones son consideradas como mutuamente excluyentes, y solo en casos de emergencia los varones pueden ayudar a su mujer en el hogar, mientras que las mujeres pueden trabajar para ayudar con la proveeduría del hogar (Núñez, 2007; De Keijzer & Rodríguez, 2007).

En el caso de los varones que poseen la fuerza suficiente para continuar como proveedores de su hogar, su relación con su familia se crea a partir del cumplimiento de los mandatos asociados a su género. Aunque esto supone una renegociación de su papel como proveedor, ya que se plantean nuevas limitaciones derivadas de su alejamiento del mercado laboral y de la posible participación de sus hijos como proveedores del hogar. Por ello, los varones envejecidos tendrán una vía de acción a partir de enfocarse en el mantenimiento del hogar, reparando cercas o muebles, cuidando huertas y jardines, atendiendo animales de crianza, asegurando la existencia de insumos para que las labores domésticas puedan realizarse. De igual manera, estos hombres demuestran su reciprocidad con sus parejas al “ayudarlas” con los quehaceres del hogar o el cuidado de los nietos, cuando estas no se encuentran en condiciones para cumplir con sus obligaciones (Cantú, 2003; Núñez, 2007; Núñez, 2013).

Por el contrario, aquellos varones que se encuentran enfermos o físicamente disminuidos y requieren de cuidado constante, se verán imposibilitados para cumplir con sus mandatos, generando en ellos tristeza y ansiedad, que difícilmente llega a ser expresada de manera consciente. En estas situaciones, y en el mejor de los casos, las familias llegan a organizarse para el cuidado de los varones, aunque son las mujeres, sean las hijas o las nueras, quienes mayoritariamente asimilan la obligación. No obstante, el cuidado que los hombres mayores reciben de sus descendientes depende de la patrilocalidad de los mismos. Siendo así que la familia geográficamente más cercana a los varones dependientes quienes asuman la responsabilidad. Las relaciones de cuidado pueden llegar a ser tensas y en ocasiones conflictivas, puesto que la gran mayoría de los varones se muestran enojados, y consideran como algo degradante el hecho de perder su autonomía e independencia (Ronzón, 2003).

Bajo estas condiciones, el alejamiento del mercado laboral se concibe como uno de los ámbitos de mayor repercusión para los hombres mayores, ya que este evento es considerado como una pérdida de poder económico, y por tanto de la capacidad para proveer su hogar. Contrario a lo que se pueda pensar, el dejar de tener una remuneración económica por su trabajo no es considerado por estos hombres como un retiro definitivo del mundo del trabajo. Dicho de otro modo, el trabajo va más allá de la realización de actividades para

conseguir dinero, sino que el trabajo es la realización de cualquier práctica social que dé continuidad a su identidad de género; es pues, su vida misma.

Esto quizá se deba a que las vidas que se desarrollan en las zonas rurales no responden a la hegemonía establecida por los cursos de vida construidos desde el ámbito urbano. Es decir, la clásica institucionalización del curso de vida no es del todo clara en el ámbito rural, ya que las relaciones sociales, las temporalidades, las instituciones y las trayectorias normativas poseen su propia especificidad. En estos contextos, un hombre mayor que ha dejado el sistema productivo adquiere un tiempo libre que puede ser una navaja de dos filos, dando posibilidades e incertidumbres. Los hombres mayores pueden usar ese tiempo para realizar actividades que son concebidas como una continuidad de sus roles de género. En caso contrario, dichos varones quedan aislados, desvalorizados y desprotegidos, siendo presa fácil para el abuso o el abandono (Ortega, 2003).

Es necesario el poner estas afirmaciones en contexto, para visibilizar cómo es que los hombres mayores negocian sus identidades masculinas frente a las transformaciones históricas de sus comunidades. Al mismo tiempo que se reconoce la relación irreductible que existe entre los cambios que las regiones y comunidades rurales experimentan a lo largo del tiempo, con los cambios y las continuidades en los cursos de vida de las personas mayores.

Un trabajo interesante al respecto es el desarrollado por Cantú (2003), quien documentó las diferentes formas de vivir la vejez en tres generaciones de hombres en una comunidad rural del estado de Veracruz. Estas generaciones ganan su propia especificidad al fundamentarse en tres eventos que modificaron la forma en que los hombres se relacionaban con la agricultura. Siendo un primer momento donde los hombres dejan de ser peones y se convierten en campesinos gracias al reparto de tierras ejidales. Para después pasar de un modelo de trabajo agrícola centrado en el autoconsumo familiar y labores cooperativas, a un modelo basado en la agricultura de corte industrial que convertía a los campesinos en asalariados. Dichos cambios permitieron a los varones de generaciones más longevas acceder a los servicios de seguridad social y con el tiempo obtener una pensión. Aunque las transformaciones regionales permitieron mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, a la larga contribuyeron a la ruptura de la organización tradicional donde los hombres mayores eran vistos como figuras de autoridad comunitaria.

Por su parte, Vázquez (2013) ofrece su interpretación respecto de la transición que múltiples comunidades rurales del estado de Veracruz vivieron a raíz de la industrialización de las actividades agrícolas. En este estudio es posible observar, cómo los varones mayores de dichas comunidades fueron socializados desde muy temprana edad para vincularse a un trabajo agrícola precario y sin infraestructura centrado en el cultivo de maíz de autoconsumo. Para lograr dicha organización, los varones participaban apoyándose los unos a los otros para disminuir el trabajo duro que la siembra requería.

Tiempo después, estos hombres vieron cómo la organización tradicional de sus comunidades se vio mermada frente a la llegada de empresas que buscaban maximizar sus ganancias a partir del cultivo industrializado de la caña de azúcar, el café y la naranja. Finalmente, las generaciones de varones envejecidos observaron cómo eran excluidos de la gran mayoría de las actividades agrícolas que otrora dominaron. Ello debido a que el mundo del trabajo agrícola pasó de estar abierto a todos los varones, a ser exclusivo de aquellos hombres con la suficiente juventud para permanecer en la cadena de producción. Si bien estos varones envejecidos aun participan en la actividad agrícola de autoconsumo familiar, mayoritariamente son vistos más como una autoridad moral que da consejo, que como la cabeza de un proyecto.

Sin embargo, otra forma en que los hombres mayores reaccionaron a las transformaciones regionales del siglo pasado fue a través de la migración. Si bien, las zonas rurales se han caracterizado por presentar rezagos en infraestructura y servicios centrados en su población; ciertas áreas no experimentaron el crecimiento urbano ni la industrialización del campo. Con ello, la pobreza y la falta de empleos estables obligaron a los varones a desplazarse de sus comunidades de origen para buscar fuentes seguras de trabajo, siendo los Estados Unidos el destino por excelencia. Los hombres que comenzaron a migrar marcaron el inicio de nuevas formas de ser proveedor, a la par que demostraban valentía para cruzar la frontera. Trabajar en Estados Unidos, ahorrar y enviar el dinero a sus esposas, para luego regresar periódicamente a sus comunidades se convirtió en la nueva trayectoria laboral masculina. Con el tiempo el ideal del campesino trabajador fue relegado a segundo plano. Siendo el nuevo ideal, el del migrante que se aventura para luego regresar triunfador (Montes de Oca, Díaz & Hebrero, 2012; Montes de Oca & Sáenz, 2013).

En la misma línea de pensamiento, el trabajo realizado por Navarrete (2003) muestra las relaciones existentes entre la migración y la vejez dentro de una pequeña comunidad rural del estado de Veracruz, a raíz de la descapitalización que sufrió el campo durante el fin de la década de 1980. El auge que tuvo el cultivo de café en esta zona fue corto y tuvo un fin desalentador para muchas familias que invirtieron todo lo que tenían en sus cultivos. La caída en los precios del café obligó a los varones a migrar hacia Estados Unidos, dejando a sus esposas al cuidado de la familia. Al llegar a su destino les fue relativamente fácil acceder a empleos que les permitieron superar sus problemas económicos en un periodo corto de tiempo. Esto les dio la oportunidad de mostrarse como varones triunfadores a partir de mostrar públicamente los productos a los cuales pudieron acceder, sea ya televisores, estéreos, ropa, casas hechas con material de construcción, o camionetas.

Aquellos varones que decidieron migrar y retornaron gozan de un cierto estatus al atreverse a dejar su comunidad, mientras que los que decidieron quedarse, en su mayoría los más envejecidos, fueron relegados. El inicio de la migración en esta comunidad no solo creó nuevas generaciones de varones que optan por la migración como medio para cumplir con los mandatos de su género. Sino que también creó una nueva forma de vivir la vejez, alejada de las prácticas y saberes tradicionales, pero que aún mantiene un modelo hegemónico sobre lo que tiene que hacer un hombre para ser respetado en cuanto tal.

El hecho de que los varones, ahora envejecidos, comenzaran a migrar no solo modificó los imaginarios en torno a la masculinidad, sino que también modificó los riesgos para su salud. Montes de Oca, Ramírez & Sáez (2011) observaron este fenómeno a partir del trabajo que realizaron con migrantes de distintas generaciones de los estados de Guanajuato y Zacatecas. Los varones de las generaciones más longevas envejecieron al mismo tiempo que migraban y retornaban a sus comunidades; así también su estado de salud se modificó a medida que se endurecían las políticas migratorias de Estados Unidos.

Por ejemplo, los autores señalan que la generación más envejecida de migrantes contó con el apoyo del Programa Braser. Razón por la cual no presentaron riesgos en su migración, aunque las actividades realizadas en sus empleos sí representaban un riesgo para su salud. Siendo así que, llegada la vejez, estos varones presentaron enfermedades como reumatismo, hipertensión, alta probabilidad de diabetes y problemas de visión. La generación

siguiente no contó con ningún programa migratorio, por lo que su traslado a Estado Unidos fue ilegal, los empleos disponibles continuaron siendo riesgosos, pero presentaban mayor precariedad e inestabilidad. Finalmente, estos varones desarrollaron diabetes, enfermedades cardiovasculares, hernias, etc.

Para finalizar este capítulo, y proseguir con la explicación del marco metodológico, es necesario reconocer el impacto que tiene la llegada de la vejez en la construcción de la identidad de género que los hombres realizan. Al distinguir tres áreas de interés, como son el cuerpo, así como las modificaciones en la trayectoria laboral y en la trayectoria familiar, se logra observar la compleja red de relaciones que se tejen en torno a la construcción de la masculinidad.

En primer lugar, se ha hecho visible que la dimensión corporal se ve condicionada por la capacidad de movimiento y la fuerza que los varones posean. Ya que, al verse físicamente limitados para cumplir con los mandatos de su género, los varones pueden entrar en serios conflictos emocionales. Respecto a la trayectoria laboral, es distinguible que el retiro o disminución de la misma son experimentadas en la mayoría de los casos como algo fatídico. Finalmente, el reacomodo de la trayectoria laboral posiciona a los varones desde otra lógica, que, de ser aprovechada, les dará la posibilidad resignificar sus experiencias de vida.

Segunda Parte

Estrategia técnico-metodológica

Capítulo 5.

Aspectos técnicos y contextuales.

Una vez terminada la explicación del sistema conceptual, es momento de exponer la estrategia metodológica implementada para la recopilación y contextualización de los datos de investigación. Dicha estrategia se basa en el principio de triangulación de técnicas metodológicas, buscando con ello obtener resultados realmente enriquecidos. Así mismo, este apartado presenta la estrategia de análisis implementada, además de las particularidades éticas del proceso de investigación, donde resalta la implicación emocional que los científicos sociales desarrollan hacia los fenómenos que son de su interés.

5.1 Presentación y justificación metodológica.

Como se ha observado a lo largo del texto, esta investigación se realizó desde un enfoque interpretativo, buscando contextualizar las relaciones y prácticas sociales a partir de las cuales los hombres mayores construyen su identidad de género. En consecuencia, su principal interés radica en comprender los significados surgidos a lo largo de dicho proceso, los cuales van construyéndose y reconstruyéndose a lo largo del curso de vida. La ruta para cumplir con el objetivo propuesto es adoptar una estrategia metodológica de corte cualitativo, cuya orientación permita identificar y analizar tanto las prácticas como los significados sociales, sin caer en esencialismos o relativismos.

Izcara (2014) considera que el enfoque cualitativo busca la comprensión de los fenómenos sociales desde el punto de vista de los actores. Es decir, propone acceder a la cotidianidad de las personas, a sus motivaciones, significados y actividades, sin que ello suponga la pérdida de rigor o de sistematicidad científica. Este tipo de investigación también cuenta con el potencial de generar conocimiento científico que puede ser proyectado a contextos más amplios, en lugar de producir un simple conocimiento anecdótico de un fenómeno específico. Otra fortaleza del enfoque radica tanto en su flexibilidad para analizar situaciones reales, así como en la capacidad de abordar las experiencias más íntimas de las personas, manteniendo su dignidad y anonimato.

De igual manera Maxwell (1996) sostiene que el objetivo de la investigación cualitativa radica en entender el sentido que los participantes dan a los eventos, situaciones o acciones en los que se han visto involucrados. Sin embargo, para lograr esta meta, es necesario realizar un proceso inductivo que tome en cuenta tres elementos:

1. **La circularidad y recursividad de la estrategia metodológica:** ya que en el proceso de investigación resulta común el ir y venir entre la teoría y los datos, siendo así que la estructura del estudio será modificada de manera constante.
2. **Las múltiples interconexiones existentes entre los componentes del fenómeno de interés:** es decir, es necesario contemplar la existencia de relaciones complejas entre componentes y la existencia de relaciones de relaciones que se desarrollan a lo largo del tiempo.
3. **El papel que juega el investigador en todo el proceso:** ya que tanto el abordaje teórico y como el desarrollo metodológico se encuentran atravesados por la implicación que el investigador tenga con el fenómeno. De esta manera, es necesario trabajar con los procesos subjetivos que surgen a lo largo del proyecto, teniendo como eje rector que “el investigador sea el instrumento de la investigación”.

El acto de comprender las prácticas y los significados propios de un fenómeno social, solo tiene sentido si se visibiliza la relación formada entre el investigador y sus participantes. Es decir, el conocimiento científico es una creación compartida, que surge a partir de la interacción entre una persona interesada en comprender un fenómeno que no es de su dominio; y un conjunto de personas que se encuentran vinculadas directamente con dicho fenómeno. De esta manera la subjetividad del investigador deja de ser considerada como un obstáculo para la investigación, convirtiéndose en un medio para acceder a las realidades intersubjetivas de los participantes (Mieles, Tonon & Alvarado, 2012).

Tomando en cuenta lo anterior, Ricoeur (1995) sostiene que el proceso interpretativo es un acto acumulativo y holístico, donde se engloban la comprensión y la explicación de los fenómenos sociales. Dicho de otro modo, la interpretación es un movimiento constante entre la comprensión, entendida como las conjeturas subjetivas creadas a partir de la inmersión en los fenómenos sociales, y la explicación, entendida como validación objetiva conseguida a partir de procedimientos rigurosos. Siendo así que la interpretación, piedra angular del enfoque cualitativo, más que ofrecer verdades universales, abre la posibilidad de discusión y acuerdo entre investigadores. Este escenario solo es posible debido a que siempre existirá más de una manera de interpretar un fenómeno, pero solo un número finito de interpretaciones posibles.

5.2 Descripción de las herramientas metodológicas.

La investigación se desarrolló a partir de dos herramientas metodológicas: la observación participante y la entrevista semi-estructurada. Un aspecto relevante dentro de ambas herramientas, es que poseen la capacidad de triangularse entre sí, vinculando elementos de orden subjetivo y biográfico con aquellos de orden contextual y estructural.

En el caso particular de esta investigación, fue que a través de la combinación de ambas técnicas se logró documentar los vínculos existentes entre las prácticas, las relaciones, los significados, los imaginarios y representaciones sociales que giran en torno al trabajo masculino.

5.2.1 De la observación participante a la descripción densa.

Izcara (2014) menciona que el aspecto primordial de la observación participante, consiste en la contemplación sistemática y detenida del cómo se desarrollan las vidas humanas en un contexto particular, sin recurrir a ningún tipo de manipulación o modificación. En consecuencia, dicha estrategia resulta particularmente útil para indagar problemas sociales de los que no se tiene mucha información previa. Aunque para ello se exige una permanencia prolongada en el campo, además de interrupciones periódicas enfocadas a la reflexión y sistematización de las experiencias.

En consecuencia, el autor sugiere que la observación participante se convierte en una actividad intelectualmente exigente que puede consumir gran cantidad de tiempo. Dentro de dicho proceso metodológico el diario de campo se convierte en el principal instrumento para la recopilación de información, ya que es preciso registrar de manera pormenorizada los eventos transcurridos. Además, la observación posee cierta afinidad con la entrevista, ya que la primera está enfocada a registrar comportamientos y la segunda recoge las expresiones asociadas a dichos comportamientos, con lo cual, su triangulación resulta altamente enriquecedora.

Otras posturas, como la expresada por Bertely (2000), consideran que los alcances de la observación participante son mayores a lo que comúnmente se piensa. Ya que su implementación está enfocada en comprender las tramas de significados que envuelven a los fenómenos sociales, ofreciendo así una explicación del comportamiento de las personas. Es por ello que los investigadores no son simples observadores de carácter neutral dentro de un contexto, sino que su presencia trae consigo un gran número de repercusiones en la existencia cotidiana. Así, la observación en campo supone la responsabilidad de declarar ante otros los intereses, motivaciones e inquietudes tanto personales como académicas. Dicha actitud facilita el desarrollo de habilidades profesionales y personales para lograr los fines investigativos, además de responder a las demandas que puedan surgir en el contexto de nuestro interés. Siendo la escucha de los participantes, y la capacidad de guardar silencio, dos de las más importantes habilidades que es necesario aprender y refinar.

El acto de observar implica una actitud crítica y reflexiva sobre lo que se está observando. Evitando así el riesgo de emitir elogios o condenas hacia los participantes, ya que la observación se orienta en incorporar su particular punto de vista. Así también, es necesario identificar los momentos en los que es necesario distanciarse del campo, ya sea para documentar articulaciones que en los participantes se presentan como naturales, o bien para marcar un límite con los miedos e ilusiones grupales. El investigador es un extranjero respecto del lugar donde se desarrolla su fenómeno de interés. Por lo que en muchas ocasiones necesita de un “padrino social”, cuya función sea de avalar su presencia al momento de introducirse dentro de los grupos o comunidades (Sánchez, 2013).

La observación participante no se concreta con la acumulación de numerosos registros tremendamente detallados sobre el fenómeno investigado, sino que su consolidación radica en la construcción de sentido dentro de un marco de referencia propio.

La propuesta de descripción densa que Geertz (1994; 2006) plantea, resulta particularmente útil para contextualizar los datos obtenidos. Es decir, la meta de la descripción densa es comprender el papel que juega la cultura en la construcción de la vida colectiva, relacionándola con hechos específicos y complejos. En consecuencia, la ruta a seguir es realizar una interpretación de las interpretaciones que las personas realizan acerca de los fenómenos que viven cotidianamente. Vale la pena señalar que la creación de una descripción densa constituye un proceso largo, donde las primeras descripciones se van revisando a la luz de nuevos hallazgos o de la incorporación de nuevos elementos interpretativos. Por lo que la creación de dicho texto es circular, exigiendo el regreso al campo para aclarar o profundizar los hallazgos (Weiss, 2017).

5.2.2 La entrevista semiestructurada.

La entrevista a profundidad es una técnica a partir de la cual se puede acceder a la subjetividad de los participantes, así como a su realidad social. Esto se logra al producir e interpretar la información proporcionada, mediante el análisis de las narrativas expresadas por personas que están especialmente vinculadas con el fenómeno de investigación. Siendo así que el relato creado surge de la experiencia directa de los entrevistados, de su particular visión del mundo. Sin embargo, dentro de los relatos individuales también se encuentran nociones compartidas, negociadas en los grupos donde los participantes se insertan. Por otro lado, el proceso de entrevista semiestructurada supone un esquema flexible previamente estructurado, que se va construyendo a partir de la enunciación de preguntas por parte del investigador. Donde el participante ocupa el lugar central, ya que su conocimiento y visión del mundo permitirá la comprensión del fenómeno de interés (Vela, 2013; Izcarra, 2014).

No obstante, Vela (2013) considera que para asegurar su correcta implementación y análisis es necesario reconocer la existencia de dos temporalidades que se crean durante el proceso de entrevista. La primera de ellas es la temporalidad del entrevistado, quien va reconstruyendo sus experiencias pasadas a los ojos de su presente. La segunda temporalidad es la del investigador, quien elabora y sistematiza la información recibida a partir de hipótesis e interpretaciones orientadoras. Es en este juego de tiempos que emanan experiencias, sentimientos, deseos, condiciones, y las interpretaciones que cada persona realiza sobre su existencia y su contexto. De tal manera, la situación en la que se realiza la entrevista debe ofrecer al entrevistado la suficiente confianza y complicidad para que este pueda expresarse libremente.

Weiss (1994) considera que es necesario establecer ciertos criterios orientados a garantizar que la entrevista pueda llevarse de manera adecuada. En primer lugar, es necesario delimitar los temas a abordar, ya que la apertura a demasiados tópicos puede traer consigo una cantidad enorme de información de escasa utilidad. Por otro lado, un esquema de preguntas reducido puede traer consigo discursos pobremente empapados de los temas de interés. De igual manera es necesario establecer criterios para la elección idónea de los participantes. Por lo que los entrevistados deben ser expertos en el fenómeno a investigar o estar directamente involucrados en el desarrollo del mismo. Finalmente, es importante recordar que durante el proceso de entrevista los participantes llegan a mostrar aspectos profundos y delicados sobre sus vidas, por lo cual, es prioritario mantener la confidencialidad y el anonimato en todo momento.

5.3 Cuestiones éticas en la investigación cualitativa.

Dentro de las ciencias sociales ha surgido la necesidad de abordar los aspectos éticos respecto del proceso de investigación, así como los posibles efectos negativos que los estudios puedan acarrear en la vida de sus participantes. En el caso de esta investigación, dado que las personas mayores y los habitantes de comunidades rurales han sido poblaciones históricamente vulneradas, es importante realizar una reflexión sobre el impacto de la presente investigación. Adicionalmente, la incorporación de la experiencia personal generada durante el trabajo de campo contribuye a profundizar la reflexión ética.

Siguiendo esta idea, resulta importante retomar los aportes de Figueroa (2002) sobre la reflexión ética en el proceso de investigación. Donde es posible ubicar dos puntos de vital relevancia: las relaciones de poder que se establecen entre los investigadores y sus participantes, así como la existencia de desigualdades sociales dentro de las poblaciones con las que se investiga. Sobre el primer punto, es ilógico esperar que los investigadores y sus participantes tengan la misma cosmovisión y los mismos valores, así como que ambos posean la misma capacidad de negociar sus derechos. Por ello, debe reconocerse que los investigadores poseen la capacidad de ejercer poder sobre sus participantes, forzándolos a realizar actividades que no desean hacer, o a hablar sobre temas que preferirían no compartir. Frente a este hecho es preferible optar por la discusión pública, evitando el silencio y la complicidad académica. Siendo así que la comunidad científica debe tener siempre presente los límites y posibles consecuencias de sus acciones.

Además, el autor considera que los investigadores en ningún momento deben omitir de su trabajo la existencia de desigualdades sociales en la realidad cotidiana de sus participantes. Situación que puede verse reflejada en dos vías: en la primera de ellas la comunidad científica debe evitar aprovecharse de las desigualdades que poseen las poblaciones con las que trabajan. Por otro lado, es necesario pensar que las investigaciones sociales tienen que producir conocimiento y acciones enfocadas a la reducción de dichas desigualdades sociales. De modo que el acto de realizar investigación contribuya, en medida de lo posible, al empoderamiento de las poblaciones.

Esta postura exige a los investigadores desprenderse de las jerarquías que son tradicionales dentro de la academia y los círculos científicos, adoptando una postura que fomente las relaciones horizontales con los participantes. Adicionalmente, es necesario rechazar la universalidad de los sistemas éticos que dictan “lo bueno” y “lo malo”, sin que con ello se caiga en el relativismo. Dando el lugar que se merece al aspecto histórico e ideológico del sistema ético que posee cada investigador. Ambas acciones facilitan el acercamiento, sin coerción, a la realidad que se pretende estudiar. Además de abonar elementos para la transformación social orientada a reducir o eliminar la desigualdad, el abuso o la opresión que viven nuestros participantes. El salto entre las reflexiones teóricas y la resolución de aspectos éticos dentro del campo es grande, ya que cada investigación

presenta dilemas específicos, algunos evidenciados desde el principio y otros más que surgen conforme se avanza en el tiempo (Castro, 2014).

5.3.1 La implicación del investigador.

Uno de los aspectos éticos que son poco tomados en cuenta dentro de la investigación social, es la experiencia personal que el investigador genera a lo largo de todo su proceso de trabajo. Aunque el análisis de esta situación permite observar el impacto biográfico que tiene el encuentro con el fenómeno social de interés.

Diversos autores (Lourau, 1991; Legrand, 1993; Ardoino, 1997) concuerdan que la implicación del investigador consiste en el complejo de relaciones creadas a lo largo de su investigación, desde las cuales este se forma una postura y una interpretación del fenómeno que pretende comprender. En dicho sentido, el hecho de implicarse nada tiene que ver con asumirse como participante dentro de una situación dada. Ya que el investigador no puede delimitar la profundidad de sus relaciones, ni eliminar su implicación cuando crea conveniente. Tampoco existen niveles de implicación que puedan delimitar si se ha implicado poco o en demasía, ni implicación positiva o negativa. Si no que existen relaciones personales con distintos grados de complejidad donde emanan emociones, errores, planes y expectativas. Dicho de otro modo, el proceso de implicación sucede a nivel inconsciente, permeado por la subjetividad del investigador.

Por otro lado, la implicación que el investigador establece con el fenómeno de su interés le permite tomar una postura específica, y construir una relación con los participantes. La cual puede ser enriquecedora y fluida, o bien, puede tornarse demandante o conflictiva. Esta postura también facilita el acceso a ciertos ámbitos, provocar temor o aversión por otros, crear una fuerte conexión con ciertos participantes, o producir relaciones esquivas, competitivas o intolerantes. En consecuencia, los participantes reaccionan a la implicación del investigador en función de su propia subjetividad, facilitando o entorpeciendo el proceso investigativo. Dicha situación rompe el supuesto de neutralidad que presuntamente debe acompañar en proceso de indagación, ya que el investigador encausa el rumbo de su trabajo (Androino, 1997).

Sin embargo, al visibilizar este proceso intersubjetivo no se propone que el investigador se encuentra sometido a sus emociones y a las emociones de sus participantes. Legrand (1993) considera que existe una forma en que el investigador tenga la habilidad suficiente para detectar dicha situación, reflexionando sobre la misma y utilizando el conocimiento generado para enriquecer su trabajo. Admitiendo que la implicación es inevitable, el investigador debe ser lo suficiente crítico con su trabajo para plantearse ciertas preguntas que pudieran incomodarlo, como por ejemplo ¿por qué he elegido este tema? ¿mi elección tiene que ver con una experiencia personal? Si es lo suficientemente curioso y perseverante, el investigador podrá identificar aspectos personales que pueden ser aprovechados para comprender su relación con el fenómeno de su interés, para así ofrecer una mejor interpretación del mismo.

5.4 El trabajo de campo.

El proceso de levantamiento de datos dentro del pueblo de Axotlán se inició a partir de la observación participante, llevada a cabo entre los meses de enero a diciembre del año 2017. La fase de inserción dentro de la comunidad se realizó desde la participación en actividades que socialmente se han considerado por la comunidad como exclusivas de los varones, o bien, donde los hombres tienen un papel preponderante. Adicionalmente, dentro de la observación participante se incorporaron las conversaciones informales con informantes claves, así como la convivencia cotidiana con grupos y familias que integran la comunidad.

Para documentar todo este proceso se utilizó un diario de campo como principal instrumento de registro, y en menor medida se realizó un registro fotográfico. Esta decisión deriva de la naturaleza de las actividades donde se participó. Dado que en la gran mayoría de los casos la participación activa demandaba estar en el centro de las acciones, o bien, la delicadeza de las situaciones demandaba respetar el anonimato de los participantes. A partir de los registros de observación fue posible elaborar una descripción densa de la comunidad, con el objetivo de triangular los datos obtenidos, y observar el posicionamiento de los hombres ante las demandas que el contexto les exigía cumplir.

Sin embargo, es importante mencionar que existió una fase previa de acercamiento con la comunidad, la cual comenzó en los primeros meses del año 2013. Donde de manera paulatina me incorporé en la vida comunitaria a partir de la participación en las faenas para el saneamiento de la laguna de Axotlán. Este evento me permitió conocer a los futuros informantes clave, al mismo tiempo que logré vincularme con otros integrantes de la comunidad.

Vale la pena mencionar que mi encuentro con la comunidad se llevó a cabo desde la posición de hombre y no como investigador. Lo cual, a pesar de ser en extremo difícil para mí, me ofreció la posibilidad de acceder a lugares y actividades donde difícilmente “un investigador” puede integrarse. Pienso que esto se debe a que la figura de investigador crea una barrera que los participantes no pueden flanquear, al mismo tiempo que ofrece cierta seguridad al profesional, dado que no implica poner la integridad personal en juego. Por otro lado, la figura “de hombre” ubica en un mismo plano a participantes y profesionales, con lo cual ambos están en las mismas posibilidades de aprender, reflexionar y ponerse en duda.

Desde una lógica complementaria, la entrevista semi-dirigida fue planeada a partir de una visión que tomaba en cuenta la perspectiva de género y el curso de vida. Es decir, debido a que esta investigación tiene por objetivo analizar el papel que juega el trabajo en la construcción de la identidad masculina a lo largo del curso de vida; el guion de la entrevista se diseñó para rastrear las trayectorias de trabajo que han desempeñado los entrevistados, así como las relaciones que la trayectoria de trabajo establece con otras trayectorias a lo largo del tiempo.

Dada la importancia social y simbólica que el trabajo tiene en el proceso de construirse como varón, la entrevista se dividió en tres momentos del curso de vida: un primer momento donde los entrevistados aprendían a trabajar y a ser hombres, un segundo momento donde los entrevistados se consolidan como hombres a partir del trabajo, y un tercer momento donde nuestros entrevistados reducen sus trabajos al mismo tiempo que socialmente son vistos como personas mayores.

El muestreo realizado fue de carácter intencional, es decir, se buscó que los participantes residieran activamente en el pueblo de Axotlán, sin priorizar entre originarios y migrantes, así como también se buscó que pertenecieran a dos generaciones, o bien, cohortes de nacimiento, previamente establecidas. En algunas ocasiones se identificaron a los participantes dentro de las actividades realizadas durante la inserción en la comunidad, estableciendo relaciones de amistad con algunos de ellos, siendo posteriormente invitados a participar en la investigación. Posteriormente estos participantes lograron vincularse con varones envejecidos que a su parecer cumplían con las características básicas para incorporarse al estudio.

La decisión de ubicar a los participantes en generaciones y no en rangos de edad deriva del interés de vincular el desarrollo de sus vidas a partir de una fecha de nacimiento en común. Dicho de otro modo, pensar a los participantes desde esta lógica permitió observar la relación existente entre el momento histórico, la construcción de los cursos de vida y los significados generados de manera individual y colectiva.

En consecuencia, la primera generación de participantes vino al mundo entre los años de 1931 y 1942, siendo por obvias razones la agrupación de varones mayormente envejecidos. Los cuales, desarrollaron sus trayectorias laborales a partir de un Modelo de Industrialización Formal que los dotó de mayores garantías laborales. Por otro lado, segunda generación nació entre los años 1944 y 1956, siendo los varones menormente envejecidos; así como viéndose expuestos a un Modelo Industrializador Precario, que generó mayores riesgos y desventajas dentro de sus trayectorias laborales.

El acceso a uno u otro modelo de empleo estuvo cimentado no solo en las transformaciones que experimentó la política laboral mexicana durante la segunda mitad del siglo pasado: instituyéndose a partir del establecimiento de apoyos para la población trabajadora (modelo formal), para después transitar en un modelo de corte neoliberal basado en el menosprecio por los trabajadores (modelo precario). Si no que, también se ven vinculadas las transformaciones regionales, así como el momento justo (timing) en que los

varones accedieron al mundo laboral adulto, sea ya posponiendo o adelantando su inserción y mantenimiento en la cadena laboral¹.

En total se entrevistaron a diez hombres mayores, cinco para cada generación, previa autorización oral y escrita, dejando en claro la confidencialidad de sus respuestas. Por ello, sus nombres y otros datos personales han sido modificados en un esfuerzo por preservar su dignidad y anonimato.

5.5 Los participantes

Previamente se mencionó la implementación de una entrevista semi-dirigida con cada varón, teniendo como eje principal la experiencia que los participantes han tenido con el mundo laboral a lo largo de su curso de vida, así como la relación del trabajo con la familia, y la comunidad. Dada la amplitud temporal y temática, por lo general el proceso llevó dos sesiones de entrevista con cada participante, teniendo una duración total de dos o tres horas en promedio. Las sesiones fueron grabadas en formato digital de audio para su posterior transcripción y análisis con Atlas.ti. Cada participante fue seleccionado de manera intencionada, ya que se buscó la mayor heterogeneidad en los cursos de vida. Por ello, se realizó una visita previa de presentación que incluía explicar la naturaleza de la investigación.

Los participantes y las generaciones quedaron conformados de la siguiente manera:

¹ Los nombres oficialmente asignados para las dos generaciones de hombres mayores que participaron en este estudio son: 1) Generación del Modelo de Industrialización Formal (G1: 1931-1942); y 2) Generación del Modelo Industrializador Precario (G2: 1944-1956). Ambos nombres están presentes en las tablas e imágenes a lo largo de todo el texto, aunque en el cuerpo del mismo se han de utilizar sinónimos para nombrar a dichas cohortes. Por ejemplo: Generación 1 y Generación 2; generación de hombres mayormente envejecidos y generación de hombres más jóvenes.

| Cohortes | Participante 1 | Participante 2 | Participante 3 | Participante 4 | Participante 5 |
|--|--|---|---|--|--|
| Generación Modelo Industrializador Formal (G1:1931-1942) | Don Mario 1931 (86 años) Migrante. CD-MX - 1992 Sin educación. Panadero/Pensionado. Casado. Fragilidad física. Sin trabajo comunitario. | Don Javier 1935 (82 años) Originario. E. Primaria incompleta Obrero/Comerciante. Viudo. Infarto al corazón. Trabajo Comunitario. | Don Jesus 1937 (80 años) Migrante Bajío – 6 años. E. Primaria incompleta. Servicios/Pensionado. Enfermo pierna. Viudo – 2da. Esposa. Trabajo comunitario | Don Carlos 1937 (80 años) Migrante. Bajío – 6 años. Educación para adultos. Obrero/Pensionado. Viudo Cáncer Trabajo comunitario | Don Genaro 1942 (75 años) Migrante Bajío – 10-12 años. Sin educación. UNAM/Pensionado. Casado Cáncer Trabajo Comunitario. |
| Generación Modelo Industrializador Precario (G2: 1944-1956) | Don Vicente 1944 (73 años) Migrante. CD-MX -1970 E. Secundaria. Vendedor/pensionado. Viudo – 2da. esposa Hernias. Trabajo comunitario | Don Guillermo 1948 (69 años) Originario – huérfano. E. Primaria incompleta Obrero/comerciante Casado Hernias. Trabajo comunitario | Don Fernando 1952 (65 años) Originario. E. Primaria. Obrero/Pensionado. Casado Sin enfermedades Trabajo comunitario | Don Juan 1952 (65 años) Originario. Educación primaria. Obrero/Pensionado. Casado Diabetes tipo 2 Trabajo comunitario | Don Antonio 1956 (61 años) Originario. E. Secundaria. Agricultor/Obrero Divorciado. Sin enfermedades Trabajo comunitario |

Tabla 1: Los participantes.

La tabla muestra el nombre ficticio asignada a cada participante, así como su año de nacimiento y la edad que estos poseían al momento de realizar la entrevista (año 2017). Adicionalmente se ofrecen datos complementarios sobre: lugar de nacimiento, escolaridad, ocupación, estado civil, estado de salud, y si cuentan con una trayectoria de participación dentro de la comunidad.

Don Mario.

El varón más envejecido es Don Mario, nacido en el año de 1931 en algún lugar del Bajío y que migró a Axotlán en 1990, después de pasar gran parte de su vida en la Ciudad de México. Este participante vive junto a su esposa, su hija, su yerno y sus nietos, en una propiedad grande que cuenta con dos casas, un patio central, y una pequeña bodega que en el pasado fue su taller de panadería. Su hogar se encuentra en las orillas de la comunidad, dentro de los barrios conformado por migrantes que surgieron en la década de 1990. Don Mario pasa la mayor parte de su tiempo en su casa, y dice no tener ningún amigo en el pueblo, al cual solo sale para pasear por la laguna cada mañana.

Don Mario se encuentra parcialmente sordo, y su cuerpo, aunque robusto, posee un alto grado de fragilidad, que atribuye a las duras condiciones de trabajo siendo panadero desde los doce años de edad. Además, él considera que su fragilidad es producto de una secuela generada por jugar fútbol a nivel profesional en los equipos del Necaxa y Guadalajara durante una corta temporada. Empleo donde sufrió lesiones graves que lo llevaron a declinar en el deporte y enfocarse en la panadería, profesión que ejerció hasta los setenta y cinco años de edad. Ante estas condiciones su vestimenta se enfoca en la comodidad, vistiendo pantalones de gabardina, camisas de franela, suéteres de algodón y pantuflas.

Conocí a Don Mario cuando este realizaba una de sus caminatas matutinas, y al proponerle formar parte de la muestra de entrevistados él accedió sin poner impedimentos, ya que considera que es necesario difundir el conocimiento que ha obtenido a lo largo de su vida. El proceso de entrevista fue particularmente duro para él, debido a que, como menciona, “recordar es triste y duele mucho”, por lo que nos tomamos el tiempo suficiente para aclarar las emociones antes de continuar conversando. Don Mario enfureció cuando le pregunto por las obligaciones que los hombres de Axotlán tienen con su comunidad. Menciona que eso es solo un invento realizado por los caciques del pueblo para conseguir dinero a partir de las cooperaciones, y evitar que los trabajadores del municipio hagan su trabajo. Me cuenta con orgullo que él solo logró ahuyentar de su barrio a las comisiones del pueblo, debido a que un día sacó su pistola calibre .45 para ponerle un alto a los cobradores de la comisión del agua potable. Acción que fue aplaudida por sus vecinos y que los motivó a dejar de pagar los servicios y las cooperaciones para las fiestas patronales.

Don Javier.

El siguiente entrevistado es Don Javier, quien nació en 1935 y es originario de Axotlán, donde posee una fuerte reputación por apoyar a las personas cuando tienen dificultades, y por aportar recursos económicos a los proyectos para mejorar la comunidad. Don Javier fue obrero los primeros años de su vida adulta en una de las mejores fábricas de la región, pero después consiguió establecer diferentes negocios en un pueblo vecino, los cuales continúan hasta ahora bajo la administración de sus hijos.

Su vestimenta es casi siempre la misma, calza tenis, usa pantalón de vestir, se abriga con una camisa, un suéter y un chaleco, usando sombrero todo el tiempo. A sus ochenta y dos años es viudo y vive con su hija, su yerno y sus nietos en la casa que él mismo construyó. Cada día ayuda a sus nietos dentro de sus negocios, haciendo pequeños esfuerzos físicos, así como atendiendo a los clientes y leyendo el periódico en sus ratos libres.

Don Javier acostumbra asistir a las asambleas del pueblo, donde escucha atentamente y llega a hacer intervenciones. También reconoce que le queda poco tiempo de vida, por eso decide pasar sus tardes con sus nietos y bisnietos, aunque en ocasiones no recuerde sus nombres. Don Javier dice no tenerle miedo a la muerte, sabe que es algo que “va a pasar”. Sin embargo, dice que tiene miedo a caer enfermo y no poderse levantar de una cama, considerándolo un destino triste y un sufrimiento innecesario el no poder seguir trabajando.

Fue realmente difícil conocer parte de la vida de Don Javier, debido al hermetismo que tiene por contarle su pasado a cualquier persona. Quizá también existió cierta desconfianza por el hecho de que no soy habitante del pueblo. La cual se hizo presente frente a otros integrantes de la comunidad, cuando les dijo que tuvieran cierto cuidado conmigo porque no sabían quién era y cuáles eran mis intenciones.

Don Jesús.

El tercer entrevistado es Don Jesús, quien nació en 1937 en una pequeña ranchería del Bajío. Este participante vive en una de las últimas unidades familiares de antaño, la cual está compuesta por su casa, así como por las casas de sus hijos e hijas en una amplia propiedad donde todos comparten un patio central. En su hogar vive junto a su segunda esposa, quien es por lo menos diez años menor que él.

Así mismo, este varón busca equilibrar el tiempo que pasa en los espacios comunitarios propios de los varones, así como en su hogar. Cuando Don Jesús sale a la calle viste como un verdadero vaquero, con botas de cuero, pantalones de gabardina hechos a la medida, camisa y chaqueta bordadas, así como un sombrero de vaquero. Si permanece en su casa la vestimenta se relaja, las botas se cambian por sandalias, los pantalones por bermudas, solo conserva su camisa y el sombrero se convierte en una gorra de cuero.

Por otro lado, Don Jesús considera que un hombre tiene que ser buen cristiano, por ello no puede escapar de sus obligaciones religiosas, así, los varones tienen que ir a misa, rezar en sus hogares e inculcarles a sus hijos la religión católica. Sin embargo, sabe que también tiene gran fama entre los habitantes del pueblo por sus hazañas del pasado. Existiendo personas que se refieren a él como “un cabrón”, por ser bueno para pelear, para beber y para trabajar en las faenas.

Durante la entrevista Don Jesús me habló sobre su tristeza por dejar de vivir la vida del campo después de sufrir un accidente con su caballo, viendo fragilizado su caminar. Siendo así que ya no puede sembrar ni cuidar a sus animales, por lo que a veces ha llegado a pensar que ya no sirve para nada. También me habló sobre la vida y sobre su vida a partir de metáforas, donde la existencia es un campo de cultivo que hay que saber sembrar, y el hombre es un agricultor con conocimientos suficientes para aprovechar la tierra. Para Don Jesús la vida sin el campo pierde sentido, por eso acompaña a sus nietos cuando atienden a sus animales, dándoles consejos sobre cómo cuidarlos correctamente.

Don Carlos.

El siguiente participante es Don Carlos quien nació en 1937, en algún otro punto del Bajío, desde donde migró hacia Axotlán a la edad de seis años. Con sus ochenta años de edad Don Carlos es pensionado por el IMSS gracias a su vida como obrero, vive en compañía de dos de sus hijos, uno de sus yernos y sus nietas en la casa que construyó a lo largo del tiempo. Su vestimenta está centrada en la comodidad más que en el trabajo, es decir, por lo general usa un pantalón de vestir, una playera tipo polo de manga corta, tenis Panam y una gorra para protegerse del sol o del frío. Al estar parcialmente sordo y con un tono de voz muy bajo, el realizar la entrevista fue un verdadero reto, aunque ambos contábamos con la mejor disposición para seguir adelante.

La salud de Don Carlos se ha visto comprometida en últimas fechas, ya que presenta fuertes complicaciones de salud, que lo ha llevado a utilizar por largos periodos de tiempo una sonda para poder orinar. Él no ignora su problema, sabe que es una complicación derivada del aumento en el tamaño de su próstata, situación que lo hace necesitar una operación de la que quizá no despierte, aunque dice, no le tiene miedo a la muerte.

Dicha ausencia de miedo es quizá un deseo por reunirse con su esposa, quien falleció en 2016 después de sufrir una enfermedad neuro degenerativa sumamente agresiva. Aun con ello, Don Carlos sabe que Dios no cumple antojos, así que quizá le quede un buen rato por vivir en este mundo, el cual tiene que aprovechar. Por ello se levanta temprano, aprovecha la mañana caminando por la laguna junto a su compadre, apoya a su hija yendo a comprar las cosas para hacer la comida. Ya por la tarde trabaja en su jardín, donde cuida sus plantas y árboles frutales, ya que le gusta ver como la tierra produce cuando se hacen las cosas con cariño y cuidado. Después mira en televisión los noticieros y los partidos de futbol, su deporte favorito. Don Carlos sabe que no tiene que rendirse, que, aunque la enfermedad y el cansancio minan el deseo de continuar viviendo, prefiere hacer sus cosas para sentirse útil en vez de rendirse y “estar echado” en una cama o sillón todo el día. Al contarme esto me pone ejemplos de otros hombres de su generación, quienes se abandonaron a sí mismos y sus familias los dejan morir en sus camas.

Don Genaro.

Don Genaro nació en el año de 1942 en una ranchería aislada en el Bajío, y llegó a Axotlán en compañía de su hermano cuando tenía 12 años, donde inicio su trayectoria laboral como peón y vaquero. Tiempo después logró convertirse en trabajador de la UNAM, puesto que ocupó por casi cuarenta años, hasta que decidió pensionarse.

Actualmente vive en su propia casa junto a su esposa, su hija y su nieto recién nacido. Don Genaro generalmente viste con ropa de trabajo, es decir, con pantalón grueso de vestir y camisa de franela de manga larga. Su calzado por lo general son unos zapatos viejos o botas industriales, también se acompaña de un sombrero de paja para protegerse del sol, así como un pañuelo de tela para cuando tiene que limpiarse las flemas.

A sus 75 años don Genaro tenía una rutina de trabajo cotidiana: levantándose por la mañana para darle de comer a sus borregas, sembrando pequeños terrenos de manera esporádica, reparando los desperfectos de su hogar, viajando en bicicleta de un lado a otro y participando activamente en las faenas del pueblo. Sin embargo, todo cambió después de desarrollar cáncer en la piel, situación que lo llevó a someterse a un tratamiento de quimioterapia, con el cual pudo vencer la enfermedad después de semanas de cuidados especiales. Finalmente, su hija dio a luz a un varón para después criarlo sin el padre biológico, pidiendo su apoyo y el de su esposa para la crianza de su nieto.

Terminada la etapa de recuperación Don Genaro modificó drásticamente su rutina cotidiana, ya que debía de participar en el cuidado de su nieto junto a su esposa. Esto lo llevó a realizar las actividades que anteriormente solo hacia su mujer, como ir por los insumos para preparar la comida, hacer las labores de su hogar y atender el negocio de abarrotes de su esposa. Aunque él menciona que solo está “ayudando” a su esposa en sus tareas para que no se presione con el cuidado de su nieto, lo cierto es que siempre está al pendiente de su familia.

No es raro ver a don Genaro quejándose por aquellos hombres oportunistas que dejan de lado su obligación de contribuir con el mejoramiento de Axotlán y solo buscan una oportunidad para robar los recursos de la comunidad.

Don Vicente.

El siguiente entrevistado es Don Vicente, quien nació en 1944, es originario de la Ciudad de México, y migró hacia Axotlán durante los primeros años de la década de 1970. Don Vicente vive junto a su segunda esposa, su hija y una de sus nietas en el hogar que construyó con el paso de los años, y que se inunda con cada época de lluvias.

Este participante actualmente se encuentra pensionado, habiéndose desempeñado en empleos como soldador y obrero, para después convertirse en el vendedor estrella de una importante empresa de materiales de construcción. Empleo donde fue despedido de manera injustificada para finalmente desarrollar su propio negocio de comida, el cual le permite realizar algunos proyectos dentro de su hogar sin sentirse presionado por los horarios de trabajo.

Dos meses antes de realizar las sesiones de entrevista, Don Vicente fue operado para retirarle una hernia que tenía en su vientre, razón por la cual su esposa e hija le prohibieron ir a trabajar hasta que estuviera completamente recuperado. Esto representó en él un duro golpe, ya que modificó drásticamente su rutina cotidiana, y al no poder trabajar buscó ocupar su tiempo libre atendiendo el hogar y cuidando de su jardín. Don Vicente dice que necesita mantenerse ocupado, ya que si decide quedarse sentado en un sillón rápidamente se va a enfermar y después no podrá volver a levantarse.

La vestimenta de este participante es sumamente diversa, optando por vestir ropa de uso rudo cuando tiene que hacer faenas en el pueblo, y luciendo ropa de vestir finamente planchada cuando se trata de asistir a alguna fiesta o reunión levante. Su rostro y cabello son cuidados con particular atención, siempre mostrándose aseado y con un peinado impecable. Otro aspecto es el papel que juega el teléfono celular en su vida diaria, ya que lo usa constantemente y sin ningún problema.

Don Guillermo.

Don Guillermo es el séptimo entrevistado, quien nació en Axotlán en el año de 1948, convirtiéndose en huérfano a muy temprana edad. Vive en su casa junto a su esposa, donde posee una pequeña accesoria que mantiene en renta. Con sesenta y nueve años de edad atiende su negocio de materiales industriales que se encuentra en el municipio de Tepetzotlán. Dicha iniciativa fue producto de la liquidación obtenida en la fábrica de llantas donde trabajó por dieciocho años, y de la que se retiró voluntariamente. Don Guillermo continuamente cuida de su aspecto, viste ropa de excelente calidad, buscando combinar su calzado, su cinturón y el sombrero panamá que en ocasiones usa.

Para que Don Guillermo accediera a la entrevista fue necesario que me sometiera a un interrogatorio de aproximadamente veinte minutos para averiguar los motivos de mi interés por su vida. Sin embargo, durante el curso de la entrevista, que se desarrolló dentro de su negocio, fue sumamente atento y habló de su vida abiertamente; y una vez finalizada se ofreció en apoyarme en medida de sus posibilidades para conocer algún detalle sobre las tradiciones de su pueblo.

Actualmente todos sus hijos se encuentran casados y han comenzado a darle nietos, evento que considera de orgullo y satisfacción. Sin embargo, su salud no es algo que le agrade, ya que ha mermado considerablemente debido a la aparición y extracción de una hernia en su vientre. Por lo que este hombre siente cierto temor al imaginar que sus capacidades físicas se reduzcan aún más. Don Guillermo considera que, gracias a alejarse de las formas de vida tradicionalmente esperadas en los hombres de su generación, es que logró acceder junto a su familia a un mejor nivel de vida, por ello, tiende a marcar una distinción entre él y los demás hombres del pueblo.

Don Fernando.

Don Fernando nació en Axotlán en el año de 1952 y posee una amplia propiedad donde vive con su esposa, en una casa con grandes jardines y locales comerciales que actualmente están en renta. Después de tramitar su retiro en una de las fábricas de mejor fama en la región, Don Fernando se ha dedicado a cuidar de su casa y participar en las acciones para el mejoramiento del pueblo. Tanto en el desazolve de la laguna de Axotlán, como en la reparación de las calles de la comunidad y en la construcción del panteón comunitario.

La vestimenta que Don Fernando utiliza casi siempre es casual, usando zapatos de vestir negros, pantalones azules de mezclilla, camisas de manga larga, lentes para poder leer y un celular Android que maneja sin ningún problema. Es común verlo visitando la laguna, viendo los partidos de futbol dominicales o haciendo sus compras diarias. También es un católico cumplido, asistiendo a misa con regularidad y haciendo acto de presencia en los velorios.

El proceso de entrevista con este varón se desarrolló dentro de uno de sus locales comerciales, donde me ofreció varios vasos de refresco y rebanadas de melón fresco. Para Don Fernando la entrevista es vista como un acto de reflexión sin precedentes, ya que, según él, nunca se había puesto a examinar de tal manera su pasado. Aunque esta también despierta en él una ligera sospecha de mis intenciones, bromeando en repetidas ocasiones sobre el hecho de que no exponga su vida frente a todo el pueblo.

Para Don Fernando, sus nietos ocupan un lugar privilegiado en sus años venideros, ya que, ante el hecho de no pasar tiempo con sus hijos cuando eran pequeños, sus nietos son una oportunidad para reencontrarse con su familia. Antes de retirarme de su hogar no duda en mostrarme su jardín, y darme a probar las frutas que crecen en él, diciendo que son resultado del cuidado constante y un arduo trabajo.

Don Juan.

El penúltimo entrevistado es Don Juan, quien nació en 1952 y es orgullosamente originario de Axotlán. Con sus sesenta y cinco años es jubilado por el seguro social después de ser obrero y líder sindical, aunque en últimos años continúa trabajando dentro del ramo agropecuario, lo que él considera “su mero mole”. Su vestimenta casi siempre es igual, botas industriales, pantalón y camisa de mezclilla, sombrero vaquero y al cinto una funda de cuero para celular.

Independientemente del trabajo a realizar, Don Juan se levanta temprano para aprovechar la mañana, atiende su jardín y sus animales, después usa su auto para ir comprar los alimentos del día. Ya por la noche pasa tiempo con sus nietos, mira la televisión y reza un rato. En ocasiones utiliza sus fines de semana para atender un pequeño jardín de eventos que posee en el pueblo de San Mateo Xoloc junto alguno de sus hijos y nietos. De igual manera, durante el año realiza siembra de maíz de temporal en su ejido, así como también participa de manera activa en la realización de la fiesta patronal. También acude de manera constante a las faenas para el mantenimiento del pueblo, a los velorios y entierros cuando su trabajo se lo permite.

La vida de Don Juan también se vio modificada hace poco, cuando su esposa fue diagnosticada con cáncer, sometiéndose a un tratamiento que incluía radioterapias y quimioterapias. Su particular rutina de vida se vio transformada, ya que tuvo que cocinar y realizar las tareas de su esposa, para “ayudarla” mientras recibía su tratamiento y se recuperaba del mismo. Todo el proceso de acompañar a su esposa al hospital le hizo recordar la muerte de su hijo, sucedida hace cuatro años, y la muerte de su padre hace más de quince años. También lo hizo pensar en su salud, aunque Don Juan dice que no se siente viejo, reconoce que su salud y su fuerza se han reducido, debido a la llegada de la diabetes cinco años atrás y a la degeneración muscular que vivió su rodilla hace más de diez años.

Don Antonio.

El último participante es Don Antonio quien nació en 1956, siendo originario de Axotlán y el más joven de todos los varones entrevistados. Don Antonio vive en la casa de sus difuntos padres con su segunda pareja y su hijastro, ya que en el proceso de divorcio cedió la mitad de su casa a sus tres hijos y su ex esposa. Sin ser pensionado o contar con un trabajo fijo, su principal ingreso económico proviene de la venta del terreno ejidal heredado de sus padres, el cual es cubierto por abonos de cinco mil pesos mensuales y un automóvil usado. Sin embargo, durante la primavera y el verano siembra calabazas en un terreno rentado, consiguiendo ingresos con la venta de las flores y las calabazas maduras. Por su parte, su actual pareja trabaja como servidora pública en la secretaria de educación del Estado de México.

Don Antonio posee un cuerpo fuerte y ágil a pesar de tener sesenta y un años, esto se debe a que gasta parte de su día ejercitándose. Por ello, la ropa de don Antonio está enfocada en la comodidad, siempre viste pantalones de mezclilla, playeras de manga corta, chamarras deportivas, tenis y una gorra de algún equipo deportivo. En su hogar la dinámica tradicional de la división sexual del trabajo se ha invertido, su pareja va a trabajar mientras él se queda a hacer el quehacer, comprar el mandado y en ocasiones cocinar. Ya por la tarde gasta su tiempo viendo televisión o cuidando su jardín.

Durante la entrevista Don Antonio hace tres revelaciones. La primera de ella es la tristeza que siente ante el distanciamiento con sus hijos, siendo así que lleva más de dos años sin hablar con ellos. La segunda tiene que ver con su futuro, sintiendo pavor por saber que en algún momento su fuerza y habilidad se irán. La tercera revelación tiene que ver con la forma en que es visto por los hombres y las mujeres del pueblo. Así que admite que no es el clásico modelo de hombre que se mata trabajando, y aunque la presión social a la que se somete es grande, sabe que su vejez será menos dependiente que la de otros hombres, puesto que ha cuidado de su cuerpo.

5.6 Axotlán: transformaciones históricas.

Las mañanas son frescas en Axotlán. Su laguna y la cercanía con el río Tepetzotlán permiten que la tierra tarde en calentarse. Durante el verano las mañanas pueden ser particularmente húmedas, provocando que en los pisos de las casas emerjan pequeñas gotas de agua. En el invierno el frío se hace presente con una imponente neblina, así como con heladas que cubren los campos y los autos. Los más de cuatro mil habitantes de la comunidad (INEGI, 2011b) han aprendido a realizar sus tareas cotidianas a partir de estas condiciones, tomando previsiones y planeando su día.

Sin embargo, el clima en Axotlán se ha modificado bastante en las últimas décadas, siendo cada vez más cálido y seco. El fin de la vida ejidal, así como el crecimiento poblacional, y la llegada de corredores industriales han modificado la geografía de la comunidad, reduciendo el número de áreas verdes que regulan la temperatura del lugar. Dado que esta transformación se ha desarrollado de manera paulatina, es visible que cada generación de habitantes ha modificado a su pueblo.

Este apartado se centra en visibilizar las transformaciones que ha experimentado la comunidad, prestando especial atención a los cambios producidos durante el siglo pasado. Para así poder contextualizar la construcción de los cursos de vida de los participantes. Sin embargo, también es relevante el incorporar aquellos cambios en la comunidad que datan de mucho tiempo atrás, y que continúan estructurando las formas de vida comunitarias.

Por ejemplo, se tiene registro (López, 2007; Tena, 2011) de las primeras poblaciones que se asentaron en Axotlán cerca del año 150 d. C., y continúan presentes durante todo el periodo prehispánico, experimentando tres fases de influencia cultural: teotihuacana, mexicana y otomí. Es durante las últimas fases culturales que Axotlán gana el nombre que conserva hasta hoy día, aunque no existe una traducción precisa del mismo. Si no que, existen una serie de posibles nombres que los actuales habitantes han hecho suyos, como son, “junto al pie de agua”, “lugar de agua clara” o “agua de los ajolotes” (Osorio, Forteza & Vilchis, 2016).

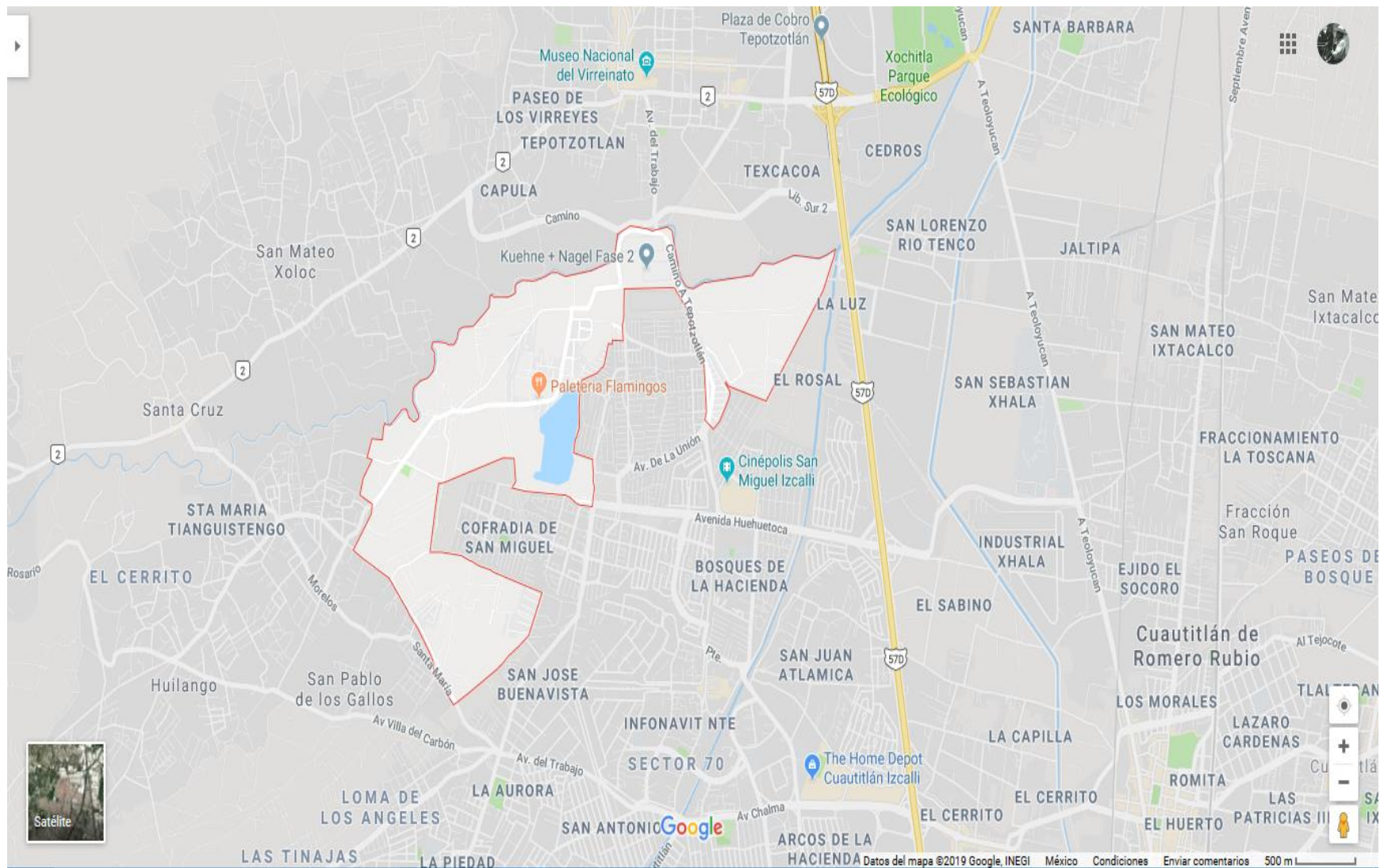


Imagen 2: Axotlán y su relación con la región.

El pueblo de Axotlán se encuentra remarcado por un delineado en rojo. Al norte limita con el municipio de Tepetzotlán, siendo el río homónimo la frontera natural entre ambos espacios. La comunidad colinda al oeste con el pueblo de Huilango, al sur con unidades habitacionales y al este con la autopista México-Querétaro (señalada por una línea amarilla y la leyenda “57D”).

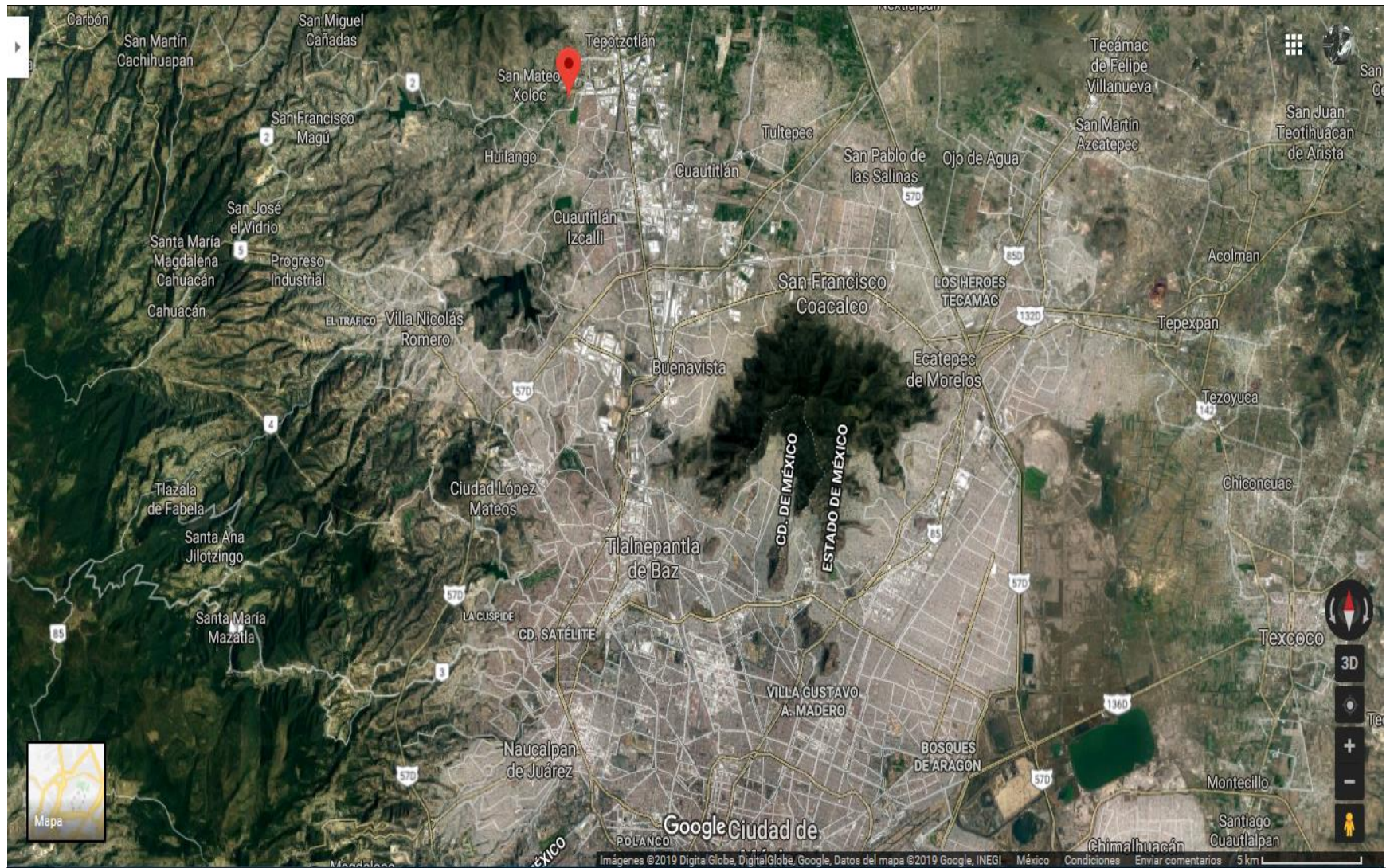


Imagen 3: Axotlán y la Zona Metropolitana del Valle de México.

Axotlán se encuentra ubicado al norte del valle, señalado por un marcador rojo. Al este se observan los municipios de Cuautitlán y Tultepec, al oeste la sierra de Tepotzotlán. Al Sur es visible el centro de Cuautitlán Izcalli, los municipios de Tultitlán y Tlalnepantla, así como la Sierra de Guadalupe (al centro de la imagen), parte de la frontera natural entre el Estado de México y la Ciudad de México.

Ya en el periodo colonial los antiguos habitantes de Axotlán estuvieron altamente influenciados por los centros poblacionales de Tepotzotlán y Cuautitlán, que cumplieron la función de ser un referente para el comercio y la cultura. Con el paso de los años, surgió una población mestiza que menguaba constantemente por la existencia de continuas epidemias. Es en el siglo XVII que surge la hacienda de San Miguel, cuya extensión territorial abarcaba gran parte de Axotlán y los pueblos cercanos de San Juan Atlamica y la Aurora. Dicha hacienda se convirtió en un referente de la vida comunitaria; ya que ofrecía posibilidades de trabajo para los hombres de la región, siendo contratados para realizar labores agrícolas. Gracias a la riqueza económica obtenida, la hacienda desarrolló una expansión de sus edificaciones durante los siglos XIX y XX, entre las cuales se encuentra la parroquia de San Miguel Arcángel, el granero, y el casco antiguo.

Aun con la falta de información sobre este momento de la historia de la comunidad, se tiene idea que la vida comunitaria se desarrolló de manera relativamente estable, entre la vida campesina de un asentamiento pequeño y pobre, y la influencia que ejercían los grandes centros poblacionales y las haciendas.

Es a partir de la Revolución Mexicana, que las formas de vida tradicionales comienzan una transformación paulatina, debido a que un número considerable de habitantes del pueblo participaron activamente en el bando revolucionario. Una vez terminado el conflicto, los combatientes regresaron a la comunidad trayendo consigo a ciertos compañeros de armas que se establecieron en el pueblo para continuar con sus vidas. Tiempo después se llevó a cabo la repartición de tierras, creando el Ejido de Axotlán; así como la afiliación de los campesinos al naciente Partido Nacional Revolucionario y a la Confederación Nacional Campesina.

Aunque la vida campesina quedó fortalecida por la creación del ejido, lo cierto es que, ante la pobreza de los habitantes de la comunidad, era realmente poco el aprovechamiento que se le podía dar al campo, debido a la falta de animales de tiro y fertilizantes adecuados. Por ello, era común que algunos varones además de sembrar sus parcelas, buscaban trabajo en las haciendas y ranchos ganaderos cercanos para complementar el ingreso familiar.

Es entre las décadas de 1930 y 1950 que se tiene un mejor registro de la vida cotidiana de la comunidad, siendo también en este momento donde nacen los diez participantes de la investigación. En aquellos años Axotlán se encontraba semi poblado, y sus habitantes se hallaban diseminados por el lugar, alojados en unidades familiares que compartían un ancestro en común. Las únicas construcciones que estaban al servicio de la comunidad eran la iglesia, la cual fue construida por los mismos habitantes, y una escuela de adobe, donde solo se podía estudiar hasta el tercer año de primaria. No había electricidad, agua potable, drenaje o servicios médicos, de manera que la medicina tradicional y las parteras eran los recursos con los cuales contaba la comunidad para conservarse saludable.

Ir a Tepetzotlán o a Cuautitlán era tarea de varias horas, pero resultaba obligatorio para comprar algunos efectos personales, herramientas y materiales para el hogar o el trabajo, así como para disfrutar de ciertas atracciones como bailes, ferias o jaripeos. La organización comunitaria se desarrollaba en función de la “asamblea del pueblo” y el mantenimiento de la infraestructura agrícola, como pozos o zanjas de riego, era realizado colectivamente por los varones a partir del establecimiento de faenas de trabajo.

En ese momento la geografía de la comunidad presenta una configuración puramente rural, siendo una constante la existencia de veredas que servían para conectar las áreas habitadas con los llanos y las grandes extensiones de tierra para cultivo. Parte de los terrenos baldíos y los ejidos presentaban altos niveles de humedad, lo cual, dificultaba su aprovechamiento y el tránsito entre estas áreas. La laguna del pueblo tuvo su momento de máximo esplendor durante este periodo, ya que su agua era pura, y contaba con abundante fauna, compuesta por peces, crustáceos, ranas, sapos, ajolotes, patos, garzas y serpientes. La comunidad aprovechaba los recursos naturales a través de la pesca y la recolección, de igual manera, el agua de la laguna era utilizada para lavar la ropa, nadar libremente o bañarse dentro del humedal.

Las casas que existieron durante este periodo eran de adobe, piso de tierra y techos de tejamanil. Por lo regular existía una construcción principal donde se agrupaban los cuartos de descanso, existiendo un cuarto principal para los padres de familia y otros cuartos donde se agrupaban los hijos en función de su género. Así mismo, existían las “cocinas de humo”, en cuyo centro se encontraba el fogón donde se preparaban todos los alimentos. Otras

edificaciones fueron los silos, donde se almacenaba la cosecha y las herramientas del campo, como arados y machetes. Otro elemento característico eran los patios amplios frente a la construcción principal, los cuales servía como punto de reunión y juegos, así también como el área para las aves de corral. Finalmente existían otras construcciones que servían como corrales para los animales de tiro y el ganado. Las propiedades se delimitaban a partir de cercas prefabricadas con ramas de huizache o bien con nopales y magueyes.

Las familias de este momento fueron extensas, siendo el padre y la madre quienes dirigían las actividades a realizar. Ante una clara división genérica de las tareas del hogar, la madre además de atender la casa, educaba a sus hijas para ser buenas esposas, enseñándoles a limpiar, cocinar, lavar, etc. Los hombres obtenían recursos económicos de su trabajo en el campo, aunque en ocasiones llegaban a alquilarse en la hacienda de San Miguel para completar el ingreso familiar. Así también, enseñaba a sus hijos los deberes de campo, introduciéndolos a edades tempranas, cuando demostraran un mínimo de fuerza necesario.

Los años pasan y es entre las décadas de 1960 y 1980 que la comunidad comienza a transformarse, incorporando de manera paulatina elementos del mundo urbano. Con la creación de la Autopista México-Querétaro a finales de la década de 1950, la región tiene por primera vez una vía rápida para conectarse con la Ciudad de México. Siendo esto un precedente para la construcción de los primeros centros industriales en los municipios de Tlalnepantla, Naucalpan, Cuautitlán y Tultitlán. El crecimiento económico también se observa en el ámbito rural, ya que los ranchos y las haciendas se insertaron en el creciente negocio lechero. De entre los cuales destaca por su cercanía el Rancho Cuatro Milpas, que en un primer momento se estableció como un importante productor lechero para luego ser comprado por la UNAM, con la intención de usarlo como centro de prácticas y servicio social. Posteriormente, a mediados de 1970 la UNAM también pone en operación la Facultad de Estudios Superiores Cuautitlán.

Es durante la década de 1970 que se desarrollan dos eventos trascendentales para la región. El primero de ellos ocurre el 24 de junio de 1973, cuando se funda el municipio de Cuautitlán Izcalli, cuya planeación estaba centrada en crear un modelo de ciudad autosuficiente. La fundación del municipio número 121 del Estado de México trajo consigo la reducción del territorio para los municipios vecinos de Tepotzotlán, Cuautitlán y Tultitlán.

Por lo que el pueblo de Axotlán y otros doce pueblos de Tepetzotlán son incorporados al nuevo municipio. De igual manera, la creación de unidades habitacionales que ofrecían espacios amplios cerca de nuevos centros de trabajo, hicieron que muchos habitantes de la Ciudad de México vieran una oportunidad de crecimiento lejos de la sobrepoblación de la urbe.

El segundo evento fue la edificación del drenaje profundo de la Ciudad de México, el cual se construyó durante los primeros cinco años de la década de 1970. El trazo de la obra que conecta los desagües de la ciudad con el río Tula, fue diseñado para cruzar los municipios de Tlalnepantla, Cuautitlán Izcalli y Tepetzotlán, así como varios municipios del estado de Hidalgo. Su construcción tuvo como consecuencia el drenaje de los mantos acuíferos que atravesaban a su paso, modificando las características hidrológicas de la región y con ello la forma de vida de las personas.

Con la construcción del drenaje profundo², el pueblo pierde la humedad característica de sus suelos, así como los pozos de los hogares redujeron en gran medida la capacidad de proveer agua. Ante esta situación los habitantes de la comunidad solicitaron una compensación a la extinta Dirección de Obras del Distrito Federal por el daño causado. El resultado de dicha gestión fue la construcción de un pozo comunitario de mayor profundidad y capacidad de abastecimiento. Finalmente, la creación de la lumbrera de Tepetzotlán necesitó de la extracción de cientos de toneladas de tepetate³, que fueron aprovechadas por los habitantes de Axotlán para crear las primeras calles de terracería; evento que elevó considerablemente la altura de los nuevos caminos.

Por su parte, la hacienda de San Miguel también desarrolló un aumento considerable en su producción ganadera gracias al negocio lechero, teniendo la necesidad de aumentar las tierras de cultivo para proveer de alimento a su creciente ganado. Así, los dueños de la hacienda decidieron desecar la laguna de Axotlán, que en ese momento estaba bajo su poder, para utilizarla como tierras de cultivo, provocando un ecocidio masivo.

² Resulta importante resaltar que ningún hombre del pueblo decidió trabajar en la construcción del drenaje profundo, ello debido a un accidente ocurrido cerca de Tepetzotlán, donde un grupo de trabajadores perforó de manera errónea en el acuífero, abriendo una grieta por la cual el agua inundó el túnel, ahogando a todo el equipo.

³ Tierra parecida a la arcilla que se compacta fácilmente y es utilizada para la industria de la construcción.

La comunidad vive un lento crecimiento poblacional, por lo que las antiguas unidades familiares se expandieron en extensión y en número. En consecuencia, los terrenos se dividieron para que las nuevas familias tuvieran un espacio para vivir. No obstante, el centro de dichas agrupaciones siguió siendo la casa de los padres, ahora convertidos en abuelos. Poco a poco las casas de barro fueron remplazadas con casas de ladrillo, piso de cemento y techo de lámina, que, aunque de carácter autoconstruido protegían mejor del frío y la lluvia. Las casas de adobe que sobrevivieron fueron utilizadas como silos o corrales, hasta su completa desaparición. Con el paso de los años la cocina de humo dejó de tener el papel principal y se convirtió en un lugar utilizado en situaciones importantes como fiestas o velorios⁴.

⁴ Hoy día en Axotlán se tiene la creencia de que la comida cocinada con leña sabe mejor, por ello las cocinas de humo se usan en fiestas y velorios para preparar los alimentos, puesto que otorgan un sabor especial a los alimentos.



Imagen 4 y 5: Ruinas de la Hacienda de San Miguel.

En la primera fotografía se aprecia las ruinas de una edificación utilizada como bodega y corral, actualmente solo se conservan en pie las paredes y la entrada. Al fondo de la imagen se observa la pared del centro comercial con el que las ruinas de la hacienda comparten espacio. La segunda fotografía fue tomada dentro de la antigua troje de la hacienda, donde se almacenaba la cosecha, así como donde se realizaba la producción de pulque.

Por otro lado, los servicios públicos llegaron de manera paulatina, gestionados en su totalidad por los habitantes a través de la asamblea del pueblo. Es decir, el tendido eléctrico, la red de agua potable, las nuevas calles de terracería, el sistema de drenaje y la nueva primaria fueron construidos a través de faenas por los hombres de la comunidad, invirtiendo tiempo y dinero para la realización de los proyectos. A partir de asambleas, se acordó que el varón responsable de cada familia tenía que dedicar una jornada de trabajo, o faena, durante los fines de semana para realizar los trabajos de construcción. La llegada de nuevos servicios públicos trajo consigo la aparición de las primeras tortillerías, tiendas y carnicerías, lo cual facilitó la vida al dejar de viajar hacia los pueblos vecinos para conseguir alimentos. Así también, el trabajo agrícola se vio influido por la llegada de tractores, camionetas y otras maquinarias que facilitaban el trabajo manual.

La radio y la televisión llegaron a las familias con mejores posibilidades económicas, y a través de ellas se descubrieron nuevas formas de vestir, hablar, etc. El fútbol tomó fuerza como deporte masculino dentro del pueblo, desarrollándose equipos como el Anáhuac o el Azteca, los cuales continúan existiendo. La ropa de moda también llegó a Axotlán de la mano de la televisión y los centros urbanos cercanos. La electricidad también trajo los primeros bailes de Axotlán, que tuvieron inicios humildes a partir de bailes con tocadiscos donde se reproducía música regional. Estos eventos crecieron con el tiempo y fue común que se presentaran grupos musicales del momento en los centros urbanos más cercanos, como Cuautitlán, Tultitlán, Coyotepec o Tepetzotlán; a los cuales los habitantes de la comunidad asistían a pie, frente a un deficiente transporte público.

Los años siguen su curso y los cambios dentro del pueblo se hicieron cada vez mayores. Es a partir de la década de 1990 y hasta hoy día, que el pueblo finaliza un largo proceso, en el cual fue absorbido por la mancha urbana. Esto se debe a que Cuautitlán Izcalli y los municipios vecinos presentaron un elevado aumento en su población, a raíz de la construcción de múltiples unidades habitacionales y el surgimiento de asentamientos irregulares. De igual modo, surgieron centros comerciales y de abasto, se edificaron centros educativos públicos y privados, aumentando también el número de parques industriales. Paulatinamente surgieron también redes de transporte público que, aunque inseguras,

permitieron desplazarse a lo largo de la zona norte del Estado de México, así como viajar a la Ciudad de México en poco tiempo.

Después de la muerte de los dueños de la hacienda de San Miguel, la propiedad pasa a manos de sus hijos, quienes decidieron vender los campos de cultivo, así como abandonar los edificios con valor histórico, conservando solamente la casa principal⁵. En un primer momento, se vendieron los terrenos que se ubicaban al sur de la hacienda, colindantes con los pueblos de San Juan Atlamica y la Aurora. La decisión provocó el surgimiento de unidades habitacionales de interés social, y posteriormente, el surgimiento de fraccionamientos privados.

En una segunda fase, se concretó la venta de los terrenos de cultivo ubicados en el área norte, colindante con Axotlán, donde se descubrieron múltiples basamentos prehispánicos que fueron destruidos o sepultados. Meses de construcción dan como resultado un supermercado, así como los complejos de Claustros de San Miguel y Urbi Quinta Montecarlo. Los habitantes de Axotlán vuelven a interponer una queja por la afectación hídrica que traerá la llegada de miles de nuevos habitantes. Consiguiendo de la empresa constructora la edificación de dos nuevos pozos de agua para abastecer a la comunidad, así como materiales de construcción para edificar la secundaria del pueblo.

Finalmente, los dueños de la hacienda San Miguel consideraron poner en venta el terreno de la laguna de Axotlán, ante lo cual los integrantes de la comunidad reaccionaron de manera violenta destruyendo las bardas perimetrales que se construían alrededor de la misma. Como medida para detener el avance de las constructoras, los habitantes de Axotlán decidieron llenar la laguna a partir de aguas residuales y de riego. Después de meses de conflicto con los equipos de limpieza y policías estatales, se inició un juicio por la posesión del área que sigue hasta nuestros días.

Es a mediados de 1990 que se inicia con la pavimentación de las principales calles del pueblo, lo que elevó aún más los caminos, haciendo que ciertos lugares del pueblo quedasen en desnivel, sufriendo así inundaciones en la época de lluvias. Los servicios públicos existentes se regularizaron por la intervención del gobierno estatal, salvo el sistema

⁵ La cual fue demolida en 2016 para iniciar la construcción de un supermercado Wal-Mart.

de aguas que es administrado de manera autónoma por los habitantes del pueblo. El transporte público comenzó a circular por las principales calles de Axotlán, las cuales ahora cuentan con servicio de alumbrado público y drenaje pluvial. Aunque quizá uno de los cambios más significativos fue el aumento de la inseguridad en la comunidad.



Imagen 6: Las calles del pueblo (I).

Una pareja de personas mayores cruza la Avenida Tláloc, principal vía dentro de la comunidad.

En medio de todos estos cambios, los antiguos ejidatarios de la comunidad decidieron realizar el cambio de uso de suelo a sus terrenos, para así ponerlos en venta. La oferta de tierra a precios bajos es un aliciente para la llegada de cientos de nuevas familias, las cuales provienen en su mayoría de las zonas más pobladas del área metropolitana. Se crean nuevos barrios ajenos a la tradición agrícola de la comunidad, que desconocen o rechazan la obligación de participar en colectas o faenas para el mejoramiento del pueblo. De esta manera, se generan conflictos con los habitantes ligados a la tradición comunitaria, quienes consideran que los migrantes traen consigo problemas como la inseguridad o la contaminación. Los nuevos habitantes son llamados como “gente de fuera”, condición que minimiza la posibilidad de incorporarse a la vida comunitaria. Los ejidos también se convirtieron en naves industriales que albergan fábricas pequeñas y centros logísticos, siendo más frecuentes en el lado norte, donde se encontraban los ranchos lecheros.

Aun con la existencia de conflictos vecinales, los habitantes de la comunidad consiguieron organizarse y construir la Casa del Pueblo, así como la escuela secundaria, el dispensario médico y la lechería LICONSA. No obstante que las calles principales del pueblo fueron pavimentadas por el gobierno estatal, las calles aledañas a estas fueron pavimentadas por la comunidad, ampliando también la red de agua potable y el sistema de drenaje. Sumado a lo anterior, se regularizaron los predios y se establecieron nombres de origen náhuatl a todas las calles. En años recientes las faenas se han centrado principalmente en la preservación de la laguna del pueblo, la creación del panteón comunitario, la construcción del campanario de la iglesia y la limpieza de las calles.

Por su parte, las unidades familiares comenzaron a desintegrarse con la muerte de los hombres y mujeres mayores, los cuales ejercían el papel de líderes de cada unidad. La herencia de los terrenos genera conflictos entre los descendientes de los difuntos, quienes llegan a percibir una distribución desigual que los afecta. Otros conflictos surgen por la cercanía territorial entre las familias, la cual, provoca problemas por la falta de intimidad. Las unidades familiares se rompen cuando las familias construyen cercas, rejas, jardines o bardas entre sí para delimitar sus terrenos y proteger su patrimonio de un posible robo. Por ello, ahora es posible distinguir la propiedad de cada familia, que en su mayoría ha dejado

atrás el techo de lámina, para tener un techo de concreto, así como otro piso si la familia ha crecido y necesita más espacio.

Aunque las actividades agrícolas se han reducido a tal punto que solo generan ingresos económicos para un puñado de personas, es posible encontrar familias que siguen llevando a cabo tales prácticas únicamente con fines recreativos. Sea ya sembrando un pequeño terreno, cuidando árboles frutales, pescando en la laguna, criando aves de corral, cerdos, caballos o borregos, etc. Adicionalmente, los bailes, jaripeos, peleas de gallos y cabalgatas son realizadas con cierta regularidad, espacios donde es posible observar a hombres y mujeres vestidos con atuendos vaqueros, que bailan al ritmo de banda, cumbia, salsa o reggaetón.



Imagen 7: Las calles del pueblo (II).

Jardín de cactáceas en la fachada de una vivienda. Es común encontrar este tipo de espacios a lo largo de toda la comunidad, los cuales son creados y cuidados por los mismos habitantes del pueblo.

|  T I E M P O H I S T O R I C O  | Momentos | Elementos Regionales | Elementos comunitarios | Elementos familiares |
|--|---|---|--|--|
| | 1930-1959: <i>Vida tradicional centrada en el campo</i> | <ul style="list-style-type: none"> Trabajo exclusivamente agrícola Influencia de centros poblacionales y haciendas Inicio construcción Autopista Mx-Qro Llegada de las primeras industrias | <ul style="list-style-type: none"> Vida centrada en la agricultura Ausencia de servicios públicos Recursos naturales disponibles Saberes tradicionales Trabajo comunitario agrícola | <ul style="list-style-type: none"> Familias extensas División genérica de los espacios y el trabajo. Unidades familiares agrupadas Pobreza extrema. Casa de adobe, silos y corrales |
| | 1960-1979: <i>Inicios de la transición</i> | <ul style="list-style-type: none"> Trabajo agrícola y obrero Influencia de centros poblacionales y haciendas Crecimiento poblacional e industrial Creación de Cuautitlán Izcalli Construcción del drenaje profundo | <ul style="list-style-type: none"> Vida centrada en la agricultura Llegada de luz eléctrica y agua potable Recursos naturales disponibles Saberes tradicionales y urbanos Trabajo comunitario agrícola y de infraestructura | <ul style="list-style-type: none"> Familias extensas División genérica de los espacios y el trabajo Unidades familiares agrupadas Mejora de las condiciones de vida Casas de adobe y de ladrillo |
| | 1980-1999: <i>Transición a la vida moderna</i> | <ul style="list-style-type: none"> Trabajo obrero y de servicios Reducción del territorio ejidal Crecimiento de zonas industriales Explosión demográfica Influencia de municipios y de la CDMX | <ul style="list-style-type: none"> Urbanización de la comunidad Fin de la vida agrícola Saberes urbanos y saberes tradicionales Trabajo comunitario para la infraestructura | <ul style="list-style-type: none"> Familias extensas y nucleares Flexibilidad en el trabajo y en los usos del espacio de acuerdo al género Mejora de las condiciones de vida Casas de ladrillo |
| | 2000-a la fecha: <i>Vida moderna</i> | <ul style="list-style-type: none"> Trabajo temporal o por subcontratación Precarización de la vida Ciudades dormitorio Aumento de la inseguridad Crecimiento de parques logísticos Guerra vs narcotráfico | <ul style="list-style-type: none"> Aumento de la inseguridad Lucha por espacios comunitarios Acceso a internet Trabajo comunitarios para infraestructura y defensa de sus tradiciones | <ul style="list-style-type: none"> Familias extensas, nucleares y monoparentales Negociación en el trabajo y los usos del espacio de acuerdo al género Precarización de las condiciones de vida para las familias más jóvenes |

Tabla 2: Cambios a través del tiempo.

Clasificación de las transformaciones surgidas desde la primera mitad del siglo pasado a partir de tres niveles: regional, comunitario y familiar. La distinción de los periodos se realiza por razones analíticas, permitiendo vincular los cambios con el curso de vida de los participantes.

5.7 Reflexividad: mi particular experiencia de investigación.

Como mencioné previamente, mis reflexiones éticas, así como el proceso de implicación establecido a lo largo de la investigación tienen como fundamento la relación que establecí con los participantes desde mi situación como varón. Es decir, en mi inserción y trabajo de campo no fui visto por los participantes como un investigador, sino como un hombre joven interesado en conocer la vida de ciertos hombres mayores. Este hecho fue sumamente relevante, ya que, desde mi condición de varón los participantes, así como los miembros de la comunidad, tuvieron la capacidad de exigirme que cumpliera con distintos comportamientos que ellos consideran propios en un hombre de mi edad.

Puedo afirmar que el proceso de investigación ha generado una transformación dentro de mi persona, la cual no ha terminado al día de hoy, ya que continúo realizándome preguntas respecto de mi vida y mi masculinidad. Considero importante que para detallar este proceso de transformación debo aclarar mis condiciones personales previas a la inserción en campo, aquellas relacionadas con mi identidad de género y mi relación con las personas mayores. Así también, después de explicar los cambios que experimenté, es necesario explicar cómo se modificaron las relaciones que establecí con los hombres mayores que decidieron participar en esta investigación.

Cuando comencé con el trabajo de campo en el año 2017, yo contaba con 27 años de edad y una enfermedad crónica (alergia severa y potencialmente mortal) surgida a la edad de once años, que me obliga llevar a todas partes una pequeña bolsa con dos medicamentos y una jeringa. En ese momento de mi vida había terminado un largo proceso de rehabilitación física en mi rodilla derecha. Dicha extremidad posee una herida interna, producto de un accidente automovilístico sucedido en el año 2009 que destrozó dos vehículos, así como mis ligamentos y meniscos. La severidad de mi condición implicó una rehabilitación extensa, el uso de un bastón, ejercicios específicos, rodilleras sumamente incómodas, y la prohibición de realizar cualquier actividad que implicara esfuerzo físico. Por lo que cuando me vinculé con la comunidad, mi condición física se encontraba disminuida en comparación con otros varones de mi edad.



Imagen 8 y 9: La fiesta patronal.

Primera fotografía: un grupo de hombres maduros descansa después de terminar la preparación de alimentos (carnitas), para los peregrinos que visitan a la imagen de la Virgen de Guadalupe, patrona del pueblo.

Segunda fotografía: un grupo de hombres se prepara para quemar la pirotecnia al finalizar la misa en honor a la Virgen de Guadalupe.

Por otro lado, en ese tiempo yo poseía cierto conocimiento teórico y práctico sobre las personas mayores, el cual es previo a mi formación doctoral y proviene de mis estudios a nivel licenciatura; donde pasé seis semestres apoyando el proyecto de investigación “Grupo Vida” en la FES-Iztacala, de donde soy egresado. El “Grupo Vida” es una iniciativa de atención psicológica para personas mayores basada en el modelo de las comunidades terapéuticas, donde los estudiantes toman un papel activo y aprenden desde el enfoque basado en problemas. Este proyecto de investigación me permitió trabajar con personas mayores, sin embargo, a pesar de contar con ciertos conocimientos académicos sobre vejez y envejecimiento, lo cierto es que a nivel familiar tengo muy poca experiencia sobre el tema.



Imagen 10: La laguna de Axotlán.

Un hombre joven descansa junto a su hijo en los márgenes de la laguna. Al fondo de la imagen se aprecian las torres eléctricas de alta tensión donde actualmente se construye el libramiento Av. Nopaltepec-Tepotzotlán, cuya planeación atravesará el pueblo en dirección norte-sur.

Mis abuelos paternos desaparecieron de la vida de mi padre cuando este era pequeño, por lo que solo tengo de ellos las historias que él me narra. Por otro lado, tuve la oportunidad de conocer a mis abuelos maternos, aunque el contacto que tuve con mi abuela fue relativamente poco, ya que ambos vivían en el estado de Veracruz y ella murió cuando yo tenía quince años. Mientras estuvo con vida mi abuelo me demostró su cariño abiertamente, contándome historias sobre la vida rural, así como sus experiencias como campesino y artesano. Estas historias alentaron mi imaginación y mi curiosidad por conocer un mundo del cual yo soy heredero; pero del que soy ajeno debido a la migración que mis padres hicieron de Veracruz a la Ciudad de México, con la intención de darle mejores oportunidades a su naciente familia.

Teniendo esto como antesala, mi vinculación con Axotlán comienza un par de años antes de iniciar mis estudios de doctorado, aproximadamente en agosto de 2013, con otros objetivos e intereses. Es a partir de este punto que en mí comienza una transformación paulatina, la cual me permitió acceder a la vida comunitaria, dentro de espacios y grupos masculinos. Sin embargo, dicho cambio personal no fue para nada sencillo, llevándome en ocasiones al límite de mis fuerzas. Mis primeras incursiones en campo se desarrollaron dentro de las faenas para la limpieza de la laguna y en la construcción del panteón comunitario, donde el grupo de participantes eran hombres maduros y envejecidos. En estos escenarios las miradas se centraron en mi persona, así como los comentarios burlones por mi falta de técnica en el uso de la pala, y las preguntas enfocadas a conocer mi origen y mis intenciones.

Poco después tuve la suficiente confianza como para adentrarme en otros espacios donde aparecían hombres de diversas generaciones. Asistí a velorios y entierros donde tuve encuentros directos con los cuerpos de los fallecidos, frecuenté centros botaneros, cantinas y pulquerías, donde bebí con hombres de diferentes edades y recursos económicos. Así también asistí a misas y fiestas patronales, donde los hombres me mostraron su particular forma de ejercer su fe. El número de hombres que me reconocían fue aumentando con el paso del tiempo, comencé a ser invitado a pescar en la laguna y a convivir en fiestas familiares, algunas pequeñas como cumpleaños en el patio de alguna casa, otras, fiestas enormes para celebrar bodas y quince años.

Veía partidos de fútbol, platicaba con los hombres que encontraba en la calle mientras comíamos un elote o tomábamos una cerveza. Decidí asistir a peleas de gallos, jaripeos y mataderos, donde en ocasiones me descubrí excitado al ver a los gallos peleando y a los jinetes en plena monta. Pero también sentí tristeza y cierta fascinación al ver como los gallos se desangraban en las manos de sus criadores o cómo los cerdos morían rápidamente producto de una herida en su costado.

Cada espacio me demandaba tener algo de fuerza física y el dominio de habilidades específicas. Las faenas fueron el espacio más demandante, conflictivo y enriquecedor; ya que no tenía ni la fuerza ni la habilidad suficiente para seguirles el paso a los varones cuando cavaban, cortaban, cargaban o limpiaban. Mi condición médica agravó la situación. A los hombres les parecía extraño, casi antinatural, que un hombre de mi edad tuviera una enfermedad crónica y estuviera lesionado de una pierna, razón que limitaba mis movimientos. Recibí burlas, regaños, críticas y humillaciones por mi técnica deficiente y mi débil cuerpo. Pero al mismo tiempo recibí el apoyo de los hombres más envejecidos, los cuales se sentían fascinados por el hecho de que hacia un viaje de dos horas para poder llegar a su pueblo a hacer faenas.

En ese momento me encontraba desanimado respecto de mi trabajo, llegando a considerar que quizá no era buena idea lo que estaba haciendo. Poco después me di cuenta que estos hombres me estaban probando, por lo que esperaban que les demostrara a ellos, y de paso a mí mismo, que era un hombre que valía la pena conocer. Supuse que si quería continuar necesitaba hacer frente a las agresiones, y admití que no podía igualar sus habilidades y conocimientos de la vida rural, pero podía utilizar mis habilidades y conocimientos para hacer frente a sus embates. Seguía, y sigo, siendo pésimo en el trabajo manual, pero volví ágil mi pensamiento, así que cuando alguien llegaba a poner en juego mi masculinidad yo le respondía de tal manera que desarmaba su ataque; a veces hacía bromas, otras veces comentarios directos o sarcásticos. Al paso del tiempo, este recurso que había construido con tanto esfuerzo llegó a ser utilizado por los mismos varones para poner en jaque a alguno de sus compañeros

Mi atuendo también se modificó durante el proceso. Al inicio asistía a las faenas con mi ropa y calzado de uso cotidiano, pero decidí hacer algo al respecto después de que esta se rompiera al no aguantar las exigencias de la jornada. Realicé un proceso de ensayo y error buscando mejorar mis prendas, a veces trabajando con pantalones que se rompían a la mitad de la jornada. Fui probando con ropa y calzado que tuviera la suficiente resistencia para soportar la carga de trabajo, así como las condiciones climáticas de frío y humedad. Después de un tiempo encontré un pantalón lo suficientemente grueso, una camisola y unas botas que se convirtieron en mi uniforme de trabajo.

Mi rostro quedaba quemado al terminar las faenas o la pesca dentro de la laguna, así que incorporé una gorra a mi uniforme, la cual no ofrecía la suficiente protección, por lo que al poco tiempo me hice con un sombrero de paja. Gracias a esto descubrí los motivos que los hombres mayores tienen para vestir casi siempre la misma ropa, ya que esta no es vista por ellos como una forma de expresión o un medio para encajar en ciertos espacios, sino que es un recurso con el cual hacen frente a la dureza del trabajo manual.

Por lo regular en el pueblo cada hombre tiene uno o varios apodos, los cuales los acompañan a lo largo de su vida, y en ocasiones en su muerte. Los apodos son establecidos en función de los rasgos individuales o de situaciones que los varones vivieron en el pasado, algunos de ellos son sumamente ingeniosos y otros sumamente ofensivos o humillantes. En este punto soy conocido en Axotlán de dos maneras, como “el Paco” o “el Güero”, con lo cual estoy sumamente agradecido. En general, todos los entrevistados y la gente de Axotlán con la logré vincularme me identifica a partir de uno de estos sobrenombres.

Aún mantengo contacto con la gran mayoría de los hombres que aceptaron ser participantes de este estudio. De entre los cuales he llegado a establecer relaciones de aprecio mutuo y confianza, por lo que en ocasiones los visito para hablar sobre su salud, sus planes o sus miedos. También he establecido contacto con sus familiares, quienes me envían sus saludos cuando pasamos tiempo sin vernos. Nunca esperé crear relaciones de amistad con ellos, y en medida de mis posibilidades trato de fortalecer nuestra relación. Por otro lado, después de las entrevistas, algunos de los varones han presentado cierta desconfianza sobre mis verdaderas intenciones por conocer su vida. He comprendido que debido a las experiencias de vida de estos hombres es normal que sientan recelo, aunque no puedo negar que este sentimiento me causó molestia, dificultando el proceso de análisis.



Imagen 11: Limpieza de la Laguna del pueblo de Axotlán.

Un grupo de hombres organizados en cuadrillas retiran la plaga de lirio que se ha posado en la orilla norte de la laguna.

Mi experiencia personal me ha hecho comprender que no existe neutralidad dentro del proceso de investigación, pero eso no implica que dentro del trabajo que realizamos como investigadores seamos un mero títere de nuestras emociones y deseos inconscientes. Aprendí que nuestra subjetividad es un recurso vital, al cual tenemos que darle un lugar, no sin antes reflexionar de manera crítica y sin rodeos sobre la forma en cómo hacemos las cosas, y sobre la forma en cómo creemos que estamos investigando.

Al menos, en mi caso, el objeto de estudio se presentó ante mí sin que pudiera hacer algo para evitar que este me golpeara directamente en la cara.

5.8 La estrategia de análisis.

Tanto los registros de la observación participante como las transcripciones de las entrevistas fueron incorporados a una base de datos y analizados a través del programa Atlas.ti. Dado que la presente investigación parte del enfoque cualitativo y se centra en estudiar los significados sociales, se eligió al análisis de contenido de corte cualitativo como estrategia para el análisis de las narrativas proporcionadas por los participantes.

Respecto del análisis de contenido, existe consenso entre investigadores (Andréu, 2000; Braun & Clarke, 2006; Izcarra, 2014) para definirlo como un conjunto de técnicas flexibles y orientadas a la interpretación de textos, a partir de una lectura que sigue las reglas del método científico. Es decir, esta forma de trabajo posee un carácter sistemático, objetivo, replicable y válido. La interpretación obtenida debe revelar aspectos latentes dentro de un texto, pero que son difícilmente intuibles si se hace desde una lectura superficial, haciendo evidentes los significados que las personas crean en un contexto específico. Por ello, el proceso de análisis debe presentar cierto grado de flexibilidad que permita un tratamiento a profundidad de los datos recopilados.

Izcara (2014) considera que la implementación del análisis de contenido requiere incorporar distintas dimensiones que permitan contextualizar las narrativas obtenidas. Dando cuenta de las circunstancias psicológicas, sociales, culturales e históricas que han permeado la vida de las personas. Así, el análisis creado solo tiene sentido cuando se toma en cuenta a los participantes en relación con sus posibilidades y restricciones de vida, contemplando las actividades cotidianas y las interacciones que realizan con otras personas.

Otros autores (Fernández, 2002; Miele, Tonon y Alvarado, 2012) concuerdan que, aunque no existe un proceso claramente establecido para realizar el análisis de contenido, si existen ciertas fases para su desarrollo, cada una cuenta con suficiente plasticidad para ampliarse en medida de las necesidades del estudio. Ellas son:

1. **Identificación de la población que se desea estudiar:** integrada por unidades documentales de análisis y de contextualización, como son reportes de campo, transcripciones de entrevistas, archivos históricos, imágenes, etc.
2. **Selección y familiarización de unidades documentales:** a partir de una lectura que permita identificar segmentos de información relevantes y con posibilidad de agrupados en una muestra a codificar.
3. **Codificación de la información:** las unidades de información se codifican a partir de temáticas que puedan ser desglosadas con facilidad.
4. **Creación de categorías de análisis:** a partir del uso de la teoría, con el fin de otorgar un marco interpretativo sobre el fenómeno de nuestro interés. Las categorías de análisis se integran por subcategorías que agrupan relaciones entre los componentes o atributos de los componentes.
5. **Creación del informe final:** elaboración de un texto lo suficientemente coherente como para transmitir los hallazgos encontrados.

Una ventaja que posee el análisis de contenido es que posibilita triangular diferentes fuentes de información para lograr la validez y rigurosidad del estudio. Es decir, este proceso consiste en comprobar las inferencias surgidas de una fuente de información específica a partir de una fuente distinta. De tal manera que una estrategia frecuentemente utilizada es triangular las entrevistas y la observación participante. Ya que esta opción permite conocer

si existe coherencia entre los discursos, los comportamientos y el contexto de los participantes (Izcara, 2014).

En el caso de la presente investigación el análisis de contenido se estructuró a partir de la triangulación entre la teoría, la evidencia empírica y la información obtenida con la observación participante y las narrativas de los entrevistados.

Por ello, el proceso de análisis se desarrolló teniendo como base dos ejes de abordaje que se encuentran interconectados, sustentados tanto en la perspectiva del curso de vida como en los estudios sobre masculinidades y vejez, y anclados a un momento histórico específico. El primero de ellos permitió comprender la estructuración generacional de los cursos de vida. Mientras que el segundo permitió abordar las restricciones, posibilidades y transformaciones provocadas por el trabajo dentro de la construcción de la identidad masculina entre los participantes.

El primer eje de análisis contempla las transformaciones experimentadas en el curso de vida de los varones, al mismo tiempo que clarifica las distinciones entre ambas generaciones. Así, existen tres momentos que estructuran el curso de vida de todos los varones, aunque cada generación tiene significados y experiencias específicas. En el primer momento los varones son socializados en el género masculino para convertirse en hombres; dentro del segundo momento los participantes son vistos socialmente como varones y cumplen con el mandato del hombre trabajador-proveedor; finalmente existe un tercer momento donde los varones experimentan su vejez con todas sus posibilidades y restricciones.

El segundo eje tiene como base las múltiples formas de trabajo que los entrevistados han desarrollado. Dado que el trabajo no posee una definición unívoca, ni un único tiempo y contexto para su realización, es que se decidió realizar una distinción entre los tipos de trabajo que estos hombres han desempeñado.

Por lo cual se distinguen y analizan tres trayectorias de trabajo bien definidas: una trayectoria de trabajo remunerado, donde los hombres ocupan puestos de trabajo y reciben un ingreso económico con el cual pueden ejercer la proveeduría; una trayectoria de trabajo comunitario, a través de la cual los varones cumplen con sus obligaciones comunitarias; así como una trayectoria de trabajo familiar, donde los participantes realizaban las tareas dentro del hogar que eran exclusivas para ellos. Todas estas trayectorias corresponden al modelo dominante de la masculinidad cuyo matiz regional e histórico exigía a los varones ir más allá del trabajo económicamente remunerado.

| EJE: ESTRUCTURACIÓN Y TRANSFORMACIONES DEL CURSO DE VIDA | | | | |
|---|---|---|--|---|
| EJE: TRAYECTORIA DE TRABAJO | | Primer Momento del Curso de vida | Segundo Momento del Curso de vida | Tercer Momento del Curso de vida |
| | Trayectoria de trabajo remunerado | | | |
| | Trayectoria de trabajo comunitario | | | |
| | Trayectoria de trabajo familiar | | | |

Imagen 12: Matriz de interrelación entre ejes de análisis.

La propuesta de análisis de contenido implementada se construyó tomando como base la perspectiva del curso de vida, así como los estudios sobre masculinidad y vejez. Se ha prestando particular atención a la herramienta teórico metodológica del uso de las trayectorias, así como a la relación entre tiempo biográfico y tiempo individual.

Tercera Parte
Interpretación de resultados,
análisis y discusiones

Capítulo 6.
“Aprendí a trabajar desde niño”.
Socializaciones de género en los primeros años del curso de vida de los
participantes.

*...y le robé un secreto a ese tío. Decía, compadre,
el que no carrerea de joven, de viejo trotea.
Y anduve bullendo esa idea ¿qué quiso decir ese señor?...*
-Don Guillermo, 69 año de edad-

Una vez que se han expuestos las transformaciones históricas del contexto que los participantes habitan, este capítulo tiene por objetivo observar cómo se inició la construcción del curso de vida de los varones. Abarcando el momento que va desde los primeros años de existencia hasta los eventos previos a su transición a la adultez, y al eventual reconocimiento público de su hombría. A lo largo de las siguientes páginas se aborda con detalle las complejas relaciones que vincularon a los participantes dentro del mundo del trabajo, como son: los procesos de socialización de un modelo hegemónico de la masculinidad, la existencia de eventos tanto a nivel regional como familiar que direccionaron la existencia de los varones, además del desarrollo de puntos de inflexión a nivel personal.

En otras palabras, el establecimiento de dichas relaciones facilitó que los varones desarrollaran prácticas, saberes y habilidades orientados al trabajo manual. Elementos que responden al cumplimiento de los mandatos masculinos exigidos a los participantes por sus familiares durante este primer segmento de sus vidas. Por ello, el foco de análisis se orienta en los factores que fundamentaron el inicio de las trayectorias laborales, sea ya, adelantándolas, posponiéndolas, o dándoles estabilidad. Así como el efecto que esta serie de eventos tuvo en la conformación de la identidad de género de los participantes, tanto a nivel general, como por generación y personalmente.

6.1 “Vivíamos de milagro”. El contexto como condicionante de la infancia.

El presente capítulo se encuentra estructurado en dos segmentos temporales para facilitar la comprensión de los primeros años del curso de vida de los participantes, es decir, sus primeras dos décadas de existencia. De esta manera, el primer segmento temporal incluye las experiencias que van desde los primeros recuerdos de los participantes, hasta el momento en que se vieron inmersos en el mundo laboral alejados de la vigilancia o tutela de los padres. El segundo segmento incluye las experiencias surgidas por la llegada al mundo laboral remunerado bajo la posición de ayudante o aprendiz, hasta la consolidación de los participantes como trabajadores adultos, y por ende varones, en los espacios de trabajo.

El motivo de establecer tal división se encuentra en las modificaciones que sufre la enseñanza de la identidad de género dentro de este momento del curso de vida. Si bien durante ambos segmentos los participantes no eran considerados como varones completos, sino como aprendices o aspirantes a varones; cada uno de los segmentos requirió aprendizajes distintos, así como experiencias y exigencias concretas. En el primer segmento los varones aprendieron el género masculino a partir de una enseñanza fundamentada en la vigilancia filial. Donde los padres, abuelos y tíos corrigieron a los varones cuando existía una realización incorrecta o pobre de las prácticas masculinas. Ya durante el segundo segmento temporal, la vigilancia familiar se relajó debido a que los entrevistados interiorizaron las reglas y mandatos propios de su género. Este cambio les permitió regular su propio comportamiento, comprendiendo las exigencias y oportunidades asociadas a los varones, sin necesidad que un hombre de mayor edad explicara cada detalle del contexto.

Finalmente, en el análisis se ha establecido una distinción a nivel generacional; estructura que se mantiene presente a lo largo de todos los capítulos de resultados. Dicha estrategia de análisis facilita la ubicación de semejanzas y diferencias existentes entre la generación más envejecida (Modelo Industrializador Formal) y aquella más joven (Modelo Industrializador Precario). Así mismo, se han fijado divisiones entre las nacientes trayectorias de vida de nuestros participantes: la trayectoria familiar (familia de origen), la trayectoria de trabajo, así como la trayectoria de participación comunitaria.

| RELACIÓN CURSOS DE VIDA Y TIEMPO HISTÓRICO | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|--|--|------|------|------|------|---|---|--|--|--|---|--|--|--|--|-----------------------------------|--|--|--|---|
| <i>Momento histórico/ Participante</i> | <i>1930-1959 Vida tradicional centrada en el campo</i> | | | | | <i>1960-1979 Inicios de la transición</i> | | | | | <i>1980-1999 Transición a la vida moderna</i> | | | | | <i>2000-2017 Vida moderna</i> | | | | |
| Don Mario | 1931 | | | | | | | | | | | | | | | | | | | M |
| Don Javier | | 1935 | N | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Don Jesús | | 1937 | M | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Don Carlos | | 1937 | M | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Don Genaro | | | 1942 | M | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Don Vicente | | | | 1944 | | | | | | | | | | | | | | | | M |
| Don Guillermo | | | | 1948 | N | | | | | | | | | | | | | | | |
| Don Fernando | | | | | 1952 | N | | | | | | | | | | | | | | |
| Don Juan | | | | | 1952 | N | | | | | | | | | | | | | | |
| Don Antonio | | | | | | 1956 | N | | | | | | | | | | | | | |

Imagen 13: Relación entre los cursos de vida de los participantes y las transformaciones históricas de la comunidad.
 Se presentan los cursos de vida de ambas generaciones y su vinculación con los diferentes momentos de cambio comunitario en Axotlán. Los primeros cinco participantes conforman la Generación Modelo Industrializador Formal (G1: 1941-1942), los cinco restantes conforman la Generación Modelo Industrial Precario (G2: 1944 -1956). Cada participante tiene grabado el año de su nacimiento, así como una letra que determina si son nativos de la comunidad (N), o bien, si migraron a ella (M). Es distinguible la distancia temporal existente entre los participantes de mayor edad, con los más jóvenes.

6.1.1 “No me quedaba de otra”. Carencias y obligaciones contextuales.

Un elemento que se presenta a lo largo de este capítulo, es que los participantes parecen ser conscientes que la historia de su curso de vida comienza a configurarse desde antes de su nacimiento. Reconociendo con ello que las experiencias y las condiciones de existencia de sus padres, madres y abuelos direccionaron su futuro; otorgándoles posibilidades y restricciones, así como talentos y desaciertos. Además, los varones consideran que los lugares en que nacieron y vivieron sus primeros años de vida fueron realmente relevantes. Ya que este contexto les proporcionó una serie de caminos, a partir de los cuales formarían su futuro.

Esta serie de reflexiones elaboradas por los participantes recuerdan cómo los cursos de vida de las personas se enlazan a lo largo del tiempo, influyendo mutuamente entre sí. El efecto de dicha articulación puede sentirse en las prácticas sociales que realizan generaciones posteriores, sin que estas sean del todo conscientes de la influencia existente en sus acciones. De igual manera, la interrelación de las trayectorias de vida solo tiene sentido dentro de un momento histórico de referencia (Giele & Elder, 1998; Hareven & De Gruyere, 1999).

Ahora bien, los varones de la Generación Modelo Industrializador Formal vienen al mundo entre los años de 1931 y 1942, de los cuales, cuatro nacieron en poblaciones rurales del Bajío, y solo uno, Don Javier, en Axotlán. Por ello, los cinco hombres se encuentran vinculados desde su nacimiento con la pobreza extrema, aprendiendo sus reglas, y reconociendo su lugar como integrantes del campesinado.

Bajo este panorama es que los varones de la generación más envejecida conocieron a sus padres y madres. Aprendiendo de ellos desde muy temprana edad, que los hombres y las mujeres establecen papeles complementarios cuando constituyen un hogar, estableciendo acuerdos sobre la organización de las actividades cotidianas. Dándose cuenta también que dentro de estos acuerdos su padre sale cada mañana a trabajar al campo, mientras su madre de queda en el hogar para realizar los quehaceres, cocinar y cuidar de sus hijos. Siendo así que este patrón se repite día con día, sin que nadie proponga invertir los papeles, o incluso cuestionar su validez.

En sus primeras lecciones sobre el género y la vida campesina los participantes descubrieron las actividades que los hombres y mujeres debían realizar dentro del hogar, existiendo una organización estricta sobre los deberes genéricos. Por lo que cobra particular

importancia la visión que presenta Lagarde (1996), respecto a la forma en que las personas aprenden y asumen como suyos los mandatos de su género. Dado que es dentro de este temprano momento del curso de vida, que los varones comenzaron a distinguir las acciones y obligaciones asociadas a lo masculino. Además de aquellos comportamientos que son esperados y fomentados únicamente entre las mujeres.

En medio de esta división de tareas son las madres de los participantes quienes les acompañan a medida que aprenden a hablar y a caminar, enseñándoles las primeras lecciones sobre la vida rural. Dentro de este mundo mayoritariamente femenino los varones recibieron cariño, alimentación y cuidado, mientras se dedicaban a jugar dado que por su corta edad no existía ninguna actividad que pudieran realizar. Viendo como sus madres ocupaban todo su tiempo en cuidar de sus hijos, a la par que realizan los deberes del hogar. Así, estos hombres descubrieron paulatinamente las reglas de comportamiento dentro del hogar: donde cada cosa pertenece a un sitio, siempre hay trabajo que hacer, y la palabra de los padres es incuestionable.

Por otro lado, los participantes vieron con naturalidad cómo sus padres se dedicaban al trabajo del campo, saliendo de su hogar en la madrugada, para regresar al atardecer. Dándose cuenta que a través de su trabajo se encargaban de proveer de insumos y seguridad a su hogar, debido a que al realizarlo obtenían dinero para satisfacer las necesidades de su familia.

Es bajo estas condiciones que los varones más envejecidos no recibieron grandes muestras de cariño por parte de sus padres, quienes se mostraron emocionalmente parcos con ellos la mayoría de las veces. Y sin importar la temprana edad de sus hijos, enseñaron con firmeza las reglas de comportamiento del hogar. Esperando el momento en que los menores contaran con la suficiente fuerza e inteligencia para ser sacados del mundo maternal. Siendo sometidos casi por entero a la voluntad paterna, con el fin de volverlos sus ayudantes a tiempo completo, enseñándoles las habilidades, disciplina y conocimiento que demandan el trabajo agrícola:

(Aprendí) a trabajar, con trancazos o como haiga sido, pero aprendí a hacer las cosas y también a respetar... nuestro papá se paraba, te digo, empezaba nada más a toser, ya sabíamos que había que pararse, ya nos hablaba como a las cuatro, cuatro y media...me tenía que parar, porque si no me paraba, imagínate, me daba

mis trancazos. Más valía pararse, obedecer, y irse... ¿qué otra nos quedaba? No había de otra, ni escuela, ni nada, era lo que nos tenía que enseñar (Don Genaro, 75 años).

Este primer acercamiento con el mundo del trabajo se realizó a edades muy tempranas, entre los cinco y los ocho años de edad, cuando los varones fueron llevados a los terrenos de siembra, donde sus padres comenzaron su instrucción. La cual estuvo orientada en capacitarlos como ayudantes dentro de la milpa, espacio de trabajo masculino por excelencia, apoyando en arar la tierra, regar, sembrar, y cosechar. El carácter de dicha enseñanza era obligatorio e ineludible, recibiendo castigos corporales si no se seguían al pie de la letra la técnica y los tiempos marcados para llevarla a cabo. Una vez llegados a este nuevo espacio, los participantes conocieron a otros varones adultos: compañeros, amigos, o parientes de sus padres, quienes también corregían sus errores cuando era necesario. De esta manera, descubrieron las relaciones que los hombres establecen en el mundo rural, incorporándose desde un pequeño puesto a la división masculina del trabajo agrícola. Vale decir que este primer lugar fue de carácter provisional, ya que existieron cambios constantes a medida que su habilidad y sus fuerzas crecieron y se consolidaron.

Hasta este momento, las experiencias de los participantes refuerzan la idea que De Keijzer (1998) ha presentado sobre el papel que juegan los varones de la familia en la socialización de los roles de género masculinos en los niños. Resaltando en este caso el papel que jugaron los padres dentro de ámbitos rurales sumamente tradicionales. Así como la relevancia que tomaron los varones de la comunidad, al consolidarse como una red que dio soporte y legitimidad a las enseñanzas genéricas proporcionadas por la familia (Núñez, 2013).

Resulta importante mencionar que los hombres de la generación más longeva (1931-1942) vivieron estos eventos de manera sincronizada con profundas transformaciones que modificaron su existencia; algunas siendo una afortunada continuidad de sus enseñanzas, y otras, una reestructuración abrupta de su curso de vida.

En el caso de los cuatro participantes que migraron hacia Axotlán en algún punto de sus vidas; la migración a edades tempranas fue el evento detonador que los llevó a establecer las bases de su trayectoria laboral de manera prematura. Es decir, este evento forzó la

creación de “proto-trayectorias”, las cuales no eran esperadas por las familias de los varones, pero si fueron alentadas para superar la profunda precariedad económica en la que se encontraban. Dicha transición tuvo un carácter abrupto y desestructurante, cuyo origen puede atribuirse tanto a la pobreza del contexto, a las pocas oportunidades de trabajo para los varones, o a eventos inesperados que sucedieron dentro de cada familia.

Por ejemplo, Don Carlos y Don Genaro migraron debido a la falta de trabajo para los hombres dentro de su región de origen, así como a las nulas ganancias que generaban las milpas familiares. Particularmente Don Carlos llegó a Axotlán en 1943, a la edad de seis años, debido a la quiebra de la hacienda en la que sus ancestros trabajaron por generaciones. Ante una desesperada situación, su madre fue contratada para servir a algunos peones de la hacienda de San Miguel durante un par de meses, siendo acompañada por el entrevistado. Lo que ambos desconocían, es que este hecho fue solo un pretexto utilizado por su padre y sus tíos para explorar las posibles oportunidades de trabajo en el centro del país. Unos días antes de terminar el contrato de su madre, toda su familia dejó el Bajío para instalarse como peones de la hacienda. De esta manera el padre de Don Carlos comenzó a trabajar como domador de caballos, mientras él se estableció como su ayudante.

La suerte de Don Genaro no fue mejor, ya que, aunque tardó un poco más en salir de su comunidad, su partida se realizó sin la compañía de algún familiar adulto. Don Genaro vivió en su comunidad de origen hasta los diez años de edad, apoyando a su padre en la milpa familiar, cuidando su poco ganado y jugando con los otros niños del pueblo. Debido a la pobreza y aislamiento de la comunidad pronto conoció y se incorporó a uno de muchos grupos de muchachos que migraban a las haciendas y ranchos cercanos para trabajar por temporadas. Siendo el menor del grupo, inicio su andar lejos de su familia en 1952, trabajando cerca de dos años en empleos temporales como peón en el campo, cuidando ganado o realizando trabajos de construcción. Estando lejos de casa, dormía junto a los otros peones, pagando para conseguir alimento y soportando los abusos de capataces y otros trabajadores, quienes al verlo siendo un niño solitario, se burlaban y lo agredían continuamente.

Desde otra lógica, las vidas de Don Mario y Don Jesús se vieron modificadas por conflictos originados dentro de su familia de origen. En el caso de Don Jesús, su vida se

desarrolló con normalidad dentro del Bajío hasta que, en el año de 1944 y contando con seis años de edad, emigró con toda su familia a Axotlán debido a una serie de conflictos que ponían en riesgo la vida de su padre. Al llegar al pueblo su padre logró alquilar una pequeña casa de adobe, y consiguió un empleo dentro del rancho lechero de Cuatro Milpas, mientras él ingresó a la escuela del pueblo. Esta tranquilidad duró menos de un año, ya que su padre acumuló una fuerte deuda al ser engañado en la tienda de raya del rancho. Por lo que decidió sacar a Don Jesús de la escuela y llevarlo a trabajar al rancho lechero para que así pudieran pagar la deuda conferida. Las primeras labores de este hombre se enfocaron en aprender a limpiar los corrales y darles agua a las vacas, actividades que demandaban utilizar gran parte de su jornada, para después ayudar a su padre en lo que estuviera haciendo:

...Y así mi padre, lo endrogó el administrador con unos caballos, dizque para hacer yunta, y mi padre no podía pagarlos. Entonces en aquel tiempo se acostumbraba, que ya chamaco, ya lo recibían en la hacienda pa' trabajar, y así hizo mi padre, me sacó. Yo fui un año a la escuela...cuándo mi papá me fue a sacar de la escuela, la profesora, me acuerdo...le suplicó, hasta le lloró a mi papá. Don Antonio, no saque al Negro de la escuela, mire que va muy bien. No profesora ¿Cómo lo voy a dejar? ¿Quién me va a ayudar a pagar la deuda que tengo? ... (Don Jesús, 80 años).

Ahora bien, en el caso de Don Mario la migración se vive de la Ciudad de México al Bajío, y después de unos años, se desarrolla la migración de retorno a la ciudad. Los orígenes del participante más longevo se encuentran vinculados a una prestigiosa hacienda del Bajío. Lugar donde su abuelo paterno era el administrador, su padre un ingeniero reconocido, y su madre provenía de las aldeas de peones que rodeaban el lugar. Consumado el matrimonio, sus padres decidieron probar suerte en la Ciudad de México, ya que el fin de la producción agrícola de la hacienda limitaba sus posibilidades de vida. Al llegar a la ciudad, la pareja concibe tres varones y una mujer, siendo Don Mario el menor de los hombres.

La familia de Don Mario vivió un corto periodo de prosperidad, el cual se vio mermado cuando su madre fue diagnosticada con tuberculosis. En un intento por mejorar la salud de su madre, su padre decidió vender todas sus posesiones, y con el dinero compró un pequeño rancho en el Bajío. Una vez finiquitada la compra su padre partió a Estados Unidos en busca de empleo, dejando a la familia de este participante al cuidado de su abuelo y su tío materno. Así Don Mario se encontró, a la edad de ocho años, con las duras exigencias del

mundo rural, dejando sus estudios truncados en el tercer año de primaria. Este evento lo obligó a aprender rápidamente la vida rural, convirtiéndose en el ayudante a tiempo completo de sus tutores varones.

A lo largo de las modificaciones en las condiciones de vida de estos cuatro participantes, es distinguible un proceso de acumulación de desigualdades (Ferraro & Shippe, 2009). Las cuales tuvieron como principales efectos el posicionarlos en situaciones de vulnerabilidad, al mismo tiempo que acercaron a los varones al mundo laboral desde edades muy tempranas. Las transiciones fueron significadas mayormente como puntos de inflexión de carácter negativo, ya que fueron precedidas y seguidas por crisis familiares, así como por ajustes sociales inesperados en la vida de los varones (Hareven & Masoka, 1988).

Finalmente, es solo en el caso de Don Javier, que durante ese momento de su curso de vida no se presentan eventos disruptivos en la vida cotidiana de su familia, aunque dicha continuidad no lo desligó de vivir las carencias de la pobreza extrema. Dado que su padre era originario de Axotlán, el entrevistado accedió desde temprana edad a las normas comunitarias. Visualizando la división genérica de las tareas, y la existencia de alianzas entre varones para realizar de manera cooperativa la siembra y cosecha de los cultivos, así como el mantenimiento de zanjas de riego y pozos de agua. Es aproximadamente a los 10 años de edad que da inicio su enseñanza del mundo agrícola, desempeñándose todo el tiempo como ayudante de su padre, sembrando, cosechando y cuidando los animales de tiro. Poco tiempo después, la familia de Don Javier compró un lote de vacas para incursionar en el creciente mercado lechero de la región, sentando las bases de una futura etapa de prosperidad:

... mis papás no tenían dinero para comprarme útiles en la escuela, nada más que yo recibí mucha ayuda de unas personas de aquí mismo, de la escuela. Los (niños) más grandes me ayudaban, me daban hojas para escribir, rompían su lápiz y me daban para escribir. Lo cual, vivo muy agradecido todavía con esas personas. Sí éramos muy compartidos, todos los pueblos eran muy compartidos en ese aspecto... (Don Javier, 82 años).

6.1.2 “Vayan a ayudar a su padre”. La familia como factor protector.

En el caso de los varones que integran la Generación Modelo Industrializador Precario (1944-1956), cuatro de ellos son originarios de Axotlán, siendo Don Vicente el único que migró hacia la comunidad cuando ya era un varón consolidado. Es posible proponer que la ausencia de migración a edades tempranas refleja la relativa estabilidad que las familias de los varones tenían en medio de la pobreza. Ya que ninguno se vio en la necesidad de abandonar su hogar siendo un niño para asegurar su sustento.

Los hombres originarios (Don Guillermo, Don Fernando, Don Juan, y Don Antonio) nacieron entre 1948 y 1956, experimentando en menor medida la pobreza extrema. Esto en parte se debe al auge del negocio lechero en la región, que permitió a sus familias contar con un poco más de recursos que en otros tiempos. Al igual que Don Javier, los cuatro varones fueron socializados dentro de hogares extensos, estructurados a partir de unidades familiares que compartían un ancestro en común, el cual fue beneficiado por el reparto de tierras ejidales, y poseía la titularidad de la tierra.

Debido a estas condiciones, los cuatro participantes observaron cómo su unidad familiar poseía una particular división genérica del trabajo. Donde los hombres y las mujeres seguían realizando las labores tradicionales asociadas a su género, pero estas eran compartidas con otros familiares o vecinos. Es decir, debido a que las casas en Axotlán se encontraban agrupadas, las mujeres de dichos agrupamientos llegaban a colaborar en ciertas labores, como el preparar los alimentos, limpiar áreas compartidas o cuidar a los niños. Así, sus primeros días de existencia los vivieron bajo el cobijo de sus madres, tías y abuelas, aprendiendo las reglas de la unidad familiar a la que pertenecían:

...La casa donde vivíamos nosotros era, muy pobre, la verdad, eran tres cuartitos. En un cuartito estaban mi abuelo y mi abuela, en otro cuarto estaba un tío...en donde estábamos nosotros, en ese tiempo ps iba creciendo la familia, a la mejor éramos diez, ahí estábamos todos hacinados ¿verdad? en ese tiempo no había camas, no había hospitales, no había servicios, no había nada...así que fuimos afortunados para sobrevivir... (Don Fernando, 65 años).

Por otro lado, los varones adultos de la comunidad sembraban y cosechaban sus tierras de manera coordinada, organizándose para cubrir las necesidades de todos los implicados y educando colectivamente a los menores que eran ingresados como ayudantes en el círculo de hombres. Ante la falta de recursos económicos para comprar fertilizantes o maquinaria, así como las pobres cosechas, algunos varones llegaban a alquilarse como ayudantes en las haciendas o ranchos lecheros para tener un poco más de dinero. Mientras que otros se decidían a emprender pequeños negocios donde comerciaban leche, pulque, o alquilaban sus animales de tiro para el arado de tierras.

En comparación con la generación anterior, los participantes extendieron su estancia dentro del mundo materno. Pero al igual los varones más longevos, el trato que tuvieron con sus padres estuvo caracterizado por una pobre demostración de las emociones y sentimientos. Dicha relación se centraba más en seguir sus órdenes y aprender de ellos las buenas costumbres que necesitaban adquirir. Es entre los ocho y los diez años que estos varones son llevados a la milpa familiar por sus padres, para iniciar formalmente su aprendizaje; a partir de una dura disciplina que implicaba castigos corporales en el caso de que no cumplieran con sus obligaciones. De esta manera, sus labores se centraron únicamente en ser ayudantes de sus padres o parientes, y se combinaban con la asistencia a la escuela primaria de la comunidad:

...antes de irnos a la escuela, a las cinco de la mañana, teníamos que sacar a las reses o los caballos, a darles de comer para que rindieran en el trabajo que se iba a realizar en el día... y ya, llegábamos de la escuela, teníamos otras tareas más, ir a alcanzar las vacas que mi mamá andaba cuidando. Y después, en la tarde, ordeñar, picar zacate; si nos daban media de hora de juego, a las canicas, al trompo, al yoyo, era ya ganancia ¿no?... (Don Juan, 65 años).

Desde otra posición totalmente distinta, los primeros días en la vida de Don Vicente se llevaron a cabo en medio de uno de los antiguos barrios populares del centro de la Ciudad de México. Nacido en 1944, e hijo de padres migrantes, este hombre habitó con sus padres, su abuela y su hermano en una vecindad que poseía todos los servicios, junto a otras nueve familias. En su hogar existió una clara división genérica de las actividades, ya que su madre se dedicaba por completo al cuidado del hogar, mientras que su padre se empleaba como

intendente dentro de una secundaria. Así mismo, descubrió su barrio jugando con otros niños en las calles, y asistiendo sin ningún impedimento a la escuela primaria.

Don Vicente apoyó a su madre en la realización de las labores cotidianas, en especial aquellas que tenían que ver con mantener limpio su hogar, y siempre se mantuvo alejado de las labores de su padre. Su primer contacto con el mundo del trabajo se realizó a partir jugar cerca del mercado del barrio, lugar donde conoció a un carnicero quien comenzó a emplearlo como ayudante cuando este contaba con solo diez años de edad. Tal decisión no fue tomada en función de apoyar a la economía de su familia; sino que, a partir de emplearse un par de horas al día Don Vicente se hacía acreedor a un módico pago que utilizaba para comprar algún dulce, o decidía ahorrarlo para comprar un juguete.

Ahora bien, existieron eventos en la vida de Don Guillermo y de Don Antonio que ejercieron un efecto devastador en su curso de vida, agregándoles más desventajas, y limitando enormemente sus opciones. Aunque con el paso de los años, los dos varones fueron capaces de afrontar las consecuencias de dicha transformación.

En ambos casos es necesario reconocer el impacto que tuvo *el momento justo* (timing) en que Don Guillermo y Don Antonio experimentaron la transformación de sus condiciones de vida. Sea ya a partir de la modificación de las relaciones que ambos varones establecían con su contexto, viéndose sumamente empobrecidos y orillados al trabajo manual. O bien, en la reconfiguración de sus posibilidades futuras de existencia, dedicando varios años de su existencia en superar el impacto de la crisis familiar experimentada (Hareven & Masaoka, 1998; Elder, Kirkpatrick & Crosnoe, 2003).

Don Guillermo tuvo una vida tranquila y común hasta los cinco años de edad, momento en que su padre fue asesinado brutalmente, quedando huérfano en 1953. El único patrimonio que su familia pudo rescatar fue el terreno donde actualmente tiene su casa, así como dos vacas y unas cuantas borregas. Por lo que, junto a su madre y hermanos, se valieron de todas sus habilidades para sobrevivir. En un inicio su madre optó por convertirse en el sostén del hogar; pero ante su imposibilidad Don Guillermo dejó la escuela y comenzó a trabajar a los seis años como ayudante de un tlachiquero, así como haciendo pequeños trabajos de limpieza en la hacienda de San Miguel. De esta manera, la muerte de su padre

llevó a su familia a un espiral de miseria, obligándolos a pedir limosnas de alimentos, o bien, a asaltar por las noches los campos de cultivo de la hacienda:

...yo me resentí mucho, pero siempre me guardé ese odio, ese resentimiento por qué habían matado a mi papá...pero, tomar esa responsabilidad a una pequeña edad, he ir a la hacienda de San Miguel ¿sí? A buscar un trabajito, no al patrón pedirle trabajo, sino pedirle al trabajador ¿te ayudo a barrer tu cuadra de tus animales? Dice, te doy cinco centavos o diez centavos... después de ahí, me metí con un tlachiquero de la misma hacienda, y me pagaba en ese tiempo, tres cincuenta a la semana... (Don Guillermo, 69 años).

Don Antonio también vivió las exigencias de la miseria. En sus primeros años de vida su familia se encontraba integrada por sus abuelos, sus padres, sus hermanos y su tío, quien era el principal sostén de la unidad familiar. Tras una serie de rencillas con un grupo de varones de otro pueblo su tío murió de manera violenta, y la familia perdió su solvencia económica, viéndose sumamente empobrecidos. El padre de Don Antonio al verse sin su principal aliado en las labores del campo decidió incorporar de lleno a sus hijos para poder cubrir la mano de obra que la cosecha necesitaba. Por lo que este participante al ser el mayor de doce hermanos, enfrentó desde los ocho años, junto a su hermano Ismael y su hermana Ana, al extenuante trabajo agrícola más allá del puesto de ayudante. Sus primeros acercamientos con el mundo laboral se realizaron a partir de trabajar jornadas completas, levantándose en medio de la noche para acompañar a regar los campos con su padre y su hermano. Manteniendo esta rutina de vida desde sus primeros años de vida hasta la llegada de su juventud:

... vino una tragedia, ese familiar falleció, en una forma violenta. Mis padres y mis abuelos ps' ya no tuvieron esa economía, y fue, pues una vida, en ese momento de pobreza extrema ¿no? que no se tenía lo más necesario...fue una vida de pobreza extrema, ora' sí, extrema, extrema, muy, muy extrema, tirándole yo pienso que hasta la supervivencia. Es una cosa muy triste, pero a lo mejor sirvió de ejemplo para que se nos hiciera un espíritu fuerte, de sobrevivir ... (Don Antonio, 61 años).

| | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|-------------------|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|--|--|
| Año Calendario | 44 | 45 | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 | | |
| D. Vicente/Edad | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 | 18 | 19 | 20 | 21 | 22 | 23 | 24 | 25 | 26 | 27 | 28 | 29 | 30 | 31 | 32 | | |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | DF | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | CN | | | | | | AX | TC | | | | | | |
| Educación | | | | | | | P | | | | | | P | S | S | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | M | H | | V | | M2 | H | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | Ay | | Ay | | | | | EP | EP | FA | | FA | T | DM | | | | | DM | | ID | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 44 | 45 | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 | | |
| D. Guillermo/Edad | | | | | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 | 18 | 19 | 20 | 21 | 22 | 23 | 24 | 25 | 26 | 27 | 28 | | |
| F. Origen | | | | | | | | | | MP | | | | | | | | | | M2 | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | Ax | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | Ax | TP | | Ax | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | P1 | P2 | | | | | P3 | P3 | P4 | P5 | P6 | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | Ay | | | | Ay | Jr | | | | | | Jr | CM | | | | | CM | G | GO | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 44 | 45 | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 | | |
| D. Fernando/Edad | | | | | | | | | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 | 18 | 19 | 20 | 21 | 22 | 23 | 24 | | |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | Ax | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | P | | | | | | P | | | | CT | CT | CT | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | | | | Ay | | | | | | | | | | Ay | Ax | Ax | GO | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 44 | 45 | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 | | |
| D. Antonio/Edad | | | | | | | | | | | | | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 | 18 | 19 | 20 | | |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | Ax | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | P | | | | | | | P | S | | S | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 44 | 45 | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 | | |
| D. Antonio/Edad | | | | | | | | | | | | | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 | 18 | 19 | 20 | | |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | Ax | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 44 | 45 | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 | | |
| D. Antonio/Edad | | | | | | | | | | | | | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 | 18 | 19 | 20 | | |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | Ax | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |

Tabla 4: Primeros años del curso de vida de la Generación Modelo Industrializador Precario (1944-1956).

Se presentan los cursos de vida a partir de cinco trayectorias relacionadas con la trayectoria laboral (trayectoria eje en color rojo), los señalamientos en letra marcan eventos y transiciones en la vida de los participantes. Los primeros años de vida de los varones se estructuraron de tal manera que es posible observar cada vida en relación con el tiempo histórico, señalado por la seriación numérica que aparece en la parte superior de cada caso.

6.2 “Empecé a ganar mi propio dinero”. Aprendizajes sobre la vida adulta.

Dentro del segundo segmento temporal es posible apreciar que, a partir del aumento de la fuerza física, así como el refinamiento de sus habilidades para el trabajo manual, los participantes buscaron insertarse en el mundo laboral alejados ya de la constante vigilancia paterna. Dicha transformación trajo consigo los primeros beneficios y conflictos propios de un trabajador competente. Algunos elementos son sumamente relevantes dentro del análisis, por ejemplo: la independencia económica de los varones frente a su familia de origen y la continua defensa de su valía como aprendices o ayudantes dentro de sus lugares de trabajo.

Teniendo esto en cuenta es necesario establecer una aclaración preliminar. Si bien para los hombres entrevistados la trayectoria laboral se formalizó cuando fueron considerados como un trabajador adulto, con todas las obligaciones y derechos que esto implica. Los primeros empleos bajo el título de aprendices y ayudantes son considerados como los cimientos desde donde se construirá la futura trayectoria de trabajo. Es decir, además de generar ingresos económicos y mayor libertad frente a la familia de origen; estos primeros acercamientos al mundo laboral son vistos como una vía para demostrar públicamente que se han desarrollado las habilidades y conocimientos necesarios para establecer una trayectoria laboral digna y prospera.

6.2.1 “Yo mis broncas me las aventé siempre solo”. Demostrar capacidades para el empleo.

Los participantes continuaron sus cursos de vida siendo ayudantes de sus padres, o empleándose como aprendices en algún oficio. Sin embargo, esta posición se transformó debido al proceso de desarrollo corporal que cada uno de ellos experimentó. El cual presenta matices a partir del cruce entre la generación a la que pertenecen, las condiciones familiares, y la relación con sus comunidades.

De esta manera, sus cuerpos fueron creciendo, fortaleciéndose y volviéndose ágiles, al mismo tiempo que sus prioridades personales se transformaron, ya que asumieron que la recompensa que recibían como ayudantes les resultaba insuficiente. Bajo estas condiciones los varones se adentraron en un momento de su vida donde descubrieron los beneficios y conflictos de ser varón, sin que fueran socialmente reconocidos como tales. Transitando así a un periodo previo a su adultez, donde tuvieron que demostrar que eran lo suficientemente capaces de ejercer todas las obligaciones propias de los hombres, además de aprender a defenderse de los abusos gestados por varones en mejor posición que ellos:

...había un soldado que le pagaba a mi mamá para que le asistiera. Grandote y era bien canijo, entonces estaba trabajando allí conmigo ...Y ya me había yo ido a Cuatro Milpas de vaquero, y me dijeron allá que sí. Ya cuando llegué acá, le volví a decir al patrón, démela de vaquero. No, dice, no hay de vaquero, ya jue' cuando me aventó el checador. No, le digo, yo ya no voy a trabajar aquí. Dice, vas a entrar porque entras. No entro. Y él luego luego que desabrocha (la funda de la pistola), traía siempre los cuetotes. Y dice el soldado ¡ni la saques! ¡Porque yo de aquí a allí te ensarto, ya me conoces! Y eran cobardes, porque le sacateaban con el que tuviera pistola. Ps' tú también te largas, también me voy, pero ya sabes. Y me dice, me desocupas la casa... (Don Carlos, 80 años).

Es posible observar que dentro dicha transición las normas del género masculino previamente enseñadas por sus padres o tutores son interiorizadas y reproducidas por los participantes. En consecuencia, los aportes de Seidler (1995, 2005) son sustanciales para comprender el proceso donde estos hombres dejaron de ver las normas genéricas como externas a su vida, y dadas por los demás varones. Para ahora apropiarse de ellas, defendiendo sus principios y regulando su propio comportamiento, así como el de sus pares.

En el caso de la generación de varones más longevos (1931-1942) se desarrolló una transición rápida y abrupta. La cual fue puesta en marcha desde edades tempranas y estimulada por las precarias condiciones de existencia, así como por la continua necesidad de sobrevivir. Cabe resaltar que ambos aspectos se encuentran presentes salvo en el caso de Don Javier, quien vive este momento a partir de la relación que establece con el próspero negocio de su padre.

Por ejemplo, Don Carlos y Don Javier se encontraban apoyando a sus padres en sus trabajos al mismo tiempo que asistían a la escuela, mientras que Don Mario apoyaba a su abuelo y a su tío en el rancho familiar de Bajío. Don Jesús se encontraba trabajando en el rancho lechero de Cuatro Milpas para pagar la deuda de su padre, y Don Genaro trabaja por temporadas en los ranchos cercanos a su hogar. Aquellos varones que asistían a sus familiares no recibían ningún pago por su apoyo, ya que sus tutores administraban el dinero de la familia. Por otro lado, Don Jesús y Don Genaro recibían una pequeña paga, la cual se establecía de esa manera ya que sus esfuerzos no eran considerados por sus empleadores como una jornada real de trabajo. Así, el poco dinero que ganaban era utilizado de manera íntegra para apoyar la economía familiar, conservando tan solo una pequeña fracción de su sueldo.

Dicha situación se mantuvo hasta los doce o quince años de edad, momento en que los participantes consideraron que su capacidad física estaba lo suficientemente desarrollada como para adquirir el estatus de trabajador. La decisión tomada por los varones ocurrió de manera paralela al descubrimiento de la magnitud de la pobreza en la que vivían, y al establecimiento de necesidades personales ajenas a las necesidades de su familia. Bajo estas condiciones es que los entrevistados obtuvieron su primer empleo, que implicó una mejor paga, así como una jornada laboral más amplia. Vale la pena señalar que, a pesar de los cambios, seguían sin ser reconocidos como trabajadores completos, o como varones consolidados. Sino que esta nueva faceta se estableció como el preámbulo necesario para refinar las habilidades y conocimientos necesarios para sus posteriores obligaciones.

De esta manera Don Carlos comenzó su transición siendo ayudante de su padre en la hacienda de San Miguel, limpiando los corrales de las vacas y alimentándolas por las mañanas. Es a la edad de doce años cuando los propios dueños de la hacienda le sugirieron que comenzara a trabajar y así ganar un sueldo, puesto que al ayudar continuamente a su padre tenía pleno conocimiento de las labores que ahí se realizaban. Este participante aceptó y fue contratado en el puesto de “becerrero”, atendiendo los corrales de los de los becerros, aunque por su pequeña complexión tuvo que arreglárselas para cumplir con la exigencia física que se requiere para mantener limpia el área y alimentar a los animales.

Tras un corto periodo comenzó a hacer amigos, quienes a escondidas de sus patrones lo enseñaron a ordeñar para que así pudiera conseguir un mejor puesto, y ganar una mayor cantidad de dinero. Un par de meses más tarde Don Carlos dejó la limpieza de los corrales adquiriendo dos puestos de trabajo, como “checador” en la ordeña, llevando el control de los litros de leche ordeñados, y como “coliador”, cuidando a las vacas cuando salen a pastar. Esta posición le permitió desempeñarse como “vaquero de remplazo”, cuando llegaban a faltar los hombres encargados de ordeñar a las vacas. Don Carlos mantuvo su rutina de trabajo doble hasta los quince años de edad, momento en que buscó incansablemente el puesto oficial de vaquero, logrando tan solo un conflicto con su patrón. Las consecuencias de dicho enfrentamiento se traducen en su despido, previa pelea, y en el desalojo de su familia de la aldea de trabajadores.

Más allá de un fatídico despido, este suceso se consolidó como la posibilidad para que Don Carlos pudiera acceder a un empleo mejor pagado, al mismo tiempo que se integraba a la vida comunitaria de Axotlán. Ya que, al salir de la hacienda de San Miguel consiguió rentar una pequeña casa de adobe en las afueras del pueblo. Así se hizo cargo formalmente del cuidado de sus padres, quienes al verse envejecidos no podían conseguir empleo alguno. En consecuencia, Don Carlos se convirtió en el proveedor oficial de su hogar, trabajando en el rancho Cuatro Milpas hasta los dieciocho años de edad.

Desde otra situación, la experiencia de Don Javier es menos accidentada, ya que se mantuvo apoyando a su padre hasta la edad de 20 años, cuidando del ganado lechero y abasteciendo el negocio de venta de pulque. La rutina de trabajo en este participante iniciaba antes del amanecer, ordeñando las vacas de su familia, para luego ir a conseguir el aguamiel, sacar a pastar a sus vacas, volviendo a ordeñar y raspar magueyes por las tardes. Adicionalmente, Don Javier participaba en la siembra de maíz junto a su padre, la cual utilizaban para alimentarse y como forraje. Era también su padre quien administraba el gasto familiar, ahora asignándole una recompensa económica por el trabajo realizado, para que pudiera satisfacer sus necesidades personales.

En una condición totalmente distinta, los otros tres varones de la primera generación vivieron este momento a partir de la experiencia de la migración. Siendo inicialmente un evento que pudiera considerarse como confrontante, pero que a la larga otorgó nuevas posibilidades en su curso de vida.

Por ejemplo, la familia de Don Mario retornó a la Ciudad de México cuando él tenía doce años de edad, ya que la condición de su madre se agravó a tal punto que solo esperaban su deceso. De esta manera, su padre regresó de Estados Unidos, vendiendo el rancho del Bajío, y con el dinero obtenido compró una pequeña casa en un barrio popular del centro de la ciudad. Meses después de su llegada su madre murió, por lo que su padre consideró ir a trabajar otra vez a Estados Unidos, dejando solos a los cuatro hermanos en el hogar. Tras pasar una corta temporada de hambre, Don Mario decidió buscar un empleo con el cual pueda conseguir dinero para él y su hermana mayor. Es así que en 1943 consiguió un empleo nocturno como ayudante de panadero, obteniendo un sueldo mayor al que le darían en cualquier otro espacio.

Una vez iniciado su trabajo Don Mario se asumió como el sostén de la familia, ahora conformado únicamente por él y su hermana, ya que sus otros dos hermanos habían abandonado el hogar. Es a los quince años de edad que logró conseguir un nuevo puesto en otra panadería, ganando casi el doble, pero con una jornada más extensa y físicamente más demandante. Esta situación se sincroniza con el regreso de su padre, quien habitaba su casa por cortos periodos de tiempo. Aunque su presencia no disminuyó la carga de trabajo de Don Mario, ya que su padre se mantuvo ajeno al rol de proveedor familiar.

Ahora bien, Don Jesús experimentó la migración de una manera menos adversa, impulsado por su necesidad de aventura más que por generar ingresos económicos. Aunque sus trabajos iniciales en el rancho Cuatro Milpas se centraron en atender los corrales de los becerros, con el tiempo logró llegar al puesto de “vaquero”, ordeñando diariamente a un pequeño grupo de vacas. Sus labores iniciaban a las tres de la mañana, preparando las vacas, limpiando los corrales, para que llegado al amanecer realizara su ordeña, y después, apoyar a los demás varones en cualquier otro trabajo.

Es a la edad de dieciséis años que, persuadido por su mejor amigo, decidió dejarlo todo para cruzar la frontera y probar suerte en Estados Unidos bajo el cobijo del programa Brasero. Debido a que en ese momento era menor de edad, las posibilidades de Don Jesús y su amigo se redujeron a cruzar ilegalmente la frontera junto con un pequeño grupo de muchachos que también eran menores. Así, es en el año de 1953 cuando comenzó a trabajar como agricultor y ganadero en los valles de California. Lugar donde permanecería hasta cumplir la mayoría de edad, para luego regresar a México e inscribirse formalmente en el programa Brasero.

Finalmente, es en esta transición que Don Genaro logró establecerse dentro del pueblo de Axotlán. Después de pasar casi dos años como peón en los ranchos cercanos al hogar de sus padres, el entrevistado escuchó rumores sobre la existencia de muchos empleos para campesinos en las lejanas haciendas del municipio mexiquense de Melchor Ocampo. Teniendo solo un nombre como referencia para conseguir trabajo, se aventuró junto a su hermano, quien era dos años mayor que él, a tomar un autobús que los trasladó hasta el centro de Tlalnepantla. Una vez ahí ambos alquilaron un taxi, cuyo conductor por error o abuso, los dejó frente a las puertas de la hacienda de San Miguel. Viendo que habían llegado a otro lugar, y sin dinero para seguir viajando, ambos decidieron quedarse. Aunque solo su hermano pudo conseguir empleo dentro de la hacienda, ya que consideraban que Don Genaro era demasiado pequeño como para resistir una jornada de trabajo.

Después pasar un tiempo vagando por la comunidad en busca de empleo, Don Genaro fue contratado a tiempo completo por un hombre de Axotlán, asistiéndolo con su cuadrilla de vacas lecheras. Sus obligaciones diarias consistían en alimentar a los animales, así como llevarlos a pastar, ordeñarlos y mantener limpios sus corrales. Este trabajo también le proporcionó un lugar donde vivir, por lo que decidió establecerse definitivamente en el pueblo, aunque no conociera a nadie. Una vez alcanzada cierta estabilidad, decidió viajar cada cierto tiempo a su comunidad de origen para llevar dinero a su familia o para apoyar a su padre en sus cosechas.

6.2.2 “Las cosas fueron mejorando”. Prepararse para ser hombres.

Las condiciones en las que los varones de la segunda generación construyeron este segmento de su curso de vida, fueron muy diferentes a las de la generación más envejecida, y en su mayoría, más favorables. Otra característica relevante consiste en que dicho periodo se extendió en mayor medida si se compara con las condiciones de la primera generación, retardando la consolidación como varones en la generación menos envejecida. Vale la pena aclarar que dicha extensión temporal tiende a aumentar conforme los varones van naciendo. De tal manera que los participantes más longevos serán vistos como varones a edades más tempranas, mientras que los más jóvenes ocuparían un mayor tiempo en asumir las trayectorias socialmente esperadas para los hombres.

Dicha variación temporal se originó a partir de diferentes factores, de entre los que destacan el desarrollo de una trayectoria educativa, así como en el mejoramiento de las condiciones económicas familiares, y la permanencia en sus comunidades de origen. La posibilidad de los participantes de cursar su educación primaria, y en ocasiones, estudiar la secundaria o realizar una formación técnica, no solo responde a la proliferación de centros educativos en la región, sino que también se vio implicado el deseo de los padres de proporcionar la mayor educación posible. Es decir, se desarrolló una transformación en el imaginario social del momento, integrando a la educación escolarizada como un aspecto formativo en la vida de los jóvenes varones.

Como se mencionó previamente, la mejora de las condiciones económicas facilitó que los participantes cursaran sus estudios a la par que seguían apoyando a sus padres en las milpas o en los corrales del ganado. Al llegar el momento de dejar los estudios, los varones también consiguieron su primer empleo alejados de la mirada paterna, aunque igualmente siguieron sin ser reconocidos socialmente como hombres completos. Sin embargo, es de resaltar que los empleos con los que formalmente iniciaron sus trayectorias laborales se alejaron de las anteriores opciones centradas en la agricultura. Las nuevas opciones del mundo laboral son trabajos centrados en la naciente industria regional, o en el aprendizaje de algún oficio. Por otro lado, el uso de sus primeros ingresos económicos también se orientó a realizar una aportación a la economía familiar, aprendiendo las reglas de la proveeduría. Aunque el hecho de que sus familias contaran con cierta soltura económica, les permitió

conservar gran parte de su sueldo, utilizándolo para cumplir sus necesidades o satisfacer sus antojos:

... (el dinero) se dilapidaba en echarse la copa, me gustaba vestir bien y yo no compraba ropa del montón, o sea, esa ropa que la hacen en serie... me gustaba mucho consumir los zapatos Canadá, ciertos lujitos que te daban, ya te veían que traías unos zapatos Canadá y decían, no ps' este cuate si gana bien... (Don Vicente, 73 años).

Don Juan y Don Guillermo fueron los participantes de esta generación que solamente realizaron estudios de educación primaria. Aunque vale la pena aclarar que el primero de ellos cursó sus estudios de manera ininterrumpida, mientras que Don Guillermo tuvo que cursar sus dos primeros años, retirarse para trabajar, para luego regresar y concluir su educación.

Don Juan entró al mundo masculino de la milpa al mismo tiempo que inició su educación primaria, a la edad de siete años. De igual manera, al terminar sus estudios decidió buscar un empleo que le permitiera ganar algo de dinero para él y su familia. Sin realizar una extensa búsqueda consiguió un trabajo como ayudante de albañil en los centros urbanos más cercanos, obteniendo una paga menor a la de un adulto. Don Juan pasó seis años trabajando en la albañilería, aprendiendo de los maestros constructores, desarrollando habilidades y conocimientos prácticos que más tarde le servirían para realizar ciertas reparaciones dentro de su hogar.

De esta manera, Don Juan estableció una doble jornada laboral, ya que, al mismo tiempo que desempeñaba su trabajo, apoyaba a su padre con la siembra de la milpa por cortos periodos de tiempo. Esta situación no dejaba de ser extenuante e ineludible, ya que al seguir viviendo dentro del hogar paterno existía la obligación de respetar las órdenes de su padre, así como de aportar su mano de obra para proveer el maíz que comerían todo el año.

Por otro lado, la posición que Don Guillermo experimentó fue decisiva para el futuro de su curso de vida. Este participante se encontraba trabajando como ayudante de tlachiquero en la hacienda de San Miguel, actividad que continuó haciendo hasta la edad de doce años. En ese momento, su madre decidió casarse nuevamente y mudarse a Tepetzotlán con su segundo esposo. Don Guillermo se negó rotundamente en dejar su comunidad, por lo que se

quedó solo dentro de la casa de adobe que algún día habitó junto a toda su familia. Sus únicas posesiones eran un hogar derruido, y un par de vacas que su madre le dejó para que pudiera alimentarse.

Esta nueva condición de vida lo llevó a alquilarse como jornalero con los ejidatarios de la comunidad, así como apoyar a su abuelo en las labores del campo para conseguir algo de alimento. Debido a que en ese momento de Axotlán solo existían las siembras de temporal, Don Guillermo tuvo que combinar distintos trabajos temporales para poder subsistir, entre los que destacan el desempeñarse como ayudante de albañil o como recolector de leche en los establos y ranchos lecheros. De igual manera, el participante mantuvo la ordeña de sus vacas de manera paralela a sus empleos, así como asistiendo a la primaria para concluir su educación, logro que obtuvo a la edad de dieciséis años.

Ahora bien, existen elementos que son comunes dentro de las experiencias de los otros tres varones que lograron continuar estudios, así como elementos únicos en cada caso que posibilitaron dicha situación. Entre los aspectos compartidos destaca que en las tres familias de origen existía la apertura a que los varones recibieran la mayor educación posible, para que pudieran acceder a trabajos mejor pagados alejados de la agricultura para el auto-sustento. Siguiendo esta tendencia, los padres buscaron asegurar las condiciones económicas para que sus hijos asistieran a clases, a pesar de realizar privaciones para toda la familia.

Desde otra localización, Don Vicente terminó sus estudios de primaria para después ingresar a la secundaria sin ningún inconveniente. El centro educativo se encontraba relativamente cerca de su hogar en la ciudad y en su familia existía la mejor disposición para que dicho varón solamente se dedicara a estudiar. No obstante, Don Vicente decidió abandonar sus estudios durante el tercer grado. Dicha situación no fue bien recibida por su padre, quien le sugirió sin éxito alguno, finalizara satisfactoriamente sus estudios para que en el futuro pudiera disponer de mejores oportunidades laborales.

Don Vicente consiguió rápidamente un empleo a sus catorce años de edad, siendo contratado como ayudante temporal dentro de una fábrica de juguetes eléctricos, recibiendo un salario completo. Sus labores dentro de la empresa eran relativamente relajadas, y le permitieron establecer relaciones de amistad y noviazgo con jóvenes empleadas. Tras pasar casi un año fue despedido por recortes de personal, por lo que decidió buscar otro empleo.

Su siguiente trabajo fue dentro de una empresa dedicada a esculpir figuras a partir de metal fundido, desempeñándose por tres años como ayudante de los maestros soldadores. El empleo le demandaba casi todo su tiempo y energía, por lo que contaba con pocos periodos de descanso, pero con un salario abundante para un joven de su edad.

Finalmente, Don Fernando y Don Antonio fueron los únicos varones de entre todos los participantes que lograron terminar su educación secundaria o técnica. Esta situación retrasó su entrada como ayudantes en el mundo laboral, por lo que siguieron apoyando a sus padres en la siembra ejidal durante un mayor periodo de tiempo.

Por ejemplo, Don Fernando terminó su educación primaria a la edad de trece años, dedicándose en exclusiva a apoyar a su padre en la siembra de los cultivos, ya que él era uno de los pocos hombres de la comunidad que habían conseguido empleo en las fábricas de Cuautitlán. Tras pasar tres años trabajando las tierras de su familia, Don Fernando deseaba continuar con sus estudios, por lo que se decidió a pedirle apoyo a su padre. Debido a la carente situación económica de su familia, su única opción fue asistir a una escuela de educación técnica, que era más barata y podía cursarse en dos años, iniciando así sus estudios en comercio.

Lo que Don Fernando desconocía es que el acceder a este tipo de estudios posibilitó el descubrimiento de nuevas formas de empleo, que eran mayormente desconocidas para los hombres de su comunidad. Tras terminar su trayectoria educativa, consiguió un empleo como ayudante de contabilidad a través de un compañero de estudios. Por lo que diariamente tenía que viajar hasta el municipio de Naucalpan, a veces pasando la noche en las oficinas hasta completar sus labores. Esta situación llevó a que el padre de Don Fernando a dejar de cultivar sus tierras, puesto que sus hijos varones poseían de poco tiempo para apoyarlo en las labores del campo.

Por último, la experiencia de Don Antonio es sumamente rica en elementos para la comprensión de los cursos de vida masculinos. Tras pasar siete años estudiando la primaria, recibió únicamente el apoyo de su madre para poder estudiar la secundaria en el centro de Cuautitlán. Puesto que su padre consideraba como innecesario que los varones estudiaran, ya que su trabajo tenía debía estar vinculado únicamente con la agricultura. Es a la edad de catorce años que surgió la posibilidad de asistir a la única secundaria de la región. Sin

embargo, ante la dificultad económica que significaba el pagar sus estudios, Don Antonio y su madre llegaron a comerciar con hierbas y legumbres para poder pagar sus estudios. En consecuencia, el participante más joven alternaba sus estudios con el apoyo que seguía dando a su padre en la siembra de cultivos, así como con la recolección y venta de los productos del campo junto a su madre.

Mientras Don Antonio realizó sus estudios, su familia vivió una época de prosperidad a partir de la compra de un pequeño grupo de vacas lecheras, con las que pudieron integrarse al negocio lechero de la región. Una vez concluida su trayectoria educativa, tras tres años de educación secundaria, decidió dedicarse por completo a la cría de ganado vacuno. Al ser el mayor de sus hermanos Don Antonio se hizo responsable de toda la producción lechera, así como de conseguir los insumos para aumentar la producción de maíz en el ejido de su familia. Las habilidades sociales que desarrolló durante sus estudios en la secundaria le permitieron un mayor desenvolvimiento entre los círculos de varones, con lo cual, dedicó diez años en administrar el negocio de su familia.

6.3 Cuerpos y lugares.

A lo largo de este capítulo se ha observado cómo los varones de ambas generaciones experimentaron desde muy temprana edad un complejo sistema de aprendizaje, cuyo objetivo era introyectar los roles de género asignados a los hombres. Uno de los rasgos más característicos de dicho sistema radicó en que la gran mayoría de sus enseñanzas se enfocaron a cultivar un conocimiento práctico. Así como el desarrollar habilidades específicas para garantizar la futura inserción de los participantes en el ámbito del trabajo manual.

Dicho de otro modo, los aprendizajes de género que los participantes aprendieron en este momento de su curso de vida estuvieron centrados en preservar la lógica del trabajo remunerado como principal expresión de la masculinidad. Pareciera que, como sugiere Jiménez (2007), los modelos masculinos se establecen como formas de conocimiento que orientan las actividades y planes de los varones. Sea ya en este caso, a partir de ofrecer representaciones simbólicas del mundo donde el trabajo remunerado es el eje rector de la

masculinidad. O bien, presentando modelos normativos sobre el ser hombre, a partir de desarrollar prácticas específicas para mantenerse dentro del mundo laboral.

El sistema de aprendizaje del género configuró la existencia de los participantes a partir del surgimiento de nuevas prácticas sociales, que fundamentaron sus futuras trayectorias de vida. Dicho proceso fue realizado de manera paulatina, modificando lentamente la forma en que los varones descubrían el mundo a partir de sus cuerpos, así como presentando nuevos escenarios de participación para aprender, o poner en práctica el conocimiento generado. Por un lado, el aprendizaje corporal de los varones se concibió para que dominaran sus cuerpos a medida que crecían: perfeccionando sus habilidades, incrementando sus fuerzas, y superando sus limitaciones. Esto incluyó el ocultamiento de emociones, sentimientos, así como de sus necesidades, en función de mostrar un cuerpo varonil que soportaba adecuadamente las demandas de su contexto.

Así mismo, la salida del mundo hogareño y predominantemente femenino trajo consigo el descubrimiento de nuevos espacios, donde se convivía directamente con otros varones, algunos en formación y otros ya consolidados. En un inicio, la asistencia a dichos escenarios estaba supeditada al mandato paterno, pero a medida que los varones maduraron y desarrollaron su capacidad de agencia, también descubrieron nuevos lugares ajenos a la enseñanza de los padres. Cada espacio ofrecía sus propias reglas y posibilidades de acción, mostrando nuevas facetas sobre el ser hombre. Algunas siendo altamente competitivas y riesgosas, otras siendo sumamente placenteras e íntimas.

6.3.1 Descubrir e imaginar el cuerpo.

Existe una relación entre los distintos periodos del curso de vida de los participantes con el uso y los significados asociados a sus cuerpos. Particularmente, en este primer momento, se destacan tres subdivisiones temporales, cada una asociada a un cumulo de experiencias corporales posibles. Cada subdivisión se encuentra legitimada a partir de las oportunidades que los varones tuvieron para vincularse con el mundo del trabajo, y establecer vínculos con otros varones.

Por ejemplo, en el primer apartado temporal los participantes no estuvieron vinculados con el mundo del trabajo, debido a su corta edad pasaban gran parte de su tiempo dentro de la protección que ofrecía su hogar, siendo cuidados por sus madres. Es únicamente dentro de este pequeño momento que los hombres contaron con la opción de expresar sus emociones o necesidades, sin que existiera algún tipo de censura por parte de sus familiares. Dicho de otro modo, dado que eran considerados como seres frágiles no se les podía exigir que regularan sus emociones, o que se insertaran en algún tipo de participación.

Esta condición aplicó para ambas generaciones, aunque existieron diferencias en el momento en que los varones fueron considerados como listos para transitar a una nueva etapa. Concretamente, es en la Generación del Modelo Industrializador Formal donde se aprecian tiempos relativamente cortos, en comparación a aquellos presentados en la Generación del Modelo Industrializador Precario, donde los tiempos se alargaron un par de años más. Otro elemento importante en esta relación, son los puntos de inflexión que presentaron algunos de los participantes, los cuales aceleraron su transición, como es el caso de Don Guillermo y la muerte de su padre.

En la segunda subdivisión temporal es fácilmente distinguible que los cursos de vida de los participantes se diversificaron enormemente; debido a las diferencias generacionales y a los puntos de inflexión que experimentaron la gran mayoría de los hombres. Así mismo, este lapso se caracterizó por su llegada al mundo de los varones, recibiendo los títulos de aprendices de sus padres, familiares, o de algún empleador.

Sin embargo, en la generación más envejecida puede distinguirse el ingreso temprano al mundo del trabajo agrícola. Esta condición, además de la ausencia de centros educativos, limitó enormemente el desarrollo de una trayectoria educativa, siendo los más privilegiados aquellos que solo llegaron a cursar tres años de educación básica. En el caso de la generación más joven, las facilidades que estos tuvieron para recibir educación redujeron considerablemente el tiempo que los niños empleaban en apoyar a sus padres en las labores del campo.

Dichas circunstancias marcaron, junto a los altos niveles de pobreza, la forma en que los hombres descubrieron y significaron sus cuerpos. En primer lugar, a partir de este momento quedó para ellos prohibida la expresión de cualquier necesidad o emoción,

considerando esto como algo poco digno de un varón, ya era una debilidad de carácter casi “antinatural”. Si bien, la prohibición no eliminó el surgimiento de estas expresiones, los participantes aprendieron cuándo y dónde era propio aguantar su llanto, y omitir su cansancio, o su dolor:

...ese día empezó a llover, y yo solo (en el campo), he de ver tenido, unos ocho años...tan fuerte que estaba, y los animales se fueron. Entons', un rayo que cae como a cien metros, se estremeció toda la tierra, empezó a arder el pirul, no, pos' me espanté, y empecé a chillar. Escuché el chiflido de mi hermano que me andaba buscando, él andaba en la yegua cuando me vio llorando y una risa que le daba. (Me dice) No seas pendejo, no pasa nada... (Don Mario, 87 años).

Los varones descubrieron sus límites corporales durante el cumplimiento de los mandatos dados por sus familiares o empleadores, sin embargo, este descubrimiento vino acompañado por una censura tajante sobre lo que debe o no de expresar un hombre. Por ello, es posible afirmar que el aprendizaje de las normas de género masculino en los participantes, implicó como menciona Connell (2015), que estos visibilizaran al cuerpo propio como un instrumento que más que cuidar es necesario dominar y explotar. Es decir, los aprendizajes corporales desarrollados por estos hombres se encontraron orientados a aumentar el rendimiento y las fuerzas físicas, a costa de minimizar las expresiones de cansando, dolor o hambre (Herrera, 1999).

Ahora bien, existieron escenarios donde estas reglas se relajaron a tal punto que permitieron a los varones el demostrar sus emociones, así también, facilitaron la realización de actividades recreativas. Algunos ejemplos son los juegos que simulaban jaripeos, donde los niños montaban borregos o pequeñas vaquillas con el objeto de determinar quién era el mejor jinete. De igual manera, el jugar con una pelota de trapo o cuero daba la posibilidad a los participantes de imaginarse como futbolistas profesionales. Ambas situaciones eran a menudo realizadas de manera furtiva, ya que estaban consideradas por los adultos como potencialmente dañinas. Debido a que existía la posibilidad de lastimar a los animales, así también, su exceso podía conducir a los niños a la flojera o la malicia.

Aun con tal prohibición, la mayoría de los participantes continuaron desarrollando dichas actividades a medida que crecían. Ciertos varones buscaron perfeccionar su técnica para impresionar tanto a sus amigos como a las jóvenes de la región, algunos volviéndose profesionales que buscaban competir en los mejores espacios. En el caso de los jinetes, realizar tales suertes implicaba una técnica lo suficientemente perfeccionada como para resistir los embates de los animales. Además del desarrollo de una estética corporal que combinaba movimientos y posturas, maximizando sus talentos con ropajes vaqueros que mostraran valentía y virilidad:

... mi giro fue la caballería, las escaramuzas, competí en el lienzo charro División del Norte, aquí en Tepotzotlán; en Querétaro, en Chihuahua, en Durango. Mi jale fue ser jinete, montando toros grandes, mulas, caballos. Ando todo desquebrajado del cuerpo, porque no creas que todo son dulces, no, unos pinches golpazos encabronados... (Don Jesús, 80 años).

Desde la práctica del fútbol, la gran mayoría de los participantes jugó en equipos a nivel amateur, buscando un momento de diversión para sus fines de semana. Este espacio superaba el mero acto de practicar casualmente dicho deporte, sino que, el fútbol se consolidó como una de las primeras prácticas ajenas al mundo rural que los varones incorporaron a su vida diaria. Con el paso del tiempo se crearon equipos dentro del pueblo, de entre los cuales destacan dos de ellos, “Anáhuac” y “Azteca”. Es decir, estos varones fueron pioneros del fútbol dentro de su comunidad, transformando las posibilidades que los hombres tenían para su diversión. Por lo que, de manera paulatina se vio como algo normal que los varones jóvenes se uniformaran con playeras, shorts cortos y calzado deportivo para hacer cosas consideradas como altamente masculinas:

... Yo jugaba bien fútbol, y digo bien, porque, pues onde' quiera me recuerdan, jugué muy chavo, desde los doce años jugué fútbol ¿sí?... jugué veintisiete años, en el equipo Anáhuac de Axotlán. Entonces, todo el tiempo que yo practiqué deporte, yo era incansable... (Don Guillermo, 68 años).

El nuevo escenario implicó también una forma distinta de comportamiento entre los varones de ambas generaciones, siendo común que se uniformaran frente a todo el equipo, provocando momentos de intimidad. Los cuales, aunque eran acompañados por bromas,

daban la suficiente confianza para mostrar sus cuerpos semidesnudos. Otro rasgo interesante radica en el hecho que el futbol permitió tocar el cuerpo de otros varones, así como ser tocado por otros. El aspecto competitivo de dicho deporte fomentó la celebración o la pena colectiva, demostrada a partir de abrazos, palmadas, masajes y demás roces entre los participantes. Aunque en ocasiones este aspecto también propició el surgimiento de peleas campales entre ambos equipos.

La práctica de la monta de animales, así como el futbol fueron actividades donde los participantes demostraron abiertamente su valentía y audacia frente a sus pares, así como frente a mujeres jóvenes. Es posible considerar junto a Salguero (2008) que ambas acciones se consolidaron como los primeros acercamientos que los varones tuvieron al mundo masculino adulto, a partir verse comprometidos en situaciones potencialmente riesgosas. Donde a su vez se veían reflejadas las representaciones simbólicas sobre los atributos mejor valorados en los varones. Un varón joven que salía bien librado de una escaramuza o una pelea campal ganaba cierto reconocimiento entre sus pares y los hombres de mayor edad. Su victoria no era solo personal, sino que era la victoria de un modelo de masculinidad regional sobre las pruebas más temerarias.

6.3.2 Descubrir y habitar los espacios.

De igual manera que hicieron con sus cuerpos, los diez participantes descubrieron los espacios en los que podían participar y formarse como varones. Una vez llegados al momento en que dejaron atrás la vigilancia masculina, adquirieron la capacidad de descubrir por cuenta propia otros escenarios. Si bien, las suertes de jinetes y el gusto por el futbol son dos actividades que se construyeron desde etapas tempranas, también existieron otras que surgieron a partir del comienzo de la trayectoria laboral. Dos de los espacios más importantes a descubrir fueron aquellos que fomentaban su introducción en las relaciones comunitarias, así como aquellos que fomentaban la diversión nocturna y las relaciones amorosas.

Sin embargo, es necesario aclarar que el descubrimiento de los espacios comunitarios solo es aplicable dentro de aquellos participantes que en ese momento de su vida se encontraban habitando la comunidad, por lo que Don Mario y Don Vicente quedan

excluidos para este periodo. De igual manera, la vinculación con los espacios comunitarios presentó matices complejos. Entre los que se pueden destacar las relaciones que fomentaron la socialización del trabajo comunitario en múltiples participantes, así como la existencia de relaciones de conflicto entre aquellos que migraron y los varones originarios.

En el caso de los varones que accedieron al mundo comunitario, el inicio de su trayectoria de participación fue apadrinada por los padres o tutores. La cual estaba enfocada en el aprendizaje y reproducción de las normas de apoyo colectivo existentes en la comunidad. Dichas normas se encontraban sustentadas a partir de acuerdos implícitos de cooperación, así como de la institución comunitaria de “la asamblea del pueblo”. De manera que los acuerdos eran ejecutados a partir de la realización de faenas o tequios.

Bajo este esquema de organización comunitaria, los varones fueron presentados y posteriormente instruidos en los conocimientos prácticos necesarios, así como las formas de organización propias de la faena. Aunque es importante mencionar que, al no ser considerados como varones consolidados, estos eran excluidos en “la asamblea del pueblo”, limitándose únicamente a seguir las ordenes de los varones que dirigían los trabajos. En la generación más envejecida únicamente Don Javier y Don Jesús fueron socializados dentro de la organización, ya que contaron con el respaldo de sus padres. No obstante, para los participantes su apadrinamiento solo representó su posibilidad de acceso, debido a que una vez introducidos a las faenas, ninguno contó con algún trato especial o protección:

...yo empecé a hacer faenas cuando apenas aguantaba una pala, cuando hicieron esta escuela ya anduvimos colando puros niños... los grandes nos hacían la revoltura del cemento para las losas y nosotros con botes chiquitos, pa' arriba todos...todavía anduve haciendo faenas, todavía chavo, tenía yo como unos catorce, quince años, todavía andaba yo...nosotros llegábamos, veíamos a nuestros jefes que iban ¡Pues yo me voy con mi jefe! y a ayudarles... (Don Javier, 82 años).

Por otro lado, Don Carlos y Don Genaro se encontraron con la situación de ser constantemente excluidos debido a su condición de migrantes. Por lo que su socialización en los espacios de participación comunitaria se vio truncada en este momento de sus vidas. Es decir, aunque ambos participantes identificaban dichos espacios, su acceso se vio restringido debido a que ninguno contaba con un padrino que los presentara dentro del círculo de varones. Así mismo, ambos participantes fueron agredidos por otros varones de su misma edad cuando hacían uso de los espacios recreativos, o cuando socializaban con mujeres jóvenes.

Al ver limitadas sus relaciones dentro de Axotlán ambos hombres decidieron movilizarse en solitario a otros pueblos, como Tepotzotlán o Cuautitlán para desarrollar actividades recreativas sin ser agredidos. Sin embargo, ante el acoso constante que llegaban a sufrir dentro del pueblo, estos tuvieron que defenderse para dejar de ser molestados:

...decían que a los de fuera' no, la cosa era que, así como que no nos veían bien. Pero ya después que agarré más o menos fuerza... aquí me la vi con varios grandotes, con algunos si nos dimos unos topes y con otros no... (Don Genaro, 75 años).

Para el caso de los varones de la generación más joven, su integración a las relaciones de trabajo comunitario se realizó sin problema alguno. Salvo en el caso de Don Guillermo, quien, debido a su particular situación de orfandad tuvo que posponer dicha trayectoria. Para el resto de los varones el inicio de sus trayectorias se realizó a partir de la misma secuencia que en la generación anterior, por lo que fueron presentados por sus padres dentro de las faenas, para luego ser instruidos colectivamente. De igual manera, las faenas de trabajo en este momento de la comunidad, estuvieron enfocadas al saneamiento de las zanjas de riego y de los pozos. Aunque también se desarrollaron pequeñas obras de infraestructura, como lo fue la construcción de nuevos salones para la escuela primaria.

Existen elementos para pensar que los participantes concebían este espacio como un área de oportunidad para establecer su independencia personal, ya que, a partir de las faenas de trabajo comenzaron a ser respetados por varones de mayor edad. Es decir, dentro de la comunidad existía una concepción positiva en aquellos jóvenes varones que iniciaban su

trayectoria de participación comunitaria. Debido a que demostraban el suficiente compromiso para cumplir con sus futuras obligaciones como varones adultos:

De esto de las faenas yo empecé desde los quince años, pero no tanto por tener una obligación mía, sino que, con mi papá, a él ya le tocaba hacer faenas, entonces para hacer menos pesado eso pues le ayudábamos. Mis hermanos más grandes, que éramos tres hermanos, nos íbamos con mi papá y ya más rápido acabábamos la faena. Nos daba gusto de ver a tanta gente que llegaba con sus hijos también, y que también le entraban. Y ahí fue donde me empezó a salir eso de ser alguien en el pueblo, hacer algo por el pueblo, pues se sentía muy bonito... (Don Juan, 65 años).

Finalmente existen una serie de espacios de esparcimiento, sumamente diversos e incluso paradójicos. Al estar enfocados únicamente en la diversión, el placer y la creación de relaciones afectivas, estos mezclaban elementos dominantes de la masculinidad, con aquellos que permitían la expresión de emociones y el relajamiento del cuerpo. Dichos escenarios se vinculan directamente con el mundo de la noche, de la prohibición y el peligro, donde resaltan los bailes, las ferias, las reuniones, las cantinas, etc.

Básicamente los bailes y las ferias fueron escenarios solo accesibles a los varones que en este momento habitaban la comunidad, mientras que las cantinas y las reuniones eran accesibles para todos. Vale la pena resaltar que el acceso a dichos espacios se realizó casi al final del primer momento del curso de vida de los participantes. Es decir, a partir de los dieciséis o diecisiete años. Este evento también se sincronizó con el inicio de las relaciones amorosas, ya que los dos primeros espacios eran un lugar propicio para que las jóvenes parejas se conocieran. Por ello, cuando los varones decidían asistir a cualquiera de estos eventos lo hacían mayormente en grupos, sumamente aseados, con sus mejores ropas, y con dinero suficiente para invitar una bebida a alguna joven.

Era importante que los varones contaran con conocimientos mínimos sobre cómo bailar, para evitar la vergüenza de pisar a su compañera, y la burla de sus pares. Si al final de baile las jóvenes mostraban interés en los varones, existía la posibilidad de que a la larga ambos iniciaran una relación. Por otro lado, aquellos hombres que vieron en el baile una actividad altamente disfrutable y seductora, perfeccionaron sus movimientos, atuendos y posturas a fin de demostrar sus elevadas capacidades. Sin embargo, los espacios podían

convertirse en un lugar de conflicto cuando los jóvenes se encontraban con varones enemistados, casi siempre terminando esta situación en una pelea.

Igualmente, la asistencia a las cantinas y a reuniones de amigos se realizaban por la noche, siendo el principal objetivo el beber alcohol como una forma de distracción o descanso. Dentro de estos escenarios no existía un código de vestimenta, ni se pretendía ser seductor, siendo así que en las reuniones se cantaba, se hacían bromas y se discutían temas cotidianos. Era común que los jóvenes varones se excedieran en el consumo del alcohol, lo que relajaba las normas de género, permitiendo la presencia de abrazos, caricias y el llanto entre los asistentes, sin que ello representara algún problema. No obstante, si los ánimos se calentaban o existía cierta enemistad entre los asistentes existía la posibilidad de que la reunión terminara abruptamente:

... te invitan a los bailes y fiestas que luego hay en la colonia, y como te juntas con diferentes muchachos, en ese tiempo si había un poquito más de amigos, ya te empiezas a relacionar con otras gentes. Y ya, empiezas a tener invitaciones que quince años, que cumpleaños, que todas esas cositas así, te van llevando, y pues, así se pierde mucho el tiempo... (Don Vicente, 73 años).

Los espacios nocturnos ofrecían posibilidades de diversión, aunque propiciaban el contacto con situaciones peligrosas. Un joven que no tuviera el suficiente cuidado podía terminar borracho y durmiendo en medio del campo, así como con una tremenda golpiza, o en casos extremos siendo apuñalado. No obstante, el mundo de la noche albergaba otros peligros, como los espíritus o las brujas que podían cruzarse en su camino, desorientándolos y llevándolos por senderos peligrosos. Ambas condiciones funcionaban como un mecanismo de control a partir del cual los hombres se mantendrían lo suficientemente cautos para no arriesgarse a sufrir un accidente o un susto mortal. Si bien los varones de mayor edad comprendían este tipo de comportamientos, no existía tolerancia en las labores para quien abusara del alcohol o de la noche. Los jóvenes que se excedían tenían que realizar sus labores a la mañana siguiente, sin importar qué tanto habían bebido o cuánto habían dormido.

Un elemento importante dentro de este segundo segmento temporal es la forma en que los participantes fueron introduciéndose en situaciones o prácticas que ponían en riesgo su salud. Este hecho no solo se instauró como una ratificación de los varones hacia los ideales

dominantes de la identidad masculina. Si no que también sentó las bases para que vieran como algo natural en su existencia la falta de cuidado en su salud, así como la irrelevancia de cuestionar este tipo de condiciones. Frente a dichas experiencias, las consideraciones de Figueroa-Perea (2015) permiten ubicar el surgimiento de elementos estructurales, contextuales y personales, que fomentaron la ausencia de cuidado en los varones. Creando así una postura que desvalorizaba los esfuerzos por cuestionar las situaciones de riesgo, la cual se mantuvo durante gran parte del curso de vida de los participantes.

Discusión del capítulo (I).

A partir del análisis del primer momento del curso de vida de los participantes, es posible realizar una discusión sobre tópicos concretos y de los cuales surgen elementos suficientes para comprender las bases y primeras experiencias dentro de la construcción de la identidad masculina en los varones.

En primer lugar, es indiscutible el peso de la pobreza en la configuración de los cursos de vida, ya que esta condición permitió que los participantes rápidamente acumularan desigualdades. Muestra de ello fueron las limitaciones experimentadas para realizar una trayectoria educativa, así como su vinculación al mundo laboral en edades tempranas para así apoyar a su familia. Es posible afirmar que estos hombres eran vistos por sus padres como una suerte de potenciales trabajadores a los cuales era preciso educarlos de manera temprana para que pudieran insertarse en el trabajo cotidiano y aumentar con ello la capacidad de producción y auto-sustento. Dicha afirmación no supone considerar que dentro de la relación paternal no existiera cariño, si no que permite observar una estrategia de supervivencia familiar, y en ocasiones comunitaria, frente a condiciones de extrema precariedad.

Por otro lado, el desarrollo de puntos de inflexión en este momento de la vida tuvo enormes repercusiones para los participantes, siendo en su mayoría experiencias negativas. Una posible explicación consiste en que, debido a la corta edad de los varones y la pobreza familiar que experimentaban, no existían o aún no se habían creado los recursos personales suficientes para hacer frente a tales eventos. Los efectos provocados durarían años hasta que

estos hombres pudieran revertirlos, o bien, transformarlos para que dejaran su carácter disruptivo.

En términos generales existieron diferencias generacionales frente al inicio de las trayectorias laborales; siendo que la primera generación acumuló mayor desigualdad, la cual favoreció su rápida inserción en el mundo laboral, mientras que la segunda generación poseía cierta estabilidad familiar y tuvo mayor acceso a la educación. De igual manera, se presentaron distinciones frente a las posibles opciones para conseguir su primer empleo, donde la generación mayor tuvo una orientación claramente vinculada a la agricultura, mientras que en la siguiente se observó una tendencia hacia empleos en el ámbito industrial y de servicios.

Si bien el trabajo fue significado de manera contextual como la principal vía para que los participantes se volvieran hombres, esta actividad experimentó el surgimiento de distintos significados a medida que los varones crecían, siendo el primero de ellos, un medio para superar la pobreza y apoyar a sus familias. A medida que los varones dejaron la vigilancia paterna el trabajo se transformó en una vía para descubrir el mundo y crear relaciones de amistad. Para después convertirse en una forma de conseguir recursos para satisfacer sus necesidades y placeres personales.

Es notable que los aprendizajes sobre el género siguieron un mismo patrón tradicional para ambas generaciones, aunque con ligeros matices diferenciadores, manteniéndose el lugar de los varones dentro del ámbito público a partir del trabajo. Por otro lado, el cuerpo de los varones tuvo que ser entrenado para ejecutar y resistir las jornadas laborales sin mayor problema. Mientras que el aspecto afectivo careció de aprendizajes dirigidos más allá de demostrar enojo o distanciamiento emocional. Así mismo, el reconocimiento como futuros hombres dentro de Axotlán implicó la creación de una trayectoria de trabajo comunitario solo para aquellos varones que contaran con un padrino social, excluyendo así a Don Carlos y Don Genaro.

Finalmente, es dentro de este momento que los participantes desarrollaron su capacidad de agencia, la cual se fortaleció a medida que estos crecían, siendo una herramienta vital para hacer frente a las demandas u oportunidades que el contexto les proporcionaba. Así también, la agencia se volvió sumamente relevante en el momento en que estos hombres salieron de la mirada paterna para insertarse dentro de nuevos espacios.

Un efecto provocado por su capacidad de agencia fue la creación de una cultura generacional masculina, a partir de la cual pudieran habitar, entender y transformar el mundo en sus propios términos; distanciándose así de las posturas adoptadas por sus padres y demás adultos que contribuyeron a su socialización. Muestra de ello fue la adopción de una estética corporal propia a partir del surgimiento de prácticas como el fútbol, los bailes o jaripeos, que demostraron nuevas formas de expresión masculina, así como un estilo propio para relacionarse con otros hombres y con las mujeres. Esta cultura se vio mayormente enriquecida a medida que los varones desarrollaban sus cursos de vida, aspecto que se aborda en los siguientes capítulos.

TRANSFORMACIÓN DEL CURSO DE VIDA: CONDICIONES GENERACIONALES

Momento 1. Aprendí a trabajar desde niño:

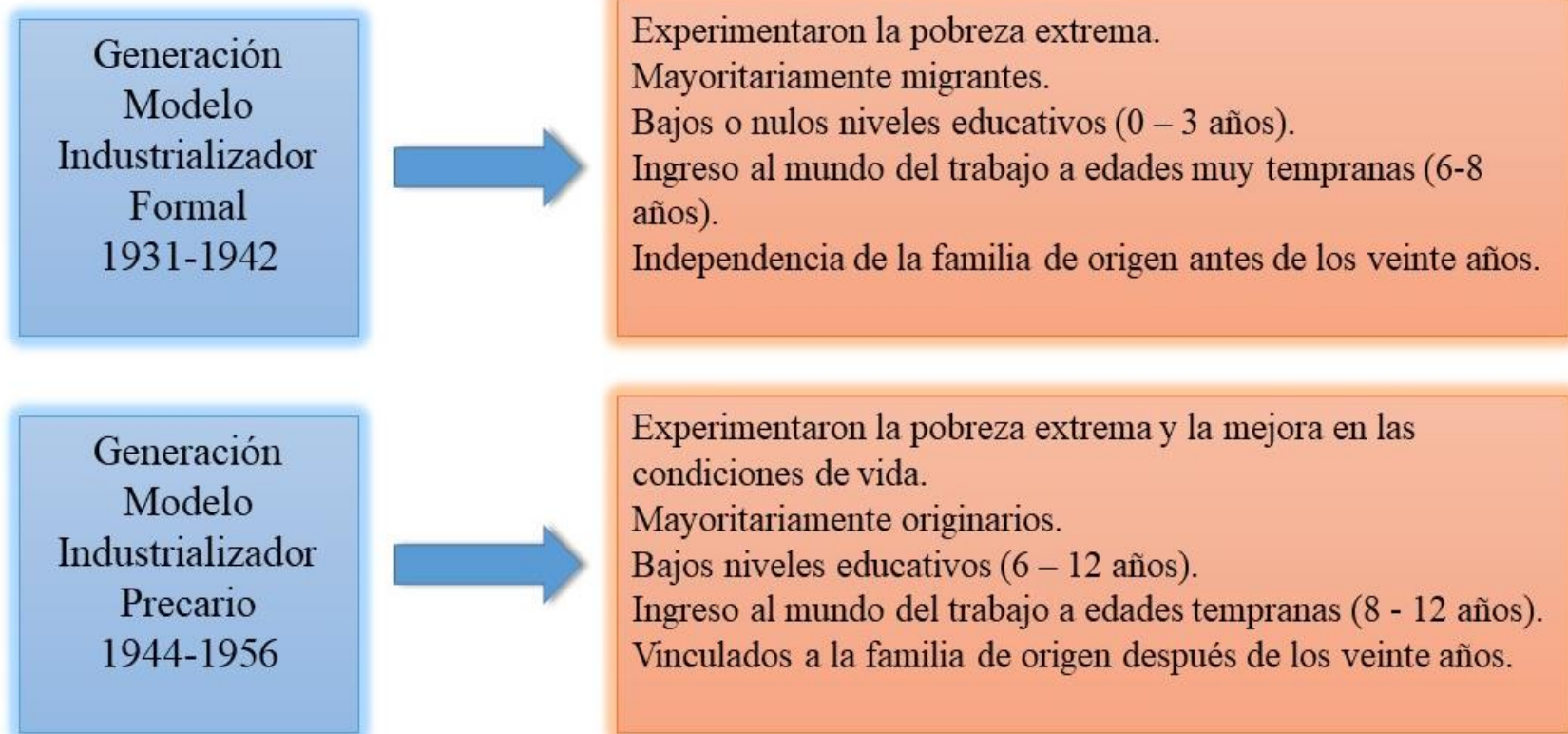


Imagen 14: Distinciones generacionales en la forma de estructurarse el curso de vida (I).

Se presentan los principales condicionantes del primer momento del curso de vida. Aunque los varones de ambas generaciones experimentaron una estructura similar (bajos niveles educativos, ingresar al mundo laboral a edades tempranas, aprendizajes de género para el trabajo manual), se observan ligeras modificaciones de orden generacional. Las cuales condicionaron en gran medida tanto las prácticas como los significados que cada cohorte creó en función de su proceso de formación identitaria.

Capítulo 7.

Hombres de trabajo. Consolidación de las trayectorias de la vida adulta y la identidad de género masculina.

*...anoche estuve soñando la panadería, que estaba trabajando,
y a mis compañeros, quienes trabajaban conmigo;
todavía los sueño, no se me olvidan.
Casi toda mi vida la dejé ahí.
-Don Mario, 85 años de edad. -*

Una vez abordados los primeros años de vida de los participantes, es momento de analizar la forma en que estos varones se posicionaron frente a sus obligaciones como varones adultos. De esta manera, el capítulo se centra en el momento del curso de vida que se estableció con la unión matrimonial y la estabilización de la trayectoria laboral, finalizando con el abandono o reducción de la trayectoria laboral remunerada. Es preciso mencionar que no existe un marcador de edad universal para el inicio y fin de dicho periodo, aunque para términos prácticos se puede afirmar que este lapso abarcó en promedio cuarenta años de vida.

En el análisis de este momento se establecen, por cuestiones meramente analíticas, la existencia de otros dos segmentos temporales que harán su aparición conforme los participantes ganan edad. El primero de ellos se orienta al reconocimiento total como varones, a partir de la formación de una familia y la búsqueda de una trayectoria laboral estable y fructífera. El siguiente sub-periodo, siendo el más grande, se orienta a la búsqueda de mejores condiciones laborales para asegurar una proveeduría adecuada, al mismo tiempo que se atiende a los proyectos familiares y comunitarios.

7.1 El ascenso. Los primeros pasos en la vida adulta.

La decisión de nombrar como “el ascenso” al primer segmento temporal de este momento, parte de considerar que el reconocimiento de los participantes como varones adultos implicó una transformación en sus posibilidades de vida. Dicho de otro modo, el tránsito hacia la adultez dio a los participantes algunos beneficios que previamente no tenían, otorgándoles así la posibilidad escalar en el mundo laboral. Por ello, el primer segmento contempla las experiencias sobre las que se asentó la vida laboral remunerada, y su abordaje se lleva a cabo distinguiendo las particularidades de cada generación.

En consecuencia, este segmento es considerablemente más pequeño que el subsiguiente periodo, llevándose a cabo cuando los participantes se encontraban en la segunda década de sus vidas. Si bien da inicio cuando estos hombres se convierten en trabajadores adultos y en esposos, su fin se presenta en el momento en que los participantes obtienen un trabajo estable donde pasaran un considerable número de años. Así como en el momento en que los varones adquirieron una casa propia e independiente a la autoridad de sus padres.

Particularmente, es dentro de este periodo que la identidad de género de los participantes se modifica considerablemente. Ya que, como menciona Salguero (2008), los varones transitan de un modelo masculino que tiene como pilares la valentía y la temeridad, a uno basado en el trabajo continuo y la responsabilidad. Esta transformación puede ser considerada como un sinónimo de mayor madurez entre los varones. Debido a que dejan en segundo término las fiestas, las borracheras, así como otras actividades consideradas como temerarias, para centrar sus esfuerzos como varones en la proveeduría del hogar que activamente eligieron formar.

7.1.1 “Tengo dos brazos pa’ mantenerte y un corazón pa’ tu vida”. Convertirse en trabajador y proveedor.

Es necesario recordar las condiciones de existencia en las que se encontraban los cinco participantes más longevos, siendo este el punto de partida para continuar con el análisis de sus cursos de vida.

En primer lugar, Don Mario se encontraba trabajando por las noches en una panadería de la Ciudad de México, al mismo tiempo que entrenaba fútbol por las mañanas junto al equipo del Campo Militar Número 1. Don Javier, por su parte, se encontraba en Axotlán apoyando a su padre en el próspero negocio lechero, atendiendo al ganado y sembrando las tierras ejidales. Don Jesús radicaba de manera ilegal en los Estados Unidos, buscando granjas y ranchos donde poder trabajar a tiempo completo sin despertar sospechas. En Axotlán, Don Carlos había renunciado a su empleo en la hacienda San Miguel y ahora se encontraba trabajando en el rancho lechero de Cuatro Milpas. Finalmente, Don Genaro

continuaba sus labores en solitario, como cuidador de ganado para una de las familias de la comunidad.

Es posible observar lo heterogéneo de las condiciones de vida en los cinco participantes. No obstante, estas serían direccionadas hacia un mismo rumbo a partir de dos factores: la formación de una familia, así como del establecimiento de una trayectoria laboral estable y prospera; ambos ideales masculinos a realizar.

El establecimiento de una familia por parte de los varones más longevos puede ser entendido como un proceso que combinaba la satisfacción de necesidades emocionales y sexuales, con el cumplimiento del modelo matrimonial de división binaria. Modelo a partir del cual, los participantes asumían que al casarse con una mujer existía el compromiso de proveer económica y materialmente a la familia. Mientras que sus respectivas esposas se comprometían a proveer de cuidados y atención hacia su hogar, su marido, así como sus futuros hijos. Es decir, los hombres sabían que al casarse seguirían el modelo familiar con el que fueron socializados siendo niños. Por lo que al elegir una compañera tomaban en cuenta que la candidata estuviera capacitada en las labores del hogar, así también que ella le profesase un cariño que sería bien retribuido:

... me sentí solo, cuando todos mis hermanos se casaron yo quedo ahí en la casa solo y mi papá solo, también. Entons', ya me casé, ps' llevé a mi esposa a la casa, allí nacieron mis hijos... (Don Mario, 87 años).

Sin embargo, este evento no se desarrolló de manera premeditada, sino que fue llevado a cabo hasta el momento en que los participantes sintieron que “tenían algo que ofrecer”. Noción que abarcaba tanto un lugar propio donde residir, así como un sueldo seguro con el cual proveer a sus esposas. Dicha postura quizá se deba a las condiciones adversas que vivieron en el pasado, las cuales los llevaron a ser lo suficientemente precavidos como para planificar sus enlaces matrimoniales evitando así futuras precariedades.

De modo que es visible la combinación entre el fortalecimiento de la trayectoria laboral y el nacimiento de la trayectoria familiar. Aunque para desarrollar una mayor comprensión es preciso profundizar en las condiciones particulares bajo las cuales esta generación tomó el compromiso y la responsabilidad de atender a su familia.

Antes de continuar es necesario resaltar cómo estos elementos presentan múltiples similitudes con los hallazgos que Núñez (2007) registró en la configuración de la identidad de género en hombres mayores sonorenses. Donde igualmente se presenta la búsqueda de una mujer buena y honrada por parte de los varones para establecer relaciones de noviazgo. Las cuales, al prosperar y materializarse en la unión matrimonial, se establecen bajo un modelo recíproco de intercambio de cuidados y afecto. Siendo así que los varones ofrecen su proveeduría, sustentada por sus conocimientos, habilidades y responsabilidad frente al trabajo. Al mismo tiempo que las mujeres ofrecen la atención del hogar, también sustentado por el aprendizaje de habilidades y conocimientos prácticos, además de prestar atención afectiva.

Es dentro de este cúmulo de eventos donde se aprecia hasta qué grado los varones habían vuelto suyos los mandatos de su género. Ya que en ninguno de los casos existió una actitud crítica y disidente frente a los mismos. Si no que, existió al menos en esta generación, una estrategia para llevar a cabo su unión matrimonial, y asegurar ciertas condiciones para la llegada de su nueva familia.

Un ejemplo puede ilustrar de mejor manera este punto. En primer lugar, los varones llegaron a un punto en sus vidas en que habían asegurado la existencia de recursos económicos para satisfacer sus necesidades personales y apoyar las necesidades de sus familias de origen. Aunque existía el interés de encontrar una pareja que los ayudara a lidiar con la soledad que existe dentro de la vida de un hombre joven. Es así que en los bailes o en sus trayectos diarios ubicaron a una joven mujer con la cual establecieron una relación.

Después de un tiempo de conocerse, los participantes decidieron tomar la decisión de casarse, pidiendo matrimonio a sus mujeres, así como como visitando a sus suegros solicitándoles su permiso para consumir la unión. Durante este evento los jóvenes varones dieron su palabra de mantenerse siempre trabajadores para asegurar el futuro de su mujer. Si sus suegros aceptaban se fijaba la fecha de la boda. No obstante, si existía el rechazo de estos la estrategia adoptada era el robo de sus parejas; demostrando así que contaban con la suficiente tenacidad como para cumplir con su objetivo a pesar de la negativa:

En ese tiempo estaban acostumbrados los suegros a que ponían unos plazos muy largos para poderte casar. Yo cuando la fui a pedir (su esposa), me ponían seis meses. Le digo a mi suegro, no señor, yo lo que quiero es casarme. Sí, sí, te casas a los seis meses... Yo les dije, yo la vengo a pedir porque ya me quiero casar, si es preciso el domingo, el domingo nos casamos. No me la quería dar. Le digo, bueno ¿me la va a dar o me la llevo? ¿Qué es lo que prefiere? Y ya, santas pases. Ya fue cuando él aceptó. Bueno, entonces pongan la fecha ¿qué día se quieren casar?... (Don Javier, 82 años).

Así, el acto de contraer matrimonio no solo era visto como una acción planeada con su futura esposa, sino que también se consolidaba como un mensaje contundente para los varones implicados, entre ellos sus suegros, mostrando una postura firme que no cedería por nada. Para comprender mejor esta situación Bonino (2003) sugiere que las formas de masculinidad dominantes organizan la subjetividad de los varones, así como la forma en que estos se relacionan con otras personas. De esta manera, los suegros vieron como algo esperable que los participantes pudieran realizar este tipo de acciones. Ya que demostraban su fuerza de voluntad y su valor; ambos aspectos por demás deseables en cualquier hombre de esa época.

Un hecho interesante es que todos los varones se unieron en matrimonio siendo mayores de edad, entre los dieciocho y los veinticinco años. Una vez casados, los cinco participantes contaban con un lugar donde vivir, alejados de la vigilancia paterna. Dichas construcciones eran en su mayoría pequeñas y humildes, nombradas por ellos mismos como “cuartitos”, siendo la base a partir de la cual construirían una casa en forma.

Por ejemplo, Don Mario reconstruyó la antigua casa de sus padres en la Ciudad de México para poder llevar a su esposa, mientras que Don Javier construyó un hogar gracias a que su padre le otorgó un terreno donde vivir. Por su parte, Don Jesús decidió dejar Axotlán, y con el dinero ganado en el extranjero compró un terreno en el centro de Tepetzotlán. Finalmente, Don Carlos y Don Genaro se establecieron definitivamente en Axotlán, ya que lograron comprar una pequeña porción de tierra en los límites de la comunidad.

Esta situación fue relevante ya que otorgó la posibilidad de incorporarse de lleno al círculo de varones que integraban la asamblea del pueblo y el sistema de faenas. Una vez casados y viviendo en su propia casa, los varones adquirieron la obligación de cooperar activamente para el mejoramiento de la comunidad. Formalmente crearon una trayectoria de

trabajo comunitario, apoyando constantemente en las faenas, así como ejerciendo su derecho a opinar en las asambleas del pueblo. Aunque para Don Javier esto supuso una transición esperada, para Don Carlos y Don Genaro se vivió como una alegre transformación en las formas de relacionarse con los hombres del pueblo, ya que, las continuas agresiones que vivían mermaron casi por completo.

Por otro lado, las formas en que los varones se vincularon con el mundo laboral sufrieron una transformación una vez que estos alcanzaron su mayoría de edad. Ello quizá se deba en parte a la perfección de sus habilidades y fuerzas físicas para el trabajo manual, aunque no puede dejarse a un lado el hecho de que esta edad supuso la obtención de su cartilla militar. Documento que además de dotarlos del estatus de varón comprometido con sus obligaciones civiles, les permitía acceder a mejores opciones de empleo, ya que era visto como una prueba que garantizaba su estatus legal como hombres adultos.

En el caso de Don Mario existió una doble jornada de trabajo, situación sumamente extenuante que lo llevó a un colapso corporal. Este participante trabajaba por las noches como panadero y utilizaba sus mañanas para practicar fútbol de manera constante. Su habilidad en el deporte le valió para ir escalando jerarquías hasta debutar profesionalmente en el año de 1950, dentro del club Necaxa. Después de un par de años Don Mario decidió retirarse del fútbol profesional, ya que, ante la ausencia de un contrato con algún club tenía que seguir trabajando por las noches como panadero. El dolor producido por sus lesiones y el cansancio constante lo llevaron a decidirse con gran tristeza a continuar con dicho empleo, siendo un oficio seguro y menos peligroso. Algún tiempo después logró colocarse dentro de un empleo diurno, a la par que declaró sus intenciones matrimoniales a su actual esposa.

Por otro lado, las condiciones de vida de Don Jesús resultan sumamente peculiares, ya que, de igual forma, padecer una lesión modificó sus planes de vida. Una vez que este varón cumplió la mayoría de edad regresó a México para inscribirse dentro del programa de trabajo Brasero. Así también, contrajo matrimonio con su primera esposa, y con el dinero ahorrado compró una pequeña propiedad en el centro de Tepetzotlán. Don Jesús pasaba varios meses trabajando en Estado Unidos, regresaba unas semanas a su comunidad y esperaba un nuevo contrato. Esta rutina se vio interrumpida cuando se accidentó a la edad de 23 años, mientras participaba como jinete en un rancho cercano a su trabajo. Teniendo

múltiples fracturas en una de sus piernas, su única opción fue regresar a México hasta verse recuperado. Tiempo después, sus deseos de volver al extranjero se vieron diluidos cuando recibió la oferta de trabajar en el recién inaugurado Museo Nacional de Virreinato.

Finalmente, Don Javier, Don Carlos y Don Genaro lograron conseguir sus primeros trabajos asalariados, donde por fin gozaron de un sueldo seguro y de todas las prestaciones laborales. Para los dos primeros participantes este salto involucró dejar de lado las actividades agropecuarias para insertarse de lleno en la naciente industria de la región. Donde desarrollaron una trayectoria laboral sólida, la cual comenzó entre los puestos de ayudante general o barrendero, para luego ir escalando posiciones. En el caso de Don Genaro, su experiencia en el cuidado del ganado vacuno le valió para incorporarse a la UNAM como cuidador de animales de corral.

Es posible sugerir que las experiencias de los cinco participantes frente al mundo laboral constituyeron una transformación en la forma de concebir su realidad, así como su imagen como varones. Esto cobra aún más sentido si se considera que el acceso al mundo laboral como varones adultos da sentido y legitimidad a la multitud de aprendizajes desarrollados en sus primeros años de vida. Es decir, en este momento del curso de vida, el trabajo se afianza como el núcleo duro de la masculinidad, el cual, se encuentra condicionado por una estructura hegemónica que dicta las posibilidades de los varones dentro del mercado de trabajo (Borrás, Moreno, Castelló & Grau, 2011).

| | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|----------------|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|
| Año Calendario | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 |
| D. Mario/Edad | 20 | 21 | 22 | 23 | 24 | 25 | 26 | 27 | 28 | 29 | 30 | 31 | 32 | 33 | 34 | 35 | 36 | 37 | 38 | 39 | 40 | 41 | 42 | 43 | 44 | 45 |
| F. Origen | | | | | MP | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | M | h | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | FT | P | P | P | MP | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 |
| D. Javier/Edad | 16 | 17 | 18 | 19 | 20 | 21 | 22 | 23 | 24 | 25 | 26 | 27 | 28 | 29 | 30 | 31 | 32 | 33 | 34 | 35 | 36 | 37 | 38 | 39 | 40 | 41 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | CN | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | M | h | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 |
| D. Jesus/Edad | 14 | 15 | 16 | 17 | 18 | 19 | 20 | 21 | 22 | 23 | 24 | 25 | 26 | 27 | 28 | 29 | 30 | 31 | 32 | 33 | 34 | 35 | 36 | 37 | 38 | 39 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 |
| D. Carlos/Edad | 14 | 15 | 16 | 17 | 18 | 19 | 20 | 21 | 22 | 23 | 24 | 25 | 26 | 27 | 28 | 29 | 30 | 31 | 32 | 33 | 34 | 35 | 36 | 37 | 38 | 39 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 |
| D. Genaro/Edad | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 | 18 | 19 | 20 | 21 | 22 | 23 | 24 | 25 | 26 | 27 | 28 | 29 | 30 | 31 | 32 | 33 | 34 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |

Tabla 5: Cursos de vida de la Generación Modelo Industrializador Formal 1(1931-1942). Entre los años 1951 y 1976.

Se presentan los cursos de vida a partir de cinco trayectorias relacionadas con la trayectoria laboral (trayectoria eje en color rojo), los señalamientos en letra marcan eventos y transiciones en la vida de los participantes. Las columnas que aparecen en color gris marcan el año en que los participantes contrajeron matrimonio

7.1.2 “¿Te vas a hacer responsable?”. Dudas y alianzas en el tránsito de la adultez.

Los cursos de vida de los varones que integran la generación más joven siguieron el mismo patrón que sus compañeros longevos, es decir, buscaron empleos con un mejor sueldo y estabilidad. Así también, establecieron relaciones afectivas con mujeres jóvenes, las cuales progresaron hasta convertirse en uniones matrimoniales. No obstante, existieron diferencias tanto en la forma y el tiempo en que nuestros participantes realizaron dichas acciones, así como el uso de los recursos disponibles para lograr sus objetivos.

En el caso de las uniones matrimoniales, los varones también habían asegurado poseer los suficientes ingresos económicos para mantenerse a sí mismos, y para apoyar la proveeduría de su familia de origen. Así mismo, todos se unieron después de cumplir su mayoría de edad, eligiendo a sus parejas con el mismo criterio de combinar el afecto con la tradicional división genérica del trabajo. Sin embargo, las formas en que los varones formalizaron sus relaciones, así como las condiciones posteriores a su unión fueron distintas en comparación con la generación previa:

... sientes como arrepentimiento de que entablaste relación, de que adquiriste un compromiso ¿no? y de repente extrañas, cuando ya estás en el compromiso, quisieras de vuelta que se fuera y seguir soltero... cuando ya te dicen ¿a dónde vas? o inconscientemente ya no te puedes salir, te entra una especie de remordimiento ¿no? de las acciones, que ya no puedes hacerlas como cuando eras libre... (Don Antonio, 61 años).

El compromiso matrimonial se formalizó pidiendo permiso a la familia de la novia, dando su palabra de hombre al prometer que a ella no le faltará nada. En el caso de Don Vicente y Don Guillermo el compromiso se realizó en solitario, mientras que, en el caso de los otros tres participantes, la figura paterna se erige como un aval adicional para dar cumplimiento al mandato de la proveeduría.

Quedó atrás la valentía de robar a la novia impunemente, debido a que las relaciones se consuman con el visto bueno de los suegros. De presentarse complicaciones para consolidar la unión, el padre de los varones se presentaba a dar la cara por su hijo, recomendándolo como un hombre responsable. Ya que este ha enseñado correctamente a su hijo los valores y las habilidades de los buenos hombres. En consecuencia, el fallo del hijo frente a nueva familia, es también el fallo del padre en la educación otorgada:

... (Ella) una ocasión salió a verme, en lo que estaba conmigo afuera llegó el papá y como el papá era muy enérgico, dice, ya no me va a dejar entrar. Y ya le digo, yo ya quiero que te vayas conmigo. No, dice, pero ¿y mi papá? Yo decía, ya después mi papá que hable con tu papá, son compadres ¿no? ya que ablanden la cosa... entonces ya mi papá fue hasta el tercer día. Ps' sabes que compadre, que este cabrón ya se llevó a la muchacha, dice ¿qué has de hacer compadre? Discúlpame y discúlpalo, ya que nos queda más que se casen y le echen ganas. Ps' ya tuvo que ceder el papá de mi esposa... (Don Juan, 65 años).

Una vez unidos en matrimonio, los participantes iniciaron sus primeros días de pareja dentro de los hogares paternos, ya que estos prestaron su ayuda hasta que las jóvenes parejas pudieran estabilizarse y encontrar un hogar propio. Dentro de esta situación, los varones apoyaron en poco a la economía del hogar, ahorrando la mayoría de su sueldo para invertirlo en la construcción de un hogar propio. Al mismo tiempo sus esposas recibieron lecciones y consejos para perfeccionar las habilidades necesarias para ser amas de casa. Dicha estrategia de apoyo generacional estuvo presente en todos los participantes salvo en Don Guillermo, debido a que este se mantuvo alejado de su madre durante su enlace matrimonial.

Esta serie de eventos vienen a reafirmar las afirmaciones de autores como De Keijzer (1998) y Jiménez (2007), quienes asumen que los padres de los varones, se establecen como un referente central sobre las obligaciones y actividades propias de los hombres. Las experiencias de los participantes de menor edad contribuyen a comprobar que este hecho persiste a lo largo del tiempo, ya que los varones pidieron su apoyo para solucionar un problema concreto siendo ya adultos. De esta manera, cuando los varones vuelven suyos los mandatos propios de su género, el padre pasa a ser un referente moral al cual se puede acudir para solicitar apoyo o consejo.

Las nuevas familias lograron independizarse después de un corto periodo, buscando la manera más oportuna para iniciar su hogar. Por ejemplo, Don Vicente logró rentar una vivienda propia cerca del hogar de sus padres, mientras que Don Guillermo comenzó a reconstruir la antigua casa de sus padres. Desde posiciones distintas, los otros tres participantes recibieron de sus padres un terreno lo suficientemente amplio para construir sus hogares. Los cuales inician con pequeños cuartos auto construidos, que serían la base para construir una casa amplia.

Exceptuando a Don Vicente, ya que su incorporación a la vida comunitaria se dio en un tiempo futuro, los cuatro participantes consiguieron integrarse por completo al sistema de asambleas y faenas. Logrando ser reconocidos por los demás varones, como hombres que cumplen honrosamente con sus obligaciones laborales, familiares y comunitarias. A partir de estas condiciones, se volvió común que dedicaran parte de sus fines de semana en emplear algunas horas para servir a su pueblo en representación de su familia. Así mismo, comenzaron a realizar aportaciones económicas orientadas a solventar las fiestas cívicas y patronales, además de financiar los nacientes proyectos para mejorar la infraestructura comunitaria.

Ahora bien, desde el aspecto laboral, esta generación también se orientó a encontrar una fuente de empleo segura y altamente redituable, aunque sus esfuerzos fueron mayores en comparación con los varones más longevos. Es decir, los participantes tardaron más tiempo en estabilizar su trayectoria laboral, ya que incursionaron en un mayor número de empleos que los hombres de la primera generación.

Esta condición de sus cursos de vida se encuentra relacionada con los argumentos que Jiménez & Tena (2007) poseen sobre los malestares laborales de los varones. Ambas autoras afirman que los cambios experimentados en el mercado laboral en las últimas décadas han impactado de manera negativa en la proveeduría de los varones. Ello debido a la precarización de las fuentes de empleo, haciendo cada vez más complicado que los hombres tengan certidumbre sobre su situación laboral. Por lo cual, los varones tuvieron que resistir el desempleo e inestabilidad laboral sin que tuvieran muchas herramientas para transformar su situación.

Es a partir de estos eventos que los entrevistados comenzaron a experimentar malestares emocionales que se irían complejizando a medida que el mercado laboral se precarizaba. En esta primera etapa los varones solo sintieron molestia al no poder mantenerse en un empleo, así como al tener que soportar contratos de trabajo temporales. Parte de esta postura emocional tuvo su origen al compararse con otros varones de igual o mayor edad, viendo que estos tenían un empleo seguro del que ellos carecían.

Por ejemplo, en el caso de Don Vicente su matrimonio le llevó a administrar una tortillería junto a su esposa, trabajo que realizó durante poco más de un año, para después renunciar y buscar empleo en una prestigiosa fábrica de muebles ubicada al noreste de la ciudad. Don Guillermo al cumplir la mayoría de edad logró ingresar a una industria dedicada a la elaboración de cableado eléctrico, lugar donde pasó seis años laborando. Después de renunciar por verse en medio de un conflicto sindical, ingresó a una fábrica de fertilizantes, pasando un año dentro de la misma. Al término de su contrato temporal es que se hizo con un empleo como ayudante dentro de la fábrica de llantas Goodyear-Oxo, al mismo tiempo que se unió en matrimonio y comenzó a reconstruir la casa de sus padres.

Por otro lado, Don Fernando continuó trabajando como auxiliar de contabilidad hasta la edad de veintiún años, cuando su padre le consiguió una plaza de ayudante general dentro de la fábrica de llantas, obteniendo un trabajo más cercano con un mejor sueldo. Mientras tanto Don Juan trabajaba como albañil hasta alcanzar su mayoría de edad, momento en el ingresó en la fábrica de fertilizantes Guanomex, al mismo tiempo que se une en matrimonio con su actual esposa. Después de pasar tres años trabajando en dicho lugar fue despedido injustamente, para luego encontrar trabajo en un rancho lechero cercano a su hogar.

Finalmente, Don Antonio vivió un momento distinto a las experiencias de los varones de ambas generaciones, debido a la postergación de su entrada al mercado laboral como al desinterés por contraer matrimonio. Don Antonio se convirtió en el administrador del negocio lechero de sus padres, gozando de relativa libertad para organizar tanto sus tiempos de trabajo, como los ingresos económicos. Por lo que, es hasta los treinta años de edad que este participante decidió casarse. Evento que se sincroniza con su desvinculación con el negocio de sus padres para buscar empleo como obrero en las fábricas de la región.

| | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|-------------------|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|
| Año Calendario | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 | 77 | 78 | 79 | 80 | 81 | 82 | 83 | 84 | 85 | 86 | 87 | 88 | 89 |
| D. Vicente/Edad | 20 | 21 | 22 | 23 | 24 | 25 | 26 | 27 | 28 | 29 | 30 | 31 | 32 | 33 | 34 | 35 | 36 | 37 | 38 | 39 | 40 | 41 | 42 | 43 | 44 | 45 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | VE | | | | | | AX | TC | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | M | H | | V | | | M2 | H | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | DM | | | | | DM | | ID | | | | | | | | | | | | ID | LB | LB | MI | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 | 77 | 78 | 79 | 80 | 81 | 82 | 83 | 84 | 85 | 86 | 87 | 88 | 89 |
| D. Guillermo/Edad | 16 | 17 | 18 | 19 | 20 | 21 | 22 | 23 | 24 | 25 | 26 | 27 | 28 | 29 | 30 | 31 | 32 | 33 | 34 | 35 | 36 | 37 | 38 | 39 | 40 | 41 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | TP | | AX | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | P6 | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | M | H | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | Ay | CM | | | | | | CM | G | GO | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 | 77 | 78 | 79 | 80 | 81 | 82 | 83 | 84 | 85 | 86 | 87 | 88 | 89 |
| D. Fernando/Edad | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 | 18 | 19 | 20 | 21 | 22 | 23 | 24 | 25 | 26 | 27 | 28 | 29 | 30 | 31 | 32 | 33 | 34 | 35 | 36 | 37 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | P | | | CT | CT | CT | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | M | H | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | AP | Ax | Ax | GO | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 | 77 | 78 | 79 | 80 | 81 | 82 | 83 | 84 | 85 | 86 | 87 | 88 | 89 |
| D. Juan/Edad | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 | 18 | 19 | 20 | 21 | 22 | 23 | 24 | 25 | 26 | 27 | 28 | 29 | 30 | 31 | 32 | 33 | 34 | 35 | 36 | 37 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | CN | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | P | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | M | H | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | AP | AI | | | | | AI | Gu | Gu | Gu | Re | | | | | | | | | Re | HB | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 | 77 | 78 | 79 | 80 | 81 | 82 | 83 | 84 | 85 | 86 | 87 | 88 | 89 |
| D. Antonio/Edad | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 | 18 | 19 | 20 | 21 | 22 | 23 | 24 | 25 | 26 | 27 | 28 | 29 | 30 | 31 | 32 | 33 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | P | S | | S | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | M | H | | |
| Trabajo | | Ay | | | | | | | | Ay | TC | | | | | | | | | | | | FP | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |

Tabla 6: Cursos de vida de la Generación Modelo Industrializador Precario (1944-1956). Entre los años 1964 y 1989.

Se presentan los cursos de vida a partir de cinco trayectorias relacionadas con la trayectoria laboral (trayectoria eje en color rojo), los señalamientos en letra marcan eventos y transiciones en la vida de los participantes. Las columnas que aparecen en color gris marcan el año en que los participantes contrajeron matrimonio.

7.2 Consolidación identitaria del hombre trabajador.

Los diez participantes buscaron, de una u otra forma, prosperar dentro de sus lugares de trabajo para así acceder a mejores puestos, además de obtener mayores ingresos y privilegios. Esta situación se une a otras condiciones y experiencias que compartieron ambas generaciones, desde las cuales se generaron múltiples significaciones sobre su vida laboral. Dentro de dichos elementos, persistió el hecho de que los varones vivieron las mismas condiciones laborales que brindó el modelo económico industrializador imperante en el país durante la segunda mitad del siglo pasado. Es decir, ocuparon un empleo de corte asalariado dentro del sector industrial, contando con acceso a seguridad social y demás prestaciones laborales.

Sin embargo, es preciso resaltar que existió una diferencia sustancial entre ambas generaciones. Los participantes más envejecidos contaron con mayor certeza en sus condiciones laborales, mientras que la segunda generación vivió la precarización de sus empleos y prestaciones laborales. Así mismo, todos los participantes desarrollaron sus trayectorias laborales económicamente remuneradas bajo el imaginario del trabajo y la proveeduría como máximas aspiraciones masculinas, cuyo incumplimiento suponía un duro golpe a sus identidades genéricas.

La posición adoptada por los participantes puede ser entendida en términos históricos, a partir de los señalamientos que Kohli (2007) realiza sobre el proceso de institucionalización del curso de vida experimentado a mediados y finales del siglo XX. Siendo así que la búsqueda de los varones por convertirse en trabajadores competentes de tiempo completo, así como jefes de familia responsables, se encuentra legitimada en las normas e imaginarios de la estratificación genérica y de edad. Donde los hombres que poseían juventud, fuerza, habilidad y conocimientos, se veían como los principales actores del mundo laboral. Por lo que se esperaba que los varones transitaran por el mundo laboral de manera continua y unificada, sincronizando esta dimensión otras trayectorias de su curso de vida (Guillemard, 2005).

Teniendo en cuenta esta forma de estructurar las trayectorias laborales, se han identificado algunas condiciones cotidianas, así como beneficios, logros, malestares, y significados compartidos entre los diez participantes. Considerando que cada elemento aporta su propia riqueza al análisis del fenómeno en cuestión.

En el caso de las condiciones cotidianas, el hecho de convertirse en trabajadores asalariados se constituyó como una increíble transformación personal para la mayoría de los varones. Dicha situación se deriva de por lo menos dos condiciones que surgieron a partir de esta nueva forma de participación en el mercado laboral: la existencia de una plaza de trabajo segura, así como la modificación de los tiempos de trabajo y descanso.

Hasta antes de este momento los varones habían conseguido empleos de una estabilidad relativamente frágil, sin ningún tipo de garantía laboral que los protegiera frente a los abusos de sus empleadores o superiores. Con su entrada formal a una empresa, o bien, a una institución gubernamental, los participantes obtuvieron un contrato de trabajo que los amparaba, y les otorgaba cierta seguridad de recibir un sueldo fijo semanalmente. Así mismo, la existencia de sindicatos dentro de sus lugares de trabajo les permitió acceder a ciertos privilegios laborales, como lo serían un mejor aguinaldo o más días de vacaciones.

Sin embargo, el mayor impacto de dicha transformación del curso de vida radica en el acceso a un sueldo muy superior a los anteriores, asegurando la manutención óptima de sus familias. Así mismo, este salario permitió que los participantes pudieran construir sus viviendas paulatinamente, además de ahorrar para emprender nuevos proyectos. El sueldo de un trabajador era sumamente superior al pago de una jornada que recibía un campesino, o a la ganancia obtenida por la venta de la cosecha. Aspecto que alimentó el deseo de permanencia dentro de los varones, ya que, sus empleos les permitían acceder a nuevas formas de vida:

...Ya después que entré a trabajar cambió todo, yo ya tuve salario, ya tuve salario. La primera semana me dio mucho gusto, rayé trescientos ochenta y siete pesos, trescientos setenta y siete pesos, ya me sentía yo re fachoso, nunca había tenido esa cantidad...es que era un dineral en ese tiempo esa cantidad... (Don Javier, 82 años).

El acceso de los varones a formas de trabajo que dotaban de mejor remuneración y seguridad social, provocó una transformación en el ideal masculino de la comunidad. De manera paulatina se desplazó la imagen del hombre campesino que confiaba su sustento en la siembra de temporal, por la imagen del hombre asalariado que veía asegurado un sustento superior al generado por el primero. No obstante, el nuevo ideal masculino seguía incorporando elementos del trabajo agrícola, ya que estos eran necesarios para el trabajo comunitario, así como para la realización de actividades agropecuarias a pequeña escala. Así, los hombres tenían que cumplir con sus obligaciones como proveedores familiares a partir de un trabajo asalariado, al mismo tiempo que seguían realizando trabajos agrícolas ocasionales que los enlazaban con su comunidad y su pasado.

Existen ejemplos documentados en las zonas rurales mexicana sobre esta transición que nos permiten tener una imagen más completa del fenómeno. Por ejemplo, Vázquez (2013) documentó la transformación de la imagen dominante masculina en algunas comunidades del centro de Veracruz. Donde la llegada de centros agrícolas industriales donde se ofrecía un sueldo fijo y seguridad social, promovió que los varones dejaran de lado las técnicas tradicionales, insertándose rápidamente en la cadena de trabajo asalariado. Estas nuevas formas de empleo restaron legitimidad a la representación normativa del varón campesino que solo disponía de su fuerza y su tierra para alimentar a su familia.

Otros ejemplos pueden encontrarse en los trabajos de Navarrete (2003) y Rosas (2008), igualmente desarrollados en el estado de Veracruz. Donde se documentaron el surgimiento de nuevos referentes de masculinidad encarnados bajo la figura del varón migrante. Imagen que, al ofrecer un ingreso superior de dinero, así como el estatus de ser un hombre valiente por aventurarse a migrar hacia Estados Unidos, desplazó la imagen del varón campesino.

No obstante, es importante resaltar que la reproducción de esta nueva imagen masculina por parte de los participantes, también implicó una transformación dentro de sus temporalidades. Es decir, al dejar de trabajar por su cuenta o en un empleo informal, los participantes tuvieron que aceptar la rutina que el trabajo asalariado demanda, cediendo así la libre elección del uso de su tiempo. Por otro lado, la imperante necesidad de proveer de

recursos a su familia cada semana, impedía en estos hombres la elección de dejar sus trabajos para comenzar una nueva e informal aventura laboral.

Desde este aspecto, el cumplimiento de su jornada laboral se estableció a partir de la asignación de un horario, sea ya en la mañana, por la tarde o a lo largo de la noche. Los varones, teniendo asignado un turno pasaban entre ocho y diez horas realizando sus labores, disfrutando de sus ratos de comida y descanso entre maquinas o jardineras. Así también, sus formas de alimentación se modificaron; dejándose de lado las comidas calientes y recién elaboradas, para ser sustituidas por alimentos fáciles de transportar, como tacos o tortas:

...Y me metí a trabajar en una fábrica, yo cuando entré en una de esas cosas, a mí me pareció un monstruo ¿no? demasiado ruido, veía yo mucha gente trabajando, era otro ambiente, a mí me daba pavor el ruido... fue bien drástico, porque era algo que yo iba a aprender, totalmente nuevo, donde no sabía hacer nada, donde me espantaba, donde no sabía las reglas. O sea, para mí fue bien durísimo, bien durísimo en adaptarme ¿no? A ser mandado... (Don Antonio, 61 años).

Un aspecto complementario dentro de la nueva configuración temporal en los varones, fue la posibilidad de trabajar horas extras terminado su turno, o bien, asistir a trabajar en días de descanso. Dicha modalidad de trabajo implicó un aumento notable en el salario recibido, situación que motivo a los participantes a aprovechar todas las posibilidades para ampliar sus ingresos. No obstante, el hecho de ampliar la jornada laboral con dos o tres horas, consistía en un esfuerzo físico importante; ya que, aunque cansados, hambrientos o adormilados, esto varones deberían permanecer en sus puestos de trabajo para así garantizar una entrada de dinero adicional.

El hecho que los diez participantes orientaran el uso de su tiempo en función de sus compromisos y aspiraciones laborales influyó en gran medida para que estos iniciaran profundas relaciones con otros trabajadores. Las cuales estuvieron orientadas tanto a fomentar amistad y cooperación entre los trabajadores, así como generar relaciones de rivalidad o conflicto entre los mismos. Sin embargo, las relaciones establecidas con las mujeres dentro de sus empleos fueron menores en comparación con aquellas establecidas con varones, aunque su existencia siempre fue tratada con cuidado y precaución, siendo así más reservados.

En el primer caso, los participantes entablaron relaciones con aquellos varones más cercanos a sus puestos de trabajo, o aquellos que compartían las mismas condiciones laborales. Dichas alianzas hacían más llevadero el trabajo rutinario, ya que era común que dichos varones compartieran sus alimentos, o fomentaran el crecimiento personal entre los miembros del grupo impulsándolos a concursar por mejores puestos. Así también, que entre el mismo grupo de amigos se cubrieran las espaldas si existiera algún conflicto, percance o abuso que atentara contra la integridad de los hombres. Ciertas amistades superaron las paredes de los centros de trabajo, y a la larga se convirtieron en compadrazgos con el apadrinamiento del algún descendiente.

Por otro lado, la existencia de relaciones altamente negativas no fueron situaciones aisladas, sino que, en ocasiones llegaron a ser una constante en la relación laboral de los participantes. Las rivalidades y conflictos entre trabajadores podían desatarse por diferencias personales, por rumores entre ambos hombres, por el simple acto de molestar, o bien, porque alguno de los varones buscaba un beneficio percibido en el otro. Un hecho curioso sobre esta situación es que todos los varones se definieron como buenos trabajadores y agradables compañeros. De manera que, a su modo de ver, el surgimiento de relaciones de conflicto o rivalidad, no dependió de ellos sino de otros varones que buscaban afectarlos:

... con el director también tuve broncas, yo le hacía el paro de algunas cosas, pensaba, se va a portar cuatito... se me puso pendejo un día, me dijo, ¡yo soy karateca, y ay traigo esta 38! (pistola calibre .38) Y que le digo ¿y qué? A mí me vale madres que seas karateca y que seas el director, yo tengo una 38 igual que esa, le digo, el día que quieras la traigo y si quieres nos damos en la madre... (Don Genaro, 75 años).

Es posible reflexionar sobre estas circunstancias sumamente negativas, a partir de los apuntes que Salguero (2008) realiza sobre las experiencias de poder contradictorias en los varones. Reconociendo así que los participantes llegaron a soportar abusos por parte de sus compañeros y superiores, teniendo que defenderse cuando había posibilidad de hacerlo, o simplemente tolerándolos cuando no existía posibilidad alguna. Esta situación fue acompañada por la humillación, el dolor y el temor de ver perdido su empleo si no contaban con la suficiente inteligencia para lidiar con los abusos. Evidentemente la mayoría de los

participantes decidieron nunca contar sus experiencias, siendo algunas reveladas por primera vez durante el proceso de entrevista.

Finalmente, los diez participantes llegaron a tener pocas relaciones con mujeres dentro de sus centros de trabajo, ya sea porque sus labores los mantenían alejados de ellas, o bien, porque a pesar de mantener contacto directo, prefirieron mantenerse alejados. Esta postura se desprende del principio de proceder con respeto y precaución cuando convivían con mujeres. Los varones consideraban que las mujeres podían meterlos en serios problemas dentro de sus empleos si es que iniciaban un conflicto contra ellos, debido a que ellas no podían tolerar el ambiente laboral sumamente competitivo que se crea entre hombres:

Sí, es muy difícil, porque, como que te sientes con poca capacidad de decirles, es que tú no puedes discutir (con ellas) como discutir con un hombre, entonces una diferencia muy grande... de mi parte no me atrevía yo ni a tocarlas, que luego, te gana la ¿cómo te dijera yo? Te ves mal o te sientes mal o no sé qué... (Don Juan, 65 años).

Dentro de toda esta dinámica los varones fueron consiguiendo ciertos beneficios en sus centros de trabajo, los cuales bien podían ser de carácter personal o económico. Entre aquellos del primer rubro, la mayoría de los participantes participaron en las campañas de alfabetización y ampliación de estudios que se desarrollaron dentro las fábricas o instituciones donde laboraban. Así, la ocasión les llevó a subsanar parte del rezago educativo al que la mayoría fueron expuestos, aspecto que además de dotarles de habilidades en lectoescritura, posibilitó su ascenso a nuevos puestos de trabajo. Esta oportunidad de crecimiento se realizó desde el modelo del escalafón, donde los varones tenían que acumular experiencia y antigüedad para poder concursar por una mejor plaza.

El progreso laboral obtenido a partir de sus ascensos les permitió a los participantes el gozar de un mejor salario, así como de un mayor estatus frente a otros trabajadores, ya que, estos podían presumir ser lo suficientemente hábiles para superar a los demás varones. Aunado a ello, su promoción demostraba su valía como trabajadores-proveedores, ya que para ellos quedaba claro que su posición activa era un elemento importante dentro de sus cualidades como hombres.

En ciertos casos, la combinación de mejores puestos y la postura activa frente a los trabajos, llevó a los varones a desarrollar sus propios negocios a la par que cumplían con su jornada laboral. Es decir, los participantes lograron ahorrar lo suficiente para conseguir los insumos suficientes y así trabajar durante sus descansos o fines de semana, apoyados principalmente por sus esposas, y después por sus hijos.

Estos negocios podían ser a pequeña escala, nombrados por ellos mismos como “chambitas”, que consistían en realizar actividades económicas para complementar el sueldo recibido. Las chambitas tenían un objetivo local e inmediato, por lo que no se esperaba que su labor perdurase en el tiempo. Por otro lado, ciertos participantes lograron ahorrar un capital suficiente como para renunciar a sus empleos e iniciar un negocio propio. Aunque dicha opción se configuraba como una aventura que ponía en juego todos los recursos del participante, por lo que su fracaso implicaba la ruina de toda su familia.

Tras pasar un cierto número de años aprendiendo los pormenores de sus puestos de trabajo, los varones desarrollaron un saber práctico que los llevó a considerarse y ser vistos como expertos. Dicho proceso de aprendizaje fomentó la creación de una serie de significados que matizaron la forma en que los participantes ejecutaban sus tareas. “Trabajar, chambear o chingarle”, no solo implicaba realizar sus labores, sino que implicaba la adecuada ejecución técnica, así como encontrar un correcto balance dentro de las relaciones que establecían con otros trabajadores.

El ejercicio de una correcta técnica de trabajo implicaba no solo saber usar las herramientas o maquinaria de trabajo, sino que era necesario conocerlas a tal grado que no necesitaban ayuda para solucionar problemas inmediatos. Los participantes paulatinamente se convirtieron en un referente de conocimiento sobre el tema, ganando respeto frente a sus compañeros, así como enseñando a los nuevos empleados. Esta situación podía extenderse a tal grado que los varones llegaban a ser los únicos capacitados para realizar una tarea específica, o bien, para operar cierto tipo de maquinaria. Ocupar dicha posición llenaba de orgullo a los participantes, ya que, si bien no recibían un pago adicional por poseer tales conocimientos, si generaban la satisfacción de sentirse expertos en su área de trabajo. En otras palabras, se sentían orgullosos de “ser chingones” en lo que hacían:

... por ahí veo un puesto, que tenías que tener de antigüedad diez años pare ser merecedor de ese puesto, y competías. Más sin en cambio, me dan el puesto, porque nadie lo quería, yo lo tomé ¿qué entendí ahí? Que tres mil quinientos cabrones no podían con ese puesto, y yo pude ¿sí me explico?... (Don Guillermo, 68 años).

Desde otra lógica, el saber trabajar también implicaba conocer la dinámica de las relaciones laborales, identificando potenciales aliados, así como enemigos acérrimos. Tener una buena relación con el jefe inmediato, o con el enlace sindical otorgaba la posibilidad de obtener concesiones para faltar o llegar tarde sin que esto supusiera un recorte del sueldo diario. Así mismo, conocer las personas con las cuales trabajaban, permitió a los participantes el cumplir adecuadamente con el trabajo a realizar. Ya que sabían con quién contar en el momento en que el trabajo abundaba, así como con quién tomar un merecido y secreto descanso cuando no había mucho que hacer.

Finalmente, todos los años de trabajo generaron en los participantes una serie de malestares de corte emocional y corporal, que en la gran mayoría de los casos tuvieron que soportar hasta el final de sus trayectorias. En el primer aspecto, si bien estos hombres disfrutaron trabajar, existieron periodos en los cuales sufrieron abusos por parte de sus superiores. Dichas situaciones podían tornarse altamente humillantes, por lo que los varones tenían que soportar su enojo y frustración para mantener su empleo. En ocasiones las vejaciones venían acompañadas por una reducción del salario, o por el despido injustificado, condición que mermaba la alegría de los varones, situándolos en momentos de gran incertidumbre respecto de su papel de proveedores:

... (en la empresa) llegaron al grado de aventarme mi sobre, en ese tiempo no se cobraba por cajero ni todo eso, llegaron al grado de aventarme mi sobre... Yo sentía una humillación grandísima, porque, yo llegué a llorar de impotencia, de no tener la preparación para poder rebatir. Entonces llegaba yo a la casa y le decía a mi esposa, creo que ni nos rinde lo que gano... (Don Juan, 65 años).

Adicionalmente, los malestares físicos acompañaron las experiencias laborales de todos los varones, siendo algunos de ellos una constante dentro de su rutina de trabajo. La fatiga, la falta de sueño, y los dolores corporales eran los malestares más frecuentes. Dadas las características de sus empleos, los varones frecuentemente realizaban actividad física intensa. La falta de capacitación y equipo de seguridad eran alicientes para que sufrieran accidentes, enfermedades o lesiones, las cuales eran atendidas dependiendo de su gravedad.

Es decir, si la lesión o la enfermedad no era lo suficientemente grave como para incapacitar a los hombres, ellos seguían realizando su trabajo a pesar de sus malestares. Esto se debía a dos factores: por un lado, consideraban como poco masculino el ausentarse de sus empleos por “algo menor” con lo que se podía lidiar. Así mismo, el dejar un día de trabajar representaba un decremento en su salario, y por ende en la proveeduría de su hogar. Si la situación era de riesgo, o bien, si los varones a pesar de sus esfuerzos no podían soportar su jornada de trabajo, estos acudían al doctor lo más rápidamente para así regresar a sus empleos cuanto antes:

... ese aspecto no te lo voy a negar, es pesado para un obrero, en las fábricas hay un ambiente muy contaminoso, de mucho ruido de mucho polvo, según lo que se produzca ¿verdad? En esos tiempos no había tanta higiene y seguridad, no se preocupaban mucho por el obrero, no había equipo de seguridad. Cuando entré pues no, no había eso... (Don Fernando, 65 años).

La postura de tolerar el cansancio y la enfermedad por parte de los varones entrevistados se encontraba revestida por cierta carga de heroísmo y auto sacrificio, debido a que esta demostración de fortaleza física estaba enfocada en no descuidar la proveeduría de la familia. Con lo cual parece quedar legitimada la falta de expresión de emociones, dolores y cansancios en los hombres. Así mismo, el cuidado de sí mismos se limitó a tal grado en este momento de la vida, que los participantes solo buscaban asegurar las condiciones mínimas de salud que garantizaran su continuidad dentro de sus puestos de trabajo (De Keijzer, 2003; Figueroa-Perea, 2015).

Aunque, como se verá en las siguientes líneas, cada generación y cada participante contó con sus propios recursos para hacer frente a las condiciones laborales que se les fueron presentando.

7.2.1 “Tú no te vas de aquí hasta que tengas los pies por delante”. La complejidad de la trayectoria laboral (I).

La configuración de las trayectorias laborales en la generación de participantes más longevos se caracterizó por ser particularmente larga y estable, ofreciendo oportunidades para que estos hombres pudieran subsanar aquellos rezagos educativos de su niñez. Dotándoles también de cierta seguridad personal, al nunca vivir condiciones de precariedad económica que pusieran en riesgo su capacidad como proveedores. Sin embargo, esto no quiere decir que estuvieran exentos de enfrentar problemáticas y conflictos dentro de sus empleos, manteniéndose en algunos casos en constante vigilancia para no caer presas de una trampa que pusiera fin a su trayectoria. Así mismo, los últimos años de dichas trayectorias estuvieron permeados por una suerte de incertidumbre frente a la finitud laboral.

Por ejemplo, Don Mario dedicó treinta y cinco años de su vida como maestro panadero en una famosa panadería ubicada en la colonia Lomas de Chapultepec. El entrevistado utilizó sus contactos dentro del gremio, donde era apodado como “el Rifle” por su increíble fuerza y potencia física, para así ocupar el puesto de maestro panadero del turno diurno. Dichas funciones no solo implicaban vigilar la correcta producción del pan, sino que también implicaba dirigir a los otros empleados del lugar.

Siendo un ambiente donde se únicamente se empleaban varones, su labor como jefe se movía continuamente entre relaciones de alianza con amigos y subordinados, así como relaciones conflictivas con otros panaderos que no aceptaban recibir sus órdenes. Para complicar aún más las cosas, Don Mario recuerda que, durante toda su trayectoria laboral el oficio de la panadería fue refugio de delincuentes, y malvivientes. Quienes, al ser buscados por alguna autoridad o enemigo, veían a estos espacios de trabajo como un refugio donde difícilmente pudieran ser encontrados. En consecuencia, Don Mario tenía que moverse con el cuidado suficiente para hacerse respetar como maestro, pero sin que esto representara una amenaza para su seguridad.

Por otro lado, no tardó en entablar relaciones de amistad con sus compañeros de trabajo, que fueron para él en extremo enriquecedoras, salvo aquellas que lo sumieron en un periodo donde abusó de la bebida. Por aproximadamente tres años Don Mario combinó sus obligaciones laborales con la ingesta cotidiana de alcohol, asistiendo a trabajar por las mañanas y pasando sus tardes bebiendo. Su excelente relación con sus patrones, además del hecho de asistir diariamente a trabajar sin importar la resaca y cumplir con toda la producción de pan, le valieron para que este pudiera conservar su lugar de mando a pesar de su condición.

Aunque este varón inició sus días como maestro de pan blanco, su curiosidad y empeño le permitieron convertirse con el paso de los años en maestro de repostería. Así mismo, observó la lenta transformación de la forma de hacer pan, viendo la llegada de nuevos hornos y maquinarias que aumentaban la producción, pero que poco reducían el extenuante esfuerzo físico que requiere labrar el pan. Teniendo la posibilidad de ahorrar un poco, Don Mario se vio en oportunidad de iniciar pequeños negocios complementarios, los cuales funcionaron sin llegar a consolidarse como una opción laboral concreta. El primero de ellos fue un negocio de venta de zapatos, que fue llevado en compañía de su esposa, al ser ella la encargada de su comercialización. El siguiente negocio consistió en la creación de una granja de cerdos en el Bajío, que era administrada por un familiar suyo, y le sirvió para obtener ingresos esporádicos.

Ya en el año de 1990, y con cincuenta y nueve años de edad, Don Mario fue despedido de su lugar de trabajo debido a la quiebra de la panadería, siendo indemnizado directamente por su patrón. Planeando vender su casa en la Ciudad de México y utilizar el dinero junto a su liquidación en ampliar su granja porcina, es convencido por uno de sus yernos para comprar un terreno en el pueblo de Axotlán. Don Mario aceptó la oferta, comprando un terreno y dos camionetas, para luego edificar tanto su casa como su taller, dando inicio a su propia empresa de panadería.

Ahora bien, la trayectoria laboral Don Javier, supuso una doble transformación: la primera de ellas fue dejar de ser campesino para convertirse en obrero, y la segunda, dejar de ser obrero para convertirse en comerciante. Siendo recomendado por su hermano, el entrevistado comenzó a laborar dentro de la empresa de fertilizantes Guanomex en el año de 1955, cuando tenía veinte años de edad, ocupando el puesto de ayudante dentro el comedor

del lugar. Aunque reticente por dejar atrás sus actividades como campesino, Don Javier inicio su paso por el trabajo asalariado con un sueldo muy por encima de sus anteriores ingresos. Contando también con la posibilidad de asistir por casi tres años a sesiones de educación para adultos que la empresa ofrecía a sus trabajadores.

Este aspecto, si bien no lo dotó de un certificado de estudios con validez oficial, si le ofreció la posibilidad de concursar por una mejor plaza dentro del sistema de escalafón. Tras superar una prueba de habilidades matemáticas Don Javier logró ser promovido a barrendero, con lo cual, logró insertarse dentro del área de producción de fertilizantes, para seguir escalando puestos. Después de un corto periodo consiguió superar nuevamente su prueba de promoción, ganándose el puesto de ayudante de operador en las calderas de la empresa. Finalmente, consiguió posicionarse como operador de caldera, obteniendo un sueldo elevado a sus necesidades que decidió ir ahorrando con el paso de los años.

Don Javier considera que sus labores no representaban un desgaste físico importante, ya que casi todas ellas se realizaban a partir de la operación de un control remoto, y de revisar continuamente los niveles de las calderas. Sin embargo, la política de rolar turnos le suponía un malestar, ya que continuamente debía de adaptar sus periodos de sueño al turno que le exigían cumplir. Después de diez años de trabajo, Don Javier compró un terreno en un pueblo vecino, dedicado exclusivamente a iniciar su primer negocio, siendo este un rastro donde comerciaban carne de res y cerdo. Para realizar dicha aventura se valió de uno de sus primos, quien realizaba la adquisición y venta de la carne, así como de su esposa, quien realizaba las funciones administrativas. Poco tiempo después, y ayudado por más familiares, inició un negocio de materias primas, dedicado a ofertar todos los insumos necesarios dentro de la cocina rural.

Ambas iniciativas tuvieron un éxito rotundo, obteniendo así la motivación suficiente para renunciar a su puesto dentro de la fábrica de fertilizantes. Su renuncia fue considerada como un hecho doloroso, ya que había cultivado grandes amistades, a las cuales fue difícil despedirse. Don Javier tuvo dificultades para adaptarse a su nueva actividad, ya que por un lado extrañaba la rutina cotidiana que una empresa ofrece, y por otro, le resultaba extraño saberse como el patrón que daba las órdenes, en vez de recibirlas. Sin embargo, su nueva

forma de vida le permitió volver a cultivar parte de la parcela familiar, esta vez por recreación y no para su subsistencia.

Consumada su renuncia en el año de 1970, Don Javier pasó los siguientes treinta años de su vida trabajando a tiempo completo entre sus dos negocios, teniendo jornadas de doce horas de trabajo en su punto más alto de venta. Este éxito lo llevó a construir una pequeña fortuna, la cual se vio sumamente reducida debido a su problema de abuso del alcohol. A raíz de la muerte de su esposa a inicios de la década de 1980, Don Javier se hundió en una profunda depresión que lo llevó a mantenerse en constante estado de ebriedad por casi seis años.

Aunque este varón se mantuvo constante dentro de ambos negocios, fue gracias al apoyo de sus familiares que logró mantenerlos a flote. Es decir, a pesar del dolor por la pérdida de su esposa, y del continuo desgaste físico producido por el exceso en la bebida, Don Javier nunca vio como una opción el dejar de lado sus obligaciones con sus negocios y su familia. Su salida de este espiral de dolor se produjo a partir de ser ridiculizado por un par de mujeres, dejándole claro que había dejado de ser ese hombre trabajador y resistente de antaño. Por lo que, en adelante, Don Javier se mantendría en abstención, dedicando sus días a trabajar de sol a sol.

Ahora bien, en el caso de Don Jesús también se experimentó una doble transformación, aunque esta puede ser considerada como un retorno a las actividades agropecuarias. Es decir, el varón incursionó como empleado de una institución estatal, para luego retirarse y dedicarse a producir la tierra, así como criar animales para su venta.

Don Jesús consiguió su empleo como velador del Museo Nacional del Virreinato en 1961, cuando tenía veinticuatro años de edad y se había recuperado de una fractura en la pierna. Su nuevo empleo le permitió recibir sesiones de educación para adultos organizadas por personal del INAH, con el afán de subsanar el rezago educativo que poseía gran parte de su personal operativo. Después de unos cuantos años Don Jesús logró obtener el puesto de custodio, con lo cual, su jornada de trabajo se vio mejorada. Así también, a partir de una serie de créditos que la institución les ofrecía a sus empleados logró comprar el terreno donde se ubica su actual hogar, y que en sus inicios comenzó a usar como establo para la cría de animales.

Si bien la paga era buena y el trabajo no era físicamente desgastante, Don Jesús consideraba su empleo como un encierro permanente que minaba sus energías. El hecho de permanecer en un mismo lugar todo el tiempo, la falta de actividades donde pudiera demostrar sus habilidades para el trabajo manual, así como la burocracia que se vive dentro de las instituciones desgastaron su paciencia. Por ello, una vez cumplidos veinte años de servicio decidió pedir su baja definitiva y heredar su plaza a uno de sus hijos, para luego ser indemnizado con una pensión y así poder dedicarse por completo a las actividades agrícolas.

Sin embargo, Don Jesús llegó a arrepentirse por abandonar tan premeditadamente su empleo, ya que dejó atrás una serie de posibilidades de crecimiento para perseguir un proyecto que no ofrecía ninguna clase de garantía. Aun con este sentimiento, decidió continuar con su plan de trabajo, por lo que invirtió sus ahorros y la liquidación obtenida en ampliar el número de animales para su comercialización. Así mismo, se dispuso a contratar algunas hectáreas de tierra en ejidos cercanos para sembrar diferentes granos, así como gran variedad de vegetales. Su constante esfuerzo le permitió sustentar su alimentación con lo sembrado, así como comercializar su excedente, siendo uno de los últimos hombres de la región que tenían el orgullo de permanecer fieles a su pasado agrícola.

Don Jesús pasó sus siguientes veinticinco años de su vida trabajando a tiempo completo y sin parar dentro de sus corrales, así como en las tierras de cultivo. Llegándose a apoyar tanto en su esposa como en sus hijos para atender las necesidades que implican una cosecha de gran tamaño.

Desde otra lógica los últimos dos integrantes de la primera generación no continuaron con la tendencia de incursionar en aventuras de trabajo independiente. Sino que se mantuvieron bajo la misma posición que desarrolló Don Mario, permaneciendo el mayor tiempo posible en sus lugares de trabajo.

Por ejemplo, Don Carlos buscó asiduamente un puesto de trabajo en alguna fábrica de la región, ya que conocía de los beneficios que los obreros contaban en comparación con los trabajadores del campo. Después de tres años de búsqueda es que logró ingresar en 1957 a una famosa fábrica de asbestos del municipio de Tlalnepantla, en un primer momento como trabajador eventual para luego incorporarse en un empleo de planta. En su fase como

trabajador eventual, Don Carlos se desempeñó como cargador, para luego ser basificado como personal de limpieza.

Debido a la poca escolaridad que poseía, así como a la forma de responder de manera creativa ante nuevas situaciones, es que fue recomendado para incorporarse a un pequeño comedor dentro de la fábrica, así como para recibir educación para adultos después de su turno. Siendo asignado como encargado del espacio logró reducir el número de robos dentro del comedor, además de mantener el orden entre los asistentes, razón por la cual fue nuevamente recomendado, esta vez para trabajar dentro del comedor central. Una vez trasladado, su primera labor fue aprender a cocinar para centenares de personas, actividad que Don Carlos consideraba como altamente femenina y que a la larga podía generarle problemas en su trayectoria de trabajo. Estando aclimatado en este espacio, una vez más fue recomendado por sus jefes para ocupar de manera adicional el puesto de mesero. Sin embargo, rápidamente fue removido de dicho lugar, ya que sus compañeros de trabajo argumentaron como injusto que poseyera dos funciones que le generaban más dinero que los demás.

Don Carlos regresó a desempeñarse únicamente como cocinero, aprendiendo los secretos de la cocina, así como maravillándose por haber dominado una actividad que por su género consideraba como sumamente difícil de realizar. Sin embargo, una vez más fue recomendado por sus jefes para operar las lavavajillas industriales que recién habían sido adquiridas por la empresa. Aunque Don Carlos ocupó este puesto hasta su despido en el año de 1989, su estadía dentro del mismo estuvo marcada por relaciones de conflicto entre los mismos compañeros de trabajo. Dado que el comedor era operado totalmente por varones, fue común que entre los mismos se fraguaran planes para despedir a trabajadores con los que se tenían problemas. En consecuencia, Don Carlos vivió en carne propia los embates de los otros para dejarlo en ridículo y quedarse con su puesto, por lo que para él no fue algo extraño terminar a golpes o insultos con algunos trabajadores.

Siendo despedido por recortes de personal, el participante se mantuvo trabajando cerca de un año como jardinero en las unidades habitacionales de la región. Hasta que fue recomendado por uno de sus sobrinos dentro de la empresa ICA, la cual contaba con una planta en el municipio de Tepetzotlán. Don Carlos trabajó como personal de limpieza de

1990 a 1998, ocupándose en primer lugar como jardinero, para luego volver a ser recomendado para la limpieza de las oficinas. Su apacible trabajo finalizó cuando decidió jubilarse para así aprovechar el dinero de su liquidación en terminar su casa.

Sintiéndose aun con suficientes energías, Don Carlos decidió trabajar como velador en las unidades habitacionales contiguas a Axotlán que se encontraban en construcción. Este empleo tan solo duró cuatro años, debido a las precarias condiciones en las que se encontraba, el riesgo que implicaba cuidar maquinaria pesada, y la incertidumbre que presentaba el retraso de sus pagos. Es así que, en 2001, Don Carlos decidió retirarse por completo de la vida laboral.

Para finalizar la generación más longeva se encuentra la trayectoria laboral de Don Genaro, que fue considerablemente grande y estable, aunque no por ello menos problemática.

Una vez que Don Genaro cumplió con su mayoría de edad y obtuvo su cartilla militar decidió dejar su antiguo empleo como cuidador de ganado, para buscar un trabajo mejor pagado. Su búsqueda le permitió acceder como trabajador al rancho Cuatro Milpas, que previamente había sido comprado por la UNAM para servir como centro educativo anexo a la licenciatura en medicina veterinaria. Ya en este lugar, participó en las campañas de alfabetización que la universidad ofrecía a sus empleados, aprendiendo a leer y escribir, así como a desarrollar operaciones matemáticas básicas.

En un inicio se desempeñó como personal de seguridad, cuidando los accesos o cumpliendo el rol de velador por las noches y los días de descanso. Sus actividades se desarrollaron con completa normalidad en sus primeros años de trabajo, hasta que comenzó a tener altercados con el directo del rancho, debido a su negativa a participar en actividades de desfalco, como el robo de animales o materia prima. Tras una escalada de tensión, el conflicto entre ambos llegó al punto en que Don Genaro recibió amenazas de muerte por parte de dicho personaje, sin embargo, no se concretó ningún ataque.

Don Genaro también llegó a desempeñarse como instructor para los alumnos, impartiendo cursos sobre el manejo del ganado vacuno, así como los cuidados del mismo. Adicionalmente llegó a implicarse con otros trabajadores en las distintas luchas sindicales que se gestaron durante las últimas dos décadas del siglo pasado, consiguiendo contactos

solidos dentro del sindicato universitario. Sin embargo, una de las ventajas de su empleo consistía en permitirle el emplearse durante su tiempo libre como cocinero de carnitas. Esta actividad nunca llegó a considerarla como una opción a largo plazo, ya que no igualaba el sueldo y las prestaciones que la universidad le ofrecía.

No se puede minimizar el hecho de que para Don Genaro gran parte de su trayectoria dentro de la UNAM se realizó bajo condiciones de conflicto y acoso laboral. En un primer momento tuvo que lidiar con un grupo de trabajadores que constantemente robaban insumos y lo acusaban de haber realizado dichos actos. Además de abusar sexualmente de algunas alumnas y trabajadoras, chantajeándolas con la retención del algún documento o tramite hasta que ellas accedieran a tener sexo con ellos. Don Genaro sabiendo que estaba en juego su empleo tuvo que valerse de todos sus contactos para lograr remover al grupo de trabajadores, aunque los varones que llegaron a suplirlos también contaban con una ética altamente cuestionable.

Sus nuevos compañeros de trabajo continuaron robando, pero esta vez centraron sus esfuerzos en hostigar a los otros trabajadores para que renunciaran y así poder ocupar su plaza con algún familiar o amigo. Don Genaro logró consolidar relaciones fuertes con otros hombres para resistir dichos embates, cubriéndose las espaldas los unos a los otros, y previniéndose ante cualquier situación que pudiera derivar en un riesgo innecesario. Viéndose en la necesidad de emplear todos sus recursos personales para frenar los abusos que se presentaban durante su trabajo cotidiano, evitando a toda costa caer en la provocación de una pelea, ya que esto implicaba su despido.

Tras cuarenta y dos años de trabajo ininterrumpido, Don Genaro decidió jubilarse en el año 2002, buscando dejar atrás los conflictos que mermaron el gusto por su trabajo. Para posteriormente iniciar la producción y venta de ganado ovino dentro de Axotlán, así como rentar algunas hectáreas de cultivo para la siembra de forraje y verduras dentro de los ejidos de la sierra de Tepotzotlán. Dedicando un par de días a la semana para trabajar en una cosecha que en parte era para su consumo familiar, así como para venta en menudeo.

| | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|----------------|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|-----|----|----|----|----|----|-----|-----|----|----|----|----|
| Año Calendario | 77 | 78 | 79 | 80 | 81 | 82 | 83 | 84 | 85 | 86 | 87 | 88 | 89 | 90 | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 0 | 1 | 2 |
| D. Mario/Edad | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | DF | Ax | Tc | | | | | At | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | Mp | R | Pp | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 77 | 78 | 79 | 80 | 81 | 82 | 83 | 84 | 85 | 86 | 87 | 88 | 89 | 90 | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 0 | 1 | 2 |
| D. Javier/Edad | 42 | 43 | 44 | 45 | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | ME | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | A | A | A | A | A | A | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 77 | 78 | 79 | 80 | 81 | 82 | 83 | 84 | 85 | 86 | 87 | 88 | 89 | 90 | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 0 | 1 | 2 |
| D. Jesus/Edad | 40 | 41 | 42 | 43 | 44 | 45 | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | ME | | |
| Trabajo | | | | R | A | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 77 | 78 | 79 | 80 | 81 | 82 | 83 | 84 | 85 | 86 | 87 | 88 | 89 | 90 | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 0 | 1 | 2 |
| D. Carlos/Edad | 40 | 41 | 42 | 43 | 44 | 45 | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | As | Ica | | | | | | Ica | Vig | | | | R |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 77 | 78 | 79 | 80 | 81 | 82 | 83 | 84 | 85 | 86 | 87 | 88 | 89 | 90 | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 0 | 1 | 2 |
| D. Genaro/Edad | 35 | 36 | 37 | 38 | 39 | 40 | 41 | 42 | 43 | 44 | 45 | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | R |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |

Tabla 7: Cursos de vida de la Generación Modelo Industrializador Formal 1(931-1942). Entre los años 1977 y 2002.

Se presentan los cursos de vida a partir de cinco trayectorias relacionadas con la trayectoria laboral (trayectoria eje en color rojo), los señalamientos en letra marcan eventos y transiciones en la vida de los participantes. Las columnas que aparecen en color gris marcan el año en que los participantes se retiraron o redujeron su participación en la vida laboral.

7.2.2 “El trabajo de tu vida”. La complejidad de la trayectoria laboral (II).

Desde otra posición, las trayectorias laborales de la segunda generación poseen gran similitud con las trayectorias de la anterior generación, aunque también consiguieron matices propios que las dotaron de una mayor complejidad.

Los varones también desarrollaron trayectorias laborales ininterrumpidas, es decir, se mantuvo constante el ideal masculino del trabajo y la proveeduría como meta personal. Sin embargo, los participantes ocuparon un mayor número de empleos, por lo que vivieron un mayor número de veces el desempleo, así como la carencia y la incertidumbre económica. Los motivos más frecuentes para desligarse de un empleo fueron el recorte de personal por problemas económicos de la empresa, así como la existencia de contratos laborales de carácter eventual, y el surgimiento de conflictos con los sindicatos. Quizá dichas situaciones se deban a que, dado lo cortas que eran sus trayectorias, no generaron los suficientes recursos y defensas para resistir los cambios de las políticas laborales. Aunque no puede minimizarse la existencia de eventos de corte biográfico que los obligaron a modificar sus trayectorias laborales drásticamente.

Por ejemplo, Don Vicente después de pasar un año entero administrando un negocio de producción y venta de tortillas, decidió que era necesario encontrar un empleo con posibilidades de crecimiento. Gracias a la recomendación de un amigo suyo logró ingresar a D.M. Nacional, empresa que se ubicó al noreste de la Ciudad de México, la cual se dedicaba a la producción de chasis para autos, así como muebles de metal y madera. Ingresando en el año de 1964, a la edad de veinte años, su primer puesto de trabajo se fue como ayudante general dentro de la producción diaria. Después de un corto periodo, Don Vicente fue ascendido a operador de una troqueladora, puesto que ocupó por un par de meses hasta ser ascendido nuevamente como ayudante de almacén.

Su promoción se debió en gran medida a sus estudios a nivel secundaria, ya que, aunque no poseía la suficiente antigüedad para ser ascendido, sus conocimientos le permitieron trascender el escalafón frente al disgusto de sus compañeros de almacén. Dentro del nuevo espacio de trabajo Don Vicente volvió a experimentar conflictos, dado que, al accidentarse el jefe del almacén este varón fue elegido para cubrir el tiempo de incapacidad. Por ello, una vez que su jefe regresó, fue transferido a otro departamento, trabajando dentro

del proceso de soldado de los chasis. Tras un breve periodo, Don Vicente fue capacitado como chofer de camionetas, aunque al final fue trasferido al departamento de acabado de sillas, último puesto a desempeñar dentro de la empresa.

A la edad de veinticuatro años Don Vicente perdió a su esposa después de presentar complicaciones en su último parto, quedando viudo y con dos pequeños hijos a su cuidado. Al intentar, sin éxito, el mantener su vida como antes de este suceso, Don Vicente comenzó a sumirse en una profunda tristeza prestando cada vez menos atención a sus hijos. Razón por la cual, tanto su madre como su suegra decidieron ocuparse de la crianza de sus nietos. Este evento, que lo dejó totalmente solo, fue el detonante para que comenzara a beber continuamente, descuidando su salud y su empleo. Después de casi un año de mantenerse en este estado, Don Vicente renunció voluntariamente a su puesto de trabajo, considerando que sus actividades cotidianas dejaron de tener sentido.

La ruptura del curso de vida es total, llegando al grado que este varón afirma haber perdido parte de los recuerdos de su fallecida esposa. Desvinculado totalmente de su familia Don Vicente pasó un par de meses realizando trabajos casuales, ocupando la mayor parte del tiempo en fiestas y bares. Siendo acompañado por tan solo un par de amigos, quienes lo apoyaron invitándolo a realizar nuevas actividades, es que Don Vicente conoció a su actual esposa, comprometiéndose con ella tras vivir unos cuantos meses de relación.

Al buscar un nuevo empleo para satisfacer las necesidades de su creciente familia, Don Vicente se valió de uno de sus primos para encontrar un trabajo estable; que además de proporcionarle un buen sueldo, lo llevaría a una nueva forma de empleo alejada del trabajo manual y extenuante. A la par de que este participante buscó un empleo formal, decidió establecerse definitivamente en Axotlán, así como iniciar junto a su esposa un pequeño negocio de venta de comida durante los fines de semana. Es así que en 1971 comenzó su nuevo empleo en una empresa dedicada al extinto oficio de vender enseres domésticos casa por casa. Dedicando trece años de su vida a este empleo, Don Vicente recorrió todos los puestos existentes, ganando una reputación considerable como excelente vendedor. Sin embargo, el participante decidió retirarse cuando sus patrones intentaron imponer un modelo de trabajo que atenta contra sus condiciones laborales.

Al formalizar su renuncia Don Vicente tenía ya asegurada una plaza dentro de otra empresa igualmente dedicada a la venta de enseres domésticos, que era administrada por sus antiguos compañeros de trabajo. Su tiempo dentro de este empleo fue relativamente corto, tan solo dos años, ocupándose como jefe de vendedores y ganándose la amistad de sus compañeros de empleo; quienes posteriormente lo recomendarían para trabajar en una importante empresa dedicada a la venta de materiales industriales. Escenario donde desarrolló su último empleo asalariado.

Su llegada a esta empresa ocurrió en 1987, iniciando sus labores como mensajero, y llegando a convertirse en vendedor estrella bajo el cobijo de su patrón. Don Vicente llegó a ser vendedor después de insistir por dos años al gerente de ventas, pero al surgir la oportunidad dudó si realmente pudiera ser competente para el puesto. Tras no tener otra alternativa, inició una larga capacitación autodidacta donde aprendió a conocer los productos a la venta, así como los modos y las tradiciones que existen dentro del mercado industrial. Su compromiso y empeño le valieron para ser reconocido por su patrón, manteniéndolo cerca de él como un trabajador clave. Aunque la constante carga de trabajo minó poco a poco su salud y tranquilidad. Ya que surgieron en Don Vicente una serie de problemas psicológicos, que lo mantuvieron en constante estado de ansiedad e irritabilidad.

Tras trece años de labor, Don Vicente fue despedido en el año 2000, debido a la entrada en vigor de la norma ISO-9000, que le exigía un título universitario para poder mantener su puesto. Así mismo, el acoso constante de un directivo cercano a su patrón hizo que su despido se materializara. Don Vicente decidió demandar a la empresa para asegurar su liquidación en tiempo y forma, consiguiendo con éxito el total de su pago. Frente al desempleo asumió que necesitaba dedicarse tiempo completo a su negocio de venta de comida, dedicando gran parte de la semana para el mismo. Sin embargo, Don Vicente consideró su salida del mundo asalariado como un fracaso personal, por lo que durante casi cinco años vivió con la frustración y el enojo constante, al verse obligado a retirarse en lo que él consideraba como su mejor momento laboralmente hablando.

Por otro lado, el caso de Don Guillermo muestra una formación distinta de la trayectoria laboral, orientada a trascender la condición de obrero y visualizarse como microempresario. Cuando este varón ingresó a la fábrica de llantas en 1974, contando con veintiséis años de edad, sus primeras obligaciones fueron como barrendero, aunque después de un par de meses logró adquirir una plaza dentro de la cadena de producción. Este hecho fue trascendental para Don Guillermo, ya que nunca esperó que su sueldo fuera tan grande. Después de un periodo de reflexión, decidió dos cosas: la primera de ellas era ahorrar lo más posible para iniciar un pequeño negocio a partir del cual mantener a su familia, así mismo, su paso por la empresa no debía ser mayor a veinte años, para así poder disfrutar de su negocio.

Don Guillermo vio la oportunidad de ascender rápidamente en el escalafón de la empresa concursando por los puestos de trabajo que nadie quería, debido a que eran sumamente extenuantes, o bien, era común lesionarse dentro de los mismos. Fue en un periodo de diez años que logró ascender de la posición de ayudante hasta convertirse en constructor titular de llantas. Dicha estrategia si bien le trajo beneficios a mediano plazo, lo hizo trabajar constantemente en condiciones sumamente riesgosas donde continuamente se quemaba por las altas temperaturas. En consecuencia, la falta de equipo de seguridad llevó a Don Guillermo a inhalar solventes durante toda su jornada de trabajo, situación que le provocó daños a nivel neuronal, haciéndolo de carácter sumamente irritable.

Al llegar al máximo puesto posible, decidió incursionar en la vida sindical, retirándose voluntariamente de la empresa en el año de 1994. Para ese momento Don Guillermo había terminado la construcción de su casa, y había comprado un terreno en el pueblo de Tepetzotlán donde inició su negocio de venta de materiales industriales. Decidido a lograr su objetivo, Don Guillermo utilizó toda su liquidación para surtir su negocio, así como en comprar dos camionetas para garantizar la movilidad de su mercancía. Su empresa resultó exitosa al poco tiempo, generando una ganancia impensable que lo hizo consolidar su negocio, así como dotar a su familia de todo lo necesario, incluyendo la educación privada de todos sus hijos.

Sin embargo, el éxito repentino, así como el daño neuronal provocado en su anterior empleo, lo llevaron a sumirse por un par de años en un continuo abuso del alcohol, descuidando tanto a su familia como a su negocio. Buscando una solución Don Guillermo se integró en un grupo de alcohólicos anónimos, donde prometió mantenerse sobrio hasta el último de sus días. Pasada dicha crisis, el crecimiento de su negocio continuó, por lo que fue necesaria la contratación de empleados para mantener su crecimiento constante. Don Guillermo mantuvo un intenso ritmo de trabajo hasta hace un par de años, cuando la aparición de varias hernias en su estómago lo llevaron a reducir sus actividades.

Desde otra posición y lógica de ideas, Don Fernando desarrolló una trayectoria de trabajo constante hasta el cierre de la fábrica de llantas, evento que modificó la vida de miles de trabajadores. Su llegada a dicho empleo fue en el año de 1973, a la edad de veintiún años y debido a la recomendación de su padre, quien también trabajó en el lugar. El primer puesto de trabajo dentro de esta empresa fue como ayudante general y personal de limpieza, muy a su pesar, debido a que sus estudios en una escuela técnica no fueron suficientes para trabajar en el área administrativa. Así mismo, el cambio laboral implicó el fin del cultivo de las tierras familiares. Dicha decisión fue tomada por su padre al considerar que todos sus hijos, al ser hombres casados y responsables, no podían descuidar sus obligaciones por atender la siembra de temporal.

Después del tiempo reglamentario para insertarse en el escalafón de la empresa Don Fernando logró ascender a la cadena de producción, desempeñándose como cortador, y posteriormente como constructor titular de llantas. Aunque sus puestos implicaban la presencia de accidentes constantes debido a la falta de equipo de seguridad, uno de sus máximos malestares consistía en el hecho de rolar turnos, así como en ocasiones verse obligado a doblar turnos. Para Don Fernando, la excesiva carga de trabajo podía mermar rápidamente sus fuerzas, por lo que utilizaba el poco tiempo libre para dormir. Así mismo, las pésimas condiciones en las que se encontraba la maquinaria de trabajo aumentaba el riesgo de accidentes, así también dificultaba la realización adecuada de su trabajo.

El excelente sueldo percibido llevó a Don Fernando a continuar dentro de la empresa hasta el último día de operación, que sucedió en el año de 2001; cuando la fábrica cerró debido al aumento en los costos de producción, y la llegada al mercado de mercancías más baratas. Siendo liquidado sin ningún problema, Don Fernando buscó empleo en otras fábricas de la región, pero ante los bajos salarios que estas ofrecían, se vio obligado a trabajar de manera asalariada por dos años más. Así mismo, su edad era una limitante para que pudiera acceder a mejores opciones laborales, ya que estos puestos se reservaban para personas más jóvenes.

Don Fernando decidió auto-emplearse utilizando el dinero de su liquidación, por lo que en el año de 2003 inició la cría y comercialización de ganado bovino. Aunque su iniciativa no logró expandirse, si le aseguró una entrada de dinero constante, manteniendo el capital invertido. Tras trece años Don Fernando decidió finiquitar su negocio, ya que el aumento de los niveles de inseguridad en su pueblo lo volvieron un blanco fácil. Sintiendo amenazada la integridad de su familia decidió vender todo su ganado para retirarse definitivamente del mundo laboral, y mantenerse con el pago mensual de su pensión.

Ahora bien, Don Juan inició sus labores dentro del rancho ganadero en 1974, teniendo veinticuatro años de edad. Es dentro de este lugar que descubrió su pasión como agricultor, desempeñándose como tractorista de apoyo en la alimentación y transporte del ganado lechero. Su jornada laboral consistía en asegurar el transporte de pastura y la producción lechera, aprendiendo a manejar de manera precisa los tractores, así como sus aditamentos mecánicos. Después de un tiempo Don Juan se volvió un verdadero experto, utilizando sus habilidades para arar o cosechar campos en sus tiempos libres, teniendo así una entrada extra de dinero que mantiene hasta hoy día.

Don Juan considera a este empleo como uno de los mejores que ha tenido, dicha valoración no se debe al sueldo percibido, si no al excelente ambiente laboral. En un lugar lleno de hombres llegó a encontrar las mejores relaciones entre compañeros de trabajo. Las cuales se convirtieron en verdaderas amistades donde se compartían los alimentos, y los proyectos. Así mismo, debido a la cercanía que el rancho lechero tenía con el pueblo de Axotlán, su trayecto era relativamente corto, situación que resultaba altamente satisfactoria. Después de pasar diez años trabajando, y debido a una serie de problemas económicos y de

producción, Don Juan volvió a buscar un empleo para asegurar el sustento de su familia, conservando sus empleos temporales como tractorista con los ejidatarios de la región.

El siguiente empleo de Don Juan fue en una importante fábrica dedicada a la creación de materiales plásticos para automotores, así como de llantas para avión. Al igual que otros varones, inicio sus labores como ayudante general y personal de limpieza, siendo rápidamente ascendido como operador de maquinaria. Debido a diferencias surgidas con sus jefes inmediatos Don Juan comenzó a ser molestado por los mismos, castigándolo arbitrariamente, así como imponiendo grades descuentos a su sueldo. Al buscar apoyo dentro del sindicato de la empresa, lo único que recibió fue una serie de mayores represalias en su contra. Esta situación lo llenó de impotencia y enojo, ya que tuvo que soportar múltiples humillaciones dentro de su trabajo, así como sentir que no era lo suficientemente capaz para ser el proveedor de su hogar.

Buscando una solución que no implicara su renuncia, Don Juan contactó con un sindicato opositor al que operaba en su lugar de trabajo, planeando en conjunto una operación silenciosa para que este lograra imponerse. Tras semanas de organización con otros obreros que igualmente habían sido objeto de abusos, el movimiento logró desplazar al antiguo sindicato sin grandes dificultades, nombrándolo como dirigente sindical de la empresa. Las prácticas obreras quedaron atrás para dedicarse al trabajo de oficina, lidiando los conflictos entre los obreros, así como buscando mejorar las condiciones de trabajo de sus compañeros. Por ello, aunque disfrutaba de realizar su trabajo, este participante continuamente se veía asediado tanto por sus compañeros que buscaban ciertas concesiones; como por los directivos de la empresa que buscaban su apoyo para imponer políticas contrarias al contrato laboral.

Después de veintidós años de trabajo, Don Juan fue despedido en 2006, al caer en una trampa del mismo sindicato que años atrás promovió abiertamente. Estando en su hogar y anhelando una última oportunidad de trabajo, fue convocado por un centro católico ubicado en Tepetzotlán para supervisar sus corrales, así como sus campos de cultivos. Emocionado por volver a emplearse dentro del ramo agropecuario, un par de meses después Don Juan fue arrestado junto a su primo debido a una falsa acusación de fraude inmobiliario. Estando recluido en el penal de Tlalnepantla, sus jefes del centro católico se encargaron de pagar los gastos de su defensa, al mismo tiempo que continuaron dando su sueldo a su familia.

Cuatro meses después de su arresto, Don Juan y su primo fueron liberados. Sin embargo, este hombre se sentía indigno de seguir trabajando, ya que se había convertido en un presidiario, siendo este un atributo que restaba credibilidad a los varones. Don Juan fue visitado en su hogar por sus jefes, quienes lo incentivaron a seguir con su antiguo trabajo, ya que para ellos era un hombre íntegro. Agradecido por la oportunidad y la confianza, dedicó los siguientes años de su vida en aumentar la producción agrícola del centro. Sus labores concluyeron en el año 2012, cuando el centro cambió de administración, siendo despedido. Su salida de aquel lugar tiene dos consecuencias inmediatas: su jubilación, así como desarrollar diabetes tipo 2.

Finalmente se encuentra Don Antonio, el participante que mayormente se aleja de los ideales de la proveeduría y el trabajo como principales prácticas masculinas. Teniendo treinta años de edad decidió unirse en matrimonio al mismo tiempo que se separó de la administración del negocio de sus padres. Sin ningún tipo de experiencia previa, así como sin ningún contacto que le permitiera posicionarse en una empresa, Don Antonio tardó bastante tiempo en encontrar un empleo, sufriendo una carencia económica importante.

Su primer empleo fue dentro de un taller de troquelado, lugar donde solo trabajó un par de meses debido a la escasa paga, así como al riesgo que implicaba trabajar frente a dicha maquinaria. Al renunciar, sus problemas económicos comenzaron a repercutir en la relación con su esposa, quien constantemente le recriminaba por no contar con los recursos suficientes para su hogar. Don Antonio decidió en el año de 1986 buscar un trabajo de planta, eligiendo una fábrica de pañales como su siguiente empleo. Para lograr su meta, pasó cerca de dos meses intentando ser contratado, hasta que su esfuerzo fue reconocido por un líder sindical quien automáticamente lo contrató. Aunque en un inicio Don Antonio tuvo problemas para adaptarse a la vida obrera, así como para aceptar que se encontraba al fondo de la cadena de mando, poco a poco se sintió satisfecho al convertirse en operador de maquinaria.

Debido a los conocimientos y habilidades adquiridos con su educación secundaria, Don Antonio logró posicionarse dentro del sindicato de la empresa hasta convertirse en líder sindical. Sin embargo, tras una serie de conflictos con otros miembros del sindicato fue despedido en 1991. En ese momento su esposa inició un negocio de costuras y confección de ropa para apoyarlo en la proveeduría del hogar. Don Antonio decidió emplearse como albañil,

tanto en grandes proyectos inmobiliarios como en proyectos independientes. Entre los años 1991 y 1995 Don Antonio perfeccionó sus conocimientos en albañilería, permitiéndole crearse cierta reputación en el ramo, así como dándole la posibilidad de mejorar las condiciones de su hogar. No obstante, abandonaría este oficio debido a lo inestable que puede ser su mercado, ya que en ocasiones no tenía seguridad de recibir el pago por sus servicios.

Don Antonio volvió a buscar un empleo en la industria, esta vez dentro de una fábrica de pinturas y solventes. Trabajo desarrollado únicamente entre los años de 1995 y 1996, ya que debido a la falta de equipo de seguridad y la poca paga, no fue considerado como una opción a largo plazo. Estando nuevamente desempleado, Don Antonio fue contactado en el año de 1996 por uno de sus primos para apoyarlo a incursionar en la crianza de aves de combate, aceptando rápidamente sin conocer nada respecto de dicha práctica. Sus primeras semanas en dicho empleo consistieron en aprender la crianza de las aves, las técnicas para su condicionamiento, así como la jerga y hábitos existentes entre los galleros.

Sus esfuerzos tuvieron éxito en un corto periodo de tiempo, por lo que rápidamente Don Antonio se vio envuelto en una abundancia económica sin precedentes, dejando de lado las peleas en pequeñas ferias para incursionar en eventos a nivel nacional. Dado que Don Antonio se convirtió en el gallero principal de su patrón, era común que saliera al interior de la república por largos periodos de tiempo, desligándose de su familia. Así mismo, las continuas fiestas y excesos que se viven dentro de dicho mercado lo llevaron a gastar grandes sumas de dinero sin preocuparse por ahorrar para el futuro.

Encontrándose en la cima del éxito, el patrón del entrevistado se pensaba invencible y actuó precipitadamente en una serie de peleas, perdiendo una suma millonaria en menos de quince días. Estando prácticamente en bancarrota Don Antonio fue despedido, ofreciéndole como liquidación el resto de sus gallos de pelea. Tras diez años de trabajo como gallero, Don Antonio comenzó en el año de 2006 a dedicarse de manera independiente en dicho espectáculo, teniendo ciertas victorias, aunque manteniéndose con un perfil bajo. Cuatro años después fue forzado a retirarse de dicha actividad, debido a que su hogar es asaltado, robando entre otras cosas, todos sus gallos de pelea.

Sintiéndose emocionalmente perturbado, Don Antonio decidió retirarse de la vida laboral, enfocándose en ocupar un cargo dentro de las instituciones comunitarias de Axotlán. Sus labores lo llevaron a mantenerse casi todo el tiempo fuera de su hogar, erosionando aún más su relación de pareja. De esta manera, Don Antonio se erige como el único participante en renunciar a su trayectoria matrimonial, eligiendo el divorcio como alternativa a una vida de pareja vacía e insatisfactoria.

Terminado el cargo comunitario en el año de 2013, Don Antonio decidió vender un terreno heredado de sus padres, acordando como pago un automóvil compacto semi-nuevo, así como un abono mensual durante cierto número de años. Elemento que hasta el momento de la entrevista se posicionaba como el principal medio de sustento de Don Antonio, así como la venta por temporadas de frutas y verduras que el mismo produce a pequeña escala.

| | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|-------------------|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|
| Año Calendario | 90 | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 |
| D. Vicente/Edad | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | R | T | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 90 | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 |
| D. Guillermo/Edad | 42 | 43 | 44 | 45 | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | GO | NP | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | PE | | | | | | A | | | | | | | | | | | | | | | | H |
| Año Calendario | 90 | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 |
| D. Fernando/Edad | 38 | 39 | 40 | 41 | 42 | 43 | 44 | 45 | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | GO | NP | | | | | | | | | | | | NP |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | C | | |
| Año Calendario | 90 | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 |
| D. Juan/Edad | 38 | 39 | 40 | 41 | 42 | 43 | 44 | 45 | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | MP | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | MH |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | | | HB | CM | | | | | | R | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | R | | | | | | D | | |
| Año Calendario | 90 | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 |
| D. Antonio/Edad | 34 | 35 | 36 | 37 | 38 | 39 | 40 | 41 | 42 | 43 | 44 | 45 | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | D | | | | | NR | |
| Trabajo | FP | AI | | | AI | Fs | AC | | | | | | | | | AC | GI | | | | GI | TC | TC | VT | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |

Tabla 8: Cursos de vida de la Generación Modelo Industrializador Precario (1944-1956). Entre los años 1990 y 2015.

Se presentan los cursos de vida a partir de cinco trayectorias relacionadas con la trayectoria laboral (trayectoria eje en color rojo), los señalamientos en letra marcan eventos y transiciones en la vida de los participantes. Las columnas que aparecen en color gris marcan el año en que los participantes se retiraron o redujeron su participación en la vida laboral.

7.3 Familias y comunidades.

Este apartado tiene como base explicar las relaciones existentes entre la trayectoria laboral de los participantes con sus respectivas trayectorias familiares, y de trabajo comunitario. Es decir, se analiza la forma en que dichas trayectorias se construyeron de manera conjunta, y condicionada.

De esta manera, se presta particular atención en las prácticas y relaciones que fueron constantes entre los participantes. Además de las formas de implicación que los varones tuvieron tanto en su familia como en su comunidad. Finalmente, es importante resaltar la existencia de particularidades biográficas que contribuyeron a modificar drásticamente la experiencia de los varones en estos ámbitos de la vida.

7.3.1 “Que no les falte nada”. Relaciones en la trayectoria familiar creada.

Es preciso señalar una vez más que todos los participantes se unieron en matrimonio y tuvieron descendencia a partir del modelo genérico tradicional. Por ello, su papel dentro de la familia se caracterizó por establecerse como los proveedores del hogar; obligación que implicaba tanto proveer una casa, así como ingresos económicos y materiales, además de proporcionar seguridad a su esposa e hijos.

Teniendo esto claro es posible analizar su papel dentro de la familia conformada a partir de una división simple, resaltando cuáles eran sus obligaciones como esposos, así como cuáles eran sus obligaciones como padres.

Desde el papel de esposos, los participantes asumieron que la mayor obligación era el ofrecer seguridad material a sus respectivas conyugues. Esto se lograba a partir de la proveeduría constante de todo lo necesario para que ellas pudieran administrar el hogar, además de mantener una posición activa frente al trabajo, demostrando que no abandonarían el pacto matrimonial previamente realizado. Así mismo, los varones consideraban como una seria falta hacia sus esposas el abandonarse al alcohol, las mujeres, las apuestas y otros vicios. Ya que quedaban desprotegidas ante las necesidades constantes del hogar, al mismo tiempo que la ausencia de proveeduría implicaba demostrar públicamente la falta de cariño hacía sus esposas:

Los hombres deben traer todo lo necesario, tenerle casa a la señora, tener estufa, refrigerador, y lo que hace falta en la casa. Darle para frijol, para arroz y todo para la comida, esa es la responsabilidad del hombre. Y comprarle ropa, comprarle zapatos, todo... (además) uno debe de comprender que ya cuando empiezan a nacer los niños, es mucha responsabilidad para ellas atender al niño y la casa... y uno si se fija cuando la riega la mujer, pero cuando la riega el hombre no (risas). No, no, no, hay que ser parejos... (Don Carlos, 80 años).

Si bien las prácticas de irresponsabilidad y abuso del alcohol fueron sumamente repudiadas por la mayoría de los participantes al momento de la entrevista, fueron constantes en algunos de ellos. Pareciera que existió una larga reflexión a lo largo de los años que los llevó a aceptar sus errores y responsabilidades, al menos frente al investigador. Por otro lado, no puede minimizarse el hecho de que para estos varones no existía ningún tipo de falta de su parte si consumían alcohol periódicamente y se mantenían constantes en su trabajo y en la proveeduría.

Existe el sentimiento entre los participantes que su papel como proveedor del hogar fue el adecuado. Si bien existieron momentos de precariedad laboral, siempre se mantuvieron al pendiente de sus responsabilidades y compromisos como esposos y padres. Es decir, renunciaron a ser “hombres huevones y desobligados”, debido a que eran conscientes que constaban con una familia que dependía de ellos para existir. Dichos elementos habían sido objeto de análisis por parte de Rojas (2006), quien considera que el nacimiento de los hijos es un aliciente para que los varones se reafirmen en su papel de jefes del hogar. Llegando incluso a dedicar más horas al trabajo, con el objetivo de asegurar un mayor número de recursos para su creciente familia.

Dado que la gran mayoría de los hombres trabajaban horas extra, doblaban turnos, o trabajaban por las noches, la convivencia con sus esposas quedó supeditada a los tiempos de descanso que la empresa otorgaba. Siendo así que, aunque los varones estaban dentro de sus casas, utilizaban su tiempo para dormir y descansar lo suficiente para la siguiente jornada. Pareciera que esta situación no creó conflictos de pareja, ya que sus esposas consideraban que ellos cumplían con el pacto matrimonial, dotándolas de seguridad material sin importar su salud o el poco tiempo de convivencia.

Los varones también demostraron abiertamente la existencia de conflictos de pareja a lo largo de este momento de su vida, aunque pese a discutir acaloradamente con sus parejas, nunca vieron a la violencia física como una opción dentro de sus matrimonios ni con sus hijos. Así mismo, también existieron relaciones de apoyo entre pareja enfocadas a que cada uno cumpliera con sus obligaciones con el hogar. Dichas relaciones fueron concebidas bajo el nombre de “ayudar”, dejando claro que la situación era temporal y que al final cada uno volvería a realizar sus actividades cotidianas.

Por ejemplo, los participantes “prestaron ayuda” a sus esposas en el hogar cuando estas estaban enfermas o después del parto, pero una vez finalizado el evento, las cosas siguieron como antes. Otra situación fue cuando los varones decidieron iniciar un negocio o realizar alguna “chambita” en su tiempo libre, con lo cual, sus esposas los ayudaron para la organización o administración de los mismos. De esta manera, aunque sus conyuges participaban en la proveeduría del hogar, ellos veían que sus actividades eran complementarias a la búsqueda de ingresos.

Respecto de su papel como padres, los participantes también siguieron el mismo modelo de paternidad sin importar la generación de pertenencia. Es decir, su papel se centró mayoritariamente en asegurar las condiciones materiales para el desarrollo de sus hijos, así como intervenir si comenzaban a desviarse del camino. Un nuevo elemento que se agregó a la proveeduría respecto del modelo aprendido de sus padres, fue el de dotar a sus hijos de la mayor educación posible. Siempre y cuando estos estuvieran comprometidos a terminarla, ya que exigía un gasto superior de por medio.

Vale la pena señalar que los participantes pocas veces reflexionaron sobre la libre elección de ser padres, ya que consideraban esta experiencia como algo natural en la vida de los varones. Por tal motivo, el significado de la proveeduría familiar ha acompañado su existencia de manera ininterrumpida. Aunque a medida que sus descendientes crecieron se crearon nuevas prácticas que no eran esperadas. Es decir, los varones tuvieron que aprender a reconocer las necesidades de sus hijos a medida que se desarrollaban, así como a corregirlos dependiendo de la situación. Dichos elementos de aprendizaje sobre la paternidad previamente habían sido señalados por Salguero (2007), al proponer que las prácticas y

significados asociados a la paternidad se encuentran en constante renegociación, en función del momento de vida y del contexto de los varones.

Una diferencia existente en la forma de vivir la paternidad entre ambas generaciones se debió a la adopción de técnicas de natalidad por parte de los varones más jóvenes. De modo que los participantes más longevos tuvieron un mayor número de hijos de manera continua, sin pensar en un límite. Mientras que en la segunda generación planeó un número específico de hijos dentro de un periodo concreto. Sin embargo, algunos de los varones de mayor edad consideran como poco varonil la planificación familiar. Ya que implicaba aceptar su falta de compromiso para cumplir con sus obligaciones en el hogar, así como su debilidad para sacar a su familia adelante.

Para los diez varones el ser responsable con sus hijos también implicó momentos de corrección, aunque todos señalaron que los castigos corporales fueron usados únicamente como último recurso, y no como una constante. Esto quizá se deba a la violencia recurrente que recibieron de sus padres cuando eran niños y jóvenes, evitando perpetuar modelos de crianza sumamente agresivos. No obstante, existen diferencias respecto a la forma en que los participantes asumen que educaron a sus hijos, así como si procuraron pasar tiempo con ellos en medida de sus posibilidades.

Existen dos formas de participación familiar en los varones, una donde se asumían como presentes a lo largo del crecimiento de sus hijos, y otra donde claramente se marcaba una ausencia constante. Dicha diferenciación tiene como base la cantidad de tiempo que los hombres dedicaron a sus hijos, a partir de la realización de alguna actividad con ellos. Por otro lado, a la par de esta posición familiar, los varones llegaron a asumir una postura dinámica respecto de sus hijos, definida a partir de la calidad de la proveeduría realizada. Es decir, un padre comprometido se aseguraba que los recursos obtenidos eran dados en su totalidad a sus hijos, quienes los aprovechaban adecuadamente. Mientras que un padre desvinculado elegía proveer sin asegurarse que los recursos se aprovecharan de manera eficiente, limitando únicamente a cumplir con sus obligaciones fundamentales:

...Podría yo definirte que mis nietos y mis hijos son algo fundamental que he construido como familia, porque, independientemente de que yo haiga tenido, ciertos aspectos de despartarme de mi familia. Yo he construido una familia, aunque yo he sido despegado, entre paréntesis, porque dicen, no fui tan hogareño, tan amalgamado... (Don Guillermo, 68 años).

De esta manera existen varones que, aunque pasaban tiempo con sus hijos, no se preocupaban por el desarrollo de los mismos. Así también, existen participantes que, aunque no tuvieran la oportunidad de pasar tiempo con sus hijos, se aseguraban de que sus esfuerzos fueran bien aprovechados por ellos. Dichas posturas no permanecieron estáticas a lo largo del tiempo, sino que se manifestaban dependiendo del estado de ánimo y el nivel de cansancio de los varones. Por ejemplo, si un participante se encontraba sumamente cansado y agobiado por su trabajo, o si llegaba a presentar conflictos dentro del mismo, era difícil que se mantuviera pendiente de su familia.

Ahora bien, los descendientes de los participantes nunca estuvieron al tanto del pacto matrimonial que su padre y su madre establecieron; donde el trabajo constante y la proveeduría material eran consideradas como muestras de cariño por parte de sus padres. Por lo que algunos de ellos, una vez siendo mayores, recriminaron a sus padres por el poco afecto demostrado, así como por la ausencia de abrazos y palabras cariñosas. Este hecho marcaría de por vida a los varones, ya que los llevó a darse cuenta de los fallos y vacíos existentes en su modelo matrimonial. Situación que en parte sería procesada en un futuro, con la llegada de sus nietos o bisnietos:

...según tú dices, yo voy a trabajar por mis hijos, y yo doy el pellejo por ellos ¿no? Pero, hídole, a lo mejor en tu entrevista a muchos les va a parecer bien cursi, pero, los que venimos de esas generaciones no tenemos la educación, porque nuestros padres, así como nos criaron, nosotros criamos a nuestros hijos... la verdad yo en eso si me arrepiento, de que según por estar trabajando por darle lo mejor a mis hijos, yo los descuidé mucho en la cuestión afectiva, no les dediqué el tiempo. Sí, y ya cuando me di cuenta, ellos ya habían crecido, me ganaron, y el día que ya los quise abrazar como cuando eran niños, pues ya no pude... (Don Fernando, 65 años).

Finalmente, es importante analizar los aspectos de orden biográfico que algunos varones experimentaron con sus familias, y que modificaron de alguna manera, la forma en que estos se relacionaron con sus esposas e hijos.

En primer lugar, se encuentra el papel que tuvieron las esposas de algunos participantes para asegurar la proveeduría del hogar. Por ejemplo, en el caso de Don Mario, Don Genaro, Don Vicente y Don Antonio, que desarrollaron pequeños trabajos a la par de su trabajo principal, sus conyugues jugaron un papel clave asegurando la prevalencia de dichas actividades. Por otro lado, con Don Javier y Don Guillermo, quienes decidieron volverse comerciantes, el esfuerzo de sus esposas fue decisivo para que sus negocios perduraran a lo largo del tiempo. En ambos casos, la relación de pareja posibilitó cambios de orden positivo para todos los miembros de la familia.

Sin embargo, también existieron eventos sumamente disruptivos a nivel familiar que modificaron la vida de los participantes. Don Jesús, por ejemplo, perdió de manera dramática a uno de sus hijos mientras cabalgaban de Tepetzotlán hacia sus corrales en Axotlán. Tras la muerte de su hijo su esposa le ordenó construir una nueva casa, ya que el dolor y la pena le hacían imposible seguir viviendo en Tepetzotlán. Don Jesús utilizó sus opciones de crédito para poder pagar la construcción de su nuevo hogar, estableciéndose definitivamente en Axotlán. A partir de este hecho, el participante dejó la actitud fría como padre para volverse más afectivo con sus hijos, demostrándoles su amor hasta hoy día.

Otro ejemplo, que ya ha sido abordado previamente, fue el momento en que Don Vicente perdió a su esposa y le fue retirada la custodia de sus hijos. La ausencia tanto de sus hijos como de su pareja llevó a este varón a sentirse totalmente vacío y sin ningún propósito en la vida; tardando casi tres años en poder recuperarse, para así volver a iniciar sus trayectorias laborales y familiares. Este hecho en particular demuestra hasta qué punto los varones de esta generación llegaron a interiorizar los mandatos de género. Así como el impacto de perder a sus seres queridos, sintiéndose totalmente vulnerables.

Como último caso, sumamente especial por sus características que divergen de los modelos tradicionales, se encuentra Don Antonio, siendo el primer y único varón del estudio que decidió divorciarse. Este suceso se llevó a cabo después de décadas donde la relación conyugal fue erosionándose lentamente a raíz de los continuos periodos de desempleo y precariedad económica. Siendo el divorcio un proceso sumamente desgastante por ambas partes, su implementación llevó a Don Antonio a perder todo contacto con sus hijos, ya que

se sintieron traicionados por su padre. Viéndose en la difícil situación de lidiar tanto con la ausencia de sus hijos, así como por el estigma social de haberse separado de su mujer.

7.3.2 “Siempre me gusto ayudar al pueblo”. Particularidades de la trayectoria de trabajo comunitario.

A la par que los participantes desarrollaban sus trayectorias laborales, estos construyeron una trayectoria de trabajo centrado en su pueblo, la cual respondía a las obligaciones que la comunidad imponía a los varones. Sin embargo, es necesario señalar que, salvo Don Mario, todos los participantes siguen manteniendo su trayectoria de trabajo comunitario. La excepción de Don Mario a esta condición radica en que este participante migró hacia Axotlán a la edad de cincuenta y nueve años; quedando aislado de la realización de los proyectos de infraestructura que marcaron a ambas generaciones, desde la cual surgió una identidad comunitaria a partir de sus esfuerzos.

Dejando claro lo anterior, el abordaje de las trayectorias de trabajo comunitario se realiza a partir de tres elementos: sus obligaciones comunitarias como varones, las transformaciones que la comunidad vivió a partir del proceso de urbanización, y finalmente, la sutil diferenciación del trabajo comunitario entre los varones nativos y aquellos que migraron.

En primer lugar, todas las obligaciones que los varones tenían dentro de su trayectoria de trabajo comunitario descansaban bajo la figura de “la cabeza de familia”. Según la cual, los participantes representaban a su familia frente a la comunidad, prestando apoyo económico, técnico, material y moral, así como dedicando unas horas para trabajar en los proyectos comunitarios. Vale la pena mencionar que en dicho sistema solo los hombres podían representar a su familia en las asambleas y faenas. Aunque existieron excepciones donde las mujeres llegaron a participar, siendo esto algo inusual y mal visto, ya que demostraba la falta de capacidad de los varones para cumplir con sus deberes.

Los varones tenían que cumplir con sus aportaciones económicas para los servicios y festividades del pueblo, además de participar en las asambleas para la toma de decisiones o la elección de autoridades comunitarias. Finalmente, debían hacer cumplir los compromisos comunitarios de su familia haciéndoles respetar las normas de la fe católica, así como acompañar a otras familias frente al fallecimiento de uno de sus miembros. Respecto de sus descendientes varones, su obligación consistía en incorporarlos paulatinamente a la vida comunitaria tal como ellos fueron incorporados.

De no cumplir con sus obligaciones, los participantes reconocen la existencia de un sistema que los sancionaba, sea ya de manera económica o moral. En el primer caso, existía el uso de multas si es que los hombres decidían no cumplir con sus faenas. Aunque este sistema desapareció cuando se iniciaron los primeros barrios de migrantes en la comunidad, momento en que se hizo patente el ausentismo de una gran cantidad de varones. En consecuencia, se desarrollaron nuevas formas punitivas, como la negativa de las autoridades a emitir documentos de aquellas familias que no estén al corriente de sus aportaciones.

En el caso de las sanciones morales, estas continúan operando cuando los varones nativos deciden no acompañar a las familias ante la muerte de alguno de sus miembros. Siendo aplicadas cuando algún hombre pierde a un familiar; reduciendo o eliminando el apoyo comunitario, ya que no se ha seguido el principio de reciprocidad que se exige en estos casos.

Un hecho interesante es que durante este periodo Don Vicente se unió en matrimonio nuevamente, con lo cual, decidió residir en Axotlán, siendo la comunidad natal de su actual esposa. Siendo socializado por su suegro en las formas de organización comunitarias a la edad de veintiséis años, ocupando el papel de padrino y presentándolo frente a la comunidad en asambleas y faenas. Si bien Don Vicente tenía la disposición de incorporarse al trabajo comunitario, su aprendizaje fue vivido con cierta tensión emocional, ya que, llegó a ser señalado por no poseer las habilidades y conocimientos del trabajo rural. Entonces, su suegro se encargó de disculparse y mencionar que aun con esta falta, lograría igualar el desempeño de otros varones:

...ya cuando nos casamos, mi suegro más que nada me decía, vamos a hacer una faena ¿vas? Vamos...llegaba yo con mi suegro y él, pues la gente luego, luego preguntaba ¿Quién es este? ¿Quién es él? ¿A qué viene? Y pues ya mi suegro, no pues es que es el esposo de mi hija... yo venía de ciudad, yo no venía de campo y como tal, pues no sabía ni agarrar la pala, ni agarrar el pico ni agarrar nada...si los agarrabas tú, pero no era para trabajar como aquí se trabaja la faena y ni llevar, por ejemplo, las zanjas derechas, ni nada por el estilo, sino que, tuvo uno que aprender. Pero te digo, al principio, pues totalmente perdido, pero me tenía que meter ahí al lodo o a la zanja... (Don Vicente, 73 años).

Ahora bien, el siguiente punto de análisis consiste en la relación entre la trayectoria de trabajo comunitario que los varones desarrollaron, y los cambios regionales que culminaron con la urbanización de la comunidad.

Los participantes, además de ubicarse entre las primeras generaciones de hombres que dejaron el trabajo campesino como principal fuente de sustento, también fueron quienes dejaron atrás los proyectos comunitarios de infraestructura agrícola, para centrarse en proyectos de urbanización. Es decir, a medida que la región tenía un mayor crecimiento industrial y poblacional, los servicios públicos se volvieron una realidad para los habitantes de Axotlán. Otro de los factores que influyeron en esta transformación, fue la creación del municipio de Cuautitlán Izcalli en el año de 1973, situación que incorporó a la comunidad al nuevo municipio.

Los primeros servicios que llegaron a Axotlán fue la electricidad a mediados de la década de 1960. Aunque los participantes trabajaron activamente por su comunidad hasta la década de 1970, con la construcción de la primera red de agua potable, así como con la creación del drenaje del pueblo. Ante el abandono del gobierno estatal y municipal los varones de la comunidad decidieron organizarse para que, a partir de sus propios recursos y su mano de obra, la comunidad pueda contar con ambos servicios. De esta manera, los varones trabajaban en las empresas de lunes a viernes, para dedicar sus fines de semana a construir la infraestructura del pueblo. Tras algunos años de trabajo la comunidad también logró su autonomía hídrica, gestionando la administración de la red de agua sin intervención del gobierno:

Por ahí por los setentas, fue cuando empezó lo del agua...y pues no había infraestructura, era cuestión de faenas, no hubo máquinas, no hubo nada, era cuestión de la misma gente, salir y abrir el caño onde iba a ir la tubería del agua. Axotlán hizo su infraestructura hidráulica con faenas, no máquinas, porque no había y no había lana, entonces, a pura faena...Bueno, trajimos el agua potable, trajimos el drenaje, abrimos las carreteras que existen, aunque ya algunos las reencarpitaron, trajimos el alumbrado público, rehabilitamos la escuela primaria ... (Don Fernando, 65 años).

Finalmente, el sistema de trabajo comunitario sirvió para construir los centros educativos de la comunidad, además de crear las primeras carreteras de terracería, y otros proyectos de menor envergadura. Dicha transformación se desarrolló desde la década de 1970, hasta los últimos años del siglo pasado, aunque hoy día se siguen realizando proyectos a menor escala y con una menor participación de los varones. Este proceso también modificó las relaciones entre los habitantes de la comunidad, ya que las viejas formas de vida se veían transformadas por los servicios públicos recién llegados. Así mismo, la venta de los terrenos ejidales posibilitó la llegada de nuevos habitantes que decidieron no incorporarse al sistema de apoyo comunitario.

La realización de las obras de infraestructura requirió que algunos de los participantes se desempeñaran como autoridades de la comunidad, gestionando tanto las obras, como los esfuerzos de la población. Ocupar un cargo en la comunidad era una tarea que duraba entre dos o tres años, periodo en el cual los varones tenían la obligación de hacer cumplir los proyectos, además de mantener la cooperación y el compromiso de los otros varones. Sin embargo, una constante al ocupar cualquier cargo era el hecho de ser señalado por otros varones o agrupaciones de la comunidad, como una persona poco confiable que robaba o malgastaba los recursos de su comunidad. Este hecho, a pesar de ser sumamente desgastante para los varones elegidos, no restaba alegría u orgullo por desempeñar un cargo en su comunidad, algo reservado para solo unos cuantos:

... me decía Doña Celia, antier, dice, ay Juan, si dejan esto ¿qué va a pasar? Dice, pero mira, pinche gente que dice que sacaste (dinero) para el bautizo de tus nietos... le digo ¿Quién lo dice? No, aquí todos los de las comisiones, todos somos rateros, para que le hacemos, y los que lo dicen eso son los que si se chingarón la lana, le digo, esos güeyes son los que dicen... (Don Juan, 65 años).

Es indudable que este sistema de organización propio de la comunidad trajo beneficios, aunque también es importante señalar la existencia de ciertas restricciones sumamente sutiles, que eran aplicadas para los participantes que migraron hacia Axotlán. Por ejemplo, aunque estos varones eran recibidos dentro de las asambleas y faenas, su palabra llegaba a ser tomada en cuenta con objeciones, ya que se les acusaba de no saber lo que el pueblo realmente necesitaba. Es decir, para el caso de estos varones, el hecho de no haber nacido en la comunidad les restaba credibilidad como hombres, aunque llevaran décadas viviendo en el pueblo. Si bien, los varones afectados siguieron participando activamente dentro de la comunidad, lo hacían aun sabiendo que podrían llegar a ser desprestigiados por su calidad de migrantes:

... Entonces yo aquí era nuevo, y llegué aquí, no creas, tuve problemas con varios de aquí, de los de antes que ya en paz descansen... Una vez vinieron a verme, dicen, venimos a verte, a que nos ayudes, nos embargaron los campos y toda la Joyita (actual barrio de la comunidad) y todo eso. Vamos a lotificar, a todos aquellos que nos ayuden, dice, les vamos a dar un lote. Ps ya, total, les ayudé, ya después cuando lotificaron, llamaron a asamblea. Ya tuvieron ahí, y dicen, saben qué, aquí tienen derecho a lote nada más los puros nativos de aquí, de otro lado a nadie, ni vendidos... (Don Carlos, 80 años).

Discusión del capítulo (II).

A lo largo de este extenso capítulo se ha demostrado que la construcción de las trayectorias de vida no puede entenderse de manera aislada. Si no que, para descubrir su complejidad es necesario señalar las múltiples relaciones que establecen entre sí, y con el contexto que les otorga significado. De igual manera, la influencia regional jugó un papel determinante en la configuración del curso de vida, particularmente desde tres aspectos.

En primer lugar, la industrialización de la región modificó las posibilidades de empleo para la mayoría de los hombres, exigiendo el aprendizaje de nuevos conocimientos y habilidades. Por otro lado, dicha transformación impuso nuevas reglas en un mercado laboral siempre cambiante, cuya regulación caía en manos del Estado y el sector empresarial. Este cambio se relacionó con las demandas comunitarias que Axotlán ejercía a sus varones, creando nuevas prácticas y significados sobre el ser hombre.

La transformación del ideal masculino derivó en un modelo de hombre-heterosexual-proveedor-trabajador asalariado, que además poseía conocimientos vastos sobre el mundo agrícola. De este modo surgió una distinción generacional entre los participantes y los varones de generaciones más longevas, ya que los primeros pudieron transitar a los empleos industrializados sin perder su vinculación con la agricultura. Además, las acciones realizadas en favor de la comunidad dejaron atrás su carácter tradicional para incorporar la creación de infraestructura para la urbanización paulatina del pueblo.

Eventos como la obtención de la cartilla militar, la obtención de un empleo de base con todas las prestaciones de ley y seguridad social, el enlace matrimonial, la construcción de una vivienda propia y la llegada de los hijos pueden considerarse como transiciones de un alto orden simbólico. Dado que se configuraron como una especie de ritos de paso que aseguraban públicamente el seguimiento de los mandatos masculinos. Así mismo, dotaban de satisfacción a los varones, al afirmar que estas experiencias demostraban su valía como hombres.

La adopción del nuevo ideal masculino entre los varones también requirió de medidas normalizadoras para impedir críticas y disidencias. Ejemplo de lo anterior puede verse en el discurso de los varones al siempre asumirse como hombres trabajadores ajenos a la pereza, la inactividad o el cansancio. El caso de Don Antonio es particularmente esclarecedor, dado que este varón se distanció del imperativo que dictaba poseer una trayectoria laboral larga, así como una postura proveedora dentro de la familia conformada. Tomar dicha decisión le ha traído efectos problemáticos, como el estigma entre los varones y el distanciamiento con sus hijos.

Por otro lado, vale la pena abordar los aspectos simbólicos propios de cada trayectoria analizada, ya que la riqueza que poseen contribuye a la comprensión de la identidad masculina que los varones han desarrollado.

Dentro de la trayectoria laboral remunerada es distinguible la existencia de beneficios y contradicciones para los varones. En el caso de los beneficios resaltan las implicaciones que trajo consigo el ascenso dentro de los puestos de trabajo, siendo asociados con un mayor status dentro de sus empleos, así como con una elevada capacidad como trabajadores. En otras palabras, los ascensos eran utilizados por los varones como una forma

de demostrar su superioridad y su éxito individual. Llegado este punto el trabajo se convirtió en un lugar donde demostrar sus saberes y sus habilidades.

El trabajo también tuvo otros significados de carácter satisfactorio y menos egocéntrico. Era considerado como un lugar de esparcimiento personal, donde se podía superar el rezago generado en la infancia. Muestra de ello fue la decisión de muchos participantes por realizar sus estudios dentro de las instalaciones de trabajo. Siendo este un logro individual que hacía justicia a las condiciones de precariedad experimentadas al romper con el estigma de la inutilidad y torpeza intelectual asociado a las personas pobres, y que los había marcado por décadas.

Así mismo, el trabajo se configuró como un espacio para cultivar alianzas y amistades entre varones a partir de la complicidad, la intimidad y el apoyo colectivo. La diferencia frente a otras amistades consistía en que a partir del trabajo cotidiano los hombres naturalmente descubrían los valores y debilidades de sus compañeros, ubicando varones de fiar a los cuales se les podía confiar secretos, emociones y actividades sin temor a ser traicionados. Dicho de otro modo, el trabajo tenía la capacidad de mostrar lo mejor y lo peor de los varones.

No obstante, el mundo laboral también generó significados cargados de dolor y tristeza. Los abusos y humillaciones experimentadas, las lesiones y el cansancio, así como las rivalidades entre varones fueron eventos llevados de manera silenciosa por los participantes, y hoy día siguen siendo un tema que les confronta en demasía. Existe dificultad para que estos hombres expresen a profundidad el lado oscuro de su trayectoria laboral, del cual no están orgullosos ya que demuestra la degradación y subordinación a la que fueron sometidos. Resulta llamativo que estos sucesos se vean como algo cotidiano en cualquier empleo y no como una práctica que es necesario erradicar. Quizá esto compruebe que los centros de trabajo son contextos donde se reproducen y legitiman los modelos dominantes de la masculinidad.

En el caso de la trayectoria familiar resulta importante que los varones cedieron a “recibir ayuda” por parte de sus cónyuges para garantizar la proveeduría familiar. Siendo este el primer paso para que, en un futuro y ya envejecidos, comenzaran a negociar las actividades cotidianas. Un elemento nuevo dentro de la proveeduría consistió en que algunos varones

consideraron necesario no solo suministrar recursos económicos a sus descendientes, sino también recursos intelectuales. Los participantes vieron a la escolaridad como un elemento vital que les fue arrebatado en su infancia y juventud; por lo cual, era necesario garantizar su presencia en la vida de sus hijos como una forma de reparar los daños sufridos en el pasado.

La familia conformada también generó significados negativos, los cuales están asociados al distanciamiento emocional adoptado por los participantes. Es decir, aunque los varones tuvieran el deseo de mostrarse cercanos a su familia decidieron no hacerlo, generando así condiciones para que en el futuro sus descendientes les increparan por sus acciones.

Para los varones que llegaron a excederse con el consumo de alcohol, existe un sentimiento que combina la vergüenza y el arrepentimiento. Esto se debe en gran medida a que sus acciones vulneraron la estabilidad de sus familias, y demostraron su fracaso como hombres responsables. Sin embargo, no existen suficientes elementos para realizar mayores reflexiones, quizá los participantes decidieron no expresarse más sobre el tema dado que no existían las condiciones adecuadas para ello. Siendo la estructura de la entrevista una limitante para que pudieran generarse las condiciones de intimidad suficientes, o bien, no era el momento adecuado dentro de sus vidas para hacerlo, o no existía la suficiente confianza hacia mi persona.

Respecto del desarrollo de la trayectoria de trabajo comunitario, es apreciable la satisfacción y el sentimiento de comunidad que existe entre los participantes al saber que ellos iniciaron la urbanización de su comunidad. Aunque no puede dejarse de lado las rivalidades que existieron entre ellos para erigirse como líderes dentro de los proyectos. Así como la violencia simbólica que los varones migrantes experimentaron al verse discriminados en la asamblea del pueblo. Es posible que esta situación fuera un condicionante para que años después se redujera la cantidad de varones que desean trabajar en favor de su comunidad.

La última de las reflexiones propias de este capítulo se orienta en los puntos de inflexión, así como en sus significados y consecuencias.

Al igual que en el momento de vida anterior, el desarrollo de puntos de inflexión fue un evento trascendental para la configuración de las trayectorias de vida, dado que modificó tanto la forma en que los participantes veían su vida, así como sus posibilidades de existencia. El punto de inflexión mayormente referenciado por todos los participantes fue el tránsito hacia el trabajo remunerado formal. Aunque esta era una transformación esperada por todos los varones y alentada por las personas cercanas a los mismos.

Si bien los varones recordaron puntos de inflexión tanto positivos como negativos, fueron estos últimos los que se expresaron con mayor intensidad. Dentro de los puntos de inflexión de orden negativo se distinguen dos puntos de origen, uno ubicado en dentro del ámbito laboral, y otro en el ámbito familia; aunque los efectos superaron el ámbito de origen dado la interrelación en las trayectorias de vida. Por ejemplo, los problemas que tienen un origen laboral generan conflictos dentro de la trayectoria familiar. Igualmente, la modificación de la trayectoria familiar repercute de manera directa dentro del trabajo.

Ejemplos de lo anterior son visibles en el caso de Don Mario y Don Guillermo, quienes, al verse rebasados por las exigencias de sus trabajos comenzaron a excederse en el consumo del alcohol, alejándose de sus hijos y teniendo problemas con sus parejas. Así mismo, en esta categoría se encuentra Don Juan, quien, al verse encarcelado llegó a pensar que nadie volvería a confiar en su palabra como varón, quedando imposibilitado para volver a trabajar. Desde el otro ámbito de origen, las experiencias de Don Javier y Don Vicente muestran cómo la ausencia de sus respectivas esposas provocó un quiebre en sus trayectorias laborales.

Dichos elementos permiten imaginar de qué manera la pérdida de los referentes que dan sentido a la identidad de género puede ser tan impactante que daña el curso de vida de los varones. De igual manera pareciera que ante la falta de recursos emocionales y de cuidado para enfrentar estas transformaciones, los hombres ven como una salida el ensimismamiento, así como refugiarse dentro del consumo del alcohol por largos periodos de tiempo.

Sin embargo, no puede dejarse de lado que los puntos de inflexión analizados fueron previamente señalados por los participantes dentro de la entrevista. Es decir, si bien el papel desarrollado como investigador consistió en distinguir las estructuras subyacentes a dichos evento; fueron los varones, al hacer uso de su agencia, quienes decidieron explicitar cada punto de inflexión. Con ello puede considerarse que una de las riquezas de la perspectiva del curso de vida consiste en dar voz a los participantes, reconociendo la validez de los sentidos subjetivos que las personas asocian a sus vidas (Blanco, 2011; Hareven & Masaoka, 1998).

TRANSFORMACIÓN DEL CURSO DE VIDA: CONDICIONES GENERACIONALES

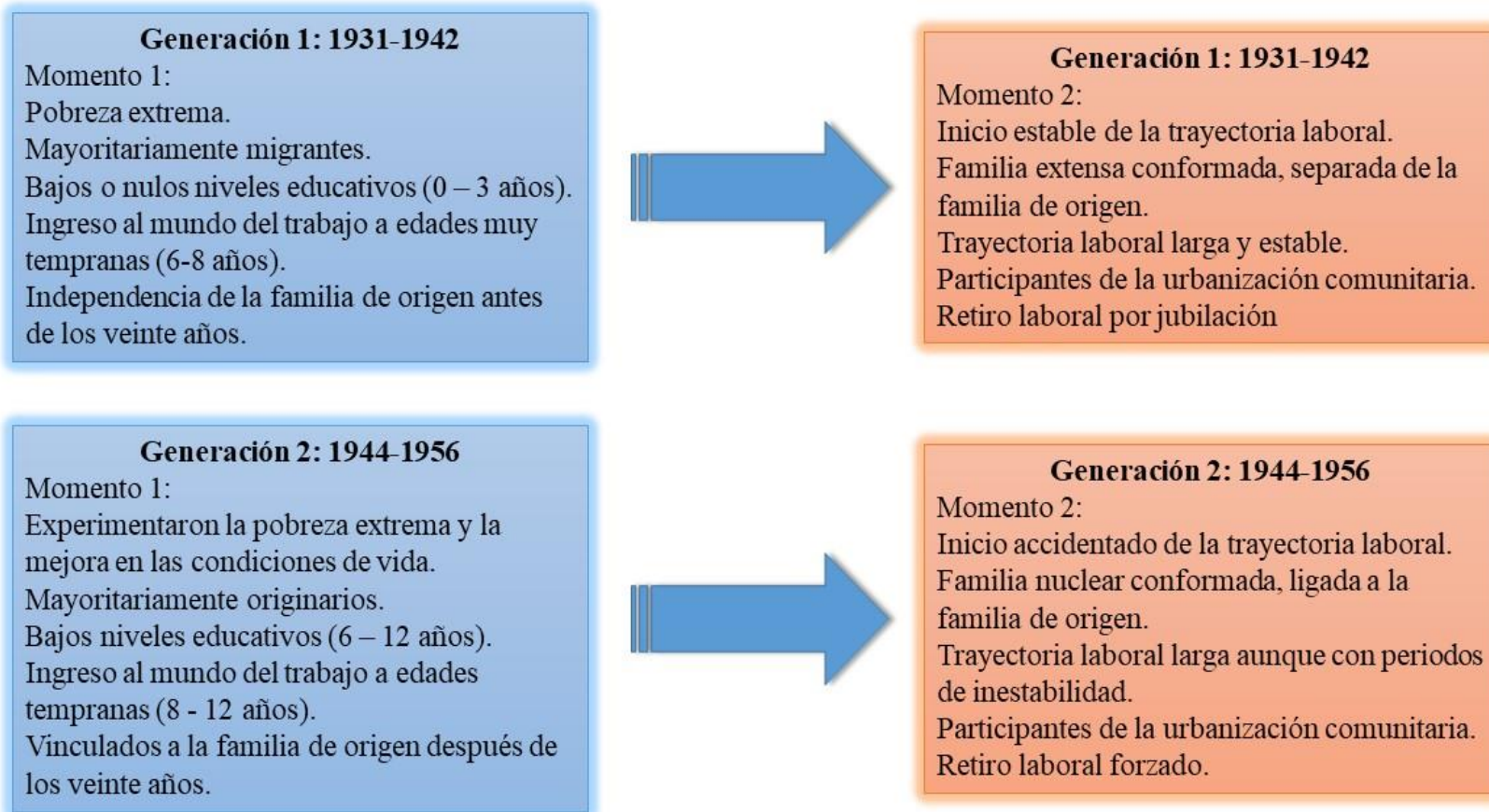


Imagen 15: Distinciones generacionales en la forma de estructurarse el curso de vida (II).

Se presentan las transformaciones en los cursos de vida de ambas generaciones a partir del tránsito del Momento 1 al Momento 2. Las diferencias existentes entre ambas generaciones se encuentran fundamentadas en los cambios históricos presentes a nivel regional, así como en el mercado de trabajo y las medidas de planificación familiar.

Capítulo 8.

“No es malo llegar a viejo”. Experiencia acumulada en el curso de vida: (re) significaciones de la masculinidad en la vejez.

*... no es malo llegar a viejo,
siempre que llegues bien,
que conozcas a tu familia,
que conozcas a la gente que te ha rodeado;
porque ya cuando se pierde uno,
que ya no conoce ni a los de su casa,
ya está duro. -Don Carlos, 80 años. -*

El momento actual del curso de vida de los participantes es experimentado y reconocido a partir de los términos “ser viejo” y “estar viejo”. Sin embargo, el hecho de que todos los participantes admitan experimentar dicha situación no implica que sus vivencias sean de carácter homogéneo. Por el contrario, aunque las prácticas sociales realizadas sean comunes entre los participantes, existen significados sumamente diversos. El surgimiento de estas significaciones se fundamenta en los cambios y las continuidades del curso de vida de cada participante.

Al centrar la atención en las transformaciones que ocurren dentro del último momento de la vida, la reducción o finitud de la trayectoria laboral se posiciona como un disparador de la resignificación identitaria. En dicha modificación los roles de trabajador y proveedor del hogar sufren de una crisis al perder su principal punto de apoyo. Creándose con ello una variedad de nuevas situaciones que contribuyen a redefinir la forma en que los varones se posicionan frente a los mandatos del género masculino.

Dicho de otro modo, las transformaciones relacionadas en el mundo laboral por parte de los participantes se traducen como la ausencia de un proyecto institucionalizado del curso de vida aplicable a su vejez. Frente al vacío los varones luchan por encontrar sentido a su existencia, teniendo como base la re-imaginación de las nociones de trabajo y proveeduría. Al perder la trayectoria laboral el atributo de ser económicamente remunerada, los hombres negociaron sus significados, para evitar así la finitud de la misma. De tal manera que lograron extenderla temporal y espacialmente a partir de su entrelazamiento con las trayectorias familiares y comunitarias. Aunque el esfuerzo se encuentra vinculado tanto a los recursos y

las limitaciones construidas a través de los años, así como a la estructura de las trayectorias de vida aun existentes.

De igual modo la agrupación generacional viene a jugar un papel central, ya que, las reflexiones sobre la masculinidad y la vejez en cada generación poseen matices distintos. Esto se debe a la gran diferencia temporal existente entre los participantes, distinguiendo entre aquellos que recién comienzan a vivir su vejez, y los que llevan un par de décadas de experiencia. Finalmente, si bien entre los diez varones existe un consenso sobre las diferentes transiciones que se desarrollan en la vida de un hombre para que este llegue a ser considerado y se considere como viejo; son las situaciones de carácter individual las que dotan de mayor riqueza a las transformaciones que supone el experimentar la vejez. Siendo algunas plenamente disfrutables, y otras sumamente desestructurantes.

8.1 Ser viejo o estar viejo: nuevas prácticas y significaciones identitarias.

Como se mencionó anteriormente, los diez participantes asumen, de una u otra forma, que han transitado hacia la vejez, aunque ello no implica la aceptación plena de todos sus matices. Así mismo, admiten que a la par de su llegada a la vejez, han experimentado una vasta variedad de transformaciones en su curso de vida. Siendo un elemento constante la resignificación de las prácticas que dan sentido a su identidad de género. Es decir, los varones aceptan que las prácticas sociales asociadas a su masculinidad se han modificado con el paso del tiempo, y con ello, la idea que estos tienen de sí mismos.

Si bien en las páginas siguientes se aborda a profundidad cómo se enlazan y establecen las transformaciones del curso de vida entre los participantes, es importante que previamente se identifique cómo el tránsito a la vejez posibilitó en los varones el acceso a nuevas posiciones dentro de la estructura social. Algunas de ellas de carácter positivo, otras sumamente discriminatorias, al encontrarse asociadas a los imaginarios más negativos que existen sobre el envejecimiento.

Un aspecto relevante para comprender dicha transformación del curso de vida, es el hecho que los participantes si llegaron a imaginar la llegada de algunas transformaciones en su existencia a partir de su condición como hombres viejos. Sin embargo, en la gran mayoría de los casos no planificaron sus acciones para así estar preparados en el futuro. Por ello, su aparición y desarrollo estuvo asociado a una crisis, que a la larga provocó las grandes negociaciones de los significados asociados a su masculinidad.

8.1.1 Posiciones, exclusiones y decisiones asociadas a la vejez.

Para la gran mayoría de los entrevistados, el hecho de cumplir sesenta años de edad fue significado como un acercamiento sumamente formal con la vejez, ya que los hizo sentirse socialmente ubicados como hombres viejos. Si bien los varones consideran que el cumplir dicha edad no es en sí mismo un acontecimiento doloroso o negativo; si reconocen que existe una profunda discriminación hacia las personas mayores, la cual es mayormente reflejada en su exclusión del mercado laboral. En consecuencia, contar con sesenta años o más, implicó encontrarse en la posibilidad de ser humillados o rebajados por su edad. Un aspecto curioso al respecto, es que al hablar del tema existía el uso del humor para aligerar la tensión que provoca. Mencionando con cierto sarcasmo que “pertenecían al club del INAPAM”, o bien que “ya estaban dentro de las filas de la tercera edad”.

Resulta comprensible la adopción de esta postura que implica reconocimiento y tensión dentro de los participantes, al enfrentarse a su nueva posición social como hombres mayores. Debido a que la ignorancia o evasión que pudieran realizar no constituyen una defensa adecuada contra la posible discriminación y exclusión a la que pueden verse expuestos. Por otro lado, la tensión emocional que esta circunstancia les genera, tiene su origen en el reconocimiento de verse ahora excluidos de una realidad que en el pasado era cotidiana.

Así mismo, tiene sentido que los varones hayan decidido re-negociar los significados asociados a su masculinidad después de intentar mantener las prácticas y relaciones asociadas a la imagen del varón trabajador-proveedor único. Ya que como menciona Neugarten (1979), las normativas sociales asociadas a la edad son cumplidas a partir de rigurosos programas institucionales que las personas difícilmente pueden superar o evadir. De manera que sus intentos solo contribuyeron a erosionar la imagen de sí mismos, eligiendo así nuevas alternativas menos dolorosas y mayormente fructíferas.

Otro elemento, que contrario al anterior es visto como algo positivo, es el recibir una pensión derivada de sus años como trabajadores asalariados. Aunque Don Javier y Don Antonio son los únicos participantes que no reciben dicho beneficio; los demás participantes poseen significados contradictorios en torno a su pensión. En primer lugar, consideran que su depósito mensual es menor al que deberían recibir, siendo esto un abuso por parte del Estado, ya que no reconoció su esfuerzo como trabajadores. Aunque, por otro lado, poseer una pensión les permite mantener cierta seguridad económica, contando con la certeza de recibir un ingreso mensual permanente para así costear algunos gastos cotidianos. Así mismo, saberse pensionados también otorga seguridad sobre su salud, ya que disponen de atención médica para ellos y sus parejas cuando así lo requieran:

...No hay más como tener un trabajo estable, con sus prestaciones, y sí Dios lo deja llegar a viejo, que cobre su pensión... es una limosna la que dan, pero dan, lo malo es que no hubiera, que no tenga uno eso, porque también ahí hay mucha trampa. Yo como maestro nunca gané un sueldo mínimo, siempre arriba de diez mínimos diarios. Y al salir, al pensionarme ¡tras! Salgo con mi pensión de un mínimo ¿cómo ves?... (Don Mario, 87 años de edad).

Ahora bien, el hecho de que los participantes sean pensionados también los posiciona como ajenos al mundo laboral que en otros tiempos fue su principal espacio. Es aquí donde surge una división tajante entre las condiciones de vida de los varones. Distinguiendo entre aquellos que ocuparon trabajos asalariados durante toda su trayectoria laboral, y aquellos que decidieron iniciar un negocio propio.

Para aquellos varones que fueron asalariados la pensión se fundamenta como el cese definitivo del mundo laboral que otrora experimentaron como trabajadores de planta. Aunque algunos participantes encontraron opciones para reincorporarse al mercado laboral, estas eran de carácter precario y con grandes riesgos. Algunos ejemplos fueron el ser contratados bajo el modelo de outsourcing, ocupando puestos de veladores, vigilantes o personal de limpieza. Sin embargo, dicha situación promovió en la gran mayoría de los varones una resignificación de las formas de concebir el trabajo masculino y la proveeduría en el hogar. Generando en ellos nuevas prácticas sociales que anteriormente eran consideradas por los varones como poco masculinas.

Desde otra posición, los hombres mayores que se establecieron como comerciantes se mantuvieron trabajando dentro de sus negocios, pero con el paso de los años surgió en ellos la necesidad por asegurar la continuidad de sus comercios más allá de su existencia. Por lo que cedieron de manera paulatina ciertas responsabilidades a sus descendientes, quienes se integraron a las iniciativas de sus padres, ocupándose de los aspectos administrativos y de logística. Los varones aun poseen la capacidad de controlar el momento en el cual habrán de retirarse del mundo laboral, aunque su posición dentro del mismo se ha modificado visiblemente. Es decir, dejaron de estar “al frente de su negocio”, para convertirse en una especie de referente moral para sus descendientes que ahora los administran. O bien, se convirtieron en la imagen de sus negocios, centrándose en brindar una atención adecuada a sus clientes.

8.1.2 Aprender a ser viejos.

Una vez que los participantes comenzaron a vivir su vejez, se encontraron de lleno con un complejo sistema de normativas y representaciones sociales sobre cómo tiene que ser la vida de los hombres mayores en Axotlán. Cabe señalar que los varones convivieron con este sistema de significados desde edades muy tempranas, aunque solo tomaron relevancia dentro de sus vidas a medida que envejecían. Fueron sus padres, abuelos, tíos y demás varones de la comunidad, quienes enseñaron a los participantes que los varones envejecidos poseen la obligación de luchar contra el cansancio, las enfermedades y la necesidad de descansar

continuamente. De lo contrario, lo único que encontrarían sería una reducción de sus años de vida, así como la pérdida de sus energías y su capacidad de agencia:

... una persona, no vieja, te estoy hablando que tenía sesenta años, le dijo el doctor, usted ya no puede andar en la calle solo, porque su presión ya está muy alta, está muy alterada, lo que debe de hacer es sentarse... Y cuando mi papá lo vio sentado, me dijo, ira' hijo, ese pendejo se va a quedar en esa silla, ya le dijeron que ya no puede. Otros diez años o doce años que debería de durar, ya no los va a durar, porque solito se está haciendo el enfermo y solito se está matando. Dice, a mí también me dijeron que tengo la presión (alta), pero si te vas a morir hoy, te vas a morir sentado, te vas a morir durmiendo, te vas a morir caminando, ps' yo prefiero quedar caminando. Entonces es algo que tiene lógica ¿no? Ese es un ejemplo que digo, hay personas que se sientan, aunque no deberían de sentarse todavía ¿estás de acuerdo?... (Don Juan, 65 años).

Según este sistema de representaciones existen tres formas a través de las cuales los hombres de la comunidad pueden vivir su vejez; dos de ellas asociadas al paso del tiempo, y la tercera asociada al fin de las energías y la agencia de los varones. Las dos primeras son vistas como “momentos naturales” del curso de vida, fundamentadas por el principio de mantenerse activos y trabajadores. Mientras que la tercera forma se instaura cómo una situación nefasta e irreversible que no debería ocurrirle a ningún varón. Se ha propuesto nombrar a las tres formas como: vejez con fuerza, vejez avanzada, y vejez agónica.

La vejez con fuerza da comienzo a partir de experimentar diferentes eventos, entre los que destacan: el cumplimiento de los sesenta años de edad, el fin o reducción de la trayectoria laboral, la jubilación, el inicio de la abuelidad, la llegada de lesiones o enfermedades crónicas, así como la aparición de arrugas, calvicie, o modificaciones en la piel. Dichos eventos son considerados como indicadores de la vejez, aunque la transición no es tan abrupta como se pudiera pensar. Experimentar la vejez con fuerza implica que los varones sientan una ligera disminución en su fuerza física, así como en su habilidad y en sus sentidos. Pero esto no les impide seguir desarrollando la mayoría de sus actividades, aunque sí implica realizar cierto esfuerzo corporal.

En la vejez con fuerza se espera que los hombres sigan demostrando su habilidad para el trabajo manual dentro de la comunidad, sea ya en los grupos de trabajo o bien, frente a los amigos. Esta directriz, que puede llegar a ser sumamente demandante, también les permite instaurarse como verdaderos expertos frente a otros varones más jóvenes. Así como seguir demostrando responsabilidad, valentía, inteligencia, aguante y en ocasiones seducción. De igual manera, los varones que transitan por este momento de su vida pueden permitirse aún ciertos excesos y omisiones, a sabiendas que pueden ser perjudiciales, como son: el realizar extensas jornadas de trabajo manual, el emborracharse plenamente, el llevar una dieta alta en azúcar y grasas, el pasar largos periodos sin comer o descansar, así como el omitir la administración de algún medicamento:

... A mí sí me da terror el día que ya no pueda levantar un bote de revoltura o un costal de maíz como los que cargábamos antes, o que ya no levantes cincuenta kilos. A mí sí me da terror cuando ya no puedas correr, cuando apenas y puedas caminar; yo a mí la neta sí me gustaría morirme, así como estoy. Pero ps' ya es la vida, es la vida... (Don Antonio, 61 años).

Las representaciones que la comunidad ha creado en torno a la vejez hace recordar aquella distinción pionera que Neugarten (1979) realizó sobre los viejos-jóvenes y los viejos-viejos. Siendo así que para esta autora el segmento poblacional agrupado dentro de los viejos-jóvenes, estaría conformado por personas mayores jubiladas, con salud y fortaleza física, además de una relativa estabilidad económica. Las cuales, tienen la suficiente energía y capacidad para involucrarse activamente en su familia, su comunidad y su sociedad.

Aunque la categorización propuesta por Neugarten dista mucho de las formas de comprender la vejez dentro de Axotlán, sea ya por que surgieron desde el ambiente anglosajón, o bien, por la distancia temporal de casi cuarenta años entre ellas. Lo cierto es que ambas propuestas muestran lo contextualmente esperado dentro del tránsito hacia la vejez, así como dentro de sus primeros años; marcando los límites de lo que se puede o no hacer, así como las formas en las que se tiene que vivir. Por ello, se espera que dicho tránsito se desarrolle bajo los términos de continuidad y actividad, donde las personas mayores parecieran ser las únicas responsables en asegurar las condiciones para una transición digna y exitosa.

Así mismo, no puede ignorarse que ambos modelos crean posiciones sociales, las cuales orientan tanto las prácticas como las posibilidades y los límites de las personas mayores (Baars & Phillipson, 2013). Es decir, en este contexto, señalar que una persona ha envejecido, en este caso, que un hombre se ha hecho viejo, lo ubica en una posición distinta al resto de los demás. La distinción entre una población de hombres jóvenes y aquella de hombres envejecidos pareciera implicar que dichos varones ya no pueden seguir el ritmo al resto de los hombres en el cumplimiento de sus mandatos de género. Por lo que es necesario aumentar su esfuerzo y redefinir las prioridades. Si bien, ya no pueden ser el varón de antaño, si es posible vivir una vejez con fuerza donde aún se pueda demostrar su valía como hombres.

Por otro lado, la transición de los varones hacía la vejez avanzada sucede a partir de dos experiencias corporales, las cuales dejan una huella relevante dentro de la identidad de género en cada participante. Dichas condiciones son la complicación de algún padecimiento o lesión, así como la reducción considerable de la fuerza física y la habilidad manual. En comparación con la llegada de la vejez con fuerza, esta transición es vista como un cambio abrupto que hace a los varones replantearse distintos aspectos de su existencia. Es posible pensar que la vejez avanzada se instaura como un quiebre donde surge una nueva forma de ser varón bajo condiciones nunca antes vistas. Donde se les exige a los hombres el comenzar a cuidar de sus cuerpos, o modificar hábitos fuertemente arraigados, si es que desean vivir más tiempo. Así mismo, el transitar por este momento de la vida demanda a los varones el mantenerse activos pese al cansancio o la enfermedad. Ya que, el abandonarse al descanso continuo solo los condena a una condición corporal precaria e irreversible:

... yo hace diez años todavía me sentía muy bien, ahorita ya a los ochenta ya no, ya se siente la vejez, o sea, ya no tienes la misma capacidad, físicamente de hacer cosas... Y luego con las enfermedades ya quedas muy debilitado. Pero ya es la edad, nos acaba a todos. Yo todavía doy gracias a Dios, a mi edad aquí ando, me siento bien, trabajo, no dependo de nadie más que de mí mismo... (Don Javier, 82 años).

Los hombres que experimentan dicho momento priorizan el desarrollo de sus actividades, dejando de lado aquellas que consideran son un riesgo potencial, o aquellas que requieran gran esfuerzo físico. Es decir, los varones son conscientes de su fragilidad corporal, aunque la misma no es pretexto para dejar de realizar sus tareas cotidianas. Ya que, debido a su condición, se encuentran relativamente más cercanos a experimentar la vejez agónica. En este momento se vuelve sumamente relevante el adecuado seguimiento de los tratamientos médicos, así como el realizar actividades en los exteriores solo cuando el clima sea benigno.

Los hombres que experimentan la vejez avanzada continúan participando en las actividades propias de la comunidad, aunque realizan actividades de menor impacto físico. Así mismo, dejan de lado la constante demostración de su valía como varones, dado que su existencia es la prueba irrefutable del servicio prestado a su comunidad. Dicho de otro modo, existe cierta flexibilidad en los mandatos de género, perdiendo importancia la demostración continua de su habilidad como varones.

Dentro de la constitución de la vejez avanzada en los hombres mayores de Axotlán, los cambios corporales juegan un papel primordial. Esta categorización denota una mayor complejidad en comparación con la vejez con fuerza, ya que busca mantener vigentes los mandatos masculinos frente en condiciones que podrían no ser del todo varoniles.

Existen similitudes considerables con los hallazgos realizados por Nilsson, Hagberg & Jepsson (2013), en su trabajo con hombres mayores de contextos rurales en el norte de Europa. Al igual que en los varones sumamente envejecidos de Axotlán, los autores ubican que para dichos hombres el trabajo sigue desempeñándose como el eje organizador de la vida. Esto es posible gracias a que los significados asociados al trabajo poseen la suficiente plasticidad como para resignificarse a partir de los recursos con los que cuentan los varones. Si bien las actividades a realizar son menores en comparación con momentos anteriores de la vida, el hecho de continuar realizando prácticas masculinas dota de cierto aire de valentía y resistencia. Así mismo, estos varones cuentan con un amplio repertorio de experiencias, que demuestran sus capacidades como hombres trabajadores.

Finalmente, la vejez agónica no es vista como el último momento del curso de vida, sino que es un futuro posible si los hombres se abandonan al descanso y la pereza, así como si no se siguen los tratamientos médicos necesarios para preservar su salud. Este aspecto pudiera parecer sumamente contradictorio, y de hecho lo es. Ya que los participantes interpretan que los tratamientos médicos son importantes, pero se vuelven contraproducentes si especifican el descanso prolongado. De manera que los varones pueden seguir dietas estrictas, y horarios específicos para la toma de medicamentos, pero el reposo más que un factor protector, se convierte en una recomendación fatal.

En la vejez agónica se inscriben las complicaciones propias de una enfermedad crónica, así como los trastornos neurodegenerativos, y la presencia de una debilidad extrema. Situaciones que fragilizan la salud de los varones, manteniéndolos cautivos dentro de sus propios hogares debido a su incapacidad para caminar, o a su imposibilidad para recordar quiénes son y dónde están. Siendo así que su agencia personal se ve reducida, convirtiéndose en una persona totalmente dependiente de la voluntad de sus familiares para poder sobrevivir. Quizá el aspecto más tenebroso para los participantes es que dicha condición puede anclarse en el tiempo, llegando en el peor de los casos, a experimentarse por años:

... No me gustaría vivir ya más, ira', llega uno a viejito, ya nomás' problemas para los hijos ¿para qué? puro sufrir, porque ya no puedes salir, no puedes caminar, no puedes ¿ya para qué? ya nomás' darles problemas a sus hijos de uno. Es que, he visto muchos viejitos, los problemas que tienen para poder caminar. Ahí tienes a este Facundo, ya no puede salir, ya no puede caminar, ya nomás ahí tirao' ¿ya para qué? Ya no, ya a esta edad, ya todo lo que viviste, bien vivido, ya pa' que le busca uno más, ya no... (Don Carlos, 80 años).

Cualquier hombre viejo puede transitar a la vejez agónica sin importar su edad. Aunque es importante señalar que el aumento de la edad es un factor que puede predisponer su llegada, pero la falta de cuidado en su salud se instaura como el principal factor para su aparición. La existencia varones que experimentan este momento de la vida es vista como algo penoso, así como una fatalidad del destino. Ya que, el perder total autonomía en actividades básicas como vestirse, alimentarse o asearse, es considerado como una afrenta imperdonable a su dignidad.

Diversas investigaciones empíricas (Arroyo, 2011; Martín, 2013) han visibilizado elementos que permiten comprender las implicaciones de la vejez agónica, a partir de aspectos de carácter corporal y relacional. Dentro de los aspectos corporales, la dependencia física de las personas mayores implica lidiar con la incapacidad de operar un cuerpo destruido que antaño estuvo a su servicio. Así como la impotencia de soportar lesiones que nunca cesan de doler, y que en ocasiones transforman de manera radical la organización y aspecto del cuerpo.

Desde el aspecto relacional, las personas mayores generan sentimientos de culpa y desvalorización frente a sus familiares. Al no poder realizar acciones de cuidado básico como alimentarse o bañarse por sí mismas, surge la creencia de convertirse en una carga para sus familiares. Restándoles tiempo para realizar otras actividades, así como recursos que al ser consumidos no existe retribución alguna.

Ambas situaciones generan un profundo dolor psíquico en las personas, el cual difícilmente puede ser externalizado, aumentando así su desesperación e incertidumbre frente a una situación que nunca mejora. Bajo estas condiciones es enorme el impacto que tiene en los hombres mayores al verse totalmente dependientes de sus familiares, cuando estos fueron socializados a lo largo de su vida para ser lo más independientes posibles.

Resta decir que dentro del sistema de representaciones sobre la vejez masculina existente en Axotlán, el aspecto de nunca rendirse frente al cansancio o la enfermedad delimita las posibilidades de acción que los participantes tienen con sus cuerpos. Ya que, por un lado, son un aliciente para que estos se mantengan activos y en constante interacción con su familia y algunos miembros de su comunidad. Sin embargo, este elemento también puede generar que los varones omitan expresar sus condiciones de salud, o sus expectativas de vida. Para así no ser tachados como hombres débiles o próximos a vivir la vejez agónica:

... ya cuando me fui minando, onde ya me jui' acabando, vamos pues, al último, ya no podía yo ni arriar la yunta porque me empezaban los calambres, me acalabraba yo a media milpa y ya no, ya no pude... y luego pa' mi desgracia se me cae el caballo y me fracturé la pierna... me operaron la pierna, y ahí se acabó el hombre, ya no volví a montar a caballo... (Don Jesús, 80 años).

8.2 “El cuerpo te pide trabajar”. Negociar el trabajo masculino y la proveeduría.

Como se mencionó en páginas previas, existen suficientes elementos para señalar que la salida del mundo laboral por parte de los participantes, o bien, su desplazamiento hacia posiciones menos demandantes, se establecieron como eventos de transición hacia la vejez. Aunque dichos eventos han condicionado de manera directa la forma en que estos varones definen su identidad de género, el despido o el retiro voluntario solo es la primera parte de este proceso. Ya que estos hombres han hecho uso de otras trayectorias de vida para afrontar la reducción de espacios, prácticas y relaciones asociadas a su trayectoria laboral.

Teniendo estos elementos en cuenta, es posible abordar las particularidades del proceso a partir del cual los varones resignificaron nuevamente su identidad de género. Resaltando cómo es que dicha transformación también implicó generar nuevos significados a las nociones de trabajo masculino y proveeduría. Mandatos que fueron interiorizados por los participantes durante sus primeros años de vida, y sumamente defendidos a lo largo de toda su adultez.

En primer lugar, los participantes reconocieron que sus trayectorias laborales contaban con una fecha de finitud asociada a su envejecer, siendo posible posponerla, pero no evitarla. Es decir, a medida que los varones construían su trayectoria laboral se hicieron conscientes de que, debido al aumento de su edad, existían cada vez más probabilidades de perder su papel como trabajadores, sea ya por despido o jubilación. No obstante que los varones eran conscientes de la aplicabilidad de un horario social a sus cursos de vida, la aparición de dicho evento los tomó por sorpresa en la gran mayoría de los casos. Mostrándose renuentes y frustrados frente a esta realidad, considerando que dicho horario de retiro era arbitrario, ya que no tomaba en cuenta su opinión, sus deseos, ni sus condiciones de vida:

... La edad es un factor importante, no sé si fue por las leyes o quien instituyó eso de que el hombre ya no era productivo después de los cuarenta años, que yo consideraría que es al revés. Eres más productivo y más responsable. Pero pasa que a esa edad ya viene siendo como el declive de la persona. Y eso es lo que te hace que te sientas ¿cómo se puede decir? Cómo que puedes ser productivo, pero ya no te dan la importancia que debería de haber sido. Y sí, por eso, si se siente uno que estas declinando, o que ya declinaste o que vas a declinar... (Don Vicente, 73 años).

Es importante resaltar que los participantes terminaron o redujeron su trayectoria laboral a edades y en condiciones muy distintas: existiendo casos en los que la finitud se desarrolló antes de los sesenta años, forzando así su retiro de la cadena productiva; otros donde el retiro se estableció voluntariamente a partir de su jubilación, y otros, donde los participantes aún continúan con su trayectoria laboral. La reducción o finitud de la trayectoria laboral puede establecerse como una especie de preámbulo a la vejez, o bien, como un aspecto a experimentar dentro de la misma. Por ello, resulta imposible asegurar que el retiro del mundo laboral se presenta como la experiencia primordial a partir de la cual los varones se definieron como viejos. Si no que, este suceso se consolida a distintos niveles como un generador de nuevas posibilidades identitarias para este momento del curso de vida.

Si bien algunos autores (De Keijzer, 1997; Borrás, Moreno, Castello & Grau, 2011) han propuesto que el retiro laboral en los varones genera efectos adversos y casi difíciles de superar; siendo los elementos más evidentes la pérdida del proyecto de vida, así como de la identidad social, los referentes culturales y las redes de amistad. La evidencia obtenida a partir de los participantes, arroja pistas para pensar que este proceso no tiene por qué ser experimentado de igual manera por aquellos varones socializados desde los modelos hegemónicos.

Es una realidad que el retiro laboral es visto como una pérdida por los varones envejecidos. Sin embargo, para que un hombre experimente este suceso como una profunda crisis, y más aún, que no pueda salir de la misma, es necesaria la combinación de ciertos elementos de orden biográfico y contextual. Como son *el momento justo* (timing) en que su trayectoria finalizó, así como la ausencia de otras trayectorias de vida que pudieran dar soporte a la identidad de género.

En consecuencia, se vuelve relevante abordar la división existente entre aquellos hombres que desarrollaron sus negocios y siguen vinculados al mundo laboral, y aquellos que una vez jubilados se retiraron por completo de dichos espacios.

En primer lugar, se encuentran aquellos hombres que vincularon su trayectoria laboral a un negocio propio. Dichos participantes consideran como una bendición el seguir participando dentro de actividades remuneradas, ya que, además de contar con un ingreso extra, el trabajo fortalece sus cuerpos y su capacidad de agencia. Aunque han decidido ceder

la administración de sus microempresas a sus descendientes, por lo que las tareas que actualmente realizan están orientadas hacia la atención de los clientes, o bien, prestando consejo y apoyo moral en la toma de decisiones. Es decir, estos participantes consideran que sus negocios transitaron de ser su lugar de trabajo y fuente de ingresos, a consolidarse como una especie de herencia para sus descendientes, la cual es preciso cuidar y enriquecer. De esta manera, su principal objetivo se orienta en asegurar las condiciones para mantener estable su negocio, considerando esta actividad como una forma de expresar cariño y cuidado hacia sus familiares:

... yo cuando estoy enfermo hasta lloro por no poder venir al trabajo o ver lo que hay, porque tengo que ver todo. Tengo que verlos, o decirles, estas mal o esto no lo hagas, y los debo de aconsejar... (Don Javier, 82 años).

Así pues, salvo Don Guillermo, Don Vicente y Don Javier, que dedican gran parte de su tiempo en atender sus negocios; los demás varones pasan la mayor parte de su día trabajando dentro de su hogar para el beneficio de sus familias. Es decir, todos ellos cuentan con una rutina de trabajo previamente diseñada, que comienza desde muy temprano y finaliza hasta caer la noche. Siendo los tópicos más relevantes para su conformación el mantenimiento de su casa, el prestar apoyo a las mujeres de su familia para garantizar los insumos necesarios para las labores, así como el prestar cuidado a sus nietos o a un familiar enfermo.

Ahora bien, para profundizar la comprensión sobre este aspecto de su identidad de género, es preciso rastrear las particularidades del momento de vida. Al finalizar su trayectoria laboral los varones vieron sumamente reducidos los espacios donde podían participar. Por lo que en un primer momento realizaron iniciativas productivas dentro de sus hogares o en espacios familiares a partir de la cría de animales, sembrando legumbres en pequeñas parcelas para vender sus cosechas, o bien, manteniendo sus “chambitas” previas. Estas actividades fueron vistas como un complemento a sus ingresos, y aunque tuvieron un éxito relativo, fueron abandonadas con el paso del tiempo. Si bien algunas han logrado mantenerse no son vistas como una prioridad por los varones, quienes centraron sus esfuerzos en trabajar dentro de sus hogares, para así no descuidar su rutina de trabajo previamente establecida.

Esto se debe a que en el momento en que los varones vieron terminada su trayectoria laboral se presentó una crisis de significados. Ya que su deseo por mantenerse como hombres trabajadores-proveedores chocó de frente con diversas condiciones que impidieron su permanencia en el mercado de trabajo. Por ejemplo, la estratificación por edades del mundo laboral, así como la reducción de las fuerzas y habilidades para el trabajo manual se establecieron como dos elementos generadores de profundos conflictos personales. De esta manera los participantes comenzaron a evaluar las particularidades del modelo dominante de la masculinidad, desde el cual crearon su identidad y orientaron sus prácticas sociales. Dicha revisión implicó la selección de aquellos contenidos que podían cumplir desde sus nuevas condiciones de vida.

En resumen, ante la ausencia de un proyecto institucionalizado del curso de vida en la vejez, y la imposibilidad de seguir todos los cánones del modelo de masculinidad dominante; los participantes instauraron sus nociones resignificadas de trabajo y proveeduría como la brújula que guía los actos y planes a futuro.

El trabajo dejó de ser visto únicamente como la actividad desde la cual se generaba la proveeduría del hogar. Siendo también se concebía como un medio para satisfacer las necesidades personales de los participantes. Dicho de otro modo, el trabajo siguió siendo el núcleo duro de la identidad de género para los varones, pero los fines que perseguía se modificaron. Ya no se trabajaba dentro del mundo público y por una remuneración económica, ahora se trabajaba en el ámbito privado buscando dos fines primarios. El primero de ellos es continuar con la proveeduría de la familia conformada, pero esta vez proporcionando apoyo y soporte en situaciones concretas. Adicionalmente, el trabajo se fundamentó como la principal actividad para evitar la vejez agónica. Hecho que hace pensar que los participantes ven como un factor protector el realizar sus actividades cotidianas, siendo esta una forma de cuidar de sí mismos.

Por otro lado, la redefinición de la proveeduría se estableció a partir de incorporar cuidado y afecto a la misma, dejando de ser sustentada únicamente por el aporte económico para satisfacer los gastos del hogar. La adhesión de ambas características tiene su fundamento en el compromiso que los participantes adquirieron en el momento de unirse en matrimonio, donde juraron dotar de todo lo necesario a su naciente familia. De tal manera, los varones

ubicaron que sus familiares habían desarrollado sus propias actividades para proveer su sustento. Aunque dado lo absorbente que es el mundo laboral, comprendieron que podían proveer a su familia de aquellas acciones e insumos que hicieran su vida menos pesada. Es decir, los participantes cuidan de su familia resolviendo aquellos problemas que requieren tiempo y dedicación constante.

Una vez que los varones volcaron su atención hacia en trabajo dentro del hogar, se dieron a la tarea de buscar actividades que pudieran apropiarse y legitimar como masculinas. Teniendo en cuenta que dentro de sus hogares la gran mayoría de las actividades son realizadas por mujeres, como sus esposas, hijas, nueras o nietas; un ámbito que todos descubrieron y afirmaron como suyo, fue el mantenimiento, limpieza y reparación de sus hogares, además de algunos enseres domésticos. Así mismo, consideraron como una oportunidad para realizar “su trabajo” el cuidado de las mascotas o animales de granja, así como los huertos o jardines. Ya que su pasado agrícola les dotaba de experiencia para realizar dicha actividad correctamente:

... luego me voy pa' allá atrás, hago leña, planto mis plantitas allá y así. Entre semana viene mi compadre, me voy a caminar con él, me voy a traer algo para hacer de comer, le ayudo a mi hija, luego ella me ayuda. Si no, yo hago de comer, a mí no se me dificulta, como estuve en un comedor. Pues me gustan las cosas que hago, para hacer otras cosas más, ps' no me alcanza el tiempo... (Don Carlos, 80 años).

Otras actividades que los participantes convirtieron en “trabajo masculino” fueron el salir a realizar las compras cotidianas. Esta acción se debe a que, ante su falta de habilidades para cocinar, o lavar, etc., tenían que insertarse en la cadena de trabajo hogareño desde el aspecto que mejor conocían, saliendo al pueblo para proveer y asegurar los insumos. Así también, el prestar atención a sus nietos y familiares enfermos fueron prácticas transformadas en trabajo cotidiano, que otrora fueron situaciones impensables a realizar por ellos. Pero que se encuentran fundamentadas en el compromiso de proveer seguridad a su esposa y a sus descendientes hasta donde les sea posible.

Desde el lado de los nietos, los varones fueron buscados por sus descendientes para que los apoyasen en el cuidado de los menores, ya que, ante la precariedad laboral que experimentan, necesitan alguien que cuide de sus hijos mientras ellos asisten a trabajar. El llevarlos y recogerlos del colegio, jugar con ellos, asegurarse que coman adecuadamente, así como estar al pendiente de sus tareas académicas se convierte en una actividad cotidiana. Finalmente, el cuidado de un familiar enfermo se establece como una actividad triste y ardua, en comparación con el cuidado de sus nietos, que mayoritariamente se observa como una situación agradable. Esto se debe a que si bien, ven esta actividad como un compromiso y no como un deber molesto, los varones se sienten frustrados ante la imposibilidad de revertir la patología que sus familiares sufren:

... me tocó vivir la triste historia de mi esposa que se enfermó. Yo tenía que lavar, yo tenía que planchar, tenía yo que ver que la cocina este bien, que los trastes estuvieran en su lugar. No tenerla (la casa) al cien como una mujer, pero sí, mantenerla. Entonces me levanto más temprano cuando ella se va a sus quimios, les doy de comer a los pajaritos, les doy de comer a mis caballos y me pongo a barrer, a trapear, me voy a dejar al niño al kínder, llego de allá del kínder y saco los caballos. Y darle un rato al campo. Y cuando mi esposa está bien, ella se encarga de sus plantas, de barrer, hacemos el trabajo ya juntos... (Don Juan, 65 años).

Una vez que los participantes ubicaron las prácticas y los espacios donde desarrollarían su trabajo en el hogar, crearon una rutina cotidiana donde se establecían todas las actividades y obligaciones de los mismos. La cual posee una estructura sumamente similar a la rutina que establecieron a lo largo de su trayectoria laboral. Es decir, las actividades no se realizan al azar ni de manera espontánea, responden a una cadena de eventos necesarios para que la vida en el hogar funcione adecuadamente. Por otro lado, los varones consideran que el no realizar su rutina trae consigo ciertas consecuencias, ya que de no cumplir con ella no solo se atenta contra la vida familiar; sino que su imagen como varón trabajador-proveedor se ve seriamente comprometida. Dado que se pone en entredicho la capacidad de los participantes por dotar a la familia de lo necesario para su existencia.

A lo largo de todo este proceso de resignificación identitaria, es posible observar el uso que los varones envejecidos hacen de su capacidad de agencia, eligiendo por sí mismos el buscar que su identidad de género tenga continuidad en su vejez. También es posible apreciar los aspectos contingenciales que delimitan sus elecciones, impulsándolos a repensar su ser hombres, pero sin abandonar plenamente los mandatos genéricos que los acompañaron a lo largo de su curso de vida. Con ello, sus elecciones y re-aprendizajes sobre la masculinidad solo son posibles gracias a que el proceso de desarrollo personal finaliza hasta el último momento de la vida (Elder, Kirkpatrick & Crosnoe, 2003; Blanco, 2011).

No obstante, para ampliar la comprensión de este fenómeno es preciso abordar la forma en que los varones han transitado este momento de su curso de vida a partir de la generación de adscripción. La amplitud de dicho momento, que es expresada en el número de años vividos como hombres viejos, condiciona enormemente la experiencia de la masculinidad y la vejez. Ya que, existen participantes que han sido viejos por más de dos décadas, mientras otros poseen unos cuantos años de experiencia.

Así mismo, resulta sumamente importante profundizar en cómo la modificación de las nociones de trabajo y proveeduría por parte de los participantes viene a redefinir las relaciones familiares, creando nuevas formas de transmitir afecto, así como nuevas problemáticas. Para después, finalizar el capítulo abordando cómo ambas nociones también se trasladaron a los espacios comunitarios, redefiniendo la forma en que los varones contribuyen al mantenimiento de su comunidad.

8.2.1 “Ya me siento cansado”. El trabajo en la vejez avanzada.

Respecto de la generación más envejecida de participantes, existen por lo menos tres elementos a partir de los cuales se ha configurado su experiencia de ser viejos, a saber: el poseer una mayor experiencia dentro de este momento del curso de vida, la tendencia a priorizar la realización de actividades a medida que se llega a edades avanzadas, así como una preocupación constante por su salud y su autonomía. El desarrollo de dicha triada en cada participante, se encuentra entrelazada siendo imposible el pensar sus elementos por separado.

Por ejemplo, el poseer una mayor experiencia de la vejez en comparación con la generación más joven orienta a los participantes para asumirse dentro de la representación social de la vejez avanzada. Su reconocimiento como varones sumamente envejecidos hace que estos hombres vuelvan a negociar sus posibilidades de existencia; seleccionando y optimizando una vez más las actividades que quieran realizar. Así también, los tiempos para descansar tienden a volverse más prolongados, por lo que el desarrollo de sus actividades cotidianas se estructura permitiendo pequeños periodos de ocio, donde se duerme un poco o se descansa el cuerpo. Esto se debe en gran medida, a que los participantes reconocen cómo su cuerpo se ha fragilizado a medida que los años pasan. Sea ya con la aparición de lesiones o desgaste físico, así como por el surgimiento de complicaciones en enfermedades crónicas previamente adquiridas:

... ya no tengo fuerzas, ya no soy el mismo, ahí es dónde está mi problema, yo quiero seguir siendo el mismo, con las mismas fuerzas, con la misma energía y no depender de nadie, ni de mí mismo. Hago ejercicio, sí, pero un rato estoy bien, pero ya después viene el cansancio, el sueño, el agotamiento... ya no es el mismo, uno, como fue, yo quisiera ser igual, pero, ya no, ya no es lo mismo... (Don Mario, 87 años).

Las experiencias de los varones más envejecidos permiten dimensionar hasta qué punto el proceso de Selección, Optimización y Compensación se encuentra fundamentado en la capacidad corporal de las personas, y en cómo está se transforma a lo largo del curso de vida. Así como en el peso que el contexto tiene para que las personas elijan nuevas metas que resulten adecuadas con sus expectativas (Boker, 2013). Por ejemplo, en la generación de hombres mayormente envejecidos, una vez que estos transitaron a la vejez con fuerza, seleccionaron resignificar y ejecutar aquellas prácticas de orden inminentemente masculino. Pero al transitar a su vejez avanzada tuvieron que optimizar, o en su caso compensar dichas actividades, a raíz de su debilitamiento o fragilización corporal.

El proceso de Selección, Optimización y Compensación puede generar tanta flexibilidad en los mandatos de género que los varones dejan de centrarse en la calidad de sus acciones. Es decir, bajo condiciones de alta fragilidad corporal, tan solo basta con el cumplimiento de las mismas (Compensación) para dar por sentado que siguen cumpliendo con sus obligaciones como varones. Demostrando con ello que serán hombres de trabajo

hasta sus últimos momentos de independencia o de vida. Así mismo, el recordar las experiencias más relevantes sobre su vida como trabajadores, y complementarlas mostrando las marcas y cicatrices ganadas con el paso del tiempo son actividades sumamente masculinas dentro de la vejez avanzada (Nilsson, Hagberg & Jepsson, 2013).

Como primer ejemplo de lo anterior se encuentra Don Mario, quien al momento de realizar el proceso de entrevista contaba con 87 años de edad. Este varón fue el primero en finalizar su trayectoria laboral como trabajador asalariado en 1990. Contando con cincuenta y nueve años de edad, fue liquidado por los dueños de la panadería donde trabajó por más de cuarenta años. Para luego reunir los ahorros de toda su vida y comprar un terreno en los nuevos barrios de Axotlán, donde construyó una casa, así como un pequeño taller para hacer pan.

Durante quince años emprendió un negocio dentro de su nuevo hogar junto a dos de sus hijas, donde únicamente él se preocupaba por elaborar pan, mientras sus descendientes se encargaban de la venta y administraban las finanzas. Debido a la ausencia de otros panaderos en la comunidad su negocio rápidamente dio frutos, exigiéndole una mayor producción, que lo llevó a trabajar largo periodos sin descanso y sin ningún tipo de apoyo. Ya en el año de 2005, justo antes las fiestas de día de muertos, Don Mario sufrió un colapso físico mientras trabajaba, por lo que sus hijos tomaron la decisión de impedirle continuar como panadero.

Fue en ese momento de su vida, al no tener nada que hacer, que Don Mario comenzó a sentir un cansancio progresivo en todo su cuerpo, por lo que decidió realizar ciertas actividades para no sumirse en el descanso. Dado que nunca desarrolló algún tipo de red de apoyo dentro de la comunidad, volcó sus esfuerzos en realizar actividades dentro del hogar, iniciando una rutina de trabajo dentro del mismo. Cinco años después, en 2010, fue diagnosticado con diabetes tipo 2, situación que aminoró su estado de salud y modificó en gran medida su humor.

Después de este evento, Don Mario volvió a sentir con mayor intensidad como sus fuerzas se reducían, ahora a una velocidad alarmante, al punto de necesitar ayuda para realizar actividades como subir al transporte público o caminar por tramos muy inclinados. Para el entrevistado su actual estado de salud se debe a el exceso de trabajo que tuvo durante el inicio de su adultez, donde tuvo que gastar todas sus fuerzas, quedándose sin energías en los momentos finales de su vida. Este hecho hace que Don Mario constantemente se sienta enojado y emocionalmente susceptible, condición que lo lleva a iniciar discusiones constantes con su familia, las cuales empeoran su estado de ánimo, creando así un espiral del cual no puede salir.

Don Mario admite que su condición corporal se encuentra fragilizada, pero considera como algo degradante para su masculinidad el recibir ayuda de otras personas, particularmente si esta viene de alguna mujer o de un hombre joven. Así mismo, considera que ya no existe futuro para él, es decir, que ya no quedan ni tiempo ni fuerzas para emprender un nuevo proyecto. Siendo así que lo mejor es seguir realizando pequeñas acciones que lo mantengan ocupado y saludable hasta la llegada de su muerte.

En el caso de Don Javier, existe una menor reducción de su capacidad corporal, así como persiste el desarrollo de sus actividades cotidianas. Después de pasar treinta años trabajando en sus dos microempresas, comenzó a ceder el control y la administración de las mismas a sus nietos, aunque para tomar tal decisión existieron por lo menos dos elementos relevantes. El primero de ellos consistió en la paulatina reducción de sus fuerzas y energías, aspecto que le impedía mantener una jornada de trabajo de por lo menos doce horas. El segundo aspecto radica en el nacimiento de sus primeros nietos, lo cual impulsó en Don Javier la decisión de heredar sus negocios a sus hijos e hijas, para así salvaguardar el futuro de su descendencia.

De esta manera, el participante ha decidido mantenerse trabajando dentro de ambos negocios, aunque con una reducida carga de trabajo y sin completar una jornada entera. Don Javier se considera como la imagen de su negocio, ya que a través de él se demuestra integridad, respeto, y sobre todo calidad en los productos que ofrece. En consecuencia, las actividades cotidianas que realiza además de consolidarse como la vía para mantenerse fuerte

y saludable, también están orientadas a garantizar que los clientes sigan confiando en los negocios, garantizando su persistencia cuando él ya no viva.

Don Javier ha permanecido constante en su rutina de trabajo, pasando la mayor parte de su tiempo dentro de sus comercios, aunque con el pasar de los años sus actividades han sufrido adaptaciones. Ello se debe por la reducción de sus fuerzas, y por el infarto que sufrió en el año 2007, evento que lo dejó debilitado y con medicación de por vida para evitar otro ataque, que en este caso sería fulminante. El proceso de recuperación mantuvo alejado a Don Javier de sus negocios por unos cuantos meses, implicando para él una profunda reflexión sobre la forma en cómo quería vivir sus últimos años. Así, decidió dejar de realizar actividades físicamente demandantes, e incorporó descansos a lo largo de su rutina. Convirtiéndose formalmente en una especie de consejero para sus descendientes en lugar de un trabajador manual.

Ahora bien, en la vida de Don Jesús también se observa una ruptura en su forma de vida a partir de sufrir un accidente. Después pasar veinticinco años realizando actividades agrícolas por su cuenta, experimentó una importante reducción de su fuerza y resistencia física en el año 2006, por lo que decidió reducir su producción, centrando sus esfuerzos en las actividades que mejor dominaba. Tras pasar siete años, su resistencia se redujo al punto de quedarse inmóvil y acalambrado en medio de los campos de cultivo, pero su orgullo le hacía mantenerse firme a pesar del desgaste.

Por último, su ruptura total con la producción agrícola vino en el año 2013, cuando fue aplastado por uno de sus caballos mientras recorría las calles del pueblo. Este evento lo llevó a pasar casi un año dentro de su hogar, ya que el accidente destrozó una de sus piernas, necesitando todo ese tiempo para rehabilitarse. En adelante Don Jesús volvería a caminar, pero siempre apoyado por un bastón, elemento que a la vez limita el desarrollo de sus actividades agrícolas. La rehabilitación fue vista como un verdadero milagro, ya que se libró de pasar el resto de sus días atado a una cama sin poder salir de su hogar, por lo que cuida con detenimiento el camino que recorre, para así evitar una nueva caída que lo limite permanentemente.

Sin embargo, también considera su alejamiento con el mundo agrícola como un evento fatídico, ya que fue arrancado del espacio que más ama en este mundo. En consecuencia, Don Jesús actualmente pasa casi todo el tiempo en su casa, apoyando en las actividades del hogar, aconsejando a sus hijos y nietos que heredaron su gusto por los animales de granja. Así mismo, aunque ya no puede realizar actividades físicas, gusta de asistir a faenas, entierros y fiestas patronales para visitar a sus amigos y recordar viejas experiencias. Don Jesús considera que su futuro y el final de su vida dependen directamente de la voluntad de Dios. Siendo así, ha decidido orientar sus esfuerzos en convivir con su familia y amigos, dejando de lado la planeación de algún proyecto futuro.

Ahora bien, en los dos últimos participantes se aprecia la persistencia de ambos varones por mantener sus rutinas de trabajo a pesar de sufrir enfermedades crónicas que tienden a complicarse con el tiempo.

En el caso de Don Carlos, que se retiró del mundo laboral en el año 2001, teniendo sesenta y cuatro años de edad, las habilidades aprendidas durante su trabajo en el comedor industrial le sirvieron en demasía para adaptarse a este nuevo momento de su vida. Tras su jubilación comenzó a criar algunos cerdos dentro de su hogar para así mantenerse entretenido y generar un ingreso extra a su pensión, iniciativa que perduró por aproximadamente ocho años. Dicha situación le demandaba tan solo unas cuantas horas de su día, por lo que también decidió apoyar a su esposa e hijas dentro del hogar, así como realizar algunas mejoras a su casa.

El hecho que Don Carlos supiera cocinar hizo más llevaderas las cosas dentro de su casa, ya que las mujeres de su familia consideraban que él entendía las necesidades que surgen en la cocina. Dando elementos a su esposa como sus hijas para confiarle la preparación de los alimentos y la compra de los ingredientes, sin tener que enseñarlo o corregirlo. Sumado a lo anterior, Don Carlos se ejercitaba por las mañanas corriendo alrededor de la laguna del pueblo, y así también, llegó a ser integrante de las autoridades comunales. No obstante, tras cumplir setenta años de edad el entrevistado comenzó a presentar problemas de salud con su próstata, los cuales se han mantenido constantes hasta el día de hoy.

Dicha condición se ha agravado a tal punto que Don Carlos ha sido hospitalizado e intervenido quirúrgicamente en varias ocasiones para evitar que su próstata se expanda. Volviéndose algo común que necesite llevar consigo una sonda para facilitar la expulsión de orina. Al mismo tiempo, este varón ha visto reducida su capacidad auditiva, dificultando la comunicación con otras personas. Ambas condiciones han disminuido las actividades de Don Carlos, quien ahora evita realizar trabajos que sean físicamente exigentes, aunque mantiene un cuidado constante de su huerto, que le recuerda su pasado como campesino. Así también, ha incorporado pequeños descansos a lo largo de su día para dormir una siesta y recuperar sus fuerzas. No obstante, continúa apoyando en la cocina de su hogar, ya que se siente orgulloso de saberse como uno de los pocos varones de su generación que conocen el arte de cocinar.

Finalmente se encuentra Don Genaro, quien en últimas fechas ha visto transformado su curso de vida sin que pueda hacer mucho al respecto. Cuando decidió jubilarse de su trabajo en la UNAM en el año 2002, poseía sesenta años y mucha energía. De esta manera, Don Genaro enfocó sus esfuerzos en criar ganado ovino dentro de su hogar, para mantenerse ocupado y contar con una entrada de dinero. Tiempo después rentó algunas hectáreas de tierra de cultivo en la Sierra de Tepotzotlán, donde sembraba maíz y algunos vegetales para su autoconsumo. Así mismo, decidió participar de manera más activa en las faenas que los varones realizaban para el mantenimiento de su comunidad.

Contando con poco más de setenta años de edad este varón vio cómo sus fuerzas y energías comenzaron a reducirse, teniendo como evento inicial el diagnóstico de daño pulmonar derivado de sus años como trabajador. Esta situación provocó que adecuara sus actividades a un horario solar, evitando así el frío de la noche y la madrugada que complicaban su salud. Así mismo, tras meditarlo por algún tiempo Don Genaro decidió dejar de sembrar las tierras que había rentado, por lo que centró todos sus esfuerzos en sus borregos, así como en su hogar y su comunidad.

Sin embargo, durante el año 2016 Don Genaro comenzó a presentar problemas en su piel, apareciendo pequeñas heridas en su oreja derecha que difícilmente sanaban. Tras someterse a varios análisis médicos fue diagnosticado con cáncer en la piel, para luego recibir quimioterapia y al final someterse a la amputación de su oreja. Debido a su condición, Don Genaro no tuvo más opción que deshacerse de sus animales y limitar sus salidas al pueblo, debido a que la exposición directa al sol y al polvo son factores que pueden provocar que dicha condición reaparezca. Pese a que este evento es sumamente doloroso, ya que ha visto reducidas sus actividades y su salud, él no ha perdido tiempo para buscar nuevas actividades con las cuales hacerse una rutina de trabajo.

Por lo que ahora apoya a su esposa saliendo a comprar los insumos del hogar, así como en su pequeño negocio de venta de frutas, y en el cuidado de su nieto recién nacido. Una actividad que Don Genaro ha establecido con regularidad es visitar a sus amigos o vecinos cercanos para platicar sobre eventos cotidianos del pueblo, así como mostrar su apoyo moral y material si estos presentan algún problema grave.

| | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|----------------|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|
| Año Calendario | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 |
| D. Mario/Edad | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 | 77 | 78 | 79 | 80 | 81 | 82 | 83 | 84 | 85 | 86 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | Tc | | | | | At | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | Pp | | | | | | | | | | | | | | | RF | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | F | | | | | D | | | | | | |
| Año Calendario | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 |
| D. Javier/Edad | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 | 77 | 78 | 79 | 80 | 81 | 82 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | I | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 |
| D. Jesus/Edad | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 | 77 | 78 | 79 | 80 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | ME | | | | | M2 | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | RF | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | Ca | | | | | | | | AC | | | | |
| Año Calendario | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 |
| D. Carlos/Edad | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 | 76 | 77 | 78 | 79 | 80 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | V | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | PO | | | | | | | | | CP | |
| Año Calendario | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 |
| D. Genaro/Edad | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 | 74 | 75 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | R | | | | | | | Ag | | | | Ag | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | PR | | | CO | |

Tabla 9: Cursos de vida de la Generación Modelo Industrializador Formal 1(931-1942). Entre los años 1991 y 2017.

Se presentan los cursos de vida a partir de cinco trayectorias relacionadas con la trayectoria laboral (trayectoria eje en color rojo), los señalamientos en letra marcan eventos y transiciones en la vida de los participantes. Las columnas que aparecen en color gris marcan el año en que los participantes se retiraron o redujeron su participación en la vida laboral.

8.2.2 “Quiero tapar el sol con un dedo”. El trabajo en la vejez con fuerza.

La configuración de la vejez en la generación de varones más jóvenes presenta matices distintos a los observados en la primera generación. Esta condición no solo encuentra sus bases en la diferencia de edades existente. Si no que su principal aspecto estructurante radica en el hecho que los entrevistados vivieron una mayor incertidumbre en los últimos momentos de su trayectoria laboral. Es decir, la gran mayoría de los entrevistados no decidieron jubilarse, sino que fueron despedidos sin nada que pudieran hacer. Su salida del mundo laboral ocurrió antes de que contaran con sesenta años de edad; por lo que, sintiéndose todavía con fuerzas e incapaces de volver a ser contratados en otras empresas, decidieron emprender actividades productivas por cuenta propia.

Dichas actividades eran de carácter eventual, dedicando tan solo unas cuantas horas al día y por temporadas. Esta particularidad permitió a los varones dedicar un mayor tiempo a su familia, así como a su comunidad. Vale la pena resaltar que muchos de los participantes de esta generación continúan realizando actividades que demandan cierto esfuerzo físico, aunque han dejado de exigirse el mismo nivel que mantenían en años previos. Ahora bien, dentro del mundo familiar, han contribuido a realizar redes de apoyo con sus descendientes, quienes prestan apoyo económico y material a los varones, mientras ellos dan cuidado y protección a sus nietos.

Vale la pena resaltar que una vez experimentaron los primeros instantes de la vejez, los varones intentaron seguir utilizando sus cuerpos como anteriormente lo hacían. Esto en el sentido que De Keijzer (2003) le confiere al abuso del esfuerzo físico que los hombres realizan para competir con otros, así como para realizar sus objetivos. Dicha iniciativa se volvió imposible de mantener debido a las transformaciones corporales propias del proceso de envejecimiento, así como por los abusos que los participantes realizaron a sus cuerpos.

La combinación de ambos factores provocó que los desarrollaran lesiones o enfermedades crónicas, las cuales, por momentos se convirtieron en verdaderas amenazas para su vida cotidiana. Ante ello los varones buscaron encubrir o negar su condición, minimizando la necesidad de establecer hábitos de cuidado, así como reducir la carga de trabajo manual. Ya que consideraban como algo poco masculino el realizar un control

médico, así como el retirarse de aquellas actividades que pudieran generar complicaciones en su salud:

... mi corazón es joven, yo me siento joven, pero no puedo tapar el sol con un dedo, lo que me indica (mi vejez) son mis años ¿sí? Mis años y, pues de aquí pa' adelante también vas sintiendo situaciones dentro de tu organismo que no sentías más atrás ¿verdad? Pero yo creo que el corazón nunca envejece, pero me siento joven, cosa que no lo soy ¿verdad? Pero en lo otro, me siento bien y, pero ps' sé también que ya tengo mis años... (Don Fernando, 65 años).

Las propuestas de Kauffman (1995) así como de Davidson & Arber (2003) permiten comprender este complejo momento del curso de vida. Ya que es necesario recordar cómo es que los varones estructuran su experiencia corporal de manera escindida, buscando dominar las funciones y habilidades de sus propios cuerpos. El resultado de este “cuerpo-máquina” hace que los hombres omitan demostrar sus necesidades y dolencias, para evitar ser expuestos como hombres débiles. Radicalizando su decisión a tal grado que pueden necesitar tratamiento médico urgente, pero niegan dicha necesidad hasta las últimas consecuencias. Es decir, los varones mantienen el mandato masculino de mantenerse serenos y controlando en todo momento sus vidas y sus cuerpos.

Los participantes de la segunda generación que llegaron a desarrollar alguna enfermedad, siguieron realizando sus actividades hasta el momento en que comenzaron a experimentar complicaciones en su salud. Después de admitir que necesitaban atención médica los entrevistados descubrieron con descontento su particular condición, así como las restricciones y los medicamentos asociados. No obstante, una vez estabilizados comenzaron a manipular las dosis de medicamentos, omitiendo también algunos cuidados, o bien, nuevamente integraron a su dieta alimentos grasosos, azucarados, además del consumo de alcohol o tabaco. Aunque la situación puede ser peligrosa, los varones consideran que su cuerpo aún puede resistir un poco de sus antiguos hábitos. Más aún, si se desprendieran de ellos de golpe, el resultado vendría a ser contraproducente:

... cuando me la detectaron (diabetes tipo 2), te sientes morir, es controlable, pero tú si te haces a la idea de que ya te vas a morir... fue muy difícil al principio porque, te recomiendan muchísimas cosas para controlar tu diabetes. Y que te dan comida, nopales crudos, con jitomate crudo, así, sin comer picante, agua desabrida que no estás acostumbrado a tomar y todo eso, es difícil... pero la tengo controlada, me ha gustado poner atención en mí mismo y cuidarme, seguir las recomendaciones del doctor, no al cien, pero sí me dicen no excederse en alcohol ps' no lo hago... (Don Juan, 65 años).

Otro aspecto dentro del cambio corporal que experimentó esta generación, son las modificaciones de orden estético. Así como Sanz (2015) documento hace tiempo en su trabajo con varones en transición a la vejez, la generación más joven se ve afectada emocionalmente por la aparición de calvicie, canas, arrugas, panza o flacidez en la piel. Esto se debe a que los varones ven a estos cambios como señales innegables de la pérdida de juventud, potencia y capacidad de seducción. Pareciera entonces que los hombres se mantuvieron al pendiente de estos atributos físicos, llegando al punto de cuidar de los mismos. Siendo así, que al verlos perdidos se sienten impotentes e incapaces de expresar a alguien más lo difícil que es vivir dicho estado, ya que se arriesgan a ser humillados públicamente por expresar su vanidad.

Frente a estas reflexiones resulta válido cuestionar: ¿Cómo es que los participantes han transitado hacia su vejez? ¿Qué papel juega el cuerpo dentro de la configuración personal de este momento del curso de vida? ¿Cuáles son las regularidades existentes dentro de la generación de varones más jóvenes?

Como primer caso se encuentra Don Vicente, quien, contando con setenta y tres años, es el hombre con mayor edad de la segunda generación. Dicho participante fue despedido de su empleo en el año 2000, cuando solo contaba con cincuenta y seis años. Por lo que decidió mantenerse económicamente activo a partir del negocio de comida que atendía los fines de semana junto a su esposa y su hija. Este hecho que pudiera verse como su continuidad dentro del mundo laboral, fue significado por el entrevistado como una ruptura estrepitosa, “un choque de trenes” que lo llevó a sumirse dentro de una profunda depresión.

Don Vicente consideró que su despido fue sumamente injusto, llevándolo a perder calidad y respeto como varón, así como alejándolo de un espacio laboral que consideraba superior. Acostumbrado a un ritmo de trabajo frenético y con poco tiempo de descanso, este varón tardó cinco años en aprender el calmado ritmo de un pequeño negocio, estando casi todo el tiempo molesto y desesperado. Otro aliciente para mantenerse en dicho estado de ánimo fue su búsqueda sin éxito de otras fuentes de empleo donde pudiera insertarse, pero que le fueron negadas por su edad. Pasado el tiempo, Don Vicente comenzó a hacerse una propia rutina de trabajo que combinaba el cuidado de su casa con la administración de su negocio.

Ahora bien, Don Vicente es consciente de su cercanía con la vejez avanzada, admitiendo que ha comenzado a perder reflejos, sus sentidos han disminuido, así como su memoria. Además, en el año 2016 le fueron detectadas un par de hernias en su tórax, siendo removidas quirúrgicamente unos meses después, por lo que en el momento de nuestra entrevista él se encontraba en plena recuperación. En ese momento sus pensamientos estaban por completo centrados en las actividades que realizaría una vez que estuviera por completo rehabilitado. Dando prioridad a aquellas donde pudiera demostrar su habilidad obtenida con los años, dejando así de lado el trabajo físico demandante. Don Vicente, al igual que el resto de los varones, está convencido que abusar del descanso puede traerle graves consecuencias, como el quedar atrapado en su hogar, víctima de una enfermedad o la llegada del cansancio crónico.

En el caso de Don Guillermo existen similitudes con el curso de vida anterior, tanto en la presencia de enfermedades como en la búsqueda de una continuidad en sus actividades. Este varón dejó su trabajo en la fábrica de llantas a la edad de 46 años para iniciar su propio negocio de materiales industriales, espacio donde realiza sus actividades hasta hoy día. Las actividades de Don Guillermo se mantuvieron relativamente estables hasta después de que cumpliera los sesenta y cinco años de edad, momento en que sintió un declive tanto físico como cognitivo. Después de una serie de estudios médicos, descubrió que poseía un par de hernias en el estómago que necesitaban ser removidas inmediatamente.

La operación y posterior cuidado alejaron a Don Guillermo de su micro empresa por un par de meses, por lo que sus descendientes absorbieron todas sus actividades. Una vez recuperado, comenzó a delegar responsabilidades de manera oficial a los mismos, dando prioridad a la atención personalizada de sus clientes. Teniendo claro que ya no podía realizar trabajos físicos extenuantes, Don Guillermo decidió contratar a dos hombres para que trabajaran en la bodega de materiales, aunque siempre se encuentra al pendiente en su forma de trabajar. Ante las nuevas circunstancias que existen en su negocio, el entrevistado vio una oportunidad para tomarse algunos descansos, pero sin excederse ni descuidar su patrimonio.

Existen significados diametralmente opuestos en el sentido que Don Guillermo da a su vejez. Por un lado, admite que en él se desarrollan achaques y limitaciones físicas asociadas al envejecer, las cuales son potenciadas por las secuelas que le dejó el trabajar como obrero. Así mismo, Don Guillermo tiene miedo no solo de desarrollar una vejez agónica, sino de llegar a edades avanzadas y con ello ver su cuerpo fragilizado. Sin embargo, niega sentirse viejo, argumentando que “un hombre solo envejece cuando su voluntad se extingue”. Esta visión difusa sobre la vejez hace que Don Guillermo se sienta distinto del resto de hombres de su generación. Ya que, en su manera de ver las cosas, él continúa ejerciendo su agencia a diferencia de los otros varones, quienes han decidido rendirse ante la vida.

Una visión contraria a la anterior es la que posee Don Fernando, quien además de saberse envejecido, identifica este doble discurso de los hombres de su generación. Al ser despedido en el año 2001, a los cuarenta y nueve años, consiguió trabajar en otras empresas, donde su salario era menor y sus labores aumentaron. Don Fernando decidió retirarse del trabajo formal ya que había dejado de ser una opción para proveer a su familia. Tras meditar un par de meses construyó un criadero de ganado vacuno usando el dinero recibido en su liquidación de la fábrica de llantas. Su iniciativa se mantuvo constante hasta el año 2016, consolidándose como un excelente complemento a la pensión que recibe, obteniendo ingresos suficientes para mantener los gastos del hogar.

El fin de su negocio se desarrolló por motivos ajenos a su salud o su familia, ya que, sintiéndose vigilado por el crimen organizado, Don Fernando finiquitó su criadero para no despertar sospecha de poseer una pequeña fortuna, claramente inexistente. Sintiendo con fuerzas y energías, así como con mucho tiempo libre, el entrevistado decidió involucrarse en el comité que gestionó la creación del panteón de la comunidad. Por lo que, junto a sus demás compañeros, dedicó cierto número de horas a la semana en gestionar la obra y coordinar a los habitantes de la comunidad. Actividad que realizaba sin descuidar las labores de su hogar, así como el cuidado de sus nietos.

Para este hombre, el cumplimiento de los sesenta años de edad fue un punto de inflexión que lo posicionaba socialmente como una persona mayor. Don Fernando considera que asumirse como un hombre viejo no fue sencillo, ya que requería cambios tanto en la forma de comportarse como en la forma en que pensaba, pero quizá el cambio más radical fue el asumirse dignamente como un hombre envejecido. Dicha postura se basa en reconocer y reflexionar sobre las experiencias acumuladas a lo largo de la existencia, aceptando así que la vejez es un momento en la vida de todo hombre. De esta manera, Don Fernando considera que es sumamente falsa la postura de otros varones de su edad, quienes, sabiendo que son hombres viejos tratan de maquillar la situación, haciendo comparaciones absurdas entre los mismos para hacerse ver más resistentes o ágiles.

Desde otra posición, Don Juan muestra su lucha por mantenerse activo a pesar de las lesiones y enfermedades que han surgido en los últimos años de vida. El último empleo formal que este participante desarrolló fue como trabajador agrícola en un centro católico en Tepetzotlán. Tras su salida en el año de 2012, a sus sesenta años de edad, Don Juan fue diagnosticado con diabetes tipo 2, además de recrudescerse una lesión en su rodilla derecha que le fue diagnosticada cinco años antes. Bajo estas condiciones el entrevistado decidió dedicarse a las actividades de su hogar, cuidando sus animales, sembrando una pequeña extensión de tierra durante la primavera y el verano, así como trabajando como tractorista de manera eventual.

Otra actividad que Don Juan ha realizado a partir de su jubilación fue su incorporación a la comisión de festejos de la comunidad, donde a lo largo de tres años apoyó en la coordinación de la fiesta patronal y demás actividades religiosas. Dicha experiencia le permitió mantenerse ocupado casi a tiempo completo los últimos meses del año. Pero a la larga también provocó una serie de problemas cardiacos derivados de la mala alimentación, la falta de descanso y las exigencias financieras. Don Juan, quien ha controlado su condición de salud, considera que una forma en que puede seguir trabajando es dentro de alguna comisión de la comunidad, por lo que no descarta el ocupar otro cargo en un tiempo no muy lejano.

Así mismo, Don Juan ha iniciado un pequeño negocio que consiste en alquilar un jardín de eventos los fines de semana, por lo que cuando el lugar es rentado tiene que asegurar su correcto funcionamiento. Si bien esta iniciativa le trae algunos beneficios económicos, Don Juan considera que su existencia le permite asegurarle un mejor futuro para él y sus descendientes. Ya que puede convertirse en un negocio rentable que le permitirá tener ingresos en su vejez avanzada, así como heredarlo a sus hijos cuando él muera.

Para este varón las complicaciones en su estado de salud han sido un tema que lo ha llenado de temor e inseguridad, aunque se ha mantenido reacio a compartir sus emociones frente a sus familiares. Por ello, Don Juan se ha valido de su amistad con otros varones en condiciones similares para expresar sus dudas, miedos e incertidumbres, generando una especie de red de apoyo y acompañamiento, la cual genera seguridad y complicidad entre sus miembros. A pesar de todo lo anterior Don Juan en ocasiones dice no sentirse viejo, ya que, para él la vejez es un estado mental donde los varones pierden su agencia, volviéndose dependientes de sus familiares.

Finalmente, Don Antonio, además de ser el participante más joven también es el varón con la trayectoria laboral más corta y accidentada. Este varón dejó su negocio como criador de aves de combate en el año 2010 a la edad de cincuenta y cuatro años, cuando un grupo de ladrones entraron a su hogar robando la mayoría de sus gallos. Casi al mismo tiempo un grupo de amigos lo invitó a incorporarse a su grupo político para la votación de las autoridades comunitarias. Después de una victoria sin problemas Don Antonio dedicó casi tres años a desempeñar su cargo a tiempo completo, obteniendo así una especie de sueldo

para librar sus gastos y no descuidar las iniciativas del grupo. Al término de su gestión el entrevistado vendió un terreno heredado de sus padres, consiguiendo un pago mensual por un cierto número de años.

Don Antonio aun siembra una pequeña extensión de tierra donde cultiva maíz, calabazas, frijol, etc, que después vende dentro de la comunidad. Por otro lado, no le es extraño el realizar los quehaceres del hogar, así como cocinar o lavar su ropa. Ya que con su nueva pareja ha llegado al acuerdo de flexibilizar los roles de género, trabajando ambos, así como realizando labores hogareñas en medida de las posibilidades de cada uno. Don Antonio considera que su estado de salud es un factor benéfico para su vida actual, ya que le permite realizar actividad física, así como ejecutar cualquier trabajo que necesite, sin después presentar alguna repercusión.

El entrevistado también admite encontrarse en un momento de transición, ya que, por un lado, sigue sintiendo un cuerpo fuerte y ágil, pero comienza a ver como su cabello encanece y su piel comienza a presentar flacidez y arrugas. Así mismo, siente que puede hablarse “de tú a tú” con hombres más jóvenes que él, así como con los hombres más envejecidos de la comunidad. Igualmente, este momento provoca una gran ansiedad en Don Antonio, ya que le preocupa la forma en que habrá de envejecer en los próximos años. Por lo que es común que imagine los futuros cambios corporales, así como los cambios en las relaciones que ha establecido con otras personas. Un aspecto sumamente relevante es el miedo que el participante tiene de perder su actual fuerza y habilidad, quedando de ellas tan solo su recuerdo. Finalmente existe el reconocimiento de que, al ser su trayectoria de trabajo tan atípica, le exigió un menor desgaste físico contando con una mayor reserva de fuerza para años venideros.

| | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|-------------------|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|
| Año Calendario | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 |
| D. Vicente/Edad | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 | 70 | 71 | 72 | 73 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | R | T | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Año Calendario | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 |
| D. Guillermo/Edad | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 | 66 | 67 | 68 | 69 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | H | | |
| Año Calendario | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 |
| D. Fernando/Edad | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Trabajo | GO | NP | | | | | | | | | | | | | | NP | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | C | | | | |
| Año Calendario | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 |
| D. Juan/Edad | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 | 62 | 63 | 64 | 65 |
| F. Origen | | | | MP | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | | | | | | MH | | CE | |
| Trabajo | | | | | HB | CM | | | | | | | R | | | | | |
| Malestar | | | | | | | | R | | | | | | D | | | | |
| Año Calendario | 0 | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 |
| D. Antonio/Edad | 44 | 45 | 46 | 47 | 48 | 49 | 50 | 51 | 52 | 53 | 54 | 55 | 56 | 57 | 58 | 59 | 60 | 61 |
| F. Origen | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Residencia | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Educación | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| F. Conformada | | | | | | | | | | D | | | | NR | | | | |
| Trabajo | | | | | | | AC | | TC | | | | | VT | | | | |
| Malestar | | | | | | | | | | | | | | | | | | |

Tabla 10: Cursos de vida de la Generación Modelo Industrializador Precario (1944-1956). Entre los años 2000 y 2017.

Se presentan los cursos de vida a partir de cinco trayectorias relacionadas con la trayectoria laboral (trayectoria eje en color rojo), los señalamientos en letra marcan eventos y transiciones en la vida de los participantes. Las columnas que aparecen en color gris marcan el año en que los participantes se retiraron o redujeron su participación en la vida laboral.

8.3 Ser padres y ser abuelos: relaciones familiares a lo largo de la vejez.

Este apartado se orienta en comprender la forma en que los varones se han relacionado con sus familias a partir de la llegada de la vejez. Existiendo tanto relaciones de apoyo como relaciones de conflicto, donde se puede ubicar la visión que los entrevistados tienen respecto de los miembros de su familia, así como la visión que sus familiares tienen respecto de los participantes.

En la gran mayoría de las familias que los participantes formaron, los descendientes han desarrollado una postura bajo la cual se mantienen al pendiente del estado de salud de sus padres, llevándolos al doctor cuando es necesario, cuidando de ellos cuando se mantienen enfermos, o proporcionando apoyo moral y afectivo cuando sea el caso. De igual manera, también existe cierta preocupación por los recursos económicos de sus padres. Se han creado arreglos entre los mismos para dotar de un ingreso extra, así como de recursos o insumos para garantizar que los varones y sus esposas aseguren su proveeduría. Aunque dichas acciones son mayormente visibles entre los descendientes cuya residencia es cercana a la de los participantes, aquellos cuya ubicación es lejana se valen de las telecomunicaciones para mantener la relación familiar.

Las familias de los hombres mayores se han convertido en verdaderas redes de apoyo para los mismos y sus esposas. Esto en el sentido que múltiples investigadoras (Montes de Oca & Macedo, 2012; Salas, Martínez, Pérez & Arroyo, 2015) han propuesto, al considerar que una red de apoyo familiar proporciona recursos económicos y materiales a las personas mayores, además de cuidados y acompañamiento. Al existir dentro de las redes un aspecto retributivo, las personas mayores también ponen a disposición de la red algunos recursos disponibles, así como el uso de su tiempo libre para beneficio de sus familiares. Con lo cual, la red genera en ellas un sentido de utilidad, pertenencia, compañía y confianza. Aun con lo anterior Ronzón (2014) señala que no existe ninguna red de apoyo familiar que trabaje impecablemente. Si no que dentro de las mismas se generan conflictos entre los miembros, existiendo algunos que tienen el potencial de destruir la red o causarle un severo daño.

Frente a esta situación, es de resaltar que el retorno de los varones envejecidos a sus hogares puede reactivar conflictos con sus esposas y descendientes. Los cuales se acrecientan debido a la incapacidad que los participantes tienen por expresar sus emociones o pedir disculpas a sus familias. Sin embargo, al contrario de lo que algunas investigaciones han afirmado (Varley & Blasco, 2000; Wentzell, 2013), solo en pocos casos los conflictos que los varones envejecidos desarrollaron con sus familiares se han intensificado a tal grado que fragmentaron la red de apoyo. Si no que, las redes familiares operan a pesar de existir problemas entre los varones envejecidos y sus familiares, existiendo momentos donde las relaciones mejoran y otros donde se genera tensión dentro de la red.

Ahora bien, al realizar las anteriores afirmaciones no se descarta que en la comunidad existan varones que no establecieron redes de apoyo con sus descendientes, siendo un claro ejemplo de esta situación el caso de Don Antonio. Así mismo, tampoco se sugiere que todos los descendientes de los participantes se unen a la red de apoyo con la misma intensidad. De hecho, un elemento de discusión entre los descendientes es la falta de implicación que algunos tienen con el cuidado de sus padres. Por lo general existe un responsable delimitado mayormente por la patrilocalidad y cuyo rol se hace más marcado a medida que los participantes y sus parejas han transitado a edades avanzadas.

Por otro lado, los participantes responden a la creación y mantenimiento de las relaciones de apoyo, realizando actividades que contribuyan a mantener la estabilidad familiar, o bien, a resolver problemáticas que su pareja o descendientes lleguen a presentar. El ejemplo más claro es su disponibilidad a mantener su hogar limpio, así como realizar las compras para los quehaceres diarios. De igual manera, existen ocasiones en que los participantes han llegado a apoyar a sus descendientes con recursos económicos.

Sin embargo, el aspecto más relevante es la disponibilidad que los varones tienen para realizar el cuidado de sus nietos, así como familiares enfermos. Es posible proponer que los participantes realizan estas acciones bajo la premisa de cumplir con su rol de proveedor y cuidador de su familia. Si bien, en este momento de la vida la proveeduría económica ha dejado de ser el factor central en la relación, los varones asumen que con el cuidado de los miembros de su familia están proporcionando seguridad y estabilidad. Ambos factores con los que se garantiza la protección de su familia.

Existen dos situaciones sumamente relevantes en la transformación de las relaciones familiares. En primer lugar, es posible identificar una modificación dentro de la relación proveedor-receptor, donde las posiciones dejan de ser fijas e inmutables. Emergiendo así nuevas posiciones con la suficiente plasticidad para adaptarse a las necesidades de los miembros de la familia. Igualmente, la relación que los participantes establecen con los nietos se establece como uno de los mayores anclajes que estos varones tienen con su familia:

... tengo un nieto que me dice, esto es lo que me faltaba aprender de ti, y me dice ¿oye viejo y por qué sabes tanto? No ps' porque mi abuelo le enseñó a mi papá, el me enseñó a mí, ora' me toca enseñarles a ustedes... El nieto más grande te podría decir, yo he aprendido mucho más de mi abuelo que de mi papá, he convivido más con mi abuelo que con mi papá, porque siempre anda conmigo... (Don Juan, 65 años).

Para los participantes la llegada de sus nietos es vista como uno de los eventos más gratificantes que pueden existir en su vejez. Esto se debe a que su familia aumentó en número, siendo una clara muestra de lo contundentes que fueron sus acciones para lograr que sus descendientes se convirtieran en padre o madres amorosos. Es decir, el nacimiento de los nietos es visto por los participantes como un éxito personal, el cual es altamente disfrutable y presumible frente a otros varones.

Otro factor interesante en las relaciones con los nietos, es que las reglas con las que los entrevistados educaron a sus hijos e hijas son altamente flexibilizadas con sus nietos, permitiendo comportamientos que el pasado serían inadmisibles. Para los participantes la experiencia de la abuelidad pareciera un retorno al momento de su curso de vida en que iniciaron su paternidad, ya que, identifican acciones o emociones de sus hijos o hijas en sus jóvenes nietos. Así mismo, la llegada de la abuelidad se establece como una nueva oportunidad para sanar aquellas relaciones emocionalmente distantes con sus descendientes. Donde los participantes demuestran a sus hijos e hijas que tienen la suficiente capacidad para ofrecer cariño, así como la iniciativa suficiente para cambiar.

Si los nietos viven en la misma casa que los participantes estos gastan parte de su tiempo en proveerles cuidado, jugando con ellos, acompañándolos mientras comen, o cuidando de su salud. Así mismo, los participantes consideran importante enseñarles a sus nietos algunos conocimientos sobre la vida rural, como las nociones básicas sobre las cosechas o los animales de granja, y las reglas de convivencia que existen en la comunidad. Sin embargo, los varones también asumen que la relación con sus nietos tiene un punto máximo cuando estos son pequeños, y demuestran interés por ellos.

De tal manera que a medida que sus nietos crecen pierden interés en sus abuelos, dado que descubren un mundo nuevo donde las relaciones intergeneracionales no son valoradas. No obstante, los varones reconocen que pueden existir casos en los que la relación con los nietos puede sobrepasar la barrera de la edad. Pero para lograr esto, es necesario establecer cimientos sólidos en la relación y posicionarse como un referente al que pueden acudir cuando tienen problemas, sin sentirse atacados o rechazados por los mismos:

... tú que vas a ser padre (refiriéndose al investigador), por mucho trabajo que tengas, al primer hijo, al segundo, los que tengas, dales todo el cariño y el amor que puedas. Porque si se hace uno tarugo, crecen y después los niños te retachan, te rechazan, sí... yo disfruto (con mis nietos) lo que no pude disfrutar con mis hijos, lo que no pude hacer con los míos lo hago con ellos. Tengo esa oportunidad, todos tenemos la oportunidad con nuestros nietos, desquitar lo que no pudimos desquitar con nuestros hijos... (Don Fernando, 65 años).

Los hallazgos realizados entre los participantes de ambas generaciones hacen recordar los aportes que Mann (2007) ha realizado sobre las relaciones de abuelidad que los varones establecen. Dado que entre los varones entrevistados puede observarse cómo es que estos se convierten en verdaderos referentes en la vida de sus nietos. Siendo así que además de aportar cuidados, apoyo financiero y emocional, se establece un vínculo beneficioso, al mismo tiempo que los varones ven transformada su identidad de género. Al encontrar relaciones donde pueden permitirse expresar abiertamente sus emociones y necesidades frente a sus nietos.

Ahora bien, es importante mencionar que, aunque existen puntos sumamente positivos en la relación que los participantes establecen con sus familiares, también existen situaciones sumamente negativas. Las cuales tienen la capacidad de crear profundas fracturas dentro de la estructura familiar.

Por ejemplo, uno de los motivos de conflicto entre los participantes y sus hijos e hijas, son los desacuerdos en la forma en que estos educan a sus nietos. Dicho de otro modo, los varones se encuentran al pendiente de la crianza que reciben sus nietos, llegando a increpar a sus descendientes cuando consideran que estos toman decisiones, o realizan acciones que tendrán un impacto negativo en sus vidas. La situación puede tornarse sumamente conflictiva cuando los nietos viven en la misma casa que los abuelos, debido a que los participantes poseen cierto grado de control en torno en la crianza de los mismos. Siendo común que se presenten luchas de poder entre los varones y sus descendientes, donde los primeros buscarán que sus hijos e hijas corrijan sus decisiones. Mientras que los descendientes emplean como estrategia el poner en tela de juicio a sus padres, debido al papel ausente que ejercieron como padres en el pasado, aludiendo así que no poseen los suficientes elementos para hacerlos cambiar se parecer.

Otro aspecto que genera conflictos dentro de las relaciones familiares, y que se encuentra sumamente vinculado con el punto anterior, es la existencia de situaciones afectivas del pasado que los varones no han logrado resolver. Así como la incapacidad que los varones tienen para comunicar sus emociones con sus familiares. Ambas situaciones pueden provocar que sus familiares los consideres como personas que siempre se encuentran de mal humor, con poca paciencia, huraños, o bien, que no disfrutan de pasar tiempo con su familia. Aunque los hombres sean conscientes de su condición, no conciben como una opción el hablar con sus familiares sobre su estado emocional. De manera que se mantendrán en este estado de aislamiento emocional, sin poder transmitir sus miedos, expectativas o anhelos:

... (Yo) trato de que no caiga en un pinche estado depresivo, pero ps' también, como se han vivido alegrías también se han vivido tristezas. El corazón es cabrón, y uno puede estar bien, pero el pinche corazón también recibe sus chingadazos ¿no?... (Don Antonio, 61 años).

Finalmente, la presencia de enfermedades o decesos de algún familiar modifica la forma en cómo los participantes se relacionan con su familia. En primer lugar, tanto la enfermedad como la muerte son experimentadas como un punto de inflexión sumamente negativo, ya que los varones se asumen impotentes frente al sufrimiento de los suyos. Así mismo, siendo esta una situación límite, los entrevistados ponen en juego todos sus recursos para acompañar a sus familiares. Es durante dichos eventos que los participantes llegan a sentir culpa o soledad, aunque será realmente extraordinario si es que logran expresar en públicos sus emociones.

Entre la literatura especializada existen posturas encontradas en torno al papel y los significados que los varones envejecidos desarrollan cuando cuidan de un familiar enfermo. Mientras que se han documentado (Calasanti, 2003) realidades donde los varones envejecidos realizan las actividades de cuidado por propia iniciativa, y reciben el reconocimiento de sus amigos y vecinos por las mismas. También se han encontrado realidades (Ribeiro & Norgueira, 2007) donde los varones pueden mostrarse molestos al realizar dichas prácticas. Ya que son consideradas como actividades sumamente femeninas, que repercuten directamente en el mantenimiento de su masculinidad.

Es visible encontrar entre los entrevistados que han realizado actividades de cuidado, una clara postura de realizar sus actividades sin quejarse por verse envueltos en la atención de sus familiares. Quizá la tendencia de ver esta actividad como algo poco masculino tenga un anclaje contextual, pudiéndose presentar solo en determinadas circunstancias o latitudes. Lo cierto es que esta realidad es sumamente relevante para el estudio de los hombres y las masculinidades. Aunque los objetivos de este trabajo no persiguieron el profundizar en este fenómeno, se ha logrado identificar elementos de carácter relevante. Quizá una futura veta de trabajo sea el analizar a profundidad las implicaciones que tiene el acto de cuidar entre los hombres envejecidos.

Antes de terminar el capítulo es importante resaltar el caso de algunos varones que consideran haber experimentado puntos de inflexión dentro de su dinámica familiar. En primer lugar, se encuentra Don Mario, quien a raíz de la fragilización de su estado de salud ha sufrido importantes cambios emocionales, tornándose en ocasiones osco o enojado con los miembros de su familia. Este participante reconoce que ningún familiar es responsable

de las transformaciones que ha experimentado su cuerpo, y, por el contrario, han adoptado una postura comprensiva buscando apoyándolo en la realización de sus actividades. Sin embargo, frente a su incapacidad por hablar de su estado de ánimo Don Mario ve cómo sus familiares comienzan a alejarse de él, aumentando su tristeza y su enojo al no poder modificar su situación.

Respecto de las relaciones que los participantes establecen con sus nietos, destacan Don Javier y Don Fernando, quienes vieron la migración de algunos de sus nietos como una transformación dolorosa en su curso de vida. Ambos participantes consideran que la salida de su hogar no fue la mejor decisión por parte de sus hijos e hijas, al mismo tiempo que se sienten frustrados por perder el privilegio de ver crecer a sus nietos. Otro caso relevante es el de Don Antonio, quien, a raíz de su divorcio con su primera esposa y el desarrollo de una nueva relación sentimental, experimentó un alejamiento total por parte de sus hijos, y ahora, de sus nietos. Sintiendo totalmente impotente ante la postura de sus descendientes, este hombre asume que sus familiares se comportan de manera totalmente arbitraria ya que se niegan a conocer su lado de la historia.

Para terminar, se encuentran Don Jesús, Don Carlos y Don Juan, quienes vivieron la enfermedad y muerte de sus familiares en este momento de su curso de vida. En primer lugar, Don Jesús perdió a su esposa en el año de 2000, cuando tenía sesenta y tres años de edad. Después de sumirse en una profunda tristeza, este hombre llegó a la conclusión que no podía seguir viviendo sin compañía de una mujer, por lo que cinco años después volvió a contraer matrimonio. De esta manera, Don Jesús presentó a su nueva esposa frente a sus descendientes, llevándola a vivir a su casa y adaptándose a la vida cotidiana dentro de la unidad familiar que fundó.

Por otro lado, Don Carlos vivió el deterioro y fallecimiento de su esposa en el año 2016, quien fue diagnosticada con una demencia sumamente agresiva que la debilitó en tan solo seis meses. Experimentando el suceso como uno de los más desgarradores de su existencia, pero que al mismo tiempo hizo que sus descendientes dedicaran un mayor tiempo a su persona. Esta situación es sumamente paradójica, ya que, mientras sus hijos e hijas buscan mantenerlo animado y cercano a ellos, Don Carlos alberga un deseo creciente de morir para así volver a estar al lado de su esposa.

Finalmente, Don Juan experimentó la muerte de uno de sus hijos, así como el tratamiento contra el cáncer en su esposa. El primer evento sucedió en el año 2014, siendo su hijo diagnosticado con cáncer; quien después de someterse a varias sesiones de quimioterapia, y sin ver resultados, decidió comunicarles a Don Juan y su esposa que su muerte estaba próxima. Después de pedirles una serie de últimos favores su hijo falleció, creando una herida que aún se mantiene abierta, pero de la que ha decidido no hablar. Dos años y medio después de este trágico evento la esposa de Don Juan también es diagnosticada con cáncer, enfrentándose nuevamente a las exigencias del tratamiento de quimioterapia. Tras un par de meses, su cónyuge ha presentado una mejoría sustancial, sintiéndose ambos libres de esta situación, aunque temerosos que se presente nuevamente en un futuro no muy lejano.

8.4 “Somos los viejos del pueblo”. Identidad comunitaria y cuidado grupal.

Respecto de las transformaciones en la configuración de la trayectoria de trabajo comunitario, se aprecia cómo los varones han reducido de manera importante su participación, debido principalmente a la modificación de sus condiciones corporales. Es importante señalar que en este fenómeno existe una clara diferencia generacional, dado que los participantes de la generación más envejecida experimentan mayor dificultad para seguir participando en comparación con los varones más jóvenes. Sin embargo, antes abarcar dicho punto es importante distinguir las acciones que los varones han realizado durante este periodo de la vida.

En primer lugar, existe una transformación en las condiciones de la comunidad, las cuales minimizaron las áreas y situaciones en las que los varones trabajaban dentro de su comunidad. Por ejemplo, con el fin de la vida agrícola, la reducción de pozos y canales de riego, así como la llegada total de los servicios públicos, las iniciativas de trabajo se fueron orientando hacia la preservación y defensa de los espacios públicos, así como de las tradiciones.

Otro factor relevante consistió en la reducción del número de varones que integraban al trabajo comunitario, ello debido a dos circunstancias. Por un lado, un número importante de hombres de la comunidad decidieron no socializar a sus hijos dentro de la dinámica comunitaria. De igual manera, existen relaciones de conflicto entre los habitantes nativos de la comunidad y aquellos que migraron a ella en las últimas décadas. Debido a que los primeros limitan las posibilidades de acción de los migrantes en su comunidad, al mismo tiempo que les exigen cumplan con sus obligaciones. Los varones migrantes niegan una forma de organización que no comprenden, y a la cual no pueden acceder por completo.

Aun con todo lo anterior, existen ejemplos claros del rumbo que ha tomado la participación de los varones en su comunidad. Una de las áreas más abordadas ha sido la defensa y preservación de la laguna del pueblo, la cual se encuentra bajo amenaza de ser destruida para así edificar un complejo habitacional superior a mil hogares. Otro ejemplo consiste en la participación que estos varones realizan dentro de sus tradiciones religiosas, apoyando en los rituales fúnebres donde se cava la fosa del difunto y se le lleva en hombros hasta el cementerio. Así como en la limpieza de las calles del pueblo días antes de la fiesta patronal dedicada a la Virgen de Guadalupe. Momento en que los varones se reúnen en cuadrillas para recoger la basura, pintar las guarniciones y eliminar la maleza existente en las banquetas:

... Somos parte de ella y la comunidad es lo que nosotros queramos, lo que nosotros somos, lo que tú participes o no participes, eso es tu comunidad...hay muchos comentarios de compañeros que dicen ¿yo por qué trabajo? ¿Yo por qué voy a trabajar por mi comunidad, si mi comunidad no me da nada? ¿Yo qué tengo de la comunidad? He oído comentarios aquí, le digo ¿Cómo que no te ha dado nada tu comunidad? Tu comunidad te ha dado mucho, tú eres el que no le has dado nada a la comunidad, porque nosotros estamos obligados a dar un tiempo a nuestra comunidad... dicen ¿bueno a mí qué me da tu comunidad? A mí no me da nada. No, espérate, si te da y mucho, más de lo que tú piensas, te está dando lo más importante que es una identidad (Don Fernando, 65 años).

Resulta curioso observar cómo los varones que desarrollaron dichas trayectorias, han generado una especie de red de apoyo donde se mantienen al tanto de su estado de salud, así como si alguno de ellos presenta dificultades en las que puedan apoyar. Es decir, a la par de las bromas y el trabajo físico, el grupo cuida de la integridad de sus miembros. Convirtiéndose en ocasiones en el único lugar donde los varones pueden expresar con cierta

seguridad sus temores, cuestionamientos y expectativas de vida. Teniendo esto en cuenta es qué en la gran mayoría de las faenas el ambiente de trabajo entre los varones es relajado. Existiendo la posibilidad de que sus integrantes generen un ambiente íntimo si entre ellos existe la suficiente confianza como para exponer sus experiencias.

De igual manera, la trayectoria de participación en la comunidad ha creado en los participantes un sentimiento de identidad y orgullo. Ya que forman parte de ese selecto grupo de hombres que por décadas ha cuidado de su pueblo, y que trabajará por su comunidad hasta que la vida o las fuerzas se les acaben. Para estos varones es inconcebible vivir su vida sin sumarse a los proyectos que aún existen para el desarrollo de su comunidad, contando con el aliciente de saber que dentro de los mismos tienen voz y voto:

... así siempre he sido yo, me ha gustado chingarle, o sea, me caen muy mal pinches huevones, pero a mí me vale madres. Yo siempre he cumplido con mis faenas, con las cooperaciones, con todo, pero no todos piensan así. O a la mejor yo soy más pendejo ¿no? Por qué yo siempre le he entrado a los putazos... (Don Genaro, 75 años).

No obstante, también existen problemáticas en el desarrollo de dicha trayectoria, algunas de orden general, que afectan a todos los participantes, y otras, de orden inminentemente generacional.

Por ejemplo, la gran mayoría de los participantes han desarrollado sentimientos de miedo y tristeza ante la falta de varones más jóvenes a los cuales transmitir esta forma de organización comunitaria. Frente a la incertidumbre de no saber si sus usos y costumbres habrán de mantenerse después de que ellos mueran, los varones poco a poco comienzan a expresar la existencia de errores que los llevaron hasta este punto. Ya que, fueron ellos quienes no realizaron la socialización de nuevos miembros. Sin embargo, dicho reconocimiento se realiza mayoritariamente desde el ámbito privado, dentro de los círculos de varones donde existe la confianza de admitir sus faltas sin que esto implique ser ridiculizado.

Ahora bien, respecto de los hombres que integran la generación más envejecida, su participación ha disminuido a partir de las complicaciones de salud que han desarrollado. Don Javier, por ejemplo, ha decidido alejarse del trabajo manual, pero sigue participando en

las asambleas del pueblo, coopera económicamente cuando se le requiere, y envía comida cuando se realizan faenas para así cumplir con sus obligaciones. Don Jesús, Don Carlos y Don Genaro siguen acudiendo a las faenas cuando su salud se los permite, aunque muchas veces solo van a platicar con sus amigos, intercambiar ideas y comer junto a ellos. Todos ellos siguen realizando sus aportaciones económicas y asistiendo a las asambleas de la comunidad; además de tener en común el anhelo de poseer un poco más de fuerza y resistencia, para así seguir trabajando por su comunidad.

Un caso especial es Don Mario, quien migró hacia Axotlán en el año de 1990, por lo que su encuentro con las formas de organización comunitaria se realizó cuando este participante tenía cincuenta y nueve años de edad. Si bien Don Mario nunca ha asistido a una faena fuera de su barrio, acudió a las asambleas de la comunidad y colaboró con sus cooperaciones económicas durante los primeros cinco años de vida en el pueblo. Tiempo después, llegó a la conclusión que las asambleas eran una forma de mantener el cacicazgo en el pueblo y las cooperaciones no eran más que un robo descarado.

Las relaciones se complicaron a tal punto con las comisiones de la comunidad, que Don Mario llegó a amenazar pistola en mano al comité del agua potable, diciéndoles que, si ellos clausuraban la válvula de agua en su barrio, él la abriría a punta de balazos. A partir de dicha acción ninguna comisión volvió a visitar el barrio formado por migrantes en un buen tiempo, y Don Mario ganó gran reputación entre sus vecinos, quienes se le unieron y dejaron de aportar sus cooperaciones.

Aunque en el momento de la entrevista este participante se sentía sumamente orgulloso por dicha experiencia, lo cierto es que su postura frente a la organización comunitaria lo alejó de la posibilidad de integrar una red de apoyo con otros varones mayores. Don Mario considera que no posee ningún amigo dentro de la comunidad, por lo que no se siente cómodo saliendo a la calle, y pasa gran parte de su día dentro de su hogar. Es a través de este caso en particular se observa cómo la trayectoria de trabajo en la comunidad se convierte en etapas tardías de la vida de los varones, en un factor protector al brindar apoyo social. Mientras los demás participantes se valen de sus amistades generadas en dicha trayectoria para sentirse acompañados, Don Mario vive sus días en completa soledad.

Para la generación de hombres más jóvenes, existe una participación dentro de la trayectoria de trabajo comunitario, al mismo tiempo que se mantienen en las asambleas y realizando sus cooperaciones ante las comisiones del pueblo. Aunque, en específico, tanto Don Vicente como Don Guillermo en últimos tiempos se han mantenido al margen de participar dentro de las faenas; ello a partir de la detección y extracción de las hernias que habían desarrollado. Sin embargo, vale la pena mencionar que Don Vicente seguía su tratamiento al pie de la letra para que una vez cumplido el periodo de descanso necesario pudiera volver a la realización de las faenas.

Por último, Don Fernando, Don Juan y Don Antonio se mantienen en constante participación, a tal punto que los tres varones han desempeñado cargos comunitarios en los últimos cinco años. Así mismo, ellos consideran que su obligación con la comunidad solo dejará de existir hasta que ya no tengan fuerzas para trabajar, o bien, cuando la muerte se los impida. Existen opiniones divididas sobre el futuro de esta forma de organización comunitaria, ya que por un lado admiten que necesitan una mayor participación de otros miembros de la comunidad, incluyendo tanto hombres como mujeres. Aunque ven con cierto recelo que los nuevos habitantes de la comunidad se integren a la dinámica, debido a que tanto las prácticas como los saberes surgidos de la misma son un legado al que no cualquiera puede acceder.

Al realizar una búsqueda de referentes que permitan comprender la configuración de las trayectorias de participación comunitaria en los varones entrevistados, existen elementos que generan muchas preguntas. La investigación enfocada en analizar la participación social de las personas mayores (Wilson, 2012; Vandeth, 2001; 2016), ha mostrado el interés que presenta la población envejecida por mejorar las condiciones de vida dentro de sus comunidades y sociedades. Así mismo, se ha observado (Morrow-Howell, 2010; Dulin, Gavalab, Stephens, Kostick & McDonald, 2012) una mejora en la calidad de vida de aquellas personas mayores que deciden realizar dichas prácticas.

Aun con lo anterior, es importante señalar que la mayoría de las investigaciones se han realizado en naciones europeas y angloparlantes, dejando de lado las características existentes dentro de América Latina y el Caribe. Así mismo, dentro de dichas investigaciones no se considera importante abordar aspectos que fundamentan la existencia de una trayectoria

de participación. Entre los ejemplos más relevantes, no existe interés por ubicar el nacimiento e historia de la propia trayectoria de participación. Desligando esta tanto de sus factores históricos, contextuales y biográficos, los cuales fomentan en las personas mayores el interés o rechazo por participar en el mejoramiento de sus comunidades.

Discusión del capítulo (III).

El análisis del último momento del curso de vida permite considerar que, para los entrevistados el transitar y habitar la vejez se experimenta como una gran transformación. La cual incluye aspectos negativos y positivos, donde se ven implicadas tanto las trayectorias de vida, así como las relaciones que los hombres mantienen con la estructura social, y aquellas de orden cotidiano. Siendo algunos de los eventos mayormente asociados a este tránsito la reducción o finitud de la trayectoria laboral, el cumplimiento de 60 años de edad, o el surgimiento de la abuelidad.

Un elemento recurrente entre todos los varones, es el hecho que existió poca preparación para su llegada a la vejez, particularmente en los cambios asociados a sus trayectorias laborales. Así como pocas herramientas socioculturales orientadas a que los varones pudieran visibilizar sus posibilidades, recursos y obstáculos. Ante la falta de un curso de vida institucionalizado en la vejez, el retiro laboral se presentó como la alternativa que los hombres debían tomar frente a la reducción o finitud de su trayectoria laboral. No obstante, el retiro se configuró como una especie de limbo donde no existen certidumbres u opciones de vida, desde el cual es imposible habitar el mundo y construir identidad.

En todo caso, los hombres mayores rechazaron esta opción, viéndose en la necesidad, y con la oportunidad, de resignificar sus vidas. Decidiendo qué actividades, relaciones o eventos son relevantes en este momento de sus vidas. Es decir, los varones paulatinamente han resignificado su existencia, a partir de los cambios que se presentan con el paso del tiempo. Resulta relevante el recalcar que los procesos de resignificación pueden poseer un carácter dual dependiendo de la circunstancia que lo propicia, y de la temática a revalorar. Por ello, pueden considerarse como una agradable oportunidad de reflexión, o bien como un verdadero problema desestructurante.

Concretamente las re-significaciones no ocurren de manera homogénea y lineal, sino que su carácter es diverso y complejo. Siendo contradictorio por momentos y disfrutable en otros, aunque entre los varones participantes es visible que existe una tendencia hacia uno y otro ámbito.

El hecho de darle un nuevo sentido a la vida no solo es una modificación de los procesos subjetivos propios de los participantes. Sino que también se constituye como una posibilidad para cuestionar y trascender los imaginarios asociados a la masculinidad. Se requiere de un esfuerzo considerable para ello, de tal manera que el respeto a sus tiempos y espacios, así como el apoyo y acompañamiento emocional recibido hacen más llevadera la transformación. Mientras que aquellos varones que presentan soledad y distanciamiento familiar experimentan este proceso con mayores problemas.

El que los participantes se asuman como “hombres de trabajo” puede tener dos orientaciones. En primer lugar, implica un proceso de resignificación con pérdidas y ganancias, a partir de cual se toma una postura que fomenta la actividad y la dignidad, tanto a nivel personal como generacional. Dicha postura también posibilita el desarrollo de relaciones de apoyo mutuo con amistades y familiares cercanos. Quizá esta apuesta por la vida sea una especie de “identidad en resistencia” frente a los imaginarios de la vejez y la masculinidad; donde los varones se niegan a ser definidos por parámetros ajenos a su existencia, reafirmando así su agencia y capacidad de aprendizaje.

En una postura diametralmente opuesta, el afirmarse como “hombres de trabajo” es una negativa frente a la transformación inminente. Siento un último intento por seguir siendo los mismos varones fuertes y competitivos que se asumen en posiciones elevadas de su jerarquía, desde donde se pueda mostrar su hombría al mismo tiempo que se pone en evidencia a aquellos hombres débiles e incapaces. Es hacer honor a la expresión “morirse en la raya”, aunque ya no existe raya alguna para ellos, ya que los modelos dominantes de la masculinidad han dicho que ya no es su tiempo. Creándose así un espiral de dolor, el cual es difícil nombrar, pero no por ello imposible de superar.

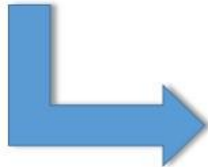
A lo largo del proceso de resignificación es distinguible cómo los participantes buscan priorizar las formas de trabajo donde se demuestra la habilidad y la experiencia ganada a lo largo del curso de vida. Es decir, el otorgar nuevos sentidos a la identidad conlleva a transformar de manera consciente las trayectorias y prácticas sociales, con el fin de asegurar su ejecución, coherencia y continuidad. Ejemplos de lo anterior puede verse en los varones que aun desarrollan su trayectoria laboral y deciden heredar sus obligaciones a sus descendientes a fin de centrar sus actividades en aspectos concretos, o bien, en los varones que asisten a las faenas de trabajo solo para convivir con sus amistades. Por ello, el modelo SOC (Selección-Optimización-Compensación) propuesto por los Baltes resulta adecuado para comprender esta actualización de las formas como de los contenidos que los varones engloban en aquellas actividades definidas como masculinas.

Finalmente, el cuerpo de los varones se consolida como el elemento que mayores contradicciones concentra al momento de resignificar la identidad de género. Sí bien las representaciones comunitarias de la vejez masculina (vejez con fuerza, vejez avanzada, vejez agónica) pueden considerarse como un factor que protege a los varones manteniéndolos activos y vinculados socialmente; el cuerpo envejecido sigue imaginándose bajo los lineamientos del decaimiento y la pérdida, dificultando imaginar nuevas posibilidades corporales. Aun con lo anterior, la realización de iniciativas personales como poseer huertos o criar mascotas son excelentes opciones para usar y disfrutar el cuerpo envejecido.

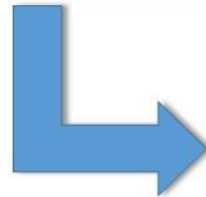
TRANSFORMACIÓN DEL CURSO DE VIDA: CONDICIONES GENERACIONALES

Generación Modelo Industrializador Formal: 1931-1942

Momento 1: Aprendí a trabajar desde niño.
Pobreza extrema.
Mayoritariamente migrantes.
Bajos o nulos niveles educativos (0 – 3 años).
Ingreso al mundo del trabajo a edades muy tempranas (6-8 años).
Independencia de la familia de origen antes de los veinte años.



Momento 2: Hombres de trabajo.
Inicio estable de la trayectoria laboral.
Familia conformada separada de la familia de origen.
Trayectoria laboral larga y estable.
Participantes de la urbanización comunitaria.
Retiro laboral por jubilación



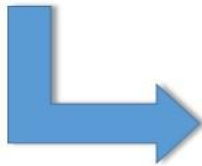
Momento 3: No es malo llegar a viejo.
Retiro laboral por jubilación.
Experimentar enfermedad y muerte de sus familiares.
La red familiar otorga mayor apoyo.
Fragilidad corporal: aplicar modelo SOC en la construcción de la identidad de género.
Menor implicación física dentro del trabajo comunitario

Imagen 16: Distinciones generacionales en la forma de estructurarse el curso de vida (III).

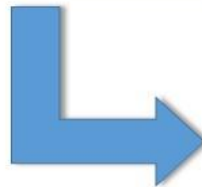
Se presentan los principales condicionantes para cada uno de los tres momentos del curso de vida en la Generación Modelo Industrializador Formal (1931-1942). La configuración tripartita responde al modelo institucional del curso de vida basado en el trabajo, donde los momentos son: la preparación (infancia), el trabajo continuo (adultez), y el retiro (vejez). Para el caso de la generación más envejecida son visibles las adaptaciones hechas a los modelos tradicionales del género, derivadas de las transformaciones corporales experimentadas en los últimos años.

TRANSFORMACIÓN DEL CURSO DE VIDA: CONDICIONES GENERACIONALES Generación Modelo Industrializado Precario: 1944-1956

Momento 1: Aprendí a trabajar desde niño.
Pobreza extrema y mejora en las condiciones de vida.
Mayoritariamente originarios.
Bajos niveles educativos (6 – 12 años).
Ingreso al mundo del trabajo a edades tempranas (8 - 12 años).
Vinculados a la familia de origen después de los veinte años.



Momento 2: Hombres de trabajo.
Inicio accidentado de la trayectoria laboral.
Familia conformada ligada a la familia de origen.
Trayectoria laboral larga aunque con periodos de inestabilidad.
Participantes de la urbanización comunitaria.
Retiro laboral forzado.



Momento 3: No es malo llegar a viejo.
Jubilación años después del retiro forzado.
Experimentar enfermedad y muerte de sus familiares.
Injerencia en la red de apoyo familiar.
Mayor resistencia corporal: jugar con los mandatos hegemónicos del género masculino.
Participación activa dentro del trabajo comunitario.

Imagen 17: Distinciones generacionales en la forma de estructurarse el curso de vida (IV).

Se presentan los principales condicionantes para cada uno de los tres momentos del curso de vida en la Generación Modelo Industrializador Precario (1944-1956). La configuración tripartita responde al modelo institucional del curso de vida basado en el trabajo, donde los momentos son: la preparación (infancia), el trabajo continuo (adultez), y el retiro (vejez). Para el caso de la generación más joven, es visible una mayor implicación en la esfera familiar y comunitaria. Así mismo, lo reducido de su experiencia como hombres viejos fomenta en ellos el mantener los mandatos dominantes de su género, esto a pesar de sufrir complicaciones por dichas iniciativas.

Conclusiones

*Eran dos compadres, y un compadre le dice al otro
- oye compadre ¿crees que en el más allá haya futbol? -.
El otro responde – quién sabe compadre,
pero sí tú te mueres primero, vienes y me dices si hay futbol,
y sí yo me muero primero, vengo y te digo si hay futbol -.
Y chin, que se muere uno de los compadres, ya que se muere.
Y así regresa el compadre muerto y le dice al otro
- ¿Qué crees compadre? Qué sí hay futbol -.
El vivo le contestó sorprendido - ¿A poco? ¿no te creo? -.
Y el compadre muerto le dijo
- Sí, hay futbol, y mañana tú entras de cambio -.
-Don Antonio, 61 años de edad-*

El análisis realizado en los tres capítulos anteriores permitió conocer a profundidad cómo es que los modelos dominantes de la masculinidad han condicionado enormemente las identidades genéricas, así como la configuración del curso de vida de los diez varones participantes. Demostrando que la aparición de trayectorias normativas y transgresoras en los varones, además de la negociación de los significados y la configuración de sus identidades, solo tienen sentido si se asume el vínculo existente entre las vidas de los participantes con los momentos históricos que experimentaron de manera colectiva. Sin embargo, antes de dar por concluida esta investigación, es necesario retomar ciertos elementos que resultan relevantes para comprender el proceso de construcción de identidades masculinas a lo largo de la vida, resaltando su carácter contextual, histórico, simbólico y relacional.

El primer elemento a considerar radica en las relaciones de poder que los varones han experimentado a lo largo de sus vidas, buscando identificar sus efectos estructurantes, así como sus variaciones y contradicciones. El segundo elemento consiste en profundizar en las consecuencias que los modelos dominantes de la masculinidad han provocado en el cuerpo de los varones. Sobre cómo este problema también se extiende a las mujeres que se encuentran en el mercado laboral, y una posibilidad para superar la mirada del “cuerpo-máquina” que ronda dentro del mundo laboral.

El siguiente punto se centra en abordar la reflexividad de los participantes, es decir, abordar la forma en cómo ellos se perciben dentro del mundo en el que viven, además de las transformaciones que han experimentado durante su curso de vida. Este elemento cobra vital importancia ya que es una vía para el rescate y resignificación de las experiencias de las personas mayores.

Finalmente, el cuarto punto tiene por objetivo presentar una serie de reflexiones a título personal, donde propongo una visión alternativa de la vejez basada en la diversidad y heterogeneidad de las vidas humanas. Así como de ofrecer mi postura sobre la necesidad de realizar investigación psicológica en diálogo con distintas perspectivas teóricas, y los compromisos que los psicólogos contraemos al investigar la vejez y el envejecimiento.

Relaciones de poder a lo largo de la vida.

El concepto “relación de poder”, procedente de la teoría foucaultiana sirve para identificar aquellas relaciones humanas cuyo objetivo consiste en preservar un modelo de organización social basado en la dominación y la desigualdad. Dicho modelo permite que pequeños sectores de la población acumulen recursos (económicos, políticos, materiales y simbólicos), al mismo tiempo que ejerce cierto grado de control sobre las demás personas. Dentro de este entramado de relaciones es posible distinguir entre aquellas que se dan a nivel macrosocial, donde las instituciones buscan que las personas se adhieran a las normas y valores dominantes; así como las relaciones que surgen a nivel microsociales, en los contextos que las personas transitan a lo largo de su vida. Si bien la represión es la principal forma en que se desarrollan las relaciones de poder, estas también cumplen su propósito cuando facilitan, dificultan, amplían, limitan, prohíben o privilegian la realización de ciertas prácticas sociales por encima de otras (García, 2010).

Desde una mirada similar Piedra (2004) considera que las relaciones de poder se vuelven tan repetitivas y comunes que de manera general pasan desapercibidas, llegando al punto de ser legitimadas por quienes las experimentan. Aunque en otros casos las personas desarrollan resistencias frente a las mismas, cuestionando sus fines y creando estrategias para disolver o reducir sus efectos. Existen diferencias en la forma en que las personas

experimentan las relaciones de poder, sea ya ejerciéndolas o soportándolas, así como la posibilidad de resistir e incluso transformar sus efectos. Aspectos como el género, la clase social, la etnia y la raza, o la edad de las personas comprometen la existencia de dichas relaciones, así como sus efectos a corto y largo plazo (García, 2010).

Teniendo esto en cuenta, es posible considerar que, bajo la perspectiva del curso de vida, las relaciones de poder solo tienen sentido cuando se reconocen dentro de un momento histórico específico; dado que su aparición, modificación y disolución depende del momento del curso de vida en que se encuentren las personas. En resumen, las demandas impuestas por los modelos institucionales del curso de vida y las posiciones sociales que las personas ocupan a lo largo de la vida van a condicionar la existencia de ciertas relaciones de poder (Kohli, 2007; Dreier, 2011b).

El entramado de relaciones de poder fomenta el surgimiento de trayectorias y transiciones para así reproducir el modelo de organización social dominante, mientras obstaculiza el surgimiento de eventos o estrategias subversivas. Consolidándose como un factor preponderante en la forma en que las personas aprenden el mundo que les rodea y significan sus experiencias de vida, así como en la conformación de su identidad.

Al reconocer que las relaciones de poder no son estáticas, del todo coherentes, ni unidireccionales, su existencia se ve envuelta por un carácter contradictorio. Por ejemplo, las personas pueden ejercer poder en un contexto y ser sumamente subordinadas en otro, o bien, pueden ser violentadas por las instituciones y ejercer poder dentro de sus contextos cotidianos. Otra contradicción consiste en que, si bien la estigmatización, la opresión y la discriminación son algunos efectos de dichas relaciones; las personas también pueden obtener “beneficios” al verse subordinados en dichas relaciones, permitiéndoles así garantizar su subsistencia, acumular recursos o crear redes de apoyo para su resistencia.

De manera particular, un aspecto que va condicionar las relaciones de poder en los hombres, es la forma en que estos se han vinculado con los modelos hegemónicos de la masculinidad, sea ya asumiendo o distanciándose de sus mandatos. Elemento definitorio al asumir que estas configuraciones del género masculino tienen como pilar la búsqueda continua de los varones para asumir una posición de mando, donde se pueda controlar la vida

cotidiana de los hombres y las mujeres que se encuentran subordinados a su voluntad (Connell, 2015).

Los participantes fueron socializados bajo estos modelos, y sus trayectorias de vida estuvieron orientadas a moverse dentro del ámbito público a partir del trabajo remunerado y comunitario. Así como en demostrar frecuentemente su fuerza, resistencia, inteligencia, valentía, responsabilidad y capacidad de liderazgo; de modo que las relaciones de poder experimentadas se han estructurado a partir de mantener una posición de mando o reconocimiento. Es importante aclarar que la vinculación de los entrevistados a los modelos dominantes de la masculinidad se da desde su particular situación social: siendo provenientes de núcleos poblacionales sumamente empobrecidos, con grandes limitaciones para el acceso a educación, e insertándose en el mundo laboral como obreros no calificados. Con ello, las relaciones de poder institucionales los han mantenido relegados en comparación con varones de otros estratos sociales. Aunque dentro de sus contextos han rivalizado de manera constante con otros hombres para no verse subordinados.

En el caso de los diez participantes de esta investigación, el acto de retomar la conformación de las relaciones de poder a lo largo de su curso de vida permite profundizar en mayor medida en el proceso de creación de sus identidades masculinas. Una vía adecuada para su abordaje es a partir de los tres grandes momentos en los que se divide la vida de los varones: un primer momento donde se preparan para desarrollar sus trayectorias de trabajo, un segundo momento donde consolidan dichas trayectorias, y finalmente el momento donde sus trayectorias de trabajo finalizan o se reducen. Permitiendo así distinguir tanto sus transformaciones como sus efectos, sea ya de carácter inmediato y prolongado.

Dentro del primer momento del curso de vida, los diez participantes vienen al mundo enlazados a las relaciones de poder que sus padres, madres y demás familiares poseían. Es decir, aprenden el lugar que ocupan dentro del entramado de relaciones al mismo tiempo que descubren su capacidad de agencia para asumirlas o rechazarlas.

Como fue observable en el apartado teórico y en las experiencias de los participantes, la familia es donde se desarrollan los principales aprendizajes del género, descubriendo los contenidos y límites de la masculinidad y la feminidad (Seidler, 2005; Jiménez, 2007). En consecuencia, es dentro de la familia donde se experimentan las primeras

relaciones de poder, siendo la más relevante aquella que ejercía la autoridad paterna por sobre todos los miembros. Sin embargo, la importancia de la familia no solo radica en su enseñanza del género, sino que en ella también se socializaron los miedos, anhelos, recursos y limitantes de la clase social en la que nacen los varones. Así, los hombres entrevistados fueron preparados desde temprana edad para que estos se insertasen en las relaciones de poder que estaban a su alcance. Dotándolos de habilidades físicas y conocimientos prácticos sumamente relevantes para el trabajo manual masculino.

Dado que para las poblaciones de las que proceden los entrevistados solo tenían, en ese preciso momento de su historia, como único camino posible para los varones el modelo de hombre-heterosexual-trabajador-proveedor anclado en el trabajo manual; las familias prepararon a los participantes para mantener y resistir relaciones de poder tanto en sus centros de trabajo como en sus familias. Es así que el cuerpo se mantuvo como el principal receptor de estos aprendizajes bajo una lógica de control, vigilancia y castigo constante. Su transformación hacia un cuerpo curtido para el trabajo solo tiene sentido cuando se acepta que dicha construcción se dio bajo relaciones de poder, que buscaban preservar y reproducir los modelos dominantes de la masculinidad (De Keijzer, 1998; Herrera, 1999).

Ahora bien, las relaciones de poder en la familia se complejizaron cuando los varones fueron introducidos en la milpa como ayudantes de sus padres. En este lugar descubrieron que su familia se encontraba dentro de una compleja red de relaciones y mandatos sociales. Siendo también el espacio en el que su aprendizaje sobre el ser varón aumentó, existiendo mayores exigencias dentro de sus aprendizajes. Donde los varones adultos, convertidos en sus maestros, vigilaban de manera constante que su cuerpo y su técnica fuera la adecuada. Al mismo tiempo que los entrevistados descubrían el compañerismo y la camaradería propia de los círculos de varones.

Así mismo, los entrevistados vieron con alegría sus primeros éxitos y reconocimientos como hombres. Forjando fantasías, en el sentido positivo del término, sobre un futuro más cómodo a partir de verse reflejados en aquellos varones que los habían impresionado por sus habilidades y fuerzas. Sin embargo, esta transformación no está libre de contradicciones, ya que los varones no fueron socializados de manera pasiva, sino que

estos significaron los aprendizajes recibidos a partir de sus gustos, necesidades y limitaciones.

Más adelante, los participantes se volvieron ágiles e inteligentes, y centraron su mirada más allá de los límites paternos. Con sus primeros empleos fuera del ámbito familiar los entrevistados reafirmaron que el modelo aprendido valía la pena, ya que fueron reconocidos por su trabajo y recibieron un ingreso económico continuo. No obstante, dado el hecho de que aún no eran considerados como “hombres completos”, fueron vistos por sus empleadores como mano de obra barata, fácilmente reemplazable y sin obstáculos para ser manipulada. Bajo este panorama los varones vivieron sus primeras rivalidades y subordinaciones laborales, al mismo tiempo que sus sueños se clarificaron. Aparecieron nuevos elementos en sus fantasías sobre el futuro, como una casa propia, una esposa, hijos y un trabajo bien pagado donde fueran reconocidos y respetados.

En el caso particular de los varones que migraron en el primer momento de vida (así como por Don Guillermo que fue huérfano a temprana edad), su inserción en la milpa y el mundo laboral se vio adelantada, repercutiendo directamente en su cuerpo. El cual, no era lo suficientemente maduro como para conseguir buenas oportunidades de empleo, pero sí lo suficientemente débil para sufrir abusos y humillaciones por parte de sus compañeros y empleadores.

Los participantes (Don Mario, Don Jesús, Don Carlos y Don Genaro) se insertaron en las redes de la migración al mismo tiempo que alimentaban sus sueños por sobrevivir, imaginando un trabajo que hiciera justicia a su extrema precariedad. No obstante, lo que encontraron fueron abusos constantes, una paga minúscula y la marginación por parte de los varones, quienes los consideraban inferiores por no ser nativos de la comunidad. Estos hallazgos son consistentes con los resultados encontrados en las investigaciones centradas específicamente en la masculinidad y la migración en el contexto mexicano. Donde se han observado los riesgos, abusos, incertidumbres, malestares y satisfacciones que llegan a experimentar los hombres que salen de sus lugares de origen buscando mejores condiciones laborales. Así como las dudas y conflictos que surgen cuando se pone en tela de juicio la

efectividad de dichos modelos de vida para los hombres (Rosas, 2008; Calvario, 2017). Ver Imagen 18.

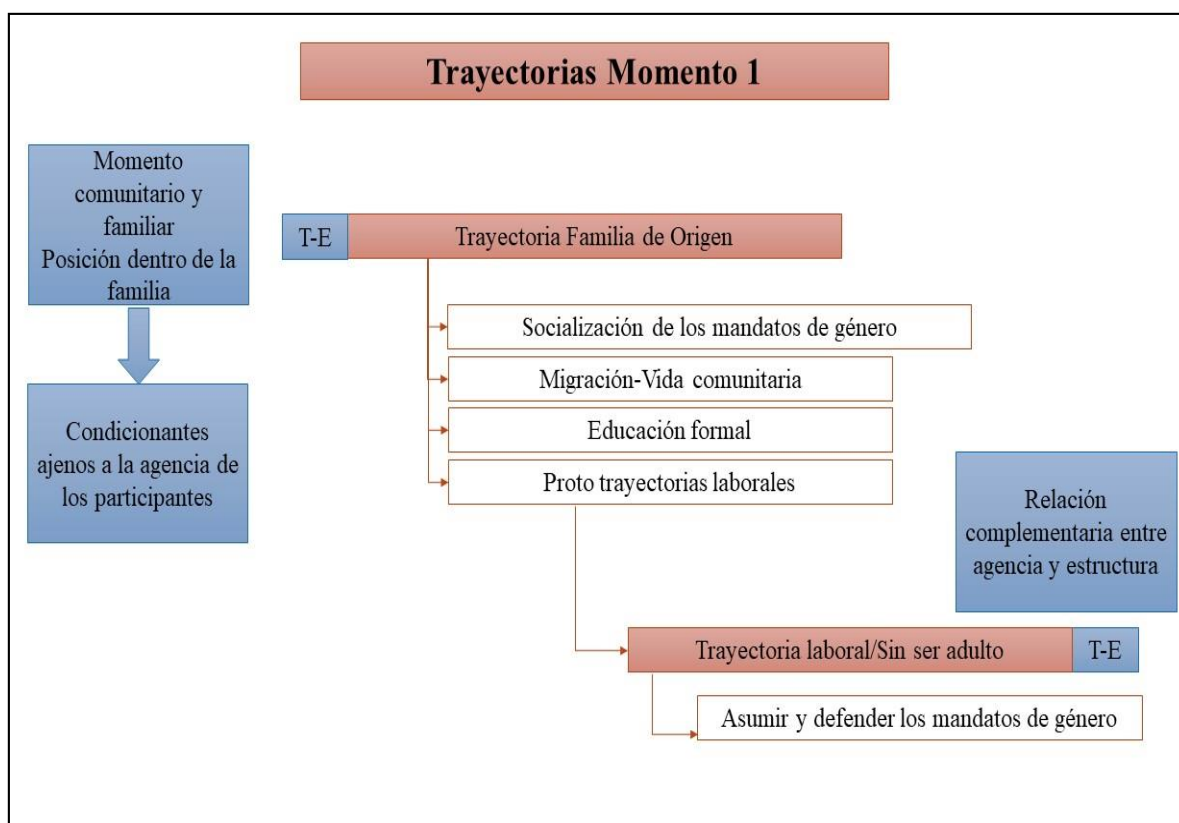


Imagen 18: Primer momento del curso de vida (Relación entre agencia y estructura)
 Durante el primer momento del curso de vida de los participantes es visible que la trayectoria rectora se ubica en la familia de origen, ya que es la que dota de recursos, limitaciones, sueños, mandatos y prohibiciones a los entrevistados. Así mismo, esta trayectoria fomenta el surgimiento de una proto-trayectoria laboral que será la base sobre la se asentaran los aprendizajes y experiencias futuras sobre el ser varón.

Ya dentro del segundo momento del curso de vida, cuando los participantes fueron socialmente vistos como varones consolidados, es observable una modificación en sus relaciones de poder. Al dejar atrás sus primeros años de vida dejan de ser considerados como ayudantes o aprendices, para ser vistos como trabajadores manuales en toda regla.

Este hecho, si bien dejó de lado la subordinación que implicaba ser visto como hombres en formación, los posicionó en nuevas relaciones poder aún más intensas que las anteriores. Los entrevistados adaptaron sus cuerpos a las demandas del sector industrial, soportando accidentes, cansancio, lesiones y riesgo continuo. Al mismo tiempo que aprendieron a rivalizar con otros compañeros de trabajo, sea ya a base de insultos o golpes, cuando estos sentían que su empleo o su prestigio como trabajadores estaban en riesgo. Así mismo, los participantes también rivalizaron con sus jefes inmediatos cuando buscaban su subordinación absoluta o su despido. Dado que esta relación era asimétrica, los varones tuvieron menos oportunidades para defenderse, viéndose la mayoría de los casos en clara desventaja. Finalmente, los participantes llegaron a experimentar los abusos de parte de sus patrones, líderes sindicales o directivos de alto rango, experimentando una fuerte humillación al verse impotentes ante sus acciones.

Un elemento a resaltar es el hecho que las rivalidades entre varones dentro de los centros de trabajo se vieron atravesadas por la precarización del mercado laboral mexicano. Ante la reducción de oportunidades para conseguir un empleo de base, bien remunerado y con prestaciones, los varones cuidaron en demasía sus puestos de trabajo. Sin embargo, sus esfuerzos fueron ineficaces cuando otros varones en mejor posición violentaron sus derechos laborales al despedirlos o marginarlos.

Experimentar ansiedad, temor, enojo y humillación frente a la precariedad, el acoso y el abuso laboral fue una constante entre los entrevistados, así como el nunca demostrar en público sus sentimientos al respecto. Elementos que al día de hoy siguen causándoles malestar al recordar sus días más oscuros (o quizá reconociéndolos públicamente por vez primera), cuando difícilmente podían mantener a sus familias y mantener su identidad como varones. Dicha situación es compartida con los varones cuya experiencia ha sido documentada en las investigaciones sobre masculinidad y empleo. Donde se muestran con claridad las consecuencias emocionales que la precariedad y abuso laboral dejan en los varones. Además de la falta de recursos afectivos en los hombres al lidiar con este tipo de experiencias (Jiménez & Tena, 2007; Salguero 2007; Brown, 2014).

Desde el ámbito familiar es posible distinguir que, además de existir una relación afectiva, los participantes experimentaron contradicciones dentro de sus uniones conyugales. Al ser los únicos responsables de la proveeduría del hogar, es válido afirmar que ejercían en gran medida un control familiar, además de experimentar el reconocimiento social por realizar adecuadamente su proveeduría. No obstante, eran las esposas de los entrevistados quienes administraban en su totalidad el gasto familiar, dictando las necesidades y prioridades dentro del hogar.

Por otro lado, el incumplimiento de la proveeduría era una experiencia individual y silenciosa cargada de frustración, humillación e incertidumbre. Demostrando así que el sistema de género que les daba movilidad y prestigio podía ser sumamente destructivo con ellos. Es imposible minimizar el papel que jugaron las cónyuges de los participantes en todo esto, ya que con su postura podían subordinar aún más a sus esposos dentro del sistema de género, o bien, dotarlos de recursos para que estos se sintiesen seguros en su papel de proveedores. Por ejemplo, sus esposas podían demostrar insatisfacción ante los esfuerzos de los varones, exigiendo mayores recursos y señalando sus errores. En caso contrario, apoyaban a los entrevistados en sus iniciativas de auto-empleo (chambitas y negocios establecidos), aunque sus esfuerzos como mujeres no eran del todo reconocidos, sino que solo se veían como apoyo complementario dado a sus cónyuges.

Respecto de la dimensión comunitaria, los participantes buscaron (con excepción de Don Mario) la forma de ser reconocidos frente al círculo de varones, mostrando su habilidad en el trabajo o su capacidad de liderazgo. Fue común verlos rivalizar por demostrar quién era más capaz, o bien, quien obtuvo mejores resultados. Siendo este elemento tan relevante que hasta hoy día los entrevistados siguen ofreciendo pruebas de su valiosa contribución al pueblo de Axotlán, al mismo tiempo que buscan desmentir las hazañas de los varones con los que rivalizaron en el pasado. No obstante, su determinación por mejorar su comunidad se vio interconectada con los esfuerzos del gobierno estatal y federal para la urbanización del Valle de México. Siendo así que a partir de ambos elementos se dio la paulatina transformación de la comunidad, mejorando significativamente la calidad de vida. Ver Imagen 19.

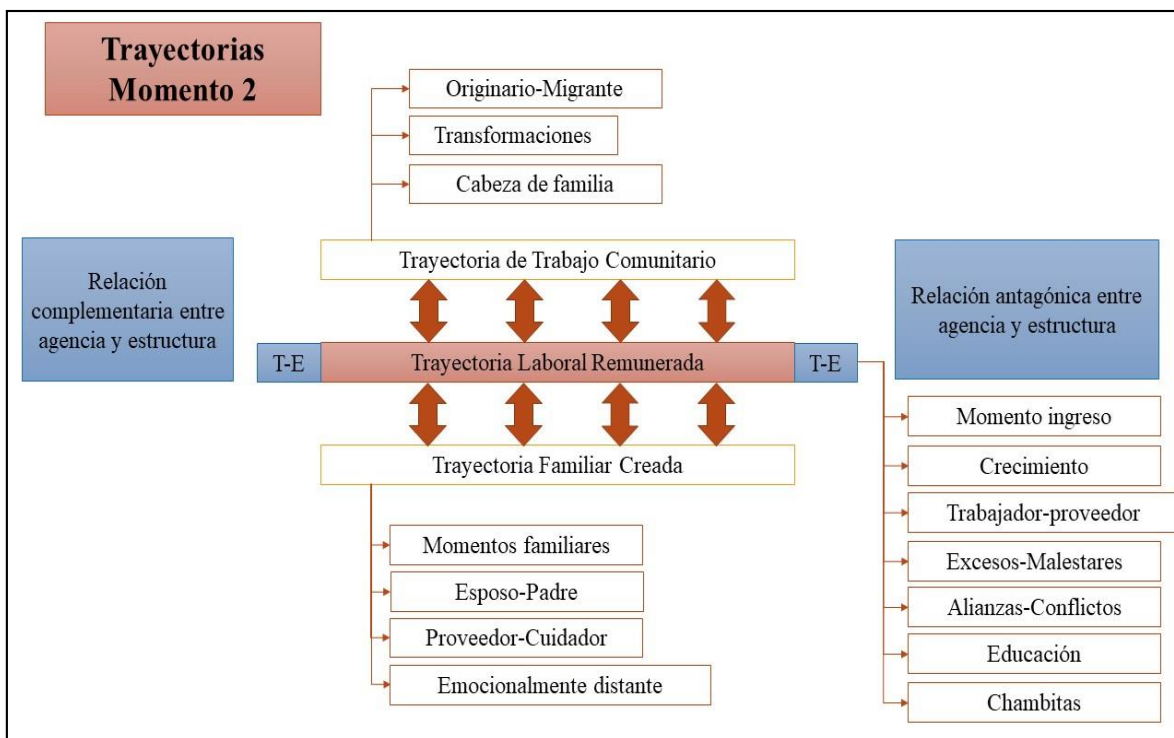


Imagen 19: Segundo momento del curso de vida (Relación entre agencia y estructura)

Durante el segundo momento del curso de vida se formaron tres trayectorias interconectadas y basadas en el trabajo manual. La trayectoria laboral remunerada se consolida como el eje principal del curso de vida, siendo la que da sentido y dirección a las otras dos trayectorias. Al inicio del momento la agencia de los participantes se encuentra en sintonía con los mandatos sociales asociados a los varones. Aunque al final de este momento, ambos elementos se posicionan en una relación antagónica, ya que los varones se resisten en minimizar o finalizar sus trayectorias laborales.

Finalmente, en el tercer momento del curso de vida es visible una profunda modificación en las relaciones de poder que los participantes han experimentado, ya que la llegada de su vejez viene a reconfigurar la existencia de los varones en mayor o menor medida.

Previamente se ha mencionado que los varones entrevistados consideran que su transición a ser población envejecida ha traído consigo algunas certezas, como son contar con una pensión mensual y seguridad social, aunque también los ha expuesto a ser objeto de exclusión, discriminación y marginalidad. Es decir, afirman que existe una relación desigual por parte del Estado, quien no reconoce la valía de sus contribuciones sociales realizadas, así

como su capacidad para transformar sus comunidades y regiones. Esto no solo implica que consideren como precarias las pensiones recibidas, sino que, no existen foros específicos donde puedan expresar sus inquietudes, necesidades y propuestas como ciudadanos.

Dentro de la esfera cotidiana, en ocasiones los hombres mayores llegan a sentir que se encuentran en desventaja frente a varones más jóvenes, ya que estos poseen una mayor fuerza y habilidad física. Sin embargo, una forma de resistir el sentimiento es rememorar sus hazañas laborales, así como sus iniciativas en favor de la comunidad. Mostrándose a sí mismos y a los demás, que sus acciones fueron decisivas para consolidar un futuro colectivo digno. Dicha estrategia no solo contribuye a satisfacer las necesidades de reconocimiento de los hombres mayores, sino que también crea un sentimiento de identidad generacional. Los participantes más jóvenes viven una situación particular, quienes, ante su interés en continuar con un trabajo remunerado, ven con tristeza que el mercado laboral no tiene un interés real en su persona. Por lo que verán en el trabajo comunitario un espacio para demostrar sus habilidades y conocimientos.

Ciertos autores (Nilsson, Hagberg & Jeppson, 2013; Villar & Serrat, 2015; Jackson, 2016) han realizado descubrimientos similares a los aquí presentados, resaltando el uso de la memoria por parte de los varones envejecidos (o bien, en cualquier persona mayor) como un elemento positivo y alentador frente a situaciones adversas. Ahora bien, la relevancia de esta estrategia radica en que la resignificación de la memoria permite reducir o eliminar los efectos de las relaciones de poder experimentadas, permitiendo a los hombres envejecidos reflexionar sobre sus procesos de aprendizaje y la configuración de su identidad de género. Así mismo, el ejercicio de repensar lo vivido permite sentirse y saberse acompañados por otras personas de la misma generación que experimentaron situaciones comunes.

Ahora bien, en el ámbito familiar los varones vuelven a experimentar contradicciones respecto de su papel como proveedores del hogar que formaron décadas atrás. Si bien los hombres mayores sienten alegría y satisfacción al ver que la educación dada a sus descendientes fue la adecuada y ahora ellos retribuyen con recursos económicos y materiales. Lo cierto es que algunos participantes también llegan a sentirse relegados o minimizados cuando su aportación es menor en comparación a la de sus descendientes. Dos identidades rivalizan en los participantes sin que ellos puedan expresar abiertamente sus

inquietudes: la identidad de ser padre los hace sentirse orgullosos de la familia conformada y de la eficacia de los valores enseñados, mientras la identidad del hombre trabajador-proveedor siente enojo y frustración por perder la exclusividad de una actividad que los define como hombres útiles y valiosos.

Finalmente, los participantes siguen disfrutando del trabajo comunitario cuando les es posible, siendo participes en el rescate del territorio y las fiestas populares. No obstante, existe un sentimiento en común entre los varones, quienes consideran que a pesar de mantener sus iniciativas se han perdido espacios comunitarios, siendo ahora retomados por la creciente delincuencia. El surgimiento de vendedores de droga y sicarios en la región ha modificado las relaciones tradicionales de apoyo comunitario. Por lo que en ciertas calles o en horarios específicos los habitantes deciden no transitar ante el riesgo de sufrir alguna agresión. Ante tal situación los participantes se sienten molestos e incapaces, ya que de tomar acciones no solo arriesgan su vida, sino también la vida de sus familiares y amigos. En consecuencia, se consideran sometidos a las relaciones de poder creadas por el crimen organizado, sin que el Estado tome acciones para revertir la situación. Ver Imágenes 20 y 21.

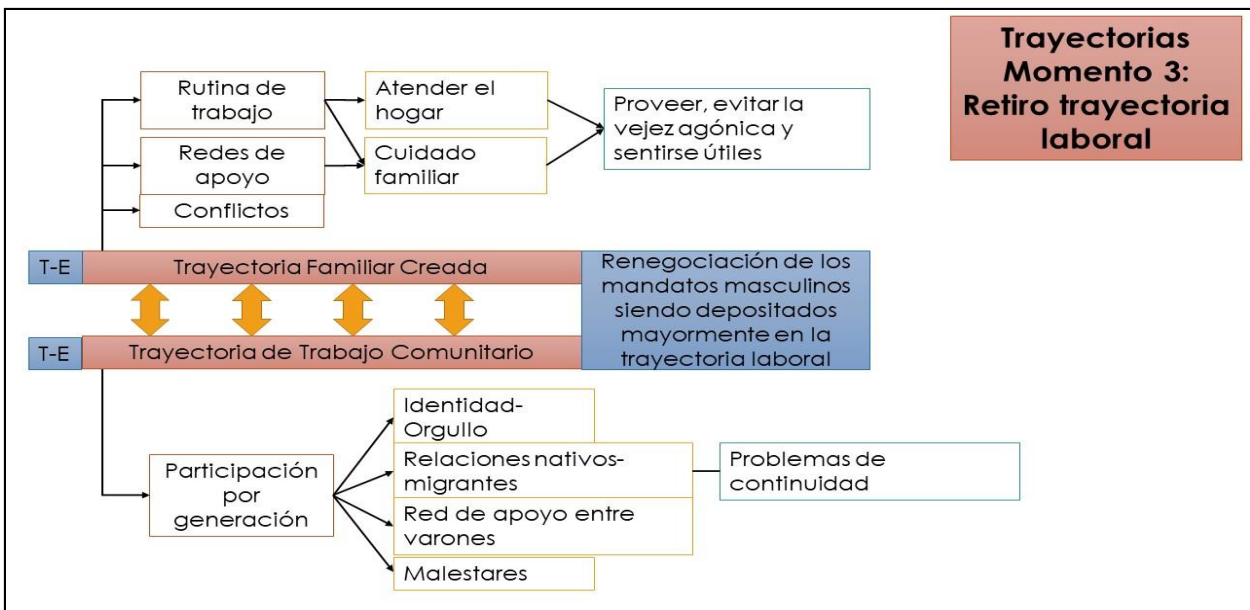
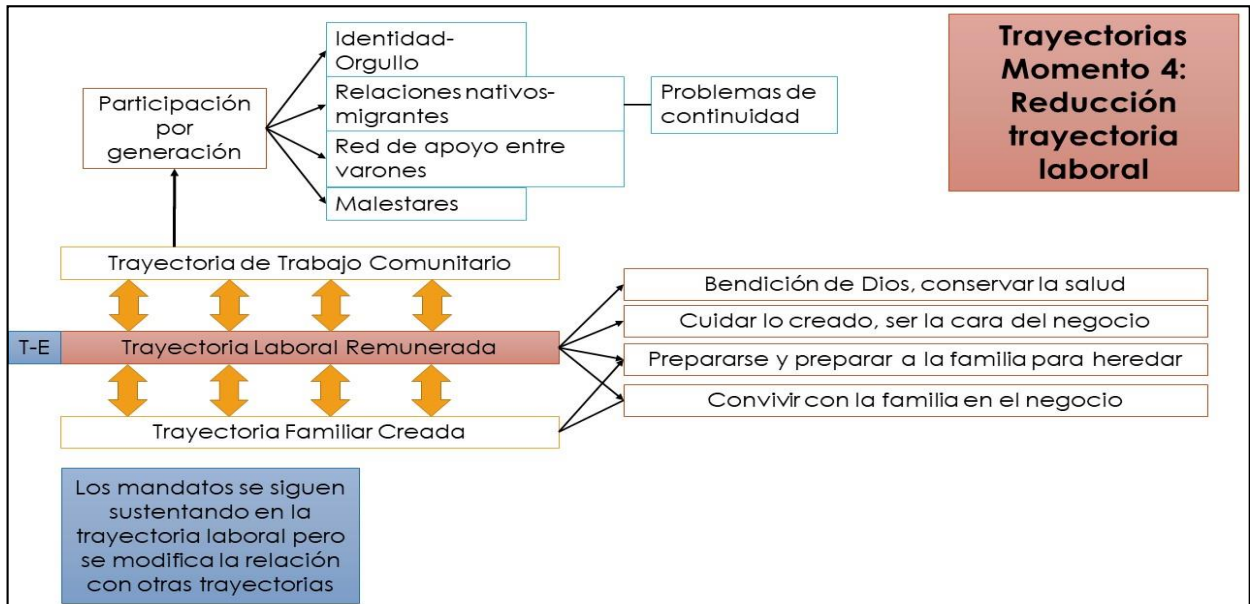


Imagen 20: Tercer momento del curso de vida (retiro de la trayectoria laboral).

Los varones oficialmente retirados del mercado laboral utilizan la trayectoria familiar (familia creada) y de trabajo comunitario para resignificar su identidad de género. El trabajo pasa a la esfera del hogar y del cuidado, mientras que la trayectoria de trabajo comunitario ha generado un sentimiento generacional de pertenencia y orgullo.

Imagen 21: Tercer momento del curso de vida (reducción de la trayectoria laboral).

Los varones con una trayectoria laboral reducida experimentan una resignificación de su identidad de género. El trabajo se mantiene como el eje rector del curso de vida, aunque los significados se modifican, siendo visto como una vía para mantener la salud y preservar el patrimonio familiar logrado. Dentro de la trayectoria de trabajo comunitario su participación se desarrolla según sus posibilidades de tiempo y salud.

El modelo “cuerpo-máquina” y la humanización del cuerpo.

A lo largo de la presente investigación se ha abordado de manera constante las características, reglas y consecuencias de la construcción de los cuerpos masculinos. Así como los usos que los hombres hacen de sus cuerpos dentro de los modelos dominantes de la masculinidad. No obstante, los hallazgos encontrados en torno a la vida de los diez participantes permiten ir más allá, al pensar que la institucionalización de los cursos de vida masculinos contribuye a mantener relaciones específicas de explotación económica.

Considerar que los cuerpos envejecidos se encuentran atravesados por este tipo de relaciones genera ciertas preguntas, por ejemplo ¿a qué fines sirve la constante vigilancia, el control y el castigo del cuerpo?, ¿qué hay más allá de los modelos dominantes de la masculinidad?, ¿a qué lógicas económicas responden estos modelos y sus mandatos?, ¿qué los mantiene vigentes y en constante actualización?

Las investigaciones consultadas (Pries, 1996; Kohli, 2007; Seidler, 1995; Connell, 2015; Jackson, 2016) han mostrado elementos para considerar que la creación y reproducción de los cursos de vida masculinos responde a los intereses y necesidades del modelo económico capitalista, en particular con su vertiente neoliberal. Bajo esta lógica, es necesario crear varones afines al proyecto económico, que puedan ser explotados y fácilmente sacrificables. Sea ya en los grupos más empobrecidos, o en dentro de las clases medias, los varones son educados para insertarse voluntariamente en dicho proyecto, siendo el trabajo remunerado la vía por excelencia, dentro de un modelo económico que no fue diseñado para satisfacer sus necesidades.

Dicho de otro modo, los cuerpos masculinos se crean bajo la lógica de la utilidad, siendo normalizados para mostrarse fuertes, saludables, manipulables y extrañamente atemporales (que no demuestren el paso del tiempo y sin memoria). Ya que es necesario que puedan resistir las jornadas de trabajo extenuantes, el cansancio corporal, y la inmensa tensión emocional que produce la explotación humana. Utilizando las palabras de Butler (2002), los cuerpos que importan son aquellos que producen, que no cuestionan los modelos instituidos, que se mantienen alineados al sistema económico para así reproducir a partir de ellos relaciones de dominación hacia las mujeres y otros varones.

Las personas cuyos cuerpos no son útiles al proyecto capitalista se convierten en improductivos, sospechosos, y una carga que precisa ser normalizada o desechada. Este es el fundamento bajo el cual se inscribe la continua discriminación y estigmatización que viven las personas mayores, puesto que son considerados como improductivas, dependientes, enfermas y carentes de utilidad. Con ello, para el modelo capitalista los cuerpos envejecidos poseen límites que dificultan su explotación. A la vez que son una limitante para la preservación del proyecto económico que premia la producción y la independencia; dado que el modelo considera que las experiencias posibles en estos cuerpos parten de la pasividad y la dependencia (Iacub, 2007; Sibilía, 2012).

Ahora bien, los cuerpos no son útiles en sí mismos, sino que es necesario complementarlos con una ideología que motive a las personas a insertarse en las cadenas de producción y acumulación del capital. Restrepo (1994) ha nombrado a este elemento como “la ideología del guerrero”, que proporciona a los hombres una figura masculina exacerbada e imposible de igualar. El guerrero es un personaje que siempre triunfa, se basta a sí mismo y siempre está listo para cualquier tarea. Arropados con el ideal del guerrero los varones vuelven suyas las metas del proyecto capitalista, ya que así pueden fantasear que disfrutan de sus beneficios a partir de la masculinidad dominante, quedando oculta su clara explotación. La cooperación y la emotividad se ven reducidas, siendo ineficaces en un contexto donde solo existen rivales y donde el mundo se presenta como un objeto de conquista, por lo que poco importa su comprensión y su cuidado.

El trabajo remunerado se convierte en el camino del guerrero dentro de la vida cotidiana, desde donde se consigue y mantiene el éxito individual, y desde donde se reproducen las relaciones y mecanismos ideológicos de explotación. El cuerpo se convierte en la vía que garantiza el éxito del guerrero, de tal manera que se han institucionalizado formas adecuadas para construir un cuerpo exitoso e imparable, un “cuerpo-máquina”. Este cuerpo maquinizado se articula de manera perfecta con las cadenas de producción, sirve solo para satisfacer sus necesidades, y sus límites solo son marcados por el deseo de éxito de los varones. Dicho de otro modo, los cuerpos masculinos construidos en las sociedades de occidente tienen como base satisfacer las demandas del gran capital. Demandas que fundamentan la existencia de los modelos hegemónicos masculinos, y se interiorizan dentro

de los varones como metas individuales de vida (De Keijzer, 2003; Connell, 2015; Salguero & Alvarado, 2017).

Con la irrupción de las mujeres dentro del mercado laboral internacional en último cuarto del siglo XX, también han visto permeados sus cuerpos y metas por el modelo del “cuerpo-máquina”. Cuando las mujeres alcanzaron su independencia económica y patrimonial por medio del trabajo remunerado, descubrieron amargamente las jornadas extenuantes, el cansancio, y la tensión emocional. La ideología del guerrero irrumpió en ellas como elemento necesario para cumplir sus aspiraciones y reducir los efectos problemáticos. Siendo las consecuencias más evidentes su distanciamiento emocional con sus familiares y su explotación corporal a la par de los varones.

Si en el siglo XX el mundo laboral estaba estructurado de manera que permitía el descanso de sus trabajadores, más no una regeneración completa de sus fuerzas y capacidades. Con el surgimiento del capitalismo neoliberal y la precarización del mercado laboral, este periodo de descanso se ha perdido. El modelo económico ha encontrado la manera de que las personas se mantengan trabajando sin descanso, y sin mejores condiciones laborales. Por lo que hombres y mujeres ahora se enfrentan a una propuesta de explotación y dominación económica sumamente compleja y altamente efectiva, aunque no infalible.

Respecto de los diez participantes y su vinculación con el mundo del trabajo, en el apartado de resultados se ha documentado de manera detallada las particularidades de sus trayectorias laborales. No obstante, es posible profundizar en los efectos que las trayectorias tuvieron en la conformación del modelo “cuerpo-máquina”. Los más evidentes se ubican en la particular configuración corporal adoptada. La cual, al mismo tiempo que fomentaba la fuerza, la resistencia y la habilidad manual, castigaba severamente el ocio, el placer y la delicadeza. Ningún cuerpo es curtido para el trabajo manual a través de actividades que fomenten la sensibilidad, el cuidado y la medida.

Los cuerpos siempre listos para el trabajo dieron posibilidades a los varones para conseguir un empleo que redujera sus condiciones de desigualdad. Pero el precio a pagar fue sumamente alto, no solo trajo consigo enfermedades crónicas y lesiones permanentes, sino que también redujo su capacidad emocional. Así mismo, los privó de conocer sus cuerpos de manera íntima, a partir del disfrute y la delicadeza. Dando como único camino de conocimiento corporal el esfuerzo físico, la rudeza, el dolor, el cansancio y la enfermedad (Núñez, 2004).

Un efecto sumamente interesante presentado en todos los participantes (inesperado, por cierto), es el surgimiento de una serie de orgullos diferenciados frente a la experiencia del “cuerpo-máquina”. A partir del abordaje de cada orgullo se puede ubicar la posición social y postura ética desde la cual fueron construidos y posteriormente reflexionados. El primero de ellos, nombrado como “orgullo de vanidad”, permite a los varones expresar su satisfacción por dominar sus cuerpos y ejercer poder a partir de ellos. Es una forma de expresar la clara alineación de los varones a los mandatos dominantes de la masculinidad, y por qué no, a las lógicas del capitalismo neoliberal. El orgullo de la vanidad también tiene el objetivo de desprestigiar a los varones que no se alinearon o toleraron el modelo del “cuerpo-máquina”:

... me conocían todos los panaderos en el Distrito Federal, me conocía el secretario general del sindicato de trabajadores del pan, iba a verme jugar. Una vez, después que jugamos con el Necaxa fui al sindicato por una credencial. Y los guaruras del secretario me empezaron a cotorrear, tenían fama de matones y mariguanos. Pos' sí, me enojé con uno. Entonces, me retó porque lo insulté y el secretario general oyó los gritos ¿Quieren pelear? Háganles lugar, órale. Yo todavía estaba completo. Sí, le di, lo tupí hasta que me dijo ¡ya estuvo, ya estuvo “riflote”! porque me decían “el rifle”. Y desde entonces, el secretario me invitaba a que lo acompañara a sus asambleas, y conocí al Fidel Velázquez... (Don Mario, 86 años de edad).

El segundo orgullo es el del “aguante”, donde se expresa la satisfacción al resistir las rivalidades y abusos a lo largo de sus vidas, demostrando que sus cuerpos y voluntades no pudieron ser manipulados a voluntad por alguien más. Este cúmulo de experiencias son consideradas como un éxito personal, ya que, dada su baja posición en las cadenas productivas e institucionales; su resistencia y firmeza a las relaciones de poder son prueba irrefutable de su integridad como varones:

... me querían chingar, pero nunca pudieron. Una vez, cuando estaba de velador que me traen un reloj pa' checar cada quince minutos ¡Ya valí madres! ¿Cómo descansas? Y luego pinche estación aquí y otra bien lejos, en lo que vas y vienes ya pasaron los quince minutos ¿Cómo le hago para chisparme de estos cabrones? Que lo agarro (al reloj) y lo meto en la pileta del agua (risas). Como a las cinco de la mañana que lo saco y que lo destapo, que se escurra. Ya llegaron los cabrones ¿Qué tal dormiste? A toda madre ¿Qué no checaste? Ay ta' su chingadera, yo no sé usarla, quién sabe si checaría, revísenlo. Que lo destapan ¡está mal, está hasta mojado! Sepa la bola, ni modo que me hubiera miado en él (risas)... (Don Genaro, 75 años de edad).

Finalmente, existe el “orgullo de la transformación”, siendo diametralmente opuesto al orgullo de la vanidad. Este tipo de orgullo expresa la satisfacción experimentada al subvertir los ideales del “cuerpo-máquina”, permitiendo la creación de nuevas formas de aprender y disfrutar el cuerpo. Además de fomentar una crítica a los procesos de socialización experimentados y la validez de los contenidos propios de los modelos dominantes de la masculinidad:

...estoy acercándome a mi Señor, ya estoy en la tarde del día...Él me va a decir ¿qué hiciste de la vida que te di? ¿Qué le voy a contestar? Cuando era joven yo sentía que podía con todo, que era el único, no necesitaba de nadie ¡Yo soy Juan Camaney y no necesito de nadie! Llegando a donde yo estoy, cómo cambian las cosas, cómo se bajan los humos... Empiezas a reflexionar ¿cuánto lo ofendí? ¿Cuánto quise tapar el sol con mis dedos? Acercarse a Él es dejar todo lo malo que hemos hecho. En tu familia, en no darle cariño a tus hijos, en decirle a la señora, encárgate de ellos, tú sabes lo que haces. Con tus padres, tus amigos, con la forma en cómo te llevas con tu gente, como los tratas, como te tratan. Todo eso, al final es una factura que tienes que pagar, tienes que reconocer todo lo bueno y lo malo que has hecho... (Don Fernando, 65 años de edad).

Ahora bien, la crisis del “cuerpo-máquina” surge como una fisura en las prácticas cotidianas, donde se hace patente la depreciación de los cuerpos masculinos. En el caso de los diez participantes, experimentaron este evento a partir de dos situaciones cuyo trasfondo implicó la llegada de la vejez.

En la primera situación la crisis se hizo presente cuando los participantes fueron excluidos del mercado laboral, ya que su edad fue vista como una desventaja frente a otros varones de mayor juventud. Es decir, para sus empleadores era preferible un cuerpo joven, aunque inexperto, que pudiera soportar las jornadas de trabajo, en comparación con un cuerpo curtido pero que necesita de mayor tiempo para recuperar sus energías. La segunda situación se presentó cuando los varones envejecidos experimentaron que su cuerpo ya no respondía como antes en la realización de las actividades cotidianas. Sea ya con la presencia de dolores recurrentes, una disminución de su resistencia física, mayor cansancio o enfermedad. No obstante, los participantes parecen ser conscientes que esta condición es consecuencia de sus decisiones (excesos, abusos, omisiones), así como del desgaste de sus cuerpos y la desigualdad vivida en sus primeros años de existencia.

La crisis del “cuerpo-máquina” en la vejez ha provocado grandes problemas emocionales en los varones entrevistados, quienes llegan a considerar que la irrupción de su vejez es una limitación para la vida cotidiana. Aunque es importante resaltar que algunos de ellos han aprendido que la vejez solo viene a transformar los límites de la vida y no es un límite en sí misma. Si bien los participantes se encuentran vinculados a las representaciones de la vejez propias de la comunidad (vejez con fuerza, vejez avanzada y vejez agónica), que de cierta manera les permiten renegociar los significados asociados con su identidad masculina; lo cierto es que este sistema de significados no permite en la mayoría de los casos superar la crisis del “cuerpo-máquina”. Existiendo ocasiones que sus efectos se profundizan, por ejemplo, cuando los varones hacen comparaciones entre sí para estigmatizar a otros por el desgaste de sus cuerpos, o bien, cuando los hombres envejecidos se aferran con todas sus fuerzas a vivir una vejez llena de fuerza, resistencia y control.

¿Qué hacer para superar esta crisis? ¿Qué hacer frente a la explotación perversa que hombres y mujeres viven en el mercado laboral, así como las consecuencias de sentirse inútiles, enojados y frustrados cuando son excluidos?

Quizá la opción más sencilla sea que los hombres (cualquier persona en realidad) imaginen otro cuerpo que no sea visto como una mera pieza de maquinaria, pero ¿cómo fomentar la imaginación si lo único que se conoce es un modelo de cuerpo basado en el rendimiento?, ¿cómo abandonar el modelo del “cuerpo-máquina”?, ¿cómo imaginar y construir un cuerpo que no se base en la lógica del esfuerzo y el resultado? Una estrategia coherente es hacer un llamado a la rebeldía de cuerpo, donde se busque eliminar la explotación humana, con sus respectivos sistemas de vigilancia y violencia. De esta manera, aquí presentó una propuesta en construcción, para fomentar la rebeldía corporal a partir de tres ejes: el deseo, la aceptación y el reconocimiento del otro.

Parrini (2018) considera que el deseo es posibilidad de ser, es decir, desear es estar en el mundo, siendo el antecedente para que las personas puedan construir algo nuevo. El deseo se distingue del erotismo y la sexualidad (aunque la base de ambos es el mismo deseo), ya que sus implicaciones tienen la capacidad de transformar la vida cotidiana y subvertir el orden establecido. De esta manera, el deseo posee una fuerza creadora capaz de producir relaciones sociales benéficas al unir a aquellas personas que desean lo mismo, y a aquellas que se ven vinculadas en el deseo de las demás. Desear es también una vía que permite a las personas y sus colectivos para acceder o recuperar aquello que les ha sido negado.

Esta forma de pensar el deseo se da desde una orientación relacional e histórica, por lo que el autor considera que todo deseo se encuentra atravesado por la biografía de las personas y las relaciones que tiene con la estructura social. Así como los cuerpos son normalizados por las instituciones, los deseos también son encausados socialmente para impedir sus expresiones más allá de las posibilidades estructurales. Si bien pueden existir un control estricto para fomentar deseos socialmente útiles, una vez la persona ha deseado algo, el deseo no puede ser borrado. No hay límites para desear, y en ocasiones la prohibición del deseo solo lo fortalece al crear vías para su realización. En ocasiones desear es retar al orden establecido.

Para superar el modelo de “cuerpo-máquina” es fundamental que los varones (y las mujeres que se encuentran vinculadas al mismo) se atrevan a desear un cuerpo distinto al que han construido, alejado del rendimiento, la resistencia y la producción. Un cuerpo que pueda tocar y ser tocado con suavidad y delicadeza, un cuerpo que pueda disfrutarse, que sea cuidado y erotizado sin temor a ser juzgado. Con ello, no se pretende que los hombres nieguen su cuerpo previamente producido, sino que se atrevan a visibilizar las posibilidades que sus cuerpos tienen para ellos. Es a través del deseo que pueden resignificarse los aprendizajes de género que los hombres han tenido a lo largo del curso de vida.

Sin embargo, el deseo debe de ir acompañado de la aceptación del cuerpo propio y de las condiciones que facilitaron su construcción. Butler (2002) considera que no existe un cuerpo puro donde las personas acaten por completo las normas que dictan las instituciones para su normalización. Por lo que romper con el modelo del “cuerpo-máquina” implica aceptar lo que he hecho con mi cuerpo, además de lo que las instituciones y otras personas han hecho con mi cuerpo. El asumir la responsabilidad que la personas tienen con sus cuerpos, y la responsabilidad estructural que la sociedad tiene con los cuerpos que ha formado, permite visibilizar los nocivos efectos del modelo que tantas veces han sido naturalizados. Así como evitar adoptar posiciones victimistas, y permitir a los varones identificar sus posibilidades y retos futuros respecto la creación de un cuerpo nuevo.

Desear, aceptar y buscar un cuerpo nuevo en un momento avanzado de la vida conlleva un importante ejercicio de agencia, lo cual nos demuestra tanto el desarrollo continuo como la capacidad transformadora que las persona poseen sin importar su edad (Elder, Kirkpatrick & Crosnoe, 2003; Lombardo & Krzemien, 2008; Blanco, 2011). Es importante reconocer que desde esta perspectiva la agencia posee un fuerte componente ético. Por lo que la interrogación que los varones hacen de sí mismos debe partir de una interpelación abierta a las críticas y no desde una postura de enjuiciamiento. No solo se trata de transformar las condiciones de vida que les han sido impuestas, sino que la necesidad de reconocerse se liga a su responsabilidad en las relaciones sociales que han formado. Dicho de otro modo, aceptarse implica abrirse al reconocimiento de las otras personas. A reconocer y aceptar que existen otros cuerpos diametralmente opuestos al propio, y que cuentan con el mismo derecho que mi cuerpo tiene de existir (Butler, 2009).

Siguiendo este pensamiento, las propuestas de Emmanuel Lévinas (2001) sobre el reconocimiento de la alteridad resultan sumamente relevantes. Para el autor, el reconocimiento del otro consiste en dejarle ser, en aceptar su existencia y tomarlo en cuenta dentro del desarrollo de mis acciones cotidianas. Así, reconocer al otro implica comprender su historia, su contexto y sus hábitos, es pues, aceptar su alteridad, la diferencia que le hace ser quién es. Reconocer la alteridad de las personas me ubica en el plano de la responsabilidad, ya que mis acciones, tanto pasadas como futuras, han impactado directamente o indirectamente, en las vidas de quienes me rodean. Por otro lado, reconocer la alteridad me obliga a reconocer el sufrimiento de los otros, y a participar en acciones que minimicen o eliminen dicho sufrimiento.

El reconocimiento de la alteridad tiene un precio, siendo un proceso que una vez da inicio es difícil detener. Reconocer y dialogar implica una transformación de la cual no hay retorno. Es decir, cuando suspendo los juicios morales y reconozco la alteridad de las personas me pongo en entredicho, me convierto en otro. Descubro que mi persona tiene un límite, desde donde entró en contacto con otras personas y a partir de cual participo en la construcción del mundo. Reconocer la alteridad es también una vía para descubrirme dentro del mundo, para redefinir mis deseos y acciones (Butler, 2009).

Finalmente, reconocer la alteridad implicar el desarrollar la ternura y el cuidado, recuperando así las valiosas afirmaciones de Restrepo (1994) cuando señala que como personas tenemos derecho a la ternura. Ser tierno implica dejar de lado los ideales del sometimiento, negando firmemente a la ideología del guerrero. Así como el oponerse a la destrucción y explotación de las personas, denunciando la violencia cotidiana. El cuidado deja de estar vinculado a la esfera de lo individual y la dependencia, para asirse a lo cotidiano y a lo colectivo. La humanización del cuerpo implica desear un cuerpo al que se le pueda cuidar, al mismo tiempo que se cuida colectivamente de los cuerpos.

¿Cómo llevar esta propuesta para la humanización del cuerpo más allá de una iniciativa personal o comunitaria? Indudablemente es necesaria la creación de políticas públicas que reconozcan al cuidado como un elemento necesario para el desarrollo de la vida, a la vez que fomente el cuidado entre y para los varones. Este tipo de políticas tienen el reto de impulsar en los varones a visibilizar sus cuerpos más allá de una simple pieza de

maquinaria. De tal manera, es necesario crear espacios dentro de las comunidades donde los hombres puedan expresarse libremente, al mismo tiempo que construyen relaciones saludables.

Por otro lado, las políticas sobre empleo deben considerar como imprescindible la existencia de un tiempo para el descanso, lo suficientemente adecuado para permitir la regeneración corporal, fomentar el ocio y la convivencia familiar. El trabajo debe garantizar la dignidad humana y no apelar a la explotación constante. Es necesario luchar de manera organizada contra aquellas estrategias que contribuyen a la precarización o deshumanización del mundo laboral. Siendo un claro ejemplo la subcontratación laboral, modelo pensado para explotar a las personas al grado de privarles de sus derechos laborales más básicos.

Estas afirmaciones no parten de un conocimiento exhaustivo sobre la creación y seguimiento de políticas públicas, si no a partir del reconocimiento de las necesidades y oportunidades que los hombres envejecidos compartieron con este investigador. Por lo que su intención está orientada a generar preguntas más que proporcionar respuestas infalibles.

Seguir vigentes.

Como se mencionó al inicio de las conclusiones, este espacio está centrado en resaltar algunas reflexiones que los varones tuvieron sobre sí mismos durante el proceso de entrevista, así como en encuentros posteriores. Dicho de otro modo, busco realizar un acercamiento a su particular visión sobre la formación de cursos de vida, así como del papel que juegan actualmente en su familia y su comunidad.

Dos temas son los que resaltan de entre sus reflexiones, siendo el primero de ellos, su necesidad por seguir realizando sus actividades cotidianas, dado que aquellas los hacen sentir que viven con dignidad, al mismo tiempo que son reconocidos como personas autónomas. Por otro lado, aunque el guardar silencio sobre su vida emocional sea una tendencia entre los varones, los diez participantes coinciden que existe una gran necesidad de hablar sobre sus vidas sin que exista alguna limitación o discriminación de por medio. Además, concuerdan que existe la gran necesidad de hablar sobre su muerte, sobre qué pasará antes y después de que dejen este mundo.

Dentro del primer aspecto, donde los varones tienen la necesidad de seguir activos, no solo está en juego la capacidad y el derecho de los participantes a seguir realizando sus actividades cotidianas. Sino que, también implica el saberse reconocidos por sus familiares, amigos y vecinos como seres vigentes dentro de sus contextos, y no como un mero fantasma del pasado cuya gloria ha quedado atrás. El reconocimiento de seguir vigentes implica saber que su trabajo cotidiano es benéfico para su existencia al mismo tiempo que resulta de utilidad para alguien. En otras palabras, el seguir vigentes implica que las personas noten que ellos están en el mundo, y que poseen la suficiente fuerza y tenacidad para transformarlo.

Como se observó en el capítulo final de resultados, es dentro de la familia y en las actividades comunitarias donde los participantes buscan el seguir vigentes. No obstante, vale la pena señalar que los participantes realizan interesantes reflexiones sobre su quehacer comunitario, así como las posibilidades y limitaciones del mismo.

Los varones que desarrollaron una trayectoria de trabajo comunitario reconocen que sus acciones son un motor para el cambio de la comunidad, y continuamente se preguntan cuál ha sido el verdadero alcance de las mismas. Los logros obtenidos a lo largo de los años contrastan con la evidente menor participación de los hombres jóvenes en las iniciativas actuales. Es claro que existe una preocupación entre los hombres mayores ante la incertidumbre de saber si sus logros tendrán una continuidad generacional, así como si los espacios que han tomado durante décadas podrán seguir siendo suyos en un futuro inmediato.

Nadie puede negar que existe un grupo de hombres jóvenes que se ha forjado una trayectoria de trabajo comunitaria, y ahora aprenden o rivalizan con los hombres mayores dentro de los escenarios de trabajo. No obstante, los participantes consideran que las motivaciones generacionales son distintas, ya que, los varones involucrados están en un momento distinto de la vida. Para los hombres mayores el trabajo comunitario da sentido a sus vidas dado que no pueden verse separados de dicha actividad. Simplemente la comunidad se ha convertido en un motor para seguir viviendo.

Ahora bien, en el caso de la familia, los varones se han creado una rutina de trabajo y cuidado que se encuentra en sintonía con la vida de sus familiares. No obstante, es en este aspecto donde los varones tienen la necesidad de hablar de sus vidas de manera abierta y sin tabúes. Ello no implica que los varones se consideren como poco escuchados dentro de sus

familias; sino que, es difícil decir ciertas cosas a sus seres queridos, o bien, consideran que para sus familiares sería difícil escuchar lo que ellos tienen que decir.

Por ejemplo, muchos varones durante el proceso de entrevista se consideraron a sí mismos como sobrevivientes de la miseria y el abandono, desarrollando una especie de desfogue emocional dadas las condiciones de libertad y aceptación. También fue evidente que para ellos este tipo de experiencias suelen ser difíciles de comunicar debido a los abusos y vergüenzas que tuvieron que soportar. Al finalizar cada entrevista o encuentro con los participantes yo agradecía su tiempo e interés por apoyar la investigación que realizaba. Además, mencionaba que sus experiencias personales y generacionales eran sumamente importantes para las generaciones más jóvenes, ya que a partir de ellas se creaba una reserva enorme de conocimiento. Todos los varones apoyaron esta idea, aunque pusieron en duda que las personas jóvenes quisieran sentarse a escuchar una persona mayor. En ocasiones algunos mencionaron que hacía falta un lugar o una estrategia para que este encuentro se llevara a cabo.

En algún momento del proceso de entrevista los participantes reflexionaron sobre su futuro, sea ya por las preguntas que les hacía, o por iniciativa propia. Si bien el futuro se ve distinto dependiendo de la generación a la cual pertenece cada varón, una constante entre tantos futuros es la presencia de la muerte. Este hecho no tiene que verse como un elemento fatídico y penoso, sino que, los participantes asumen que su futuro se fundamente en el número de años que se espera puedan vivir. Con ello son conscientes de la finitud de sus vidas, además de las implicaciones que surgen cuando ellos partan de este mundo.

Dentro de la generación de hombres más jóvenes el futuro se inscribe como una serie de oportunidades a mediano plazo, existiendo entre diez y veinte años más de vida. Para este último periodo de la vida existen planes por realizar, aunque todos ellos están orientados en un sentido práctico donde los familiares son los principales beneficiarios. Los participantes asumen que es posible planear los últimos años de su vida, realizando iniciativas orientadas a dejar una herencia material y simbólica a sus familiares. Así, al mismo tiempo que se disfruta la compañía familiar, se crea un piso de oportunidad para sus descendientes, buscando en medida de lo posible evitarles problemas económicos que pudieran causarles problemas.

Desde una lógica distinta, la generación de hombres mayormente envejecidos considera que su futuro se limita entre cinco a diez años de vida. Aun con lo anterior los participantes poseen planes a corto plazo, igualmente orientados a un sentido práctico que beneficia a su familia. Dichas iniciativas mayoritariamente se orientan al mejoramiento de sus hogares, ya que buscan dejar las cosas en orden. El cuidado de la salud también se establece como un plan para estos hombres, aunque teniendo el suficiente cuidado de no descansar demasiado, ya que es su deseo vivir lo más posible con dignidad y autonomía. En consecuencia, da la impresión que los varones más envejecidos poco a poco se preparan para partir de este mundo.

Me parece importante mencionar que las reflexiones que los participantes hicieron sobre su futuro y su muerte solo aparecieron durante las sesiones de entrevista, o bien durante encuentros posteriores donde nos encontrábamos a solas. Incluso algunos de los varones me pidieron que evitara mencionarle sus pensamientos a algún familiar. Durante mis observaciones de campo nunca vi que algún varón expresara públicamente las reflexiones que tiene sobre la muerte. Los hombres más osados llegaron a bromear sobre el evento, exigiendo un velorio y entierro alegre y lleno de bebida.

Considero que dichas restricciones tienen cierto sentido, nadie quiere imaginar la muerte de sus seres queridos, o su misma muerte. Quizá esto sea una barrera psíquica que otorga seguridad evitando ver la fragilidad de la vida humana. No obstante, durante mi corta experiencia de trabajo con personas mayores, considero necesario romper con los prejuicios y hablar sobre la finitud que acompaña a la vejez. La muerte es parte del desarrollo humano, siendo el momento culminante de cualquier curso de vida. Bajo estas condiciones su aparición tiene que ser hablada, imaginada, deseada y planeada; no hay nada de inhumano en ello. Los participantes son conscientes de las implicaciones de su muerte, de ella emanan angustias e ilusiones que difícilmente pueden comunicar a algún amigo o familiar, dado que socialmente se considera que hablar de la muerte es invocarla, e invocarla es algo inaudito.

Recuerdo que antes de iniciar mi periodo de observación participante, un hombre mayor con una sólida trayectoria de trabajo comunitario falleció durante una de las faenas para limpiar las calles del pueblo. Semanas antes les había contado a algunos de sus amigos que él no disfrutaba de estar mucho tiempo en su casa, ya que le disgustaba la idea de morir

en soledad. Para este hombre una muerte digna era morir acompañado por las personas con las que había compartido su vida. Así, una tarde de domingo sufrió un infarto mientras podaba un árbol a la orilla de la carretera. Murió en los brazos de sus amigos.

Durante su funeral los hombres recordaron los comentarios que había realizado su difunto amigo, diciendo con alegría y amargura que su deseo se había cumplido. Sus familiares nunca reprocharon a los demás varones el hecho de que este hombre muriera en las calles de la comunidad, sino que reconocieron su deseo. Ahora es recordado entre el círculo de varones como aquel que tuvo una muerte digna, quizá hasta envidiable, ya que literalmente murió trabajando.

Utilizo este ejemplo para mostrar los beneficios que existen cuando las personas mayores pueden hablar sobre la muerte. El hombre del que hablo tuvo la osadía de comunicar sus anhelos frente a la muerte y fue bien recompensado por ello, su comunidad lo acompañó en su tránsito. Considero que todas las personas debemos tener una oportunidad similar si es que es nuestro deseo hablar sobre el morir.

Reflexiones finales.

Han pasado cinco años desde que inicié mis estudios doctorales. Puedo afirmar que en todo ese tiempo no solo se han modificado mis objetivos y sospechas de trabajo, sino que yo he cambiado al mismo tiempo que construía mi investigación. He sufrido una paulatina transformación donde mis experiencias como varón se han resignificado, así como mis concepciones sobre la vejez y la masculinidad. Teniendo esto en cuenta, planteo una serie de reflexiones sobre el proceso de construcción del conocimiento que he experimentado; donde se ponga en juego los supuestos que mi disciplina ha desarrollado en torno a la vejez y el envejecimiento, las opciones que existen para trabajar las necesidades de las personas mayores, y los aprendizajes más significativos que logré realizar.

Hacer un llamado a repensar la vejez en términos de diversidad y heterogeneidad no es algo nuevo en la psicología. Figuras como Bernice Neugarten, Ursula Lehr o Elisa Dulcey Ruiz han escrito multitud de páginas mostrando otras facetas sobre la vejez y el envejecimiento. Sin embargo, sus concepciones y avances en la materia siguen siendo poco

conocidos para los psicólogos que no son afines a la psicología de la vejez o la psicogerontología. Muchos psicólogos siguen asumiendo que el desarrollo humano finaliza en la adultez, y consideran que la vejez es una etapa de pérdidas y dependencia. Solo hace falta leer los resúmenes de trabajos enviados a congresos sobre la temática para darse cuenta de la dimensión de este problema.

Cuando comencé mis estudios doctorales tuve contacto por vez primera con la perspectiva del curso de vida, y vi con agrado la existencia de muchos psicólogos que enriquecían sus marcos de comprensión. El llamado que ahora hago a mi disciplina y a mis colegas tiene como objeto que se reconozca a la vejez como una construcción social diversa y heterogénea, al mismo tiempo que los invito a conocer el enfoque del curso de vida. Ya que fue a través de dicha perspectiva que yo obtuve elementos, tanto teóricos como metodológicos, para reconocer la alteridad de las personas mayores. Pudiendo comprender sus historias, sus prácticas, sus posturas ante la vida, y la gran diversidad de significados que ellas producen.

A mi parecer, es necesario incorporar la perspectiva del curso de vida dentro de los planes de estudio a nivel licenciatura. De esta manera los estudiantes en psicología tendrían una alternativa distinta e interdisciplinaria para acercarse a los fenómenos psicológicos.

Desde el aspecto aplicado la psicología ha desarrollado multiplicidad de propuestas orientadas al trabajo con personas mayores, sea ya desde un enfoque clínico, psicosocial, o psicoanalítico. No obstante, muchas de estas propuestas se enmarcan con una orientación altamente directiva y programada, que en ocasiones desconoce los recursos de las poblaciones con las que trabajan. Así mismo, dichas iniciativas se desarrollan desde centros educativos o de salud que son de difícil acceso para las personas mayores con bajos recursos.

A lo largo de mi formación he tenido la oportunidad de conocer iniciativas de carácter comunitario, donde las personas mayores tienen un rol protagónico y transformador. La primera de ellas, que previamente hablé sobre la misma, es el “Grupo Vida” en la Facultad de Estudios Superiores Iztacala. El segundo proyecto es la “Comunidad de Aymaras Urbanos del Pampajasi”, ubicado en la Ciudad de La Paz, Bolivia. Un rasgo particular en ambos proyectos es que el papel de las personas mayores sufre una transformación, dejando de ser

pacientes o beneficiaras, para convertirse en agentes activos y responsables del rumbo de la iniciativa.

Almeida (2019) considera que el quehacer psicológico debe direccionarse hacia el mundo de lo común y lo solidario, buscando crear una buena vida para nuestras comunidades sin perder de vista la diversidad que existe entre sus miembros. No podría estar en contra de estas afirmaciones. Más aun, considero que la psicología social comunitaria tiene ya un legado que puede ser aprovechado para trabajar con las personas mayores. Para que esto suceda es necesario que los psicólogos dejen a un lado su estatus como figuras de conocimiento y se atrevan a establecer relaciones de trabajo horizontales. Esa es la base para crear intervenciones autogestivas donde las personas mayores puedan ser animadas o incitadas a ser ellas mismas, desarrollando sus propios proyectos y mostrando dignamente otras formas de vivir la vejez (Mendoza, 2010; Zerda, 2010).

Esta forma de trabajo implica que los psicólogos demos valor a nuestras experiencias como una herramienta de trabajo. En mi caso, la experiencia clínica y comunitaria me permitieron contactar de una manera profunda con los participantes. Así mismo, me permitió pensar cómo dar continuidad a la investigación aquí desarrollada.

Quiero finalizar este texto respondiendo a dos preguntas que surgieron en la última fase del proceso de investigación, las cuales me permitieron repensar más de una vez la implicación que construyo con mi disciplina, así como con la vejez y la masculinidad, estas son ¿Qué implicó para mí el dialogar con diferentes propuestas teóricas? ¿Qué implicó para mí el escuchar y reconstruir la vida de los varones entrevistados?

Como psicólogo el dialogar con diferentes perspectivas me permitió reconocer las limitaciones de mi disciplina. Aunque también me permitió descubrir los puntos en los que su articulación con otros saberes crea un conocimiento profundo y diverso. Quizá los momentos más decisivos de mi formación los viví dentro de seminarios donde conocí y dialogué con estudiantes provenientes de la sociología, la antropología, el urbanismo, etc. Una de las discusiones más largas dentro de la psicología es su supuesta necesidad por adquirir un carácter unívoco. Ahora puedo decir que justamente la amplitud de sus vertientes es lo que posibilita el trabajar con la diversidad humana.

Por otro lado, el escuchar y reconstruir la vida de los hombres mayores fue tanto conflictuante como enriquecedor. Reconocer la gran diversidad que poseen los participantes no ha sido una tarea sencilla, muchas veces me encontré luchando contra mis prejuicios, otras veces tuve que defender mis convicciones, y otras tantas me vi a mi mismo experimentando situaciones muy parecidas a las que ellos experimentaron previamente. Respeto la capacidad creativa y transformadora de estos hombres, la cual les permitió sobrevivir a la desigualdad y los abusos. Finalmente tengo que reconocer que me encuentro enlazado a ellos, y que he decidido atesorar muchas de las experiencias que decidieron compartirme. Si algo he aprendido de trabajar con hombres mayores, es que a pesar de ser obligados a vivir tan rígidamente, es posible cambiar; nunca es tarde para cambiar.

Referencias:

- Alba, V. (1992). *Historia social de la vejez*. Barcelona: Laertes.
- Almeida, F. H. E. (2019). Psicología para un mundo de desigualdades, dominación y machismo. *Revista Interamericana de Psicología*. 53 (2), 219-228.
- Álvarez-Souza, A. (1996). El constructivismo estructuralista. La teoría de las clases sociales de Pierre Bourdieu. *Revista española de investigaciones sociológicas*. (75), 145-172.
- Amorós, C. (1991). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Andréu, J. (2000). Las técnicas de análisis de contenido: una revisión actualizada. *Fundación Centro de Estudios Andaluces, Universidad de Granada*. 10 (2), 01-34.
- Aquino, A. (2013). La subjetividad a debate. *Sociológica*. (80), 259-278.
- Ardoino, J. (1991). *El análisis multirreferencial*. Disponible en: http://publicaciones.anuies.mx/pdfs/revista/Revista87_S1A1ES.pdf
- Ardoino, J. (1997). *La implicación*. Conferencia dictada en el Centro de Estudios de la Universidad. UNAM, México, 04 de noviembre de 1997.
- Arroyo, M. C. (2011). Sentirse “una carga” en la vejez: realidad construida o inventada. *Revista Kairós Gerontología*. 14 (6), 05-29.
- Arroyo, M. C. & Salas, M. G. (2013). Cuerpo, subjetividad y construcción de identidad en la vejez avanzada: el caso de los adultos mayores físicamente dependientes. En: Montes de Oca, V. (Coord.) (2013). *Envejecimiento en América Latina y el Caribe. Enfoques de investigación y docencia de la Red Latinoamericana de Investigación en Envejecimiento*. México: UNAM. 141-170.
- Arroyo, P. (2012). La nutrición y el envejecimiento de la población en México. En: Gutiérrez, L. M. & Kershenovich, D. (2012) (Coord.). *Envejecimiento y Salud: una propuesta para un plan de acción*. México: UNAM. 193-202.
- Baltes, P. (1997). On the incomplete architecture of human ontogeny: Slection, optimization, and compensation as foundation of developmental theory. *American Psychologist*. 52, 366-380.
- Baars, J. (1997a). The interpretation of finitude: An introduction to Three Articles on the Philosophy of Aging. *Journal of Aging Studies*. 4, 259-261.
- Baars, J. (1997b). Concepts of time and narrative temporality in the study of aging. *Journal of Aging Studies*. 4, 283-295.
- Baars, J. & Phillipson, C. (2013). Connecting meaning with social structure: theoretical foundations. En: Baars, J., Dohmen, J., Grenier, A. & Phillipson, C. (Comp.) (2013). *Ageing, meaning and social structure. Connecting critical and humanistic gerontology*. Gran Bretaña: Policy Press. 11-30.

- Baz, M. (2003). La dimensión de lo colectivo: reflexiones en torno a la subjetividad en torno a la noción de subjetividad en psicología social. En: Jaidar, I. (Comp.) (2003). *Tras las huellas de la subjetividad*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. 137-151.
- Berger, P. & Luckman, T. (2003). *La construcción social de la realidad*. Argentina: Amorrortu editores.
- Bertely, M. (2000). *Conociendo nuestras escuelas. Un acercamiento etnográfico a la cultura escolar*. México: Paidós.
- Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de Población*. 5 (8), 5-31.
- Blanco, M & Pacheco, E. (2003). Trabajo y familia desde el enfoque de curso de vida: dos subcohortes de mujeres mexicanas. *Papeles de Población*. 9 (38), 159-193.
- Boker, S. M. (2013). Selection, Optimization, Compensation and Equilibrium Dynamics. *The Journal of Gerontopsychology and Geriatric Psychiatry*. 26 (1), 61-73.
- Bonino, L. (2003). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers Feministes. Masculinitats: mites, de/construccions i mascarades*. España: Universidad Jaume I. 07-35.
- Borrás, V., Moreno, S., Castelló, L. & Grau, A. (2011). *Las trayectorias laborales de los hombres: el trabajo remunerado núcleo de la masculinidad*. Ponencia presentada en el Congreso Iberoamericano de Masculinidad y Equidad: Investigación y Activismo. Barcelona, España. 07-08 de octubre de 2011. Disponible en: http://www.lazoblanco.org/wp-content/uploads/2013/08manual/bibliog/material_masculinidades_0142.pdf.
- Bourdieu, P. (2001). *Poder, derecho y clases sociales*. España: Editorial Desclée De Brouner. 101-130.
- Braun, V. & Clarke, V. (2006). Using thematic analysis in psychology. *Qualitative Research in Psychology*. 3 (2), 77-101. <http://dx.doi.org/10.1191/1478088706qp063oa>
- Brown, C. (2014). Phil's Story. An Ethnographic Drama Relating One Man's Experience of Australian Workplace Professional Age Discrimination. *Masculinities and Social Change*. 3 (3), 248-270.
- Brigeiro, M. (2002). Vejez y sexualidad masculina ¿Reír o llorar? *Revista Latinoamericana de Psicología*. 34 (1-2), 83-93.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Editorial Paidós: Buenos Aires.
- Butler, J. (2006). Regulaciones de género. *La ventana. Revista de estudios de género*. 3, 07-35.
- Butler, J. (2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia, ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Calasanti, T. (2003). Masculinities and care work in old age. En: Arber, S., Davidson, K. & Ginn, J. (Edts.) (2003). *Gender and aging. Changing roles and relationships*. Reino Unido: McGraw-Hill Education. 15-31.
- Calvario, J. E. (2017). *Bríncale, no seas miedoso. Masculinidad y peligro en jornaleros agrícolas de Sonora*. México: El Colegio de Sonora.
- Cantú, R. H. de J. (2003). Envejeciendo entre la caña y el café. En: Vázquez, F. (Coord.) (2003). *Contando nuestros días: un estudio antropológico sobre la vejez*. México: CIESAS. 89-124.
- Capella, S. (2007). ¿Solo trabajadores/proveedores? En: Jiménez, M. L. & Tena, O. (2007) (Coord.). *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. México: UNAM-CRIM. 153-180.
- Carpentieri, J. D. & Elliot, J. (2013). Understanding healthy ageing using a qualitative approach: the value of narratives and individuals' biographies. En: Kuh, D., Cooper, R., Hardy, R., Marcus, R. & Ben-Shlomo Y. (Edts.) (2013). *A life Course Approach to Healthy Ageing*. Reino Unido: Oxford University Press. 118-129.
- Cascales, J. (2014). *El patriarcado contra los hombres: el mantenimiento de la categoría masculina en las nuevas masculinidades*. I Congrés d'Investigacions Feministes en Transformacion. Universitat de Valencia.
- Castro, R. (2014). Ética e investigación en ciencias sociales: tensiones, dilemas y el debate actual. En: Denman, C. & Castro, M. del C. (Coords.) (2014). *Ética en la investigación social. Experiencias y reflexiones*. México: El Colegio de México. 63-85.
- Collin, L. (2007). Masculinidades diversas, aportes para su clasificación. En: Jiménez, M. L. & Tena, O. (2007) (Coord.). *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. México: UNAM-CRIM. 204-234.
- Cepal. (2003). *Informe de la conferencia regional intergubernamental sobre envejecimiento: hacia una estrategia regional de implementación para América Latina y el Caribe del plan de acción internacional de Madrid sobre el envejecimiento*. Santiago de Chile, recuperado el 25 de noviembre de 2015 disponible en: <http://www.cepal.org/publicaciones/xml/4/14644/lcl2079e.pdf>
- CONAPO (2011). *Diagnostico socio-demográfico del envejecimiento en México*. Serie de documentos técnicos. México. 11-32.
- Connell, R. (2015). *Masculinidades*. México: UNAM PUEG.
- Cruz, S. (2007). Trabajo y subjetividad masculina. En: Jiménez, M. L. & Tena, O. (2007) (Coord.). *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. México: UNAM-CRIM. 507-522.
- Dannefer, D. (2013). Age and Sociological Explanation: Expanding Horizons in the Study of Aging and the Life Course. *Contemporary Sociology*. 42 (6), 793-800.

- Dannefer, D., Uhlenber, P., Forner, A. & Abeles, R. P. (2005). On the shoulders of a giant: the legacy of Matilda White Riley for gerontology. *The Journals of gerontology. Series B: psychological sciences and social sciences*. 60 (6). 1-19.
- Davidson, K., & Arber, S. (2003). Older men – their health behaviours and partnership status. En: Arber, S., Davidson, K. & Ginn, J. (Edts.) (2003). *Gender and Aging. Changing Roles and Relationships*. Philadelphia: Open University Press Maidenhead. 127-148.
- Depp, C. & Jeste, D. (2006). Definitions and predictor of Successful Ageing: a comprehensive review of lager quantitative studios. *American Journal of Geriatric Psychiatry*. 14 (1), 06-20.
- De Barbieri, T. (1993). Sobre la categoría de género. Una introducción teórico-metodológica. *Debates en Sociología*. (18), 175-169.
- De Gaulejac, V. (2003). Lo irreductible social y lo irreductible psíquico. *Perfiles Latinoamericanos*. (21), 49-71.
- De Gaulejac, V. (2008). *Las fuentes de la vergüenza*. Buenos Aires: Mármol Izquierdo Editores.
- De Keijzer, B. (1997). El varón como factor de riesgo: masculinidad, salud mental y salud reproductiva. En: Tuñón, E. (Coord.) (1997). *Género y salud en el sureste de México*. México: ECOSUR y UJAD. 67-81.
- De Keijzer, B. (1998). “¡Último vieja!”: *Socialización y construcción de identidades masculinas*. Ponencia presentada en el Seminario Internacional “Nuestras niñas, derecho a la equidad desde la infancia”. México DF, agosto de 1996.
- De Keijzer, B. (2003). *Hasta donde el Cuerpo Aguante: Género, Cuerpo y Salud Masculina*. En: Cáceres, C., Cueto, M., Ramos, M. & Vallenas, S. (2003). *La salud como derecho ciudadano. Perspectivas y propuestas desde América Latina*. Lima: Redess Jovenes. 137-152.
- De Keijzer, B. (2014). Hombres, género y políticas de salud en México. En: Figueroa, J. G. (2014). *Políticas públicas y la experiencia de ser hombre. Paternidad, espacios laborales, salud y educación*. México: El Colegio de México. 177-208.
- De Keijzer, B. & Rodríguez, G. (2007). Hombres rurales: nueva generación en un mundo cambiante. En: Amuchástegui, A. & Szaz, I. (Coords.) (2007). *Sucede que me canso de ser hombre...Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*. México: El Colegio de México. 241-273.
- De la Fuente, M. (2004). El envejecimiento desde la biología ¿conocemos los límites? *Monografías Humanitas*. 1, 39-52.
- Díaz-Tendero, A. (2011). Estudios de población y enfoques de gerontología social en México. *Papeles de Población*. 17 (70), 49-79.
- Dreier, O. (2009). Persons in Structures of Social Practice. *Theory & Psychology*. 19 (2), 193-212.

- Dreier, O. (2011a). Personality and the conduct of everyday life. *Nordic Psychology*. 63 (2), 01-20.
- Dreier, O. (2011b). *Trayectorias personales de participación a través de contextos de práctica social*. En: Pérez, G., Alarcón, Ma. de L., Yoseff, J. J. & Salguero, M. A. (Coords.) (2011). *Psicología Cultural*. Volumen 1. México: FES Iztacala UNAM. 81-128.
- Dulcey-Ruiz, E. & Uribe, C. (2002). Psicología del ciclo vital: hacia una visión comprehensiva de la vida humana. *Revista Latinoamericana de Psicología*. 34 (1-2), 17-27.
- Dulin, P. L., Gavala, J., Stephens, C., Kostick, M. & McDonald, J. (2012). Volunteering predicts happiness among older Maori and non-Maori in the New Zealand health, work, and retirement longitudinal study. *Aging & Mental Health*. 16 (5), 617-624.
- Elder, G. H., Kirkpatrick, M. & Crosnoe, R. (2003). *The emergence and development of life course*. En: Mortimer, J. & Shanahan, M. (Edts.) (2003). *Handbook of the life course*. EUA: Springer. 3-19.
- Eliade, M. (2008). *Mefistófeles y el andrógino*. Barcelona: Editorial Kairós.
- Enríquez, R. (2014). “La construcción sociocultural de los nervios”. Emociones, envejecimiento y pobreza en el área metropolitana de Guadalajara. En: Montes de Oca, V. (Coord.) (2014). *Vejez, salud y sociedad. Aproximaciones disciplinarias desde perspectivas cuantitativas y cualitativas*. México: UNAM. 119-150.
- Fernández, F. (2002). El análisis de contenido como ayuda metodológica para la investigación. *Revista de Ciencias Sociales*. 2 (96), 35-53.
- Fernández-Ballesteros, R. (2004). Psicología de la vejez. *Monografías Humanitas*. 1, 27-38.
- Fernández-Ballesteros, R. (2011). Envejecimiento Saludable. *Congreso sobre Envejecimiento. La investigación en España*. Madrid. 09-11.
- Ferraris, S. A. & Martínez, M. (2015). Pero sigo siendo el rey. Trayectorias de proveeduría del México urbano. *Avances de investigación*. (27), 01-13.
- Ferraro, F. & Shippe, T. (2009). Aging and the Cumulative Inequality: How Does Inequality Get Under the Skin? *The Gerontologist*. 49 (3), 333-343.
- Figuroa, J. G. (2002). Elementos para analizar algunos dilemas éticos generados en la investigación cualitativa sobre salud reproductiva. En: Mercado, F., Gastaldo, D. & Calderón, C. (Comps.) (2002). *Investigación cualitativa en salud en Iberoamérica: métodos, análisis y ética*. México: Universidad de Guadalajara. 481-503.
- Figuroa, J.G. & Frazoni, J. (2011). Del hombre proveedor al hombre emocional: construyendo nuevos significados de la masculinidad entre varones mexicanos. En: Aguayo, F. & Sadler, M. (Edts.) (2011). *Masculinidades y Políticas Públicas: Involucrando Hombres en la Equidad de Género*. Chile: Universidad de Chile – Facultad de Ciencias Sociales. 64-81.

- Figuroa-Perea, J. G. (2015). El ser hombre desde el cuidado de sí: algunas reflexiones. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*. 7, 121-138.
- Flores, S. (2016). *El proceso de envejecimiento: el impacto de los apoyos sociales en los Adultos Mayores con al menos una enfermedad crónica*. Tesis para optar por el grado de Maestro en Trabajo Social. México: UNAM
- Fuentes, A. (2008). El discurso sobre la estética del cuerpo de los hombres. En: Ramírez, J. C. & Uribe, G. (2008) (Coords). *Masculinidades. El juego de los hombres en el que participan las mujeres*. México: Plaza y Valdez Editores. 269-282.
- García, M. I. (2010). *Foucault y el poder*. México: Universidad Autónoma Metropolitana. 33-44.
- García-Peña, C. & González, C. (2012). La enfermedad crónica y los costos de la salud al envejecer. En: En: Gutiérrez, L. M. & Kershenobich, D. (2012) (Coords.). *Envejecimiento y Salud: una propuesta para un plan de acción*. México: UNAM. 205-2014.
- Geertz, C. (1994). *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. España: Paidós.
- Geertz, C. (2006). *La interpretación de las culturas*. España: Gedisa.
- Giele, J. Z. & Elder, G. H. (1998). Life course Research: Development of the Field. En: Giele, J. Z. & Elder, G. H. (1998) (Edits.). *Methods of Life Course Research. Qualitative and Quantitative Approaches*. Estados Unidos de América: Sage Publications Inc. 05-27.
- Giménez, G. (2016). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: Secretaría de Cultura.
- Gómez, M. D. (2009). El género en el cuerpo. *Avá. Revista de Antropología*. 15, 0.
- González, F. (2010). Complejidad y multirreferencialidad en el contexto educativo. *Revista Xihmai*. 10 (1), 59-72.
- González-Rey, F. (1994). Personalidad, sujeto y psicología social. En: Montero, M. (Coord.) (1994). *Construcción y crítica de la psicología social*. Barcelona: Editorial Anthropos. 149-176.
- Grenier, A. & Phillipson, C. (2013). Rethinking agency in later life: structural and interpretive approaches. En: Baars, J., Dohmen, J., Grenier, A. & Phillipson, C. (Comp.) (2013). *Ageing, meaning and social structure. Connecting critical and humanistic gerontology*. Gran Bretaña: Policy Press. 55-80.
- Guasch, Ó. (2008). Género, masculinidad y edad. En: Téllez, A. y Martínez, J. E. (Comps.) (2008). *Investigaciones antropológicas sobre género: de miradas y enfoques*. España: Universidad Miguel Hernández. 43-54.
- Guerrero, M. (2013). *Los espacios masculinos del llanto*. México: Ediciones Eón.

- Guillemard, A. M. (2005). *The advent of a flexible life-course and the reconfiguration of welfare*. En: Andersen J. G., Guillemard, A. M., Hesen, P. & Effinger, B. P. (Edts.) (2005). *The new face of the welfare*. Manchester: Policy Press.
- Guichard, R., Concha, V., Henríquez, G., Cavalli, S. & Lalive, C. (2013). Reconstrucción subjetiva del curso de vida en Chile. *Revista Mexicana de Sociología*. 75 (4), 617-646.
- Guitart, M. (2008). *Hacia una psicología cultural. Origen, desarrollo y perspectivas*. *Fundamentos en humanidades*. 9 (18), 07-23.
- Haggarty, P. & Ferguson-Smith, A. C. (2013). Life course epigenetics and healthy ageing. En: Kuh, D., Cooper, R., Richards, M. & Benshlomo, Y. (2013) (Coords.). *A life course approach to Healthy Ageing*. Reino Unido: Oxford Scholarship. 198-212.
- Ham, Roberto. (2011). Diagnostico socio-demográfico del envejecimiento en México. En: CONAPO (2011). *La situación demográfica en México 2011*. México: CONAPO. 141-155. Recuperado de http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/Diagnostico_socio_demografico_del_envejecimiento_en_Mexico
- Hareven, T. & Masaoka, K. (1988). Turning points and the transitions: perceptions of the life course. *Journal of Family History*. (3), 271-289
- Hareven, T. & de Gruyere, A. (1999). La generación de en medio. Comparación de cohortes de ayuda a padres de edad avanzada dentro de una comunidad estadounidense. *Desacatos*. 2. 0.
- Heidegger, M. (2015). *El ser y el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hernández-Hernández, O. M. (2013). Los hombres “atenidos”. Masculinidad, proveduría y disputas domesticas en Ciudad Victoria. En: Hernández-Hernández, O. M. & Vera, R. (Coords.) (2013). *Trabajo y género en Tamaulipas*. México: El Colegio de Tamaulipas. 38-59.
- Herrera, P. (1999). La masculinización de los cuerpos. En: Figueroa, J.G. (Edit.) (1999). *Salud reproductiva y sociedad*. (8), 13-15.
- He, W., Goodkind D. & Kowal, P. (2016) *An Aging World: 2015. International Populations Reports*. Estados Unidos: United States Census Bureau. 03-50.
- Hockey, J. & James, A. (2003). *Social Identities Across Life Course*. Estados Unidos: Palgrave Macmillan.
- Hurtado, G. (2009). Como convertirse en otra persona sin dejar de ser uno mismo. En: Curco, C. & Ezcurdía, M. (2009). *Discurso, identidad y cultura. Perspectivas filosóficas y discursivas*. México: UNAM. 31-44.
- Iacub, R. (2007). El cuerpo externalizado o la violencia hacia la vejez. *Revista Kairós*. 10 (1), 97-108.
- Iacub, R. (2011). *Identidad y envejecimiento*. Argentina: Editorial Paidós.

- Iacub, R. (2016). Masculinidades en la vejez. En: Iacub, R. (Comp.) (2016). *Larna Argentina 2014: Seminario Diversidad Cultural y Envejecimiento: la familia y la comunidad*. Buenos Aires: Ricardo Iacub. 356-365.
- INEGI (2011a). *Estadísticas de población. Volumen y crecimiento*. Recuperado el 25 de noviembre de 2015, disponible en:
<http://www3.inegi.org.mx/sistemas/temas/default.aspx?s=est&c=17484>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2011b). *Sistema para la consulta del cuaderno estadístico de la Zona Metropolitana del Valle de México*. Recuperado el 21 de mayo de 2018 en:
<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/espanol/sistemas/cezm11/estatal/default.html>
- Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES). (2015). *Boletín estadístico. Situación de las personas adultas mayores en México*. México: INMUJERES. Recuperado de:
http://cedoc.inmujeres.gob.mx/documentos_download/101243_1.pdf
- Izcara, S. P. (2014). *Manual de investigación cualitativa*. México: Editorial Fontamara.
- Izquierdo, M. J. (2010). Las dos caras de la desigualdad entre hombres y mujeres: explotación económica y libidinal. *Quaderns de Psicologia*. 12 (2), 117-129.
- Jackson, D. (2016). *Exploring aging masculinities: the body, sexuality and social lives*. New York: Palgrave Macmillan.
- Jiménez, M. L. (2007). Algunas ideas acerca de la construcción social de las masculinidades y las feminidades, el mundo público y el mundo privado. En: Jiménez, M. L. & Tena, O. (2007) (Coords.). *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. México: UNAM-CRIM. 99-118.
- Jiménez, M. L. & Tena, O. (2007). *Algunos malestares de varones mexicanos ante el desempleo y el deterioro laboral*. En: Burin, M., Jiménez, L. & Meler, I. (Coords.) (2007). *Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género*. Buenos Aires: Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales. 148-173.
- Jiménez, M. L. & Tena, O. (Coords.) (2007). *Reflexiones sobre masculinidad y empleo*. México: UNAM-CRIM.
- Kauffman, M. (1995). *Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres*. Disponible en: <http://www.michaelkauffman.com/wp-content/uploads/2008/12/los-hombres-el-feminismo-y-las-experiences-contradictorias-del-poder-entre-los-hombres.pdf>
- Kaufman, G. & Elder, G. H. (2002). Revisiting age identity. A research note. *Journal of Aging Studies*. 16, 169-176.
- Kimmel, M. (1992). La producción teórica sobre las masculinidades: nuevos aportes. *Fin de siglo, género y cambio civilizatorio*. Santiago de Chile: Ediciones de las mujeres. (17), 129-138.

- Kohli, M. (1986). *Social Organization and Subjective Construction of the Life Course*. En: Weinert, F. & Sherrod, L. (Edts.) (1986). *Human development and the life course: Multidisciplinary perspectives*. EUA: Hillsdale, Erlbaum. 271-292.
- Kohli, M. (2007). The Institutionalization of the Life Course: Looking Back to Look Ahead. *Research in Human Development*. 4, (3-4), 253-271.
- Lagarde, M. (1996). *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. España: Editorial Horas y horas. 13-38.
- Lamas, M. (2000). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual. *Cuicuilco*. 7 (18), 0.
- Larrosa, J. (2006). Sobre la experiencia. *Aloma Revista de Psicología, Ciències de l'Educació i de l'Esport Blanquerna*. 19, 78-112.
- Lalive, C., Bickel, J. F., Cavalli, S. & Spini D. (2011). El curso de la vida, emergencia de un paradigma interdisciplinario. En: Yuni, J. A.(Coord.) (2011). *La vejez en el curso de la vida*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor. 11-30.
- Lawlov, D. A. & Hardy, R. (2013). Vascular and metabolic function across the life course. En: Kuh, D., Cooper, R., Richards, M. & Benshlomo, Y. (2013) (Coords.). *A life course approach to Healthy Ageing*. Reino Unido: Oxford Scholarship. 146-161.
- Lehr, U. (2002). Proceso de envejecimiento – la necesidad de investigación longitudinal, interdisciplinaria y transcultural. *Revista Latinoamericana de Psicología*. 34 (1-2), 29-39.
- Lehr, U. & Thomae, H. (2003). *Psicología de la senectud. Proceso y aprendizaje del envejecimiento*. España: Editorial Herder.
- Leeson, G. (2013). The demographics of population ageing in Latin America, the Caribbean and the Iberian Peninsula, 1950-2050. En: Montes de Oca, V. (Coord.) (2013). *Envejecimiento en América Latina y el Caribe. Enfoques de investigación y docencia de la Red Latinoamericana de Investigación en Envejecimiento*. México: UNAM. 53-71.
- Legrand, M. (1993). La contra-trasferencia del investigador en los relatos de vida. *Proposiciones*. 29, 115-121.
- Lévinas, E. (2001). *Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro*. España: Editorial Pre-Textos.
- Liberalesso, A. (2007). El legado de Paul B. Baltes a la psicología: el paradigma Life Span aplicado al desarrollo y al envejecimiento. *Revista Latinoamericana de Psicología*. 39 (2), 413-417.
- Lolas, F. (2001). Las dimensiones bioéticas de la vejez. *Acta biomédica*. 7 (1), 57-70.
- Lolas, F. (2006). *Escritos sobre Vejez, Envejecimiento y Muerte*. Chile: Ediciones CAMPUS Universidad Arturo Prat.
- Lombardo, E. & Krzemien, D. (2008). La psicología del curso de vida en el marco de la psicología del desarrollo. *Revista Argentina de Sociología*. 6 (10), 111-120.

- López, L. (2007). La cuenca de México. Clásico (150-600/650 d. C.). La diferenciación campo/ciudad. *Revista mexicana de arqueología*. 15 (86), 44-49.
- López, M. de la C. (2010). *Hacerse hombres cabales. Masculinidad entre tojolabales*. México: CIESAS, UNICACH.
- Lourau, R. (1991). *Implicación y sobre implicación*. Conferencia dictada en “El Espacio Institucional”. Buenos Aires, entre el 21 al 24 de noviembre de 1991.
- Lozano, A. (2009). El movimiento, el tiempo y la vejez. Crisis de la existencia. *Universidades*. LIX (41), 33-37.
- Lynch, G. (2015). Modelos del Curso de la Vida: transformaciones y continuidades. *XI Jornadas de Sociología*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Disponible en: <http://cdsa.aacademica.org/000-061/1101.pdf>
- Lynch, G. (2017). *Curso de vida y género: entre lo individual y las expectativas sociales. El caso de Argentina*. Tesis para obtener el grado de Doctor en Estudios Interdisciplinarios de Género y Políticas de Igualdad. España: Universidad de Salamanca.
- Mann, R. (2007). Out of the shadows? Grand fatherhood, age and masculinities. *Journal of Aging Studies*. 21 (4), 281-291.
- Manero, R. (1997). *Multirreferencialidad y conocimiento*. Segundo Taller sobre Multidisciplina. Conferencia magistral dictada el 20 de junio de 1997 en la ENEP Iztacala.
- Mariluz, G. (2013). El curso de la vida. Una mirada desde la filosofía fenomenológica y la sociología del conocimiento. *X Jornadas de Sociología*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Disponible en: <http://cdsa.aacademica.org/000-038/545.pdf>
- Martin, L. (2013). Narrating pain and seeking continuity. A life-course approach to chronic pain management. En: Lynch, C. & Danely, J. (Edts.) (2013). *Transitions and transformations. Cultural perspectives on aging and life course*. Nueva York: Berghahn Books. 34-48.
- Martínez, A. (2004). La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas. *PAPERS Revista de Sociología*. 73, 127-152. DOI: <http://dx.doi.org/10.5565/rev/papers/v73n0.1111>
- Martínez, C. de J. (2006). *La imagen del anciano en los adolescentes*. Tesis para optar por el título de Licenciado en Trabajo Social. México: UNAM. 08-35.
- Martínez, J. L. (2015). Complejidad, posdisciplina y articulación multirreferencial en la producción de conocimientos. En: Fontaines-Ruiz, T. I. & Martínez, J. L. (Coords.) (2015). *Complejidad, epistemología y multirreferencialidad*. Ecuador: Universidad Técnica de Machala. 47-60.
- Maxwell, J. A. (1996). *Qualitative research design. An interactive approach*. Estados Unidos: SAGE Publications.

- Mendoza, J. (2010). Dejar ser a 4000 metros. Una experiencia en psicología social comunitaria en Bolivia. En: Asebey, A. M. R. & Calviño, M. (Comp.) (2010). *Psicología y acción comunitaria. Sinergias de cambio en América Latina*. La Habana: Editorial Caminos. 161-175.
- Mendoza, J. (2015). La construcción social del conocimiento: alternativas en educación. *PSICUMEX*. 5 (2), 40-66.
- Méndez, J. L. H. (2015). Autoética: religación trinitaria por la responsabilidad y la solidaridad. Una reflexión en el marco de la propuesta de Edgar Moran. En: Patiño, H. A. M. & Sevilla, T. (Coords.) (2015). *Ser persona. Diversas perspectivas*. México: Universidad Iberoamericana. 163-189.
- Meretoja, H. (2017). On the use and the abuse of Narrative for Life: Toward on Ethics of Storytelling. En: Schiff, B., Mc Kim, E. & Patron, S. (Comps.) (2017). *Life and narrative: The risk and responsibilities of storying experience*. EUA: Oxford. 75-97.
- Miche, M., Wahl, H.-W., Diehl, M., Oswald, F., Kaspar, R. & Kolb, M. (2014). Natural occurrence of subjective aging experiences in Community-Dwelling older adults. *The Journals of Gerontology: Series B*. 69 (2), 174-187
- Mieles, M. D., Tonon, G. & Alvarado, S. (2012). Investigación cualitativa: el análisis temático para el tratamiento de la información desde el enfoque de la fenomenología social. *Universitas Humanistica*. (74), 195-225.
- Monteagudo, G. & Treviño, S. G. (2014). Sexualidad, masculinidad y envejecimiento: una mirada desde la experiencia particular en un grupo de varones de la ciudad de La Habana, Cuba. En: Figueroa, J. G. & Salguero, A. (2014). *¿Y si hablas de...sde tu ser hombre? Violencia, paternidad, homoerotismo y envejecimiento en la experiencia de algunos varones*. México: El Colegio de México. 461-493.
- Montero, F. (1987). *Retorno a la fenomenología*. España: Editorial Anthropos.
- Montesinos, R. (2007). Ensayo sobre nuevas tipologías de la masculinidad. En: Jiménez, M. L. & Tena, O. (Coords.) (2007). *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. México: UNAM-CRIM. 181-204.
- Montes de Oca, V. (2010). Pensar la vejez y el envejecimiento en el México contemporáneo. *Reglones. Revista arbitrada en ciencias sociales y humanidades*. (62), 159-181.
- Montes de Oca, V., Ramírez, T. & Sáenz, R. (2011). The Linkage of Life Course, Migrations, Health and Aging: Health in Adults and Elderly Mexicans Migrants. *Journal of Aging and Health*. 23 (7), 1116-1140.
- Montes de Oca, V., Díaz, M. & Hebrero, M. (2012). Migración, salud y masculinidad. Don Leovigildo y su familia: tres generaciones entrelazadas por la salud y la migración en Guanajuato. Estudio de Caso. *Revista del Centro de Investigación Universidad La Salle*. 10 (38), 85-101.

- Montes de Oca, V. & Macedo, L. (2012). Las redes sociales como determinantes de la salud. En: Gutiérrez, L. M. & Kershenobich, D. (2012) (Coords.). *Envejecimiento y Salud: una propuesta para un plan de acción*. México: UNAM. 164-178.
- Montes de Oca, V. & Sáenz, R. (2013). Estrategias de apoyo transnacional ante el envejecimiento en México. En: Montes de Oca, V. (Coord.) (2013). *Envejecimiento en América Latina y el Caribe. Enfoques de investigación y docencia de la Red Latinoamericana de Investigación en Envejecimiento*. México: UNAM. 481-528.
- Morrow-Howell, N. (2010). Volunteering in later life: research frontiers. *Journal of Gerontology: Social Sciences*. 65B (4), 461-469.
- Moss, S., Moss, M., Kilbride, J. & Rubinstein, R. (2007). Frail men's perspectives on food and eating. *Journal of Aging Studies*. 21 (4), 314-324.
- Murcia, N., Jaimes, S. & Gómez, J. (2016). La práctica social como expresión de humanidad. *Cinta Moebio*. 57, 257-274. DOI: 10.4067/S0717-554X2016000300002.
- Navarrete, R. E. (2003). El aroma del olvido: la vejez y la migración en una zona cafetalera. En: Vázquez, F. (Coord.) (2003). *Contando nuestros días: un estudio antropológico sobre la vejez*. México: CIESAS. 125-147
- Neugarten, B. (1979). Los viejos jóvenes y la sociedad donde la edad es irrelevante. En: Neugarten, B. (1999). *Los significados de la edad*. España: editorial Herder. 61-73.
- Neugarten, B. L. (1982). Nuevas perspectivas del envejecimiento y política social. En: Neugarten, B. (1999). *Los significados de la edad*. España: editorial Herder. 329-343
- Neugarten, B. & Datan, N. (1973). Perspectivas sociológicas del ciclo vital. En: Neugarten, B. (1999). *Los significados de la edad*. España: editorial Herder. 107-130.
- Neugarten, B. & Neugarten, D. (1987). Los significados cambiantes de la edad. En: Neugarten, B. (1999). *Los significados de la edad*. España: editorial Herder. 75-83.
- Nilsson, M., Hagberg, J. E. & Jeppson, E. (2013). To age as a man: Ageing and masculinity in a small rural community in Sweden. *Nordic Journal of Masculinity Studies*. Vol. 8 No. 1, 58-76.
- Núñez, G. (2004). Los hombres y el conocimiento. Reflexiones epistemológicas para el estudio de los hombres como sujetos genéricos. *Desacatos*. No. 16, 13-32.
- Núñez, G. (2007). Vínculo de pareja y hombría: "atender y mantener" en adultos mayores del Rio Sonora, México. En: Amuchástegui, A. & Szaz, I. (Coords.) (2007). *Sucede que me canso de ser hombre...Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*: México: El Colegio de México. 141-183.
- Núñez, G. (2013). *Hombres sonorenses. Un estudio de género de tres generaciones*. México: Pearson Education.
- Núñez, G. (2017). Masculinidad, ruralidad y hegemonías regionales: reflexiones desde el norte de México. *Región y Sociedad*. 29 (5), 75-113.

- OMS. (2002). Envejecimiento activo: un marco político. *Revista Española de Geriatria y Gerontología*. 37 (52). 74-105.
- Ortega, M. (2003). Hacia una vejez y seguridad social inciertas. En: Vázquez, F. (Coord.) (2003). *Contando nuestros días: un estudio antropológico sobre la vejez*. México: CIESAS. 147-186.
- Ortiz, M. I. & Gerónimo, L. (2007). El envejecimiento en México. Aspectos territoriales y repercusiones sociales. *Trayectorias*. 10 (26), 79-92.
- Osorio, F., Forteza, I. & Vilchis, F. (2016). *Conferencia "Axotlán, un viaje a su historia"*. Realizada en el Pueblo de Axotlán, Estado de México, el día 02 de septiembre de 2016.
- Pacheco, E. & Blanco, M. (2005). Análisis del efecto edad-periodo-cohorte en el nivel de participación económica de tres cohortes de mujeres mexicanas. *Papeles de Población*. 2 (43), 79-103
- Pardo, G. (2003). Consideraciones generales sobre algunas de las teorías del envejecimiento. *Revista Cubana de Investigaciones Biomédicas*. 22 (1), 58-67.
- Parini, R. (2018). *Deseografías. Una antropología del deseo*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Peel, N., McClure, R. & Barlett, P. (2005). Behavioral Determinants of Healthy Ageing. *American Journal of Preventive Medicine*. 28 (3), 298-304.
- Pérez, G. (2004). Los trabajos de Hércules. En: Olavarría, J. & Márquez, A. (2004) (Edts.). *Varones: Entre lo público y la intimidad. IV Encuentro de Estudios de Masculinidades*. Chile: FLACSO. 91-99.
- Pérez-Campos, G. (2014). Persona como categoría integradora de una perspectiva sociocultural en psicología. *Revista de educación y desarrollo*. 31, 05-16.
- Phoenix, C. (2010). Auto-photography in aging studies: Exploring issues of identity construction in mature bodybuilders. *Journal of Aging Studies*. 24 (3), 167-180.
- Phillipson, C. & Baars, J. (2007). Social theory and social ageing. En: Bond, J., Pace, S., Dittmann-Kohli, F. & Westerhof, G. (Edts.) (2007). *Ageing in society*. Londres: SAGE. 68-84.
- Piedra, N. (2004). Las relaciones de poder: leyendo a Foucault desde la perspectiva de género. *Revista de ciencias sociales (Cr)*. 4 (106), 123-141.
- Ponchintesta, P. A. (2014). Percepción del tiempo biográfico en la cuarta edad: un estudio de casos. *Revista Kairós Gerontología*. 17 (3), 25-42.
- Pries, L. (1996). ¿Institucionalización o desinstitucionalización del curso de vida? Biografía y sociedad como un enfoque integrativo e interdisciplinario. *Estudios Demográficos y Urbanos*. 11 (2), 395-417.
- Prieto, O. (1999). Editorial. Gerontología y Geriatria. Breve resumen histórico. *RESUMED*. 12 (2). 51-54.

- Quintanar, F. (2011a). Características, papel y función del cuidador de ancianos: antecedentes y perspectivas. En: Quintanar, F. (Coord.) (2011). *Apoyo psicogerontológico en la atención del Adulto Mayor*. México: UNAM. 01-36.
- Quintanar, F. (2011b). La investigación psicológica del envejecimiento en el medio rural. En: Quintanar, F. (2011) (Coord.). *Atención psicológica de las personas mayores. Investigación y experiencias en psicología del envejecimiento*. México: Editorial Pax México. 261-278.
- Ramírez, J. C. (2008). Ejes estructurales y temáticos de análisis del género de los hombres. Una aproximación. En: Ramírez, J. C. & Uribe, G. (2008) (Coords). *Masculinidades. El juego de los hombres en el que participan las mujeres*. México: Plaza y Valdez Editores. 85-112.
- Ramírez, J. C. (2015). La persona como proyecto de sí misma y la formación como la actualización de los dinamismos humanos. En: Patiño, H. A. M. & Sevilla, T. (Coords.) (2015). *Ser persona. Diversas perspectivas*. México: Universidad Iberoamericana. 191-209.
- Ramos, M. A. (2014). La masculinidad en el envejecimiento: vivencias de la vejez de varones de una zona popular de Lima. En: Figueroa, J. G. & Salguero, A. (Coords.) (2014). *¿Y si hablas de...sde tu ser hombre? Violencia, paternidad, homoerotismo y envejecimiento en la experiencia de algunos varones*. México: El Colegio de México. 429-460.
- Restrepo, L. C. (1994). *El derecho a la ternura*. Bogotá: Arango Editores.
- Ribeiro, O., Paul, C. & Norgueria, C. (2007). Real men, real husbands: Caregiving and masculinities in later life. *Journal of Aging Studies*. 21 (4). 302-313.
- Ribera, J. M. (2004). ¿Qué es envejecer? *Monografías Humanitas*. 1, 7-20.
- Ricoeur, P. (1995). *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. México: Siglo XXI editores.
- Riley, M. W., Foner, A. & Riley, J. W. (1999). The aging and society paradigm. En: Bengtson, V. & Warner, K. (Edts.) (1999). *Handbook of theories of aging*. EUA: Springer Publishing Company. 327-343.
- Rodríguez, R. (2015). Juego de chicos, lesiones de jóvenes, muertes de hombres: masculinidades y prevención de la violencia. *Sociológica*. (84), 75-115.
- Rojas, M. M., Silveira, P. & Martínez, L. de las M. (2014). Gerontología y Geriátría, un recuento de poco más de un siglo. *Acta Médica del Centro*. 8 (1). 95-98.
- Rojas, O. L. (2006). Reflexiones en torno a las valoraciones masculinas sobre los hijos y la paternidad. En: Figueroa, J. G., Jiménez, M. L. & Tena, O. (Edts.) (2006). *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*. México: El Colegio de México. 95-119.

- Ronzón, Z. (2003). El anciano ante la falta de asistencia social y de salud. En: Vázquez, F. (Coord.) (2003). *Contando nuestros días: un estudio antropológico sobre la vejez*. México: CIESAS. 53-88.
- Ronzón, Z. (2014). El lugar de la vejez en el discurso intergeneracional. En: Montes de Oca, V. (Coord.) (2014). *Vejez, salud y sociedad. Aproximaciones disciplinarias desde perspectivas cuantitativas y cualitativas*. México: UNAM. 287-331.
- Rosas, C. (2008). *Varones al son de la migración: migración internacional y masculinidades de Veracruz a Chicago*. México: El Colegio de México.
- Ruelas-González, M. de G. & Salgado, V. N. (2014). Adultos mayores como cuidadores de otros: riesgos para la salud. En: Montes de Oca, V. (Coord.) (2014). *Vejez, salud y sociedad. Aproximaciones disciplinarias desde perspectivas cuantitativas y cualitativas*. México: UNAM. 244-285.
- Salas, M. G., Martínez, M. E., Pérez, M. E. & Arroyo, M. C. (2015). Vejez, dependencia y cuidados. Una triada social problemática. En: Arroyo, M. C. (2015) (Coord.) *Historias singulares y contextos plurales en la vejez. Una mirada holística*. México: Universidad del Estado de Durango. 77-106.
- Salgado, N., González-Vázquez, T., Jáuregui-Ortiz, B. & Bonilla-Fernández, P. (2005). No hacen viejos los años, sino los daños: envejecimiento y salud en varones rurales. *Salud Pública de México*. 47 (4), 294-302.
- Salguero, M. A. (2007). El significado del trabajo en las identidades masculinas. En: Jiménez, L. & Tena, O. (Coords.) (2007). *Reflexiones sobre masculinidad y empleo*. México: UNAM. 429-448.
- Salguero, M. A. (2008). *Identidad masculina. Elementos de análisis en el proceso de construcción*. México: UNAM FES Iztacala.
- Salguero, M. A. & Alvarado, R. I. (2017). *Identidad del pescador de barco camaronero en mar abierto. Entre el aguante, el orgullo y la fiesta*. México: Plaza y Valdez Editores.
- Salinas, L. (1994). La construcción social del cuerpo. *REIS Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. (68), 85-86.
- Sánchez, R. (2013). La observación participante como escenario y configuración de la diversidad de significados. *Observar, escuchar y aprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. México: El Colegio de México 93-123.
- Sanfélix, J. & Téllez, A. (2014). Historias de hombres. Recuperando las voces de los hombres reales. *Prisma social*. (13), 370-406.
- Sanz, F. (2015). *Hombres con corazón. Hablando en la segunda mitad de la vida*. Barcelona: Editorial Kairós.
- Sartre, J. P. (2017). *El ser y la nada*. España: Editorial Posada.
- Saxton, B. & Cole, T. (2012). No Country for Old Men: a search for masculinity in later life. *International Journal of Ageing and Later Life*. 7 (2), 97-116.

- Schutz, A. & Luckman, T. (2009). *Las estructuras del mundo de la vida*. Argentina: Amorrortu Editores.
- Scott, R. P., Monteiro, R. & Reis, M. (2005). Como nossos pais? Homens e gerações em três contextos diferentes em Pernambuco. Em: Ferreira, R. De C., Thereza, A. Y Costa, M da P. (Coords.) (2005). *Jovens, trajetórias, masculinidades e direitos*. Brasil: EDUSP. 121-145.
- Seidler, V. (1995). Los hombres heterosexuales y su vida emocional. *Debate Feminista*. 11, 78-111.
- Seidler, V. (1997). Masculinidad, discurso y vida emocional. En: Figueroa, J. G & Nava, R. (Editores) (1997). *Memorias del seminario-taller "Identidad masculina, sexualidad y salud reproductiva"*. México: El Colegio de México. 7-24.
- Seidler, V. (2005). Identidades, familias y poder. *La ventana*. (22), 91-109.
- Sibilia, P. (2012). El cuerpo viejo como una imagen con fallas: la moral de la piel lisa y la censura mediática de la vejez. *Comunicação, Midia o Consumo*. 19 (26), 83-114.
- Soto, G. (2013). Nuevas masculinidades o nuevos hombres nuevos: el deber de los hombres en la lucha contra la violencia de género. *Scientia Helmantica. Revista Internacional de Filosofía*. (1), 95-106.
- Spector-Mersel, G. (2006). Never-aging Stories: Western Hegemonic Masculinity Scripts. *Journal of Gender Studies*. 15 (1), 67-82.
- Tamez, B. M. & Ribeiro, M. (2014). La solidaridad familiar hacia los adultos mayores en Monterrey, Nuevo León. En: Montes de Oca, V. (Coord.) (2014). *Vejez, salud y sociedad. Aproximaciones disciplinarias desde perspectivas cuantitativas y cualitativas*. México: UNAM. 153-206.
- Tena, O. (2014). Malestares laborales y condición masculina. Reflexiones en torno a la "flexibilización laboral". En: Figueroa, J. G. (Coord.) (2014). *Políticas públicas y la experiencia de ser hombre. Paternidad, espacios laborales, salud y educación*. México: El Colegio de México. 51-78.
- Tena, R. (2011). *Anales de Cuautitlán*. México: CONACULTA
- Toledo, M. I. (2012). Sobre la construcción identitaria. *Atenea (Concepción)*. 506, 43-56.
- Toro-Alfonso, J. (2007). Juntos pero no revueltos: Cuerpo y género. *Revista Puertorriqueña de Psicología*. 18, 146-156.
- Treviño, S., Pelcastre, B. & Márquez, M. (2006). Experiencias de envejecimiento en el México Rural. *Salud Pública de México*. 48 (1), 30-38.
- Triana, M. (2014). Envejecimiento. *Revista Cubana de Salud Pública*. 40 (4). 361-378.
- Ulrich, K. (2009). *New directions in life course research*. Universität Mannheim.

- Van Deth, Jan. W. (2001). Studying Political Participation: Towards a Theory of Everything? En: *Workshop "Electronic Democracy: Mobilisation, Organisation and Participation via new ICTs"*. Grenoble, Abril 2001.
- Van Deth, Jan. W. (2016). What is Political Participation? *Oxford Research Encyclopedia of Politics*. DOI: <https://dx.doi.org/10.1093/acrefore/9780190228637.013.68>
- Vargas, L. A. (2012). Las condiciones bioculturales y el envejecimiento. En: Gutiérrez, L. M. & Kershenobich, D. (2012) (Coords.). *Envejecimiento y Salud: una propuesta para un plan de acción*. México: UNAM. 104-120.
- Varley, A. & Blasco, M. (2000). Exiled to the Home: Masculinity and Ageing in Urban Mexico. *The European Journal of Development Research*. 12 (2), 115-138.
- Vázquez, F. (2003). A modo de reflexiones generales. En: Vázquez, F. (Coord.) (2003). *Contando nuestros días: un estudio antropológico sobre la vejez*. México: CIESAS. 225-246.
- Vázquez, F. (2013). Envejeciendo en las tradicionales y nuevas ruralidades. *Intersticios Sociales*. 5, 1-29.
- Vela, F. (2013). Un acto metodológico básico en la investigación social: la entrevista cualitativa. En: Tarrés, M. L. (Coord.) (2013). *Observar, escuchar y aprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. México: El Colegio de México. 63-92.
- Vigotsky, L. S. (1995). *Pensamiento y lenguaje. Teoría del desarrollo cultural de las funciones psíquicas*. Buenos Aires: Ediciones Fausto.
- Villar, F. (2003). *Proyecto docente. Psicología evolutiva y psicología de la educación*. Recuperado el 20 de noviembre de 2015, disponible en: <http://www.ub.edu/dpsed/fvillar/>
- Villar, F. & Serrat, R. (2015). El envejecimiento como relato: Una invitación a la gerontología narrativa. *Revista Kairós Gerontología*. 18 (2), 09-29.
- Viveros, M. (2007). Teorías feministas y estudios sobre varones y masculinidades. Dilemas y desafíos recientes. *La manzana de la discordia*. 4, 25-36.
- Weiss, E. (2017). Hermenéutica y descripción densa versus teoría fundamentada. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*. 22 (73), 637-654.
- Weiss, R. S. (1994). *Learning from strangers. The art and method of qualitative interview studies*. Nueva York: The Free Press.
- Wenger, E. (2001). *Comunidades de práctica. Aprendizaje, significado e identidad*. Barcelona: Paidós.
- Wentzell, E. (2013). "I don't want to be like my father". Masculinity, modernity and intergenerational relationships. En: Lynch, C. & Danely, J. (Edts.) (2013). *Transitions and transformations. Cultural perspectives on aging and life course*. Nueva York: Berghahn Books. 64-75.

- Whittington, F. (2014). What's the point of aging? Does philosophy make a difference? *The Gerontologist*. 54 (3), 519-524.
- Wilson, J. (2012). Volunteerism Research: A Review Essay. *Nonprofit and Voluntary Sector Quarterly*. 41 (2), 176-212.
- Zarebski, G. (2013). Factores protectores para el envejecimiento. La reserva humana. En: Cubillo, M. A. & Quintanar, F. (2013). *Por una cultura del envejecimiento. Memorias del quinto congreso iberoamericano de Psicogerontología*. México: CMUCH. 168-178.
- Zerda, M. (2010). La psicología social comunitaria en Bolivia y sus desafíos. En: Asebey, A. M. R. & Calviño, M. (Comp.) (2010). *Psicología y acción comunitaria. Sinergias de cambio en América Latina*. La Habana: Editorial Caminos. 93-118.

Lista de tablas e imágenes:

| Elemento | Página |
|--|--------|
| Imagen 1: Conexión entre los registros subjetivos | 32 |
| Tabla 1: Los participantes | 138 |
| Imagen 2: Axotlán y su relación con la región | 150 |
| Imagen 3: Axotlán y la Zona Metropolitana del Valle de México | 151 |
| Imagen 4 y 5: Ruinas de la Hacienda de San Miguel | 157 |
| Imagen 6: Las calles del pueblo (I) | 160 |
| Imagen 7: Las calles del pueblo (II) | 162 |
| Tabla 2: Cambios a través del tiempo | 163 |
| Imagen 8 y 9: La fiesta patronal | 165 |
| Imagen 10: La laguna de Axotlán | 166 |
| Imagen 11: Limpieza de la Laguna del pueblo de Axotlán. | 170 |
| Imagen 12: Matriz de interrelación entre ejes de análisis | 174 |
| Imagen 13: Relación entre los cursos de vida de los participantes y las transformaciones históricas de la comunidad. | 178 |
| Tabla 3: Primeros años del curso de vida de la Generación Modelo Industrializador Formal (1931-1942). | 185 |
| Tabla 4: Primeros años del curso de vida de la Generación Modelo Industrializador Precario (1944-1956). | 190 |
| Imagen 14: Distinciones generacionales en la forma de estructurarse el curso de vida (I). | 214 |
| Tabla 5: Cursos de vida de la Generación Modelo Industrializador Formal 1(931-1942). Entre los años 1951 y 1976. | 222 |
| Tabla 6: Cursos de vida de la Generación Modelo Industrializador Precario (1944-1956). Entre los años 1964 y 1989. | 227 |

| | |
|---|-----|
| Tabla 7: Cursos de vida de la Generación Modelo Industrializador Formal 1(1931-1942). Entre los años 1977 y 2002. | 245 |
| Tabla 8: Cursos de vida de la Generación Modelo Industrializador Precario (1944-1956). Entre los años 1990 y 2015. | 256 |
| Imagen 15: Distinciones generacionales en la forma de estructurarse el curso de vida (II). | 273 |
| Tabla 9: Cursos de vida de la Generación Modelo Industrializador Formal 1(1931-1942). Entre los años 1991 y 2017. | 299 |
| Tabla 10: Cursos de vida de la Generación Modelo Industrializador Precario (1944-1956). Entre los años 2000 y 2017. | 308 |
| Imagen 16: Distinciones generacionales en la forma de estructurarse el curso de vida (III). | 324 |
| Imagen 17: Distinciones generacionales en la forma de estructurarse el curso de vida (IV). | 325 |
| Imagen 18: Primer momento del curso de vida (Relación entre agencia y estructura) | 332 |
| Imagen 19: Segundo momento del curso de vida (Relación entre agencia y estructura) | 335 |
| Imagen 20: Tercer momento del curso de vida (Retiro de la trayectoria laboral) | 338 |
| Imagen 21: Tercer momento del curso de vida (Reducción de la trayectoria laboral) | 338 |

Anexo 1:

| Hacerse hombres a partir de la trayectoria Laboral | | | |
|---|---|---|--|
| Estructura Capítular del proyecto de investigación | | | |
| Capítulos | Objetivos del capítulo | Subtemas | Objetivos de los subtemas |
| Primera Parte. Antecedentes teórico-metodológicos y conceptuales. | | | |
| Capítulo 1. Hacernos un curso de vida. Revisión del enfoque teórico. | <i>Establecer un marco teórico-conceptual que nos permita abordar las relaciones existentes entre el proceso de construcción identitaria y la construcción del curso de vida.</i> | Somos lo que hacemos | Articular una red de elementos teóricos surgidos desde la perspectiva del curso de vida, el enfoque de género, la psicología social crítica, y la sociología del conocimiento, para fundamentar la comprensión del proceso de creación identitaria a lo largo del curso de vida. |
| | | ¿Qué sabemos sobre el curso de vida? | Explicitar las principales características del enfoque de curso de vida, distinguiéndolo así de otros modelos teóricos enfocados a la comprensión de las vidas humanas, |
| | | Condicionantes sociales del curso de vida | Distinguir condiciones sociales que contribuyen a estructurar secuencialmente el curso de vida individual, así como a brindarle una orientación específica. |
| | | Institucionalización del curso de vida en las sociedades de Occidente | Explicar cómo es que los cambios históricos de las sociedades de occidente han modificado la forma de organización y vinculación de los principales condicionantes sociales del curso de vida. |
| | | El curso de vida individual | Definir la conformación del curso de vida individual a partir de las tres herramientas teórico-metodológicas del enfoque: 1) trayectorias; 2) transiciones; y 3) Puntos de inflexión. |

| | | | |
|---|---|---|--|
| Capítulo 2: Hacernos hombres. | <i>Abordar los procesos de socialización y construcción de las identidades masculinas a lo largo del curso de vida, poniendo particular atención en la evidencia surgida en México.</i> | Aprender a ser hombres | Ubicar las particularidades del proceso de socialización del género masculino en los primeros momentos de vida, resaltando la distinción entre aquellos contenidos socialmente atribuidos a lo masculino y aquellos orientados a lo femenino. |
| | | Hegemonías masculinas: curso de vida y momentos históricos | Abordar las principales características de los cursos de vida dominantes para los hombres, resaltando sus particularidades históricas y contextuales. |
| | | Experiencias de investigación con varones mexicanos | Mencionar aquellas investigaciones sobre masculinidades y varones en el contexto mexicanos, que por su orientación y contenido resultan relevantes para comprender el fenómeno de nuestro interés. |
| Capítulo 3: Hacernos mayores: envejecimientos y vejeces. | <i>Analizar las particularidades del proceso de envejecimiento humano, así como la construcción social de la vejez.</i> | Envejecimiento(s) humano(s) | Explicitar el proceso de envejecimiento humano resaltando sus aspectos biomédicos, psicológicos y poblacionales, así como su construcción histórica. |
| | | Vejeces | Señalar las transformaciones que ha tenido el concepto de vejez hasta el momento de ser considerada como una construcción social, donde podemos resaltar para nuestros fines los aspectos de la significación corporal y la estructuración de redes sociales de apoyo. |
| Capítulo 4: Vejeces y masculinidades. | <i>Profundizar en las relaciones existentes entre el proceso de construcción de la identidad masculina durante el último momento</i> | Cuerpos de hombres viejos | Detallar cómo es que los varones envejecidos modifican sus prácticas y significados asociados al cuerpo a partir de su acceso a la vejez. |
| | | (Des)Empleos de hombres viejos | Especificar algunas posturas que los hombres viejos pueden desarrollar a partir del fin o reducción de su trayectoria laboral, la cual, es el fundamento de su identidad de género. |

| | | | |
|--|---|---|--|
| | <i>en el curso de vida de los varones.</i> | Relaciones de hombres viejos | Abordar las modificaciones que sufren las relaciones sociales de los varones a partir de los nuevos condicionantes sociales asociados a la vejez. |
| | | Hombres viejos en contextos rurales mexicanos | Centrar nuestra atención en la evidencia obtenida dentro de las investigaciones realizadas sobre varones envejecidos, resaltando la relación entre los aspectos contextuales y biográficos que constituyen este momento del curso de vida. |
| Segunda Parte. Estrategia técnico-metodológica. | | | |
| Capítulo 5: Aspectos técnicos y contextuales. | <i>Presentar la estrategia metodológica implementada a lo largo de la investigación. Donde podemos resaltar la importancia del enfoque cualitativo, la necesidad de la triangulación de los datos, las implicaciones éticas del proceso, y el enfoque utilizado para el análisis de la información.</i> | Presentación y justificación metodológica | Ofrecer elementos que nos permitan ubicar la pertinencia del enfoque cualitativo para el análisis de la construcción de identidades genéricas. |
| | | Descripción de las herramientas metodológicas | Describir las particularidades de la entrevista semiestructurada, así como de la observación participante, resaltando su idoneidad para el abordaje del fenómeno de nuestro interés. |
| | | Cuestiones éticas en la investigación cualitativa | Destacar la necesidad de abordar los aspectos éticos que envuelven a las investigaciones en ciencias sociales, resaltando la responsabilidad que tienen los investigadores. |
| | | El trabajo de campo | Mencionar las fases propias del proceso de recolección de datos. |
| | | Los participantes | Explicitar las características de los diez participantes, divididos en dos generaciones. |
| | | Axotlán: transformaciones históricas | Ofrecer una reconstrucción histórica de la comunidad, resaltando como las transformaciones regionales modificaron las prácticas sociales asociadas a hombres y mujeres. |

| | | | |
|---|--|---|--|
| | | Reflexividad: mi particular experiencia de investigación | Mostrar el proceso de implicación que realicé con los participantes y el fenómeno de interés. |
| | | La estrategia de análisis | Ubicar la idoneidad del análisis de contenido para el trabajo de los datos adquiridos dentro de las entrevistas y la observación participante. |
| Tercera Parte. Interpretación de resultados, análisis y discusiones. | | | |
| Capítulo 6: Aprendí a trabajar desde niño. | <i>Observar cómo se construyeron los primeros años del curso de vida de nuestros participantes hasta los eventos previos a su transición a la adultez, y al eventual reconocimiento público de su hombría.</i> | “Vivíamos de milagro” El contexto histórico como determinante en la infancia. | Abordar los primeros aprendizajes del género masculino en relación con las condiciones contextuales y familiares. |
| | | “Empecé a ganar mi propio dinero”. Aprendizajes sobre la vida adulta. | Describir la interiorización que los varones hicieron de las normas genéricas, así como su paulatino acercamiento con el mundo laboral remunerado. |
| | | Cuerpos y lugares | Visualizar las diferentes formas en que los participantes descubrieron sus cuerpos e hicieron uso de los lugares considerados como masculinos. |
| | | Conclusiones preliminares | Realizar algunas conclusiones preliminares sobre los temas expuestos. |
| Capítulo 7: Hombres de trabajo. | <i>Analizar la forma en que los participantes abordaron el cumplimiento u omisión de sus obligaciones como varones adultos, a partir del momento del curso de vida que se estableció con la unión matrimonial y la estabilización de la trayectoria laboral,</i> | El ascenso. Los primeros pasos en la vida adulta. | Abordar las particularidades del periodo donde los participantes inician su trayectoria laboral remunerada, a la par que establecen sus trayectorias familiares y de participación comunitaria. |
| | | Consolidación de la identidad de hombre trabajador. | Observar el desarrollo de las trayectorias laborales de los participantes hasta el momento de su finitud o reducción. Distinguiendo las prácticas, significados y malestares asociados a las mismas. |
| | | Familias y comunidades | Comprender las relaciones establecidas entre la trayectoria laboral con la trayectoria familiar y de participación |

| | | | |
|---|---|---|--|
| | <i>finalizando con el abandono o reducción de la trayectoria laboral remunerada.</i> | | comunitaria, resaltando el papel de hombre trabajador-proveedor como principal elemento articulador. |
| | | Conclusiones preliminares | Realizar algunas conclusiones preliminares sobre los temas expuestos. |
| <p>Capítulo 8: No es malo llegar a viejo.</p> | <p><i>Abordar el último momento del curso de vida de los participantes, resaltando las transformaciones surgidas con la transición que implicó el fin o reducción de la trayectoria laboral remunerada.</i></p> | Ser viejo o estar viejo: nuevas prácticas y significaciones identitarias. | Identificar cómo el tránsito a la vejez permitió en los entrevistados el acceso a nuevas posiciones dentro de la estructura social. Así como el aprendizaje de nuevas prácticas sociales y la resignificación de ciertos elementos identitarios. |
| | | “El cuerpo te pide trabajar”. Negociar el trabajo masculino y la proveeduría. | Analizar las particularidades del proceso de resignificación de la identidad de género que los participantes experimentaron a partir de la finitud o reducción de su trayectoria laboral remunerada. Resaltando la negociación de los significados asociados a las nociones de trabajo masculino y proveeduría. |
| | | Ser padres y ser abuelos: relaciones familiares a lo largo de la vejez. | Comprender la forma en que los participantes se han relacionado con sus familias a partir de la llegada del último momento de sus vidas. Resaltando el afianzamiento de relaciones familiares de apoyo o de conflicto que condicionan la experiencia de ser mayor. |
| | | “Somos los viejos del pueblo”. Identidad comunitaria y cuidado grupal. | Dimensionar las modificaciones en la configuración de la trayectoria de trabajo comunitario que los varones han desarrollado a partir de su experiencia como hombres envejecidos. Donde podemos observar cómo los varones han reducido de manera importante su participación, debido principalmente a la modificación de sus condiciones corporales. |
| | | Conclusiones preliminares | Realizar algunas conclusiones preliminares sobre los temas expuestos. |

| | | | |
|---------------------|---|---|--|
| Conclusiones | <i>Ofrecer una reflexión sobre los resultados previamente analizados, así como proporcionar elemento adicionales para la comprensión del fenómeno estudiado</i> | Relaciones de poder a lo largo de la vida | Visibilizar el impacto ejercido por las relaciones de poder que los participantes han experimentado a lo largo de su curso de vida. |
| | | El modelo “cuerpo-máquina” y la humanización del cuerpo | Abordar el modelo “cuerpo-máquina” desde el cual los varones han construido sus experiencias corporales, así como proponer elementos para superar esta visión. |
| | | Seguir vigentes | Identificar las reflexiones que los participantes realizan sobre su particular condición como varones envejecidos, así como su cercanía con el final de la vida. |
| | | Reflexiones finales | Ofrecer una serie de reflexiones personales sobre la investigación realizadas, así como posibles caminos para continuar con la línea de trabajo. |

Notas:

Los capítulos 6, 7 y 8 son presentados con la primera parte de su título, esto con el objetivo de hacer más fluida la lectura del informe. De tal modo, los nombres de los capítulos son: 6 “Aprendí a trabajar desde niño”. Socializaciones de género en los primeros años del curso de vida de los participantes.; 7. “Hombres de trabajo”. Consolidación de las trayectorias de la vida adulta y la identidad de género masculina; y 8. “No es malo llegar a viejo”. Experiencia acumulada en el curso de vida: (re) significaciones de la masculinidad en la vejez.

Anexo 2:

GUÍA DE ENTREVISTA SEMI-ESTRUCTURADA PARA CAPTAR LA TRAYECTORIA LABORAL DE LOS HOMBRES MAYORES DE AXOTLÁN

Tiempo 1: socializaciones tempranas del género y el trabajo: desde las primeras enseñanzas del género hasta la transición a la vida adulta.

1.1 Módulos de preguntas en función de la familia de origen:

Dinámica familiar: quiero comenzar esta entrevista hablando un poco sobre sus primeros años de vida ¿Dónde nació? ¿En qué lugar paso sus primeros años de vida? ¿Quiénes integraban su familia? ¿Cómo se llevaban entre ustedes? ¿Cómo era el carácter de sus padres (o tutores)? ¿Cómo era la relación entre los integrantes de su familia? ¿Convivía con sus tíos-tías, abuelos-abuelas? De ser positiva ¿Qué actividades hacía con ellos?

Preguntas secundarias: ¿Cómo lo trataban sus padres (o tutores)? ¿Cómo fue su vida en este momento? *Si provienen de otra comunidad* ¿Cómo se llama la comunidad? ¿Dónde se ubica? ¿Cuál fue el motivo por el que emigró a Axotlán?

División genérica de los espacios y trabajos dentro del hogar:

Preguntas centrales: ¿Cómo era la casa donde habitaban? ¿Cómo se organizaba su familia para comer y para dormir? ¿Cómo se repartían los quehaceres y trabajos del hogar? ¿Siempre existía la misma organización en el hogar? ¿Qué trabajos realizaba usted? ¿Le gustaba realizar estos trabajos? ¿Por qué? ¿Qué pasaba si no realizaba su trabajo en el hogar? ¿Qué quehaceres hacía su padre (o tutor)? ¿Cuáles quehaceres hacía su madre (o tutora)?

Preguntas secundarias: ¿Existían quehaceres que solo hacían los hombres o que solo hacían las mujeres? ¿Le hubiera gustado a usted participar en las actividades que realizaban las mujeres?

Actividad económica de la familia de origen:

Preguntas centrales: ¿Quiénes en su familia trabajaban? ¿En que trabajaban? ¿El dinero que ganaban les alcanzaba para vivir? ¿Usted también llegó a apoyarlos en estas actividades?

Condición 1 (participación): ¿Qué actividades tenía que hacer? ¿Cuántos años apoyo a su familia haciendo estas actividades? ¿Qué pasaba si no hacía el trabajo que tenía que hacer? ¿Recibía alguna recompensa o pago? ¿Sufrió algún accidente o enfermedad al realizar este trabajo? ¿Qué siente de haber vivido esta situación? ¿Qué opinaba su familia sobre el que usted participara en el trabajo familiar?

Condición 2 (sin participación): ¿Cuáles cree que fueron los motivos para que su familia no lo vinculara a las actividades económicas? ¿Le hubiera gustado participar en ellas? ¿Por qué?

Trabajo infantil

A parte de apoyar a sus familiares en los trabajos que realizaban ¿usted llegó a trabajar siendo niño? ¿Cuáles fueron los motivos por los cuales usted comenzó a trabajar? ¿Recuerda que trabajos realizó siendo niño? *Enlistar trabajos y profundizar en cada trabajo* ¿Cuántos años tenía cuando realizó estos trabajos? ¿Cuántos años trabajó en dichos lugares? ¿Cómo eran las condiciones de trabajo? ¿Junto a quien trabajaba? ¿Qué siente de haber vivido esta situación? ¿Qué hacía con el dinero que ganaba en este momento? ¿A qué edad comenzó a apoyar en los gastos del hogar?

Educación:

Preguntas centrales: ¿Usted estudio?

Condición 1 (asistió a la escuela): ¿Hasta qué grado estudio? ¿Cómo era la(s) escuela(s) a la que usted asistió? ¿Qué siente de haber podido estudiar? ¿Cuál fue el motivo por el que dejó de estudiar? ¿Qué obligaciones tenía que cumplir en su casa para poder ir a la escuela? ¿Qué edad tenía cuando comenzó a estudiar y cuando termino sus estudios? ¿Alguien de su familia lo apoyaba o se oponía a que usted estudiara?

Condición 2 (no asistió a la escuela): ¿Cuál fue el motivo por el cual no asistió a la escuela? ¿Más niños en su familia y en su pueblo se encontraban en la misma condición? ¿Qué opina de esta situación? De haber tenido la oportunidad ¿Qué le hubiera gustado estudiar?

Concepciones en torno al ser hombre:

¿Recuerda si sus familiares le mencionaban como tenían que comportarse los hombres? Según su familia ¿Qué acciones hacían que los hombres fueran hombres? ¿Qué cosas no tenían que hacer? ¿Qué cosas eran bien valoradas en los hombres y cuáles no? ¿Qué integrantes de su familia mencionaban estas cosas?

1.2 Módulos de preguntas en función del contexto:

Características contextuales:

Cuando usted era pequeño ¿Cómo era Axotlán? (hombres no nativos ¿Cómo era el pueblo donde vivía?)

Relaciones con los pares:

¿Cómo se llevaba con los niños de su edad? ¿A que jugaban? ¿Cómo eran aquellos juegos? ¿Qué juegos eran los que más le gustaban a usted? ¿Había juegos en los que solo participaban los niños? ¿Cómo eran estos juegos? ¿Qué otras formas de divertirse recuerda? ¿Eran frecuentes las peleas entre los niños?

Mandatos sociales en torno al género:

¿Cómo se vestían los hombres en aquellos años? ¿En que se divertían? ¿En que trabajaban estos hombres? Para la gente de Axotlán de aquellos años ¿Qué cosas hacía un hombre para ser respetado? ¿Qué responsabilidades tenían estos hombres? ¿Qué cosas eran bien valoradas en los hombres y cuáles no?

Tiempo 2: La vida adulta y la consolidación de la trayectoria laboral: desde la transición a la vida adulta hasta la transición a la vejez.

2.1 Módulos de preguntas en función de la trayectoria laboral remunerada:

2.1.1 Sub-tiempo 1: trabajos realizados antes de conformar una familia.

Apreciación de la transición a la adultez:

¿En qué momento piensa usted que se convirtió en adulto? ¿Qué cambios existieron en su vida a partir de convertirse en adulto? ¿Qué cosas cambiaron con su familia al ser un adulto? ¿Siendo adulto cómo fue su vida hasta antes de casarse?

Primer trabajo:

Ahora quiero que hablemos sobre el momento de su vida entre su primer trabajo ya como un adulto y la conformación de su familia ¿Cuál fue su primer trabajo ya como adulto? ¿Cuántos años tenía cuando comenzó dicho trabajo? ¿Qué actividades tenía que realizar en este trabajo? ¿Cómo era realizar dicho trabajo? ¿Qué otras personas trabajaban junto a usted? ¿Cómo era el ambiente laboral? ¿Cuánto tiempo estuvo en este empleo? ¿Cuál fue el motivo por el cual dejó este trabajo? ¿Qué cambios hubo en su vida a partir de este primer empleo? ¿Cómo fue la experiencia de realizar este primer trabajo?

Empleos subsecuentes del sub-tiempo 1:

Ahora quiero hablar sobre los siguientes trabajos que tuvo hasta el momento en que usted se casara. ¿En qué trabajaba? ¿Qué actividades tenía que realizar en este trabajo? (ahondar sobre el tipo de trabajo) ¿Cómo era realizar dicho trabajo? ¿Qué otras personas trabajaban junto a usted? ¿Cómo era el ambiente laboral? ¿Cuántos años tenía cuando comenzó este trabajo? ¿Cuántos años duró en este empleo? ¿Cuál fue el motivo por el cual dejó este trabajo? ¿Cómo fue la experiencia de realizar dicho empleo?

Particularidades del sub-tiempo 1:

¿En que ocupaba el dinero que ganaba? ¿Qué sentía de trabajar en aquel momento de su vida? ¿El dinero que recibía por su trabajo le alcanzaba para vivir? ¿En algún momento le fue difícil encontrar trabajo? ¿Qué sintió de vivir esta experiencia? ¿Con quién vivía en este momento de su vida? ¿Qué trabajos del hogar realizaba? ¿Qué responsabilidades tenía en aquel momento de su vida? ¿En que ocupaba su tiempo libre? ¿Con que actividades se divertía? ¿Cómo sentía que era su salud?

2.1.2 Sub-tiempo 2: trabajos realizados después de conformar una familia

Trayectoria laboral remunerada.

Ahora quiero que me platique sobre los trabajos que ha tenido desde el momento en que usted formo una familia a la fecha ¿Siguió trabajando en el mismo lugar después de casarse? En caso de ser positiva la respuesta ¿durante cuánto tiempo más siguió en dicho trabajo? ¿Cuál fue el motivo por el cual dejó este trabajo?

¿Cuál fue el siguiente trabajo que tuvo? ¿En dónde se ubicaba? ¿Qué actividades tenía que realizar? ¿Cómo era realizar dicho trabajo? ¿Qué otras personas trabajaban junto a usted? ¿Cómo era el ambiente laboral? ¿Cuántos años tenía cuando comenzó este trabajo? ¿Cuánto tiempo duró en este empleo? ¿Cuál fue el motivo por el cual dejó el trabajo? ¿Cómo fue la experiencia de realizar dicho empleo?

Preguntas que abarcan todo el sub-tiempo 2:

La familia y el trabajo:

Condición 1: En caso de haber conformado una familia:

¿A qué edad se casó? ¿Fue el único matrimonio? ¿Está casado por el civil, por la iglesia o vive en unión libre? ¿Cómo fue que conoció a su(s) pareja(s)? ¿Qué motivos tuvo para casarse? ¿Siente que algo cambió en usted al casarse? De ser así ¿Qué cambio? ¿Qué responsabilidades considera que surgieron en usted al casarse? ¿Qué responsabilidades considera que tienen las mujeres al casarse? ¿Qué cuidados tiene usted hacia su esposa? ¿Qué cuidados tiene su esposa hacia usted? ¿Qué beneficios considera que los hombres tienen al casarse? ¿Qué beneficios considera que tienen las mujeres al casarse?

Dinámica familiar:

¿Tuvo hijos? ¿Cuántos hijos tuvieron? ¿Qué sintió de tener hijos? ¿Qué responsabilidades surgieron al tener hijos? ¿Sus trabajos le permitían estar con su familia? De ser positiva la respuesta ¿Qué actividades hacía con ellos? ¿Qué sentía de poder/no poder pasar tiempo con su familia? ¿De qué manera cuidaba de su familia? ¿Cómo fue la experiencia de ver crecer a sus hijos? ¿Cómo fue su vida en este momento?

Durante este momento de su vida ¿Cómo se repartía el dinero que usted ganaba para el gasto familiar? ¿Vivió momentos donde el dinero que ganaba no era suficiente para mantener a su familia? De ser así ¿Cómo se sentía cuando no le alcanzaba el dinero? ¿Cómo enfrentó esta situación? ¿Existieron momentos en los que usted no tuvo trabajo? De ser así ¿Cómo se sentía ante esta situación? ¿El realizar algún trabajo le generó problemas con su familia? De ser así ¿Cuáles? ¿Cómo soluciono estos problemas? ¿Existieron momentos difíciles en su familia durante este momento de su vida? ¿Cuáles fueron? ¿Cómo se sentía de vivir dicha situación? ¿De qué manera hicieron frente a estas situaciones?

División genérica de las tareas del hogar:

¿Cómo es que se organizaban las tareas cotidianas del hogar? ¿De qué manera usted participaba en las tareas del hogar? ¿De qué manera contribuía en el cuidado de sus hijos? ¿Cómo contribuía su esposa con el cuidado de sus hijos? ¿En algún momento llegaron a cambiar las formas en que usted y su esposa cuidaban de sus hijos? De ser así ¿Cómo fue tal situación?

Relación con los pares y tiempo libre: Durante este momento de su vida ¿Qué actividades le generaban diversión? ¿Junto a quien realizaba dichas actividades? ¿Qué otras actividades realizaba en su tiempo libre?

El cuerpo y el trabajo:

A lo largo de este momento de su vida ¿Cómo califica su salud? En algún momento ¿Sufrió algún accidente o enfermedad grave? Cuándo se enfermaba o le dolía alguna parte del cuerpo o se lesionada ¿Asistía a trabajar? ¿Cómo es que se trataba? ¿Considera que los trabajos que realizó le permitían descansar y comer adecuadamente? ¿Por qué? En algún momento ¿Llego a sentirse sin fuerzas o muy cansado? De ser así ¿A qué considera que se debía?

2.1.3 Exclusión a los sub-tiempos por soltería.

¿Los trabajos realizados le daban su suficiente para vivir? ¿En que ocupaba su dinero? ¿Aportaba con dinero a su familia de origen? ¿Qué responsabilidades tenía en este momento de su vida? ¿En dónde y con quien vivía? ¿De qué manera participaba en los quehaceres del hogar? ¿Por qué motivos no formo una familia? ¿Está conforme con esta situación? ¿Le hubiera gustado tener una familia? ¿Por qué?

2.2 Módulos de preguntas en función de la trayectoria de trabajo comunal:

Particularidades del trabajo comunitario:

A lo largo de su vida ¿Qué trabajos ha realizado para el beneficio de la comunidad? Para usted ¿Qué obligaciones tienen los hombres de Axotlán con su pueblo? ¿Cómo es que se adquieren estas obligaciones? ¿En el caso de las mujeres qué obligaciones tienen con su pueblo? ¿En qué momento se adquieren esas obligaciones? ¿Sigue participando en dichas actividades? ¿Qué siente de trabajar en favor de su comunidad? En caso de dejar el trabajo ¿Qué siente de ya no participar en dichas actividades? ¿Qué opina de aquellos hombres de Axotlán que no apoyan a su comunidad? Cuando una persona trabaja en favor de Axotlán ¿El pueblo lo compensa de alguna manera? De ser así ¿Cómo es que los compensa el pueblo?

Inicio de la participación:

¿Recuerda la primera vez que trabajó para su comunidad? ¿Cuántos años tenía? ¿Cómo fue dicha experiencia? ¿Qué sintió de haber realizado tal trabajo? ¿Qué decía su familia de que usted trabajara en favor de su comunidad?

Desempeño de cargos comunitarios:

¿Ha ocupado cargos religiosos o cívicos en su comunidad? De ser así ¿Cuáles? ¿Qué funciones tenía que realizar? ¿Cómo es la experiencia de ocupar dicho cargo?

Sin trayectoria de trabajo comunitario: ¿Qué opina de los hombres que trabajan por su comunidad? ¿Cómo es que decidió no participar en las actividades?

2.3 Módulos de preguntas en función de la trayectoria de auto sustento:

Trabajos de auto sustento:

¿Usted cultivaba sus tierras o criaba animales para su propio consumo? ¿Qué actividades realizaba? ¿Cuánto tiempo las realizó? ¿Qué sentía al saber que usted mismo generaba su alimento? ¿Su familia participaba en esta actividad? De ser así ¿De qué manera lo hacían? ¿Usted construyó su propia casa? ¿Qué sentía al saber que usted mismo hizo su casa? ¿Su familia participo en esta actividad? De ser así ¿De qué manera lo hacían? ¿Cómo fue realizar dicha experiencia?

Tiempo 3: La llegada de la vejez: desde el inicio de la vejez hasta el momento presente.

3.1 Módulos de preguntas en función de la situación laboral actual:

Mantenimiento de la trayectoria laboral: ¿Qué trabajo realiza actualmente? ¿Qué siente que a su edad sigue trabajando como hasta hace unos años? ¿Qué actividades realiza en su trabajo? ¿Cómo es realizar su trabajo actual? ¿Junto a que otras personas trabajan? ¿Cómo es el ambiente laboral? ¿Lo que gana le alcanza para vivir? ¿Planea que en algún momento dejara de trabajar? ¿Le es difícil realizar su actividad? Más allá del dinero ¿Considera usted que tiene otros beneficios por estar trabajando en este momento?

Retiro laboral (sin pensión): ¿A qué edad dejó de trabajar? ¿Cómo fue el dejar de trabajar? ¿Qué siente de vivir dicha situación? ¿Extraña trabajar? ¿Por qué extraña/no extraña trabajar? Si extraña trabajar ¿hasta qué edad le hubiera gustado seguir trabajando? ¿Cuál es su principal fuente de ingresos en este momento? ¿Qué opina su familia de esta situación?

Jubilación (con pensión): ¿A qué edad dejó de trabajar? ¿Cómo fue el dejar de trabajar? ¿Qué siente de vivir dicha situación? ¿Extraña trabajar? ¿Por qué extraña/no extraña trabajar? ¿hasta qué edad le hubiera gustado seguir trabajando? ¿Qué siente al recibir una pensión económica gracias a sus años trabajados? ¿La pensión que recibe cubre todos sus gastos? ¿Qué opina su familia de esta situación?

Actividades cotidianas: Actualmente ¿Qué actividades realiza diariamente? ¿Junto a quien realiza estas actividades? ¿Qué siente de realizar dichas actividades? ¿Qué actividades realiza dentro de su hogar? ¿Qué actividades realiza en su tiempo libre? ¿Qué actividades realiza para divertirse? ¿Siguen cultivar tierras o cuidando animales? ¿Qué actividades ha dejado de realizar últimamente?

3.2 Módulos de preguntas generales para todo el tiempo 3:

Concepciones de la vejez:

¿Usted se considera una persona mayor? De ser positiva la respuesta ¿Cómo se dio cuenta que usted es una persona mayor? ¿A qué edad se dio cuenta de esto? De ser negativa ¿Qué hace que usted aun no sea una persona mayor? ¿Cómo considera que es su vida en este momento? ¿Qué características considera usted que tienen las personas mayores? ¿Cómo ve la gente de Axotlán a

las personas mayores? ¿Cómo considera que es la vida de los hombres mayores de Axotlán? ¿Qué actividades considera que realizan las personas mayores en Axotlán? ¿Cómo considera que es la vida de las personas mayores en México?

Cambios corporales: Cuénteme ¿Cómo siente que ha sido su salud en estos últimos años? ¿Cómo ha cambiado su cuerpo?

Cambios familiares:

En este momento de su vida ¿Qué integrantes de su familia de origen siguen con vida? ¿Qué siente ante esta situación? ¿Cómo ha cambiado la familia que usted conformo? ¿Le agrada la situación que vive su familia actualmente? ¿Por qué?

¿Han existido momentos difíciles en su familia durante este momento de su vida? De ser así ¿Cuáles fueron? ¿Cómo ha sentido de vivir dicha situación? ¿De qué manera han hecho frente a estas situaciones? ¿Usted se siente apoyado por sus familiares en este momento de su vida? ¿Qué siente de vivir esta situación? ¿Usted considera que apoya a sus familiares en este momento de su vida? ¿De qué manera los apoya?

Reflexiones propias de su aprendizaje de género: ¿Qué considera que sus hijos y nietos varones han aprendido de usted? ¿Qué cree usted que pueda enseñarles a los hombres jóvenes de Axotlán? ¿Qué espera del futuro? ¿Cómo considera que ha cambiado Axotlán con el paso de los años?